AUTORA *BEST SELLER* DE ROMÁNTICA

VH NICOLSON

LINCOLN

LOS CHICOS MILLONARIOS



CHIC

VH Nicholson

Lincoln

Los chicos millonarios

Traducción de
Isabel Fuentes



Para mi madre.
La mujer más divertida, combativa y
fuerte que conozco.

Nota de la autora

Este libro incluye una advertencia de contenido.

Mis libros siempre garantizan un final feliz, pero a veces el camino puede ser arduo. El eje central de mis historias es el amor, el romance y la felicidad.

Sin embargo, por si acaso no lo tienes claro, y si eres una persona sensible, te recomiendo que sigas leyendo con precaución.

Temas delicados: padre ausente, abandono, pérdida de un progenitor.

Capítulo 1

Lincoln

Salgo disparado del vestuario y me llevo el susto de mi vida al cruzarme con alguien a quien no esperaba ver aquí.

—Joder, qué susto me has dado. No sabía que empezabas esta noche. —Le tiendo la mano a la nueva limpiadora y le dedico una sonrisa a una mujer morena impresionante.

El gerente del gimnasio, Rio, dijo que las instalaciones necesitaban una limpieza a fondo antes de la gran reunión de mañana con la directiva. Aunque juraría que mencionó que la limpiadora vendría por la mañana.

Quizá le entendí mal.

La joven apoya el palo de la fregona contra la pared antes de estrecharme la mano. Luego se pasa el largo cabello por encima del hombro con nerviosismo, mientras sus profundos ojos castaños, hipnóticos y salpicados de destellos dorados me devuelven la mirada. Ella carraspea y le suelto enseguida la mano; doy un paso atrás y la observo.

Es guapísima de la cabeza a los pies: tiene el cuerpo más perfecto que he visto jamás.

Tal vez sea actriz o modelo en ciernes, lo cual encajaría perfectamente con Los Ángeles. Sin duda desprende ese aire de estrella.

—No hace falta que firmes en el libro de visitas. Esta noche estamos solo nosotros dos.

Miro alrededor del lúgubre gimnasio. Es un lugar insulso, como de costumbre, nada que ver con el centro de cinco estrellas que mi padre y yo montamos en nuestro hotel de Escocia.

Vuelvo a centrarme en la nueva empleada.

—Sabes que no hace falta venir vestida con ropa de gimnasio solo porque esto sea un gimnasio, ¿verdad?

Me devuelve la mirada.

—Sí.

Me coloco la gorra de béisbol hacia atrás y le sonrío.

—Por cierto, soy Lincoln. Mi visado vence dentro de seis semanas, y solo estaré para ayudar las próximas cinco. Luego me tomaré una semana libre antes de volver a Escocia.

Estoy deseando que llegue.

Seis semanas más.

Los Ángeles ha estado bien, pero tengo ganas de ver a mi familia.

—Bueno. —Doy una palmada—. Mañana viene la nueva compradora. Por lo visto es una auténtica tocapelotas y tenemos que dejar esto más limpio que una patena. —Señalo el enorme espacio —. Me sorprende que no nos haya tocado pintar de verde el césped de fuera para impresionarla —debería haberme callado eso—. Te llamas Lucy, ¿no?

Ella asiente con una media sonrisa.

—Perfecto.

Quizá esté nerviosa por ser su primer turno, pero no parece muy habladora.

—Ven, te enseño dónde está todo.

Tras un breve recorrido por el gimnasio, durante el cual Lucy apenas pronuncia dos palabras, la dejo con sus tareas de limpieza y regreso a la recepción.

A través del gran ventanal que separa el gimnasio de la oficina, soy incapaz de concentrarme en la pantalla del portátil y me sorprendo mirando a la callada muchacha mientras se mueve por el lugar.

No debería estar limpiando. Debería estar tumbada en mi cama, rogándome que me ocupe de ella.

«¡Basta, Lincoln! Recuerda tu norma: nada de mujeres».

Además, seguro que tiene novio. Nadie puede ser tan guapa y no tenerlo.

De pronto se gira. Nuestros ojos se cruzan antes de que vuelva a desviar la mirada.

La deseo.

Pero eso no va a pasar. Me he impuesto el celibato mientras viajo por Estados Unidos.

Cuatro meses y medio sin mojar, y ahora no es momento para que mi polla decida que quiere volver a divertirse.

Antes de irme de Escocia me di cuenta de que no era precisamente exigente eligiendo mujeres, y que mi casa se había convertido en una cinta transportadora de rollos de una noche. Decidí que debía resetear mi reputación de *playboy,* y viajar era la oportunidad perfecta para hacerlo.

He sido un buen chico… hasta ahora.

Inspiro hondo. «Muy bien, Lincoln, primero repasa la hoja de cálculo, y luego échale un vistazo al orden del día de la reunión de mañana con la nueva dueña. ¿Habrá invitado Rio a Lucy?»

Mientras busco cualquier excusa para volver a hablar con ella, regreso al gimnasio.

—Lucy, ¿te ha invitado Rio a la reunión de mañana?

—Sí —responde, volviéndose hacia mí con un rollo de papel azul y un pulverizador de desinfectante en la mano.

—Genial. Es a las nueve y media en punto. No queremos enfadar a la nueva jefa, ¿verdad? Sobre todo si es tan dura como dicen.

—Entendido. —Me dedica una sonrisa descarada mostrando sus dientes perfectos.

—Eres muy guapa. ¿Lo sabías? —se me escapa sin pensar.

Se muerde los labios y me mira con los ojos muy abiertos.

—Joder, perdón por decir eso. Mierda, perdón también por soltar tacos. A veces mi boca dice lo que mi cerebro piensa cuando tengo delante a una mujer preciosa. Mierda, tampoco debería haber dicho eso, porque en el contrato tenemos una cláusula contra las relaciones entre empleados y el acoso sexual. Joder, olvida lo que he dicho. Y perdón por volver a soltar «joder». No estaba intentando ligar contigo. Bueno, quizá sí, pero no he dicho que quiera follarte aquí mismo, en el banco de pesas, ni nada parecido. —Levanto las manos en señal de alto—. Y he vuelto a decir «joder». Perdón. —Tiro nervioso del cuello de mi camiseta, sintiendo cómo me arde el cuerpo—. Lo que intentaba decir es que creo que eres muy…

—Guapa —completa ella.

Nunca volveré a casa. Me van a demandar por acoso sexual la semana que viene.

Me muerdo la lengua para no hacer el ridículo aún más y señalo por encima del hombro.

—Será mejor que vuelva al trabajo. Olvida lo que he dicho. En cuanto termines, cerraremos; no ha entrado nadie después de las diez en meses. —Miro el espacio insulso—. La de cosas que haría con este gimnasio.

—¿Ah, sí? ¿Qué harías? —pregunta.

Me encanta su dulce y armónico acento americano, me pone a cien.

—Para empezar, pondría cámaras de seguridad dentro y fuera. Vigilantes en la puerta por la noche. Una zona solo para mujeres allí. —Señalo el área que podría separarse fácilmente—. Mejor iluminación exterior. El sitio necesita pintura nueva y accesorios modernos. Las duchas hay que renovarlas, y el estudio de danza necesitaría un suelo elástico; así lo alquilarían los equipos locales de animadoras. También instalaría espejos interactivos con pantalla táctil para entrenar con un instructor virtual. Y una zona sin espejos, para quienes se sienten incómodos con su físico —eso atraería más socios—. Y eso solo para empezar. Sé que este sitio podría ser espectacular.

—Vaya, lo tienes muy pensado. ¿A qué te dedicas en Escocia? —pregunta.

—Hostelería. —Si le digo que soy copropietario de un hotel-balneario de cinco estrellas, sonará a que soy un niño mimado. Y quizá lo sea, pero mi padre me obligó a trabajar en todas las secciones del hotel para aprender cómo se dirige un negocio. Mi parte del hotel no me la regalaron; me la gané. Y estoy deseando volver.

El silencio entre nosotros se tensa como una goma elástica cuando no me pregunta nada más.

—Bueno, te dejo con lo tuyo. —Retrocedo un paso—. Perdón por darte la chapa.

—Ya he olvidado lo que has dicho. —Su boca se curva en una sonrisa ladeada.

—Genial.

Me giro y me estrello contra una máquina, golpeándome la espinilla contra el metal frío.

—Joder —siseo. Eso va a dejar marca, y me salen moratones con solo mirarme.

«Qué bien, Lincoln. Lo estás haciendo de cine».

Oigo una risita suave.

—¿Estás bien?

Agito la mano con fingida indiferencia, le hago un gesto de aprobación con el pulgar y cojeo hasta la oficina. Durante la siguiente hora me concentro en el Excel que Rio me pidió que preparara sobre la asistencia de los usuarios. Finalmente cierro el portátil y me animo a volver a hablar con Lucy, pero descubro que se ha marchado.

Sin despedirse.

Capítulo 2

Lincoln

—Buenos días —saludo con entusiasmo a todos los que están en la oficina del personal.

Me responden con unos apagados «hola» y «buenas».

Si este fuera mi equipo, los motivaría para que dieran lo mejor de sí. Pero no me corresponde; al fin y al cabo, esto es solo un trabajo temporal.

—Buenos días. —Lucy se sienta a mi lado y, de inmediato, me envuelve una cálida mezcla de vainilla y pera. Huele de maravilla.

Hoy lleva un vestido morado ceñido al cuerpo y unos tacones de aguja rosa chicle; un contraste total con su indumentaria de anoche.

—Buenos días —repite.

—Hola —respondo, sorprendido. Creo que se me ha olvidado cómo respirar. Puede que también se me haya olvidado cómo hablar y hasta cómo parpadear. Está preciosa, aún más que ayer.

Con una sonrisa radiante, me pregunta:

—¿Listo para la gran reunión con la jefa infernal, Lincoln?

Me remuevo incómodo en la silla. Parece más segura de sí misma hoy. Tal vez porque no estamos solos, como anoche.

—Bueno, yo no he dicho eso —balbuceo, tropezando con las palabras.

—Venga, lo has pensado. —Me guiña un ojo.

¡Me guiña un ojo!

Definitivamente está distinta.

—¿Vas a un *casting?* ¿Eres actriz? —Miro su atuendo de arriba abajo con rapidez.

—Algo así —responde con una sonrisa pícara.

Un fuerte aplauso me saca de nuestro duelo de miradas cuando Rio se dirige a la sala:

—Perfecto, ya está todo el mundo. Gracias por llegar puntuales. Antes de empezar, quiero decir unas palabras. Preparaos para

grandes cambios, pero recordad que todo será por el bien común. Sin más preámbulos, os presento a Violet West, nuestra nueva inversora. Dadle la bienvenida, por favor.

Rio aplaude y todos lo imitan.

A mi lado, Lucy pasa sus delicados dedos por el tejido de su vestido, sobre los muslos, y luego se pone en pie. Tiende la mano hacia mí para estrechármela y, con una sonrisa deslumbrante, dice:

—Hola, Lincoln. Encantada de conocerte. Soy la tocapelotas.

Capítulo 3

Violet

Pagaría por volver a ver la cara que ha puesto Lincoln.

Suelto su mano musculosa, me doy la vuelta sobre mis tacones finos como alfileres y avanzo rápido hacia el frente. Sé de sobra que me está mirando el culo, así que le doy un meneo extra.

Que se joda.

Vaya capullo fue Lincoln cuando dio por hecho que yo era la limpiadora anoche. Pensé que sería más fácil seguirle la corriente. Sobre todo después de que me llamara tocapelotas.

Supongo que no puedo enfadarme demasiado, sobre todo porque me confundió con Lucy, la nueva limpiadora. A decir verdad, yo tampoco lo corregí, ya que anoche intentaba colarme sin que nadie me viera. Por desgracia, el plan no salió tan redondo como esperaba.

Sinceramente, cuando lo vi se me quedó la boca más seca que el Sáhara.

Es guapísimo. Demasiado guapo.

Tiene un acento escocés profundo y atractivo, unos ojos de ensueño y un cuerpo musculoso; es la perfección. Es obvio que ha estado tomando el sol: hasta el bronceado lo tiene perfecto. Y es encantadoramente moreno, de la cabeza a los pies. Ojos, pelo, piel. Es italiano o griego, quizá incluso español. Sea de donde sea, hay que reconocer que es un Adonis… pero demasiado prepotente para mi gusto.

No es para nada mi tipo, y yo no soy para nada su tipo. Apostaría a que le van más las rubias bajitas.

Recorro con la mirada a la gente de la sala y me dirijo a ellos:

—Hola. Encantada de conoceros a todos. Soy Violet West, una de las responsables de Operaciones en West Oracle Corporations. En realidad, yo no soy la inversora; el inversor es mi padre, Anthony West —continúo—. Mi trabajo es garantizar que la fusión sea fluida y

sin contratiempos y, más importante aún, asegurarme de que estéis todos bien atendidos —me encanta mi trabajo, pero este mismo discurso lo he dado por lo menos diez veces solo este mes—. Hoy estoy aquí para enseñaros exactamente lo que hemos planeado para S&M Gym. Para empezar, la marca S&M Gym dejará de existir. Nuestro nuevo nombre se aleja del BDSM. Lo sé, aquí provocamos dolor, pero no es de índole sexual, ya que en ese caso la presentación que os traería hoy sería distinta.

Lincoln se ríe más alto que nadie.

—Perdón. —Niega con la cabeza y se muerde los labios.

Su risa aterciopelada me prende calor entre los muslos.

«Céntrate, Violet».

Le doy la vuelta al panel del caballete que tengo al lado.

—Señoras y señores, os presento Urban Soul Studios.

Un leve murmullo de exclamaciones recorre el equipo cuando desvelo el logotipo.

—En Urban Soul Studios ofreceremos servicios para la mente, el cuerpo y el alma. Es un cambio de marca total, con un nuevo horario y una reforma integral. Fuera todo lo viejo y anticuado de este sitio y dentro equipamiento moderno de *fitness* y salud, clases nuevas, seguridad y estudios de danza nuevos para acoger eventos.

Durante veinte minutos presento una propuesta llena de energía y la sala vibra de entusiasmo.

Una chica rubia y entusiasta levanta la mano cuando abro el turno de preguntas.

—Me gustaría saber si nuestros puestos están a salvo.

—Muy buena pregunta. Garantizo que todos vuestros puestos están a salvo siempre que tengáis la motivación, la cualificación y las ganas de formar parte de un negocio próspero y exitoso. —La coletilla de las cualificaciones es la excusa que necesito para sustituir a dos de los miembros actuales del personal.

Ella me sonríe radiante.

—Soy profesora titulada de baile. Me encantaría dar clases.

—Ya lo tenía previsto. He visto tus títulos y, dentro de la propuesta, estás asignada para impartir clases de baile para todas las edades.

—Genial. —Entrelaza las manos frente a sí.

Va a ser una profesora estrella; ya lo noto.

—Si os preocupa que el espacio que tenemos no sea suficiente para todo esto… —señalo de nuevo el panel—, veréis que esta parte de aquí es una ampliación. Es el edificio de la derecha. También lo hemos comprado. Urban Soul Studios será el gimnasio más cotizado de esta parte de la ciudad.

Saco mi botella de agua fría del bolso y doy un sorbo.

—Mañana tendremos una jornada de convivencia. Es una forma fabulosa de conocernos y, además, conoceréis a mi padre. El fin de semana lo tenéis libre y, el lunes, empezaréis cinco semanas de formación en nuestra sede, al este de la ciudad. Si tenéis algún problema con los desplazamientos, venid a verme. —Doy otro sorbo —. Estoy al mando de la reforma y estaré aquí cuando vengan los contratistas, así que, si necesitáis hablar conmigo, podéis encontrarme aquí o por correo electrónico. ¿Alguna pregunta más?

Lincoln agita en el aire su mano extragrande. Parece que tiene el tamaño perfecto para dar azotes. No es que yo sepa cómo es eso, porque hace mucho que nadie me toca, pero la idea de que Lincoln me dé azotes me enciende por dentro.

«Ahora no, Violet».

—¿Y yo qué? —pregunta—. Solo estoy con un contrato temporal. ¿Sigo siendo necesario?

Inclina la cabeza, probablemente deseando que le diga que no, pero soy masoquista, y como venganza por llamarme tocapelotas, digo:

—Serás mi mano derecha mientras Rio complete su formación como gerente. ¿Te parece bien? ¿Te apetece sudar por mí, Lincoln?

—Claro. —Su nuez sube y baja, y eso me pone a mil; es masculino en todos los sentidos.

Me aclaro la garganta e intento centrarme.

—Estupendo, entonces. Hoy necesito que recojáis vuestras cosas, porque mañana vendrá la empresa de mudanzas. Estoy deseando trabajar con todos vosotros. En cuanto lo tengáis todo, podéis iros. Tenéis libre el resto del día. Y, Lincoln, ¿puedo hablar contigo? —lo llamo desde el otro lado de la sala.

Con la mochila negra colgada al hombro, Lincoln se acerca hacia mí con su cuerpo enorme y no puedo evitar fijarme en sus muslos bronceados y esculpidos.

Me encantan los hombres con muslos fuertes.

Va marcando casillas de mi lista que no sabía que existían.

Y es alto, quizá un metro noventa y tantos. Bien.

Otra casilla.

Cuando todos se van, Lincoln se disculpa:

—Siento el error de anoche. —Se muerde el labio inferior, como si estuviera nervioso.

Y, madre mía, cómo me gusta ese acento escocés suyo.

—No pasa nada. —Ignoro cómo los pezones se me endurecen contra el encaje del sujetador cuando su lengua escocesa vibra en la erre y vuelvo a mi trabajo—. Me gustaría que estuvieras aquí para recibir material, señalar problemas y apuntar cualquier zona que creas que debemos mejorar. Río me ha dicho que conoces el edificio como la palma de tu mano y que te fijas en todo. Solo tiene cosas buenas que decir de ti. Confía en ti. Y, de vez en cuando, me puedes traer un café.

Sus ojos se llenan de diversión.

—¿O sea que seré tu asistente?

—Algo así —respondo en tono juguetón.

—¿Y también tendré que ir a la tintorería?

—Tal vez.

Le estoy tanteando para ver dónde están sus límites. Por lo visto, Lincoln no se altera por nada. Saco la agenda del bolso.

—¿Eso es tuyo? —Resopla Lincoln.

Me pongo a la defensiva cuando critica mi agenda de unicornio multicolor con la mirada.

—Las agendas son lo más —digo, sacando pecho con orgullo.

—No te imaginaba como una chica de unicornios con arcoíris. —Lincoln se aguanta la risa—. ¿Una simple agenda negra no te sirve?

Abro mucho los ojos y le agito la agenda delante de la cara.

—Esto no lo roba nadie. Mentira cochina. Me chifla todo lo que lleve colores chillones o purpurina en una agenda. Me paso los fines de semana recorriendo cada pasillo de cada papelería en un radio de

ochenta kilómetros. Son mi debilidad y tengo por lo menos otras diez monadas como esta en el armario, listas para planear mi vida a tope; todas con pósits, separadores y hojas personalizables que puedo añadir yo misma. Qué le voy a hacer, me pierde la papelería.

Sigo con mi mentira para ocultar mi obsesión:

—Esto canta como una almeja. No se lo lleva nadie.

La abro y una foto de mi adorada pomerania blanca tamaño mini, llamada Pompón, cae al suelo.

Me agacho a recogerla por instinto al mismo tiempo que Lincoln. Nuestros cuerpos se inclinan y nuestras cabezas chocan con un golpe seco.

Me llevo la mano a la cabeza, que late dolorida.

—Madre de Dios. Auuu.

—Lo siento muchísimo —murmura—. ¿Estás bien?

—Creo que sobreviviré. —Hago una mueca de dolor.

—¿Segura? Déjame ver.

No sé por qué, pero inclino la cabeza hacia delante y lo dejo apartarme el pelo para inspeccionar el chichón recién salido.

—Ufff, ese chichón ya se te ha puesto del tamaño de un huevo. ¿Seguro que estás bien?

—Estoy bien. Estoy acostumbrada. Soy superpropensa a los accidentes —susurro.

Me alisa el pelo con mucha más delicadeza de la que imaginaba.

Nuestras miradas se cruzan, y una especie de extraña electricidad danza entre nosotros.

Al apartarme un mechón detrás de la oreja, un cálido escalofrío me recorre la espalda. No puedo dejar de mirarlo.

—Te vendría bien ponerte una crema de árnica. Mi padre tiene una y no la cambia por nada —aconseja.

Me doy cuenta de que su pulgar acaricia mi mejilla una y otra vez. «¿Cuándo ha empezado a acariciarme la cara?».

Inspira hondo, me suelta y se pone de pie, erguido del todo, y echo de menos al instante el calor de su mano.

Sacudo la cabeza para despejar el aturdimiento que me provoca Lincoln e intento incorporarme, pero me inclino muy deprisa hacia

atrás. Me tambaleo sobre mis tacones altísimos y pierdo por completo el equilibrio.

Sucede más rápido que el parpadeo de una luciérnaga.

Se me resbalan los pies y acabo boca arriba, con las piernas en el aire. Suelto un chillido agudo mientras la agenda sale volando de mi mano y las hojas se desparraman por todas partes.

«Mierda. No llevo bragas».

Anoche dormí en el hotel de la esquina para evitar la locura de la hora punta. Era la única manera de asegurarme de llegar a tiempo a la reunión y, maldita sea, se me olvidó echar ropa interior limpia.

Estiro rápido las piernas contra el suelo para ocultar como sea mi indecencia y por dentro me muero de vergüenza. Es imposible que Lincoln no haya visto mi coño recién depilado.

Cierro los ojos y me cubro la cara con las manos para tapar lo colorada que me estoy poniendo.

—Dios mío. Dime que no has visto nada, por favor.

Entreabro los dedos para espiarlo y veo a Lincoln mirando al techo, con la cara roja como un tomate. Lo ha visto.

—Nada de nada. —Sigue mirando al techo—. ¿Te has hecho daño?

—¿Qué has visto? —intento sonsacarle.

—Nada. —Cierra los ojos con fuerza y se muerde el labio inferior.

—Mientes.

—Que no.

—Entonces, ¿por qué no me miras?

—Por si se te había subido el vestido —farfulla.

—¿Seguro que no has visto nada? —El calor de mi cuerpo sube un punto más.

—Lo prometo. —Me tiende la mano—. ¿Puedo mirar ya? ¿Te ayudo a levantarte?

Suelto un suspiro resignado. Necesito ayuda. No hay manera de que me levante del suelo sin parecer una auténtica idiota. Le tiendo los brazos y él me agarra de las manos; me pone en pie como si no pesara nada, me estrello contra su pecho pétreo y me ciñe la cintura con un brazo, lo cual es agradable. Mucho.

—Ey —dice en voz baja.

—Gracias —murmuro.

—¿Te duele algo?

—Solo el ego.

Lincoln me dedica una amplia sonrisa.

—Y el chichón tamaño huevo.

—Ya se me había olvidado. —No quiero soltarle las manos.

—Tengo el título de primeros auxilios. Debería echarte un vistazo.

—Deberías. —Pero ninguno de los dos se mueve.

—Nunca había tenido a una chica de California cayéndose a mis pies.

—Eso implica que ha habido muchas.

—En el pasado, quizá, pero desde que llegué a Estados Unidos no. Estoy en una etapa de celibato voluntario.

Alzo las cejas.

—Entonces, ¿nada de mujeres? ¿Ni de hombres? —añado.

Su pecho vibra con una risa cálida y profunda que llena el silencio de la sala.

—Me gustan las mujeres.

—Bien —mi voz sale baja y entrecortada—. Conviene saberlo. Nada de mujeres por ahora, y nada de hombres nunca. Entendido. ¿Por qué me importa?

—¿Yo también tengo el día libre? —pregunta, aún con mis manos entre las suyas.

—Sí. Iba a darte el calendario de trabajo. Está en mi agenda y detalla el plan de las próximas semanas, pero te lo mando por correo si lo prefieres. Serás mi mano derecha durante cinco semanas. Un par de manos extra nos vendrá de perlas para el proyecto.

—Eso ya lo has dicho. ¿Para "el proyecto"? —pregunta como si no se lo creyera.

—Sí. —Parpadeo. Mis ojos se clavan en su boca. Tiene un labio superior maravillosamente perfilado por el que muchas matarían—. Para el proyecto.

Lincoln se acerca más a mí y, cuando creo que va a besarme, apoya la mejilla en la mía.

—Trabajar contigo va a ser un sueño hecho realidad. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué? —Me arde todo el cuerpo.

Acerca los labios a mi oreja y susurra:

—Porque, de todos los lugares que he visitado, Brasil es con diferencia mi lugar favorito. Me gustaría hacer otra visita, eso sí, quizá una visita guiada solo para mí. Ya lo he visto una vez. Pero me gustaría verlo mejor. De cerca.

«Mierda, se refiere a mi depilación brasileña».

—Has dicho que no lo habías visto —jadeo e intento apartarme, pero Lincoln me sujeta con firmeza.

—No te he mentido. No he visto nada. —Me suelta las manos y da un paso atrás, luego me mira con inocencia—. ¿Entonces, mañana nos vemos?

Me limito a asentir, porque mi cuerpo no parece responder.

Clavada en el sitio, observo cómo el escocés atlético y bronceado que me acelera el pulso recoge todas las hojas de mi agenda esparcidas por el suelo. Las coloca con cuidado en un montón sobre la mesa, a nuestro lado.

—Te dejo que lo ordenes tú. Apuesto a que tienes un sistema muy concreto para ponerlo todo en su sitio. —Señala mi agenda desbaratada, que ardo en deseos de reorganizar.

—Gracias. —Me aliso el vestido sobre las caderas.

Lincoln recoge del suelo la mochila negra que se le había caído cuando nos chocamos, y dice por encima del hombro:

—Hasta mañana, Violet.

Capítulo 4

Lincoln

Me he perdido.

Detengo mi Camaro negro junto a la acera y miro alrededor. Todas las calles parecen jodidamente iguales.

Abro el correo para comprobar el código postal y me doy cuenta de que he tecleado mal una cifra. Estoy a solo cinco manzanas de mi destino. Casi, casi.

Esta vez conduzco en la dirección correcta. Bajo las ventanillas y disfruto de la ráfaga de aire cálido que entra en la cabina climatizada de mi coche mientras me paso la mano por el pelo largo y revuelto.

Llevo meses dejándome crecer el pelo y necesito un buen peluquero. También me hace falta un buen afeitado. Nunca he llevado barba larga; lo mío suele ser una barba de varios días con perilla, y me gusta tenerla bien perfilada y corta, pero ahora estoy a años luz de eso.

A un minuto de llegar al sitio, comienzo a divagar.

Las últimas veinticuatro horas han sido curiosas, sin duda, y este viaje se ha puesto mucho más emocionante.

Después de salir del gimnasio ayer, puede que me pasara demasiado tiempo buscando a Violet West en Google, y descubrí varias cosas sobre ella.

Primera: tiene treinta y dos años y es una empresaria perspicaz. Segunda: apoya a una ONG local dedicada a los niños en acogida. Tercera: tiene miles de amigos y seguidores en las redes sociales. Cuarta: en todas sus fotos sale sonriendo, riéndose y pasándoselo bien.

También llegué a la conclusión de que no parece tener un hombre en su vida.

No sé por qué, pero saberlo me dio cierta satisfacción.

Tras haber leído muchas de sus entrevistas, parece ser que está demasiado ocupada para mantener ningún tipo de relación e insinúa

que está casada con su trabajo.

No pude evitar reírme con esa frase. Nos parecemos bastante. Yo también estoy felizmente casado con mi trabajo, aunque nada me gustaría más que tener a alguien con quien compartir mi vida.

De hecho, nunca me he enamorado.

Soy Lincoln, el que no ha experimentado qué es el amor.

Doblo la esquina de la calle en la que debería haber estado hace quince minutos y aparco rápido. Agradezco que la amable recepcionista del edificio chic, de color blanco y acristalado, me acompañe directamente a la sala de reuniones donde están sentados mis compañeros, y anuncie mi llegada al entrar por la puerta.

Todos se giran para saludarme con un gesto alegre y un discreto «hola». Articulo un «lo siento» y le pongo los ojos en blanco a Rio mientras ocupo uno de los asientos colocados en semicírculo.

—Perdón. Todavía estoy ubicándome.

—Ah, ese acento no es de aquí.

Un caballero alto, delgado como un fideo, de pelo canoso, que está de pie en el centro del semicírculo, me dedica una sonrisa de bienvenida.

—Soy escocés —confirmo.

—Escocia, un lugar precioso. He estado una vez. Me robó un trocito de corazón. Me encantaría volver. —Da una palmada y se frota las manos—. No te has perdido nada. Perdona, ¿cómo te llamas…?

—Lincoln. La mayoría me llama Linc.

—Estupendo, pues, Linc, estábamos hablando del día que tenemos por delante, pero ya he emparejado a todo el mundo, así que te toca con Violet. —Le sonríe—. Violet suele moverse por la sala para conoceros a todos, pero hoy somos impares. Igual te apetece trabajar en pareja, Letty.

«¿Letty?».

—Tío Hank, no me llames Letty. —Violet pone los ojos en blanco con una sonrisilla.

Hank le devuelve la sonrisa con picardía.

—Mientras tú no me vuelvas a llamar «tío».

—Trato hecho.

Hoy vuelve a estar deslumbrante. Va con la cara lavada, llena de pecas. Lleva el pelo recogido en una coleta alta y tirante, con pantalones negros de pernera ancha, camiseta blanca ceñida y zapatillas completamente blancas de suela gruesa.

«¿Cómo demonios voy a concentrarme hoy?».

Capítulo 5

Lincoln

—Muy bien, escuchadme todos. —Hank, nuestro coordinador, se dirige a la sala—. Esta mañana ha sido un éxito rotundo. Estoy seguro de que os lo habéis pasado en grande. En especial, me ha encantado el momento en que Jasper fingió su propia muerte en las natillas infestadas de tiburones. Te mereces un Óscar, amigo mío. —Le guiña un ojo con sorna antes de continuar—. El trabajo debería ser divertido. Es donde pasáis la mayor parte de vuestros días, y no tiene sentido que paséis el resto de vuestra vida arrepentidos. El objetivo de esta mañana era descubrir nuevas formas de trabajar juntos como equipo, pero ha llegado la hora de profundizar. De conocernos aún mejor. Los ejercicios de esta tarde se basan en generar confianza, ser sinceros y demostrar cuánto valor tenéis. —Se frota las manos—. Quiero que busquéis al compañero que os asigné esta mañana. ¿Preparados? Necesito un «¡sí, señor!». —Levanta el puño en el aire, y todos nos reímos y repetimos su grito al unísono.

Tras unos minutos moviendo las sillas, Hank nos indica que nos sentemos frente a nuestros compañeros.

Tomo asiento frente a Violet.

—Hola. —Percibo su nerviosismo—. ¿Qué tal va tu cabeza?

—Mejor, gracias.

Hank explica las normas del siguiente ejercicio.

—Este juego se llama tres mentiras y dos verdades. Tenéis que contarle a vuestro compañero tres mentiras sobre vosotros y luego dos verdades, y él debe averiguar qué es cierto y qué no. Según las normas, tu compañero puede hacerte todas las preguntas que quiera para descubrir cuáles son las dos verdades. Tenéis quince minutos cada uno, y haced que las mentiras sean creíbles; nadie os creerá si decís que habláis cincuenta y siete idiomas. Este ejercicio pretende mostrar cuánto confiáis en los demás y cuánto confían

ellos en vosotros. ¿Estáis dispuestos a compartir vuestros secretos más íntimos con alguien con quien trabajáis, sin miedo a ser juzgados? —Hace una pausa—. Es momento de ser intrépidos y mostrar vuestra vulnerabilidad. ¿Os fiáis plenamente de vuestra pareja como para compartir cosas personales? Si sois lo bastante valientes para hacerlo, eso demostrará el verdadero significado de la confianza. Lo que se diga entre vosotros quedará en secreto. —Mira el reloj de la pared—. Tenéis treinta minutos: quince cada uno. Yo os avisaré cuando acabe el tiempo. Empezad.

—Empiezo yo. —Violet se balancea en la silla—. Me encanta comprar material de papelería y tengo un armario lleno en casa. Colecciono figuritas de perros. Nunca me he enamorado. Mi hermana y yo somos mejores amigas. Y he tenido más de diez asistentes desde que empecé en West Oracle.

La observo con desconfianza. Muestra su mejor cara de póker, pero busco su punto débil. Empiezo preguntando por las figuras de perros y al cabo de un rato averiguo que es mentira.

—¿Cómo se llamaba tu último asistente?

Vacila antes de responder:

—Alfred.

—¿Alfred? —No puedo aguantarme la risa—. ¿Como el mayordomo de *Batman?*

—Sí, da la casualidad de que se llama igual. —Intenta parecer tranquila, pero su voz se ha vuelto mucho más aguda.

—¿Y el anterior?

—Geoffrey.

Suelto una carcajada.

—¿El mayordomo de *El príncipe de Bel-Air?* No se te da bien mentir.

Se muerde los labios y suelta una risita que suena como un rebuzno.

—No soy muy buena en esto. Perdón, eso no ha sido muy femenino. —Las mejillas se le tiñen de rojo.

—Así que eso era mentira. ¿Cuántos asistentes has tenido entonces? ¿Un par?

Niega con la cabeza.

—Ninguno. Nunca he tenido un asistente. Tengo una especie de secretaria en la oficina central; solo me organiza los correos y el calendario. Nada de traer cafés ni de ir a la tintorería. —Me dedica una sonrisa deslumbrante que le arruga las comisuras de los ojos y se le ilumina toda la cara.

Siento una extraña sacudida en el estómago y me obligo a pensar en la pintura blanca de las paredes para calmar mi creciente erección y concentrarme en el ejercicio.

—Bien, quedan tres: papelería, hermana y nunca enamorada —enumero en voz alta—. Sé que tienes treinta y dos años.

Ella se sobresalta.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has buscado información sobre mí?

Mierda.

—Sí.

—*Stalker.*

—He investigado. Eres mi nueva jefa.

—Es un trabajo temporal.

—Y quiero saber para quién trabajo. Por lo que sé, podrías traficar con mujeres y tener quince clubes sexuales.

—West Oracle no es ese tipo de empresa. —Se inclina hacia mí con los ojos entrecerrados.

—Me alegra saberlo. Solo lo comprobaba. —Le guiño un ojo—. ¿Tienes treinta y dos?

—Sí.

—Tienes que haberte enamorado alguna vez. Apuesto a que esa es la mentira. Lo que significa que las dos verdades son que te encanta la papelería y que eres la mejor amiga de tu hermana.

Cruzo los brazos con confianza.

—Error. —Violet hace un zumbido.

Maldición. Estaba convencido.

—¿Quieres decir que nunca te has enamorado y eres la mejor amiga de tu hermana?

—No. —Vuelve a negar con la cabeza.

—¿Nunca te has enamorado y te encanta la papelería?

—Ahí has dado en el clavo.

—¿Entonces tu hermana y tú no estáis muy unidas?

—Apenas hablo con Francesca.

—¿Por qué? —Frunzo el ceño.

—Trabajo. Ya ves, menudo escándalo: mujeres trabajando y ganándose la vida. —Pone los ojos en blanco, y me hace reír—. Y luego está mi aspecto. Mírame. —Hace un gesto abarcando su cuerpo.

—No puedo dejar de mirarte.

Abre mucho los ojos.

—Eres un mentiroso de campeonato, pero ya te tengo calado. Apuesto a que te van las rubias pechugonas, ¿verdad? Te toca.

—Aún no. —Levanto la mano para detenerla—. ¿No me crees?

—Por el amor de Dios, ¿por qué estamos haciendo esto?

—Hank dijo sinceridad total. Voy a ser muy claro.

—Vale.

—Sí, me gustan las rubias. Eran mi tipo. Hasta ayer.

—¿Qué pasó ayer? —Traga saliva sonoramente.

—Una morena preciosa de pechos generosos y el culo más redondo del mundo se cayó delante de mí y me hizo replantearme toda mi existencia. Háblame de tu relación con tu hermana.

Sigue mirándome como si no se creyera lo que acabo de decir.

—Bueno, Francesca no deja de recordarme que trabajo demasiado. Que hablo demasiado. Que tengo que sentar la cabeza. Que nunca conseguiré un hombre si sigo trabajando todo el tiempo y no me cuido.

—Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Y se nota que te cuidas.

—Solo lo dices porque soy tu jefa y quieres caerme bien.

Se muerde el labio distraídamente.

—En mis veintinueve años de vida no he visto a nadie tan guapa como tú. Lo digo en serio. No es coña. —Hago un gesto con la mano.

—No todo es cuestión de apariencia.

—Lo sé, y eso es precisamente lo que te hace aún más atractiva. Eres lista, talentosa, ambiciosa, atenta. Podría seguir.

Se rasca el cuello con su manicura francesa perfecta. La he puesto nerviosa, y se nota que no se le da bien recibir cumplidos.

—¿Y todo eso lo averiguaste anoche también, mientras cotilleabas en internet?

—Sí.

—¿Qué más descubriste?

Me inclino hacia ella, y ella hace lo mismo.

—Sé que la cámara te adora, Violet. Anoche pasé demasiado tiempo mirándote en las redes sociales. Deslumbras, y puedo sentir tu energía a través de la pantalla. Tienes unos ojos preciosos en los que me gustaría perderme. Me encanta el color que tienen. He aprendido que eres una joya y que tienes un corazón de oro. Inviertes tu tiempo y tu dinero en una ONG para niños en acogida que estuvo a punto de cerrar hace un par de años, pero tú la mantuviste a flote y has ayudado a reubicar a cientos de niños desde entonces. Solo tienes dos amigas íntimas, Hannah y Ruby, en quienes confías ciegamente, y sales con ellas el primer viernes de cada mes a una discoteca llamada Xenon. La Universidad de Harvard te otorgó una licenciatura con matrícula de honor. —Tiene las fosas nasales dilatadas, y no sé si está enfadada conmigo porque sé demasiado o si lo está consigo misma por no tener las cuentas privadas—. Una cosa más: tu hermana suena a narcisista, pero creo que, si escarbas un poco, descubrirás que te tiene envidia porque eres una mujer increíble. La intimidas. Qué cojones, hasta me intimidas a mí, pero eso no me impide querer invitarte a salir. Me encantaría. —No lo pregunto, lo afirmo.

Durante todo mi discurso, la expresión de Violet se ha suavizado. Sus ojos dorados van y vienen entre los míos mientras nos miramos fijamente.

—¿Qué pasa con tu celibato?

—Yo pongo las normas y acabo de romperlas. Pero solo por ti.

Me observa como si no fuera capaz de creerse lo que digo.

Violet da un respingo cuando Hank ruge:

—Cambio de turno. Ahora le toca a vuestra pareja. Quince minutos, todos.

Me recuesto en la silla.

—¿Estás bien?

Violet parpadea varias veces y también se reclina.

—Gracias por todas esas cosas bonitas que acabas de decir —habla tan bajo que casi no la oigo por encima del murmullo general.

—De nada. —Inspiro hondo—. Muy bien, allá voy: tres mentiras y dos verdades. Hablo cuatro idiomas. —Esa es mentira; solo hablo dos—. Mi madre abandonó a mi padre cuando yo tenía unos meses y él me crio solo; por tanto, nunca he conocido a mi madre. Nunca me he enamorado. Tengo un hermano gemelo. Soy completamente daltónico.

Se lanza a por la mentira de inmediato.

—Has dicho que te gustaba el color de mis ojos, así que no eres daltónico.

—Bien hecho.

—No puedes tener un hermano gemelo, porque habrías dicho «mi padre nos crio», no «me crio».

—Elemental, mi querida West.

Entrecierra los ojos, concentrada, y finalmente dice:

—No creo que tu madre dejara a tu padre, así que creo que tus dos verdades son que hablas cuatro idiomas y que nunca te has enamorado.

—No.

Toma una bocanada de aire con brusquedad, sorprendida.

—¿Tu madre te abandonó?

—No me mires así.

No soporto la compasión en los ojos de la gente cuando lo descubre. La cabeza ladeada, la mueca de dolor. Parece que le duele más que a mí. Mi padre es un hombre increíble. Me ha dado todo lo que necesitaba y más. Nunca he sentido que me faltara nada, y nadie debería sentir lástima por mí.

Aunque eso no es del todo verdad. Siempre me he preguntado cómo sería un abrazo reconfortante de mi madre.

—¿Cómo te estoy mirando? —pregunta.

—Con lástima: ojos tristes, cabeza inclinada. Estoy bien. Mi padre, mi *yaya* mi abuelo me criaron, y creo que salí decente.

Ella se endereza de golpe, corrigiendo su lenguaje corporal que denotaba compasión; frunce el ceño.

—¿Tu qué?

—Mi abuela. Es griega. Mi abuelo es escocés.

—¿Solo hablas un par de idiomas? ¿Griego e inglés?

—Exacto.

Violet guarda silencio, observándome. Está intentando decidir si estoy mal, y puedo ver cómo hace malabares mentales.

—No estoy roto, Violet. No me pasa nada. Ni a mí ni a mi padre. Mi madre… —me encojo de hombros—, después de tenerme decidió que no quería atarse. Fui un descuido, y ella tenía solo diecisiete años. No estaba en sus planes de vida, así que se marchó. —Aunque lo diga con naturalidad, escuece un poco.

—¿Se fue? —Veo que le cuesta procesarlo.

—Sí.

—¿Y tu padre?

—Es un hombre extraordinario.

—¿Nunca has conocido a tu madre?

—Nunca. Por favor, no sientas lástima. Tuve una infancia estupenda, y mi padre es excepcional y generoso. Es la razón por la que estoy aquí. Viajando.

—¿Y eso?

—No hay mucho que contar. Mi padre y yo trabajamos juntos.

—¿En la hostelería?

—Sí. Él quería que me encontrara a mí mismo y asegurarse de que trabajar juntos seguía siendo lo que realmente deseaba. Así que me mandó a paseo, literalmente. Quería que viviera mi propia aventura. Pero adoro mi hogar, al igual que a mi familia, y estoy deseando volver a Escocia.

Violet me clava la mirada y frunce el ceño.

—¿Por qué trabajas? ¿Por qué estás aquí? No acabo de comprenderte.

—Me aburro. Me voy a convertir en surfista profesional a este paso, y tomar el sol no es lo mío. Me gusta trabajar. —Sonrío—. Un poco como te pasa a ti.

—Cortados por el mismo patrón. —Cambia de tema—. ¿Nunca te has enamorado?

—Estoy casado con mi trabajo.

—Yo también.

—Lo sé.

—No me conoces de verdad.

—Quiero conocerte. Todas tus facetas. ¿Seguimos jugando? —pregunto.

—Sí.

—¿Puedo decirte tres verdades más?

—Sí.

Se recoge un mechón invisible detrás de la oreja.

Inspiro profundamente.

—Primera: quiero invitarte a salir. Segunda: me descoloca lo mucho que me atraes. Tercera: cuando te caíste ayer, no vi nada porque no llevabas nada. —Bajo aún más la voz—. Y es lo más bonito que he visto en mi vida.

Ella se queda sin aliento.

Me toco la sien.

—Está grabado en mi cerebro para siempre.

—Deberías intentar olvidarlo.

—No puedo —susurro.

El tiempo se detiene un instante demasiado largo mientras nos miramos.

—Tienes unos labios bonitos —dice, observándome hipnotizada.

—Son para besarte mejor.

—Y unos dientes perfectos.

—Son para morderte mejor. —Me humedezco los labios.

—Tu lengua…

Me inclino hacia su oído.

—Es para lamerte mejor y saborear tus zonas prohibidas.

Ella deja escapar un leve gemido que hace que mi polla se sacuda dentro de los calzoncillos.

—¡Tiempo! —grita Hank, y los dos nos reclinamos de golpe en las sillas.

Violet se alisa los pantalones negros, retoca la coleta perfecta y se abanica la cara con la mano, murmurando algo que no llego a oír. Entonces noto sus pezones duros marcando el fino tejido de la camiseta.

«Le gusto».

Capítulo 6

Violet

Estos días de *team building* son para analizar al equipo, pero hoy en el almuerzo no he podido concentrarme en lo que decía nuestra nueva empleada, Judith, porque no podía pensar en otra cosa que no fuera Lincoln.

Sentí como si una gimnasta olímpica estuviera haciendo piruetas en mi estómago cuando me confesó su atracción por mí.

Además, lo decía de verdad. Se nota que no se anda con rodeos y eso me encanta de él.

«Quiero invitarte a salir».

Salir. Es algo que no hago desde hace muchísimo tiempo. Demasiado, ahora que lo pienso.

El último chico con el que salí, Chad, era un buen tío, pero nunca me imaginé con él a largo plazo. Nunca estábamos de acuerdo y no sé por qué aguanté tanto. Y el sexo, uf. Pues eso, sexo sin más. Dos años de sexo sin más. ¿En qué estaba pensando?

Tras el descanso de media tarde, mi tío Hank nos hace salir para la última actividad: el salto de fe.

No me gustan las alturas. El corazón me da un vuelco solo de pensar en tener que subir la escalera de nueve metros hasta lo alto del poste, que tiene dos palmos de ancho.

Eso no es lo que más me asusta. Lo peor es saltar con ese arnés que parece de *bondage* y confiar en que aguante mi peso mientras quedo suspendida en el aire.

Y tengo que saltar a la vez que mi compañero.

Es terrorífico.

Tengo perlitas de sudor sobre el labio y las manos pegajosas. He tenido pesadillas en las que me estampo contra el suelo a esa altura. Es un paso demasiado grande para mí y uno de mis demonios, al que aún no me he enfrentado.

Todo el mundo se pone el arnés mientras yo me quedo a la sombra, mirando desde la barrera.

Observo cómo cada pareja sube al poste, cómo trabajan juntos, se comunican, se animan, dan su salto de fe y vuelven a bajar.

Creo que este es uno de los mejores equipos que hemos incorporado a Urban Soul Studios hasta ahora. Tienen motivación, se comunican bien y están dispuestos a aprender. Estoy tan absorta mirando los campos de fútbol al aire libre de mi izquierda que una voz con acento escocés me sobresalta.

—¿No te vas a unir?

Lincoln, con el arnés ya puesto, no hace nada por ocultar el paquetón. Todo un macho. «Que alguien llame a los bomberos».

—¿Violet? —Lincoln dice mi nombre para llamar mi atención.

Menos mal que las gafas de sol disimulan dónde estaba mirando.

—No me gustan las alturas.

—¿Entonces me toca hacerlo solo?

—Sí. A mí no me verás haciendo eso. —Echo la cabeza hacia atrás para ver mejor el larguísimo poste, que desde aquí parece perderse en el cielo—. Está demasiado alto. —Frunzo la nariz.

—¿Confías en mí? —pregunta.

—Eh…

—¿Ni siquiera después de nuestro juego de verdades y mentiras?

—Sí. Es que… yo…

—Nunca dejaría que te pasara nada. Ya he hecho esto antes. —Lincoln me tiende la mano—. Confía en mí. Hazlo conmigo.

Ay, no, no, no, no.

—No puedo. Me muero de miedo. ¿Y si me estampo en la hierba y esa pobre gente ve cómo mi culo me atraviesa la cara? Y eso es solo la punta del iceberg de las pesadillas que los perseguirán para siempre. Pobrecitos, van a necesitar terapia. De por vida. Y está tan alto… ¿Y si llego arriba y no puedo saltar y, y, y…?

Antes de saber qué está pasando, Lincoln sostiene mi rostro con ambas manos.

—Respira, Violet, respira.

Me sube las gafas al pelo y me acaricia la mejilla con el pulgar.

—Respira hondo. Inhala y exhala.

Me rescata del borde de mi miniataque.

Le imito, inspirando y espirando despacio.

—Eso es, Violet. ¿Estás bien?

El corazón se va ralentizando en mi pecho.

—Sí. —Lo miro—. Tu color de ojos también me gusta —admito, dando voz a mis pensamientos.

—Ah, ¿sí? —Esboza una sonrisa ladeada.

Doy un paso atrás.

—Perdona. No debería haber dicho eso. —Estamos en un evento de empresa. Me han hecho una lobotomía y no me he enterado.

Lincoln se ríe y señala el cielo.

—Sube conmigo. Enfréntate a tu miedo. No lo hagas por mí; hazlo por ti. Confía en mí, por favor.

Cambio el peso de un pie a otro, dándole vueltas a su invitación.

—Va a ser de lo mejor que hagas en la vida y se lo contarás a todo el mundo durante años. Te lo prometo —añade.

Me tiende el meñique: quiere que hagamos una promesa. Qué mono.

Me muerdo el labio.

—¿Vas a cuidar de mí?

—Al cien por cien.

—¿Y no me vas a dejar caer?

—Jamás. —Niega con la cabeza, y los mechones oscuros le caen sobre la frente.

Entrelazo nuestros meñiques antes de que cambie de idea. Al juntar los dedos, me acerca más a él.

—Buena chica.

Esas dos palabras me provocan una oleada de excitación; voy a acabar con las bragas empapadas antes de que termine el día.

—Vamos a por ello, Violet.

—Mis muslos no van a caber por las ranuras del arnés. ¿Aguantará mi peso? —suelto de golpe.

—Calla, mujer, tienes unos muslos increíbles. Estás buenísima. ¿De dónde vienen esas porquerías que te dices? —me regaña.

Está claro que en el descanso me han echado una dosis de valor en el agua porque, cuando me quiero dar cuenta, ya estoy con el

arnés puesto frente al poste, con Lincoln a mi lado.

Mi tío Hank ha estado hablándome todo el rato mientras me equipaban, pero no podría repetir ni una palabra de lo que ha dicho, porque tengo un pitido agudo taladrándome los oídos. No ha parado desde que me puse el maldito arnés.

—Violet. —Oigo un tono grave y amortiguado a mi derecha. Creo que es la Parca: me está llamando.

—Violet. —La voz de Lincoln me sobresalta—. Mírame.

Lo hago.

—Vas a subir tú primero y yo iré justo detrás. Una vez arriba, contaremos hasta tres y saltaremos. Saltamos al vacío, pero ¿ves esto? —Tira de mi arnés, y yo asiento—. Si no agarras el trapecio, estas cintas te sujetarán. No te vas a caer. ¿De acuerdo?

Espero que mi padre sepa que quiero lirios blancos en mi funeral, un ataúd negro lacado y que siempre me ha encantado esa versión lenta hawaiana de *Over the Rainbow.* Quiero que la pongan en mi velatorio.

—Violet, ¿te has enterado de todo?

—Creo que sí —miento; no tengo ni idea de lo que ha dicho.

Lincoln se ríe.

—Vamos. Al lío. Tú primero. Yo justo detrás.

—¿Y si me resbalo por el poste? Te aplastaré. Te voy a plantar el culo en la cara.

—Qué buena forma de morir. Parece el paraíso.

Le suelto un manotazo para aliviar la tensión.

—Ahora deja de perder el tiempo y sube al poste, Violet.

—Qué mandón eres.

—Solo tienes que subirte a este poste y dominarlo. Enfréntate a tu némesis. Puedes hacerlo, y estoy detrás de ti en cada paso.

—Mirándome el culo.

—Es un culazo.

Pongo el pie en el primer peldaño, mascullando cosas sobre su comportamiento desde que nos conocimos, y sigo subiendo hasta quedar fuera del alcance del resto del equipo.

—Primero dices que no viste nada. —Subo otro peldaño—. Luego dices que lo viste todo y que te gustaría visitar Brasil. O sea, ¿en

serio? Menuda frasecita cursi. Creía que te tenía calado, pero luego ya no, y ahora vuelvo a pensar que lo único que quieres es mirarme el culo. —Tres peldaños más tarde le digo que su labia no va a funcionar conmigo—. Eres igual que los demás, ¿no? Solo queréis una cosa. —Asciendo paso a paso, con dolor—. Madre mía, qué calor hace aquí arriba.

Mantengo la vista en las manos, decidida a no mirar abajo.

Una risita detrás de mí me avisa de lo cerca que está Lincoln, y su risa me acelera el pulso.

—¿Estás enfadada conmigo?

—Sí.

—Jamás lo habría adivinado —dice con ironía—. Ya has llegado arriba.

—¿Qué? —Aquí sopla más el viento y me cuesta oírle—. Dios mío, Lincoln.

De pronto me mareo y me entran náuseas.

—Céntrate en las manos.

—Aquí es donde me muero, ¿verdad? ¿Puedes decirle a mi familia que quiero lirios en el funeral, por favor? Y, si mi hermana llora, serán lágrimas de cocodrilo. Esa chica se alegrará de que me haya ido. Y por favor, buscad a alguien que cuide de mi perro, Pompón. Es mi bebé. —Creo que voy a llorar.

—No te vas a morir. Ahora escúchame, Violet —me habla en tono dulce—. Vas a auparte sobre el poste. Pero solo hay un palmo de anchura para apoyar los pies, lo que significa que, cuando yo me aúpe, necesito que te quedes quieta. ¿Me oyes?

—No puedo —sollozo.

—Sí puedes. Eres una luchadora. Sé que puedes.

Me impulso. Dios, qué difícil es con tan poco espacio para maniobrar. Mantengo la cabeza echada hacia atrás, mirando solo dónde poner los pies, con un ojo entrecerrado.

De pronto, Lincoln aparece a mi lado y me rodea la cintura con sus poderosos brazos. Nos tambaleamos un instante.

—Lo has conseguido. —Me acerca más a él.

—Todo el mundo estará mirando. Me estás abrazando. —El corazón se me acelera aún más.

—Hay que hacerlo. No hay espacio.

—Lo hemos conseguido —digo, sin creérmelo.

—Lo has conseguido tú, Violet. Lo has hecho.

—Solo gracias a ti —susurro, aferrándome a él como si me fuera la vida en ello.

—No, gracias a ti. Lo has hecho tú sola.

—Lo he conseguido. —Me invade una sensación de logro inmensa.

—Sí. Venga, ¿lista para dar un salto de fe conmigo? —Me mira a los ojos directamente mientras el viento tibio nos envuelve.

—¡No! —Mi grito se pierde en el viento, porque me agarra más fuerte y nos lanza a los dos de lado, fuera del miniposte, como si fuera el mismísimo Batman. Chillo ante su arrebato de locura y un tirón brusco me arranca un quejido. Miro arriba y veo a Lincoln agarrado a la barra del trapecio con una mano; con la otra sigue ciñéndome la cintura.

—Te tengo, Violet.

Respiro de manera entrecortada, muy hondo, muy rápido.

—Eres jodidamente preciosa. Tengo muchas ganas de besarte. —Lincoln me mira la boca.

—Yo también tengo ganas de que me beses —susurro. Nunca había deseado tanto besar a alguien.

—Di que sí.

—¿A qué? —Frunzo el ceño.

—A que tengamos una cita.

No dudo.

—Vale.

Capítulo 7

Lincoln

Casi es la hora de mi cita con Violet y voy de un lado para otro por la habitación del hotel. Después del largo día de *team building* estoy agotado, pero la adrenalina corre por mis venas, como un incendio forestal que arrasa un bosque seco: todo mi cuerpo está en llamas. Estoy deseando verla otra vez.

—No puedo hablar mucho rato. Salgo ahora.

—¿Con quién? ¿Llevas camisa? ¿Es nueva? —La voz de mi padre suena desde la videollamada abierta en mi portátil—. ¿Vas a una cita? ¿Cuándo fue la última vez que te pusiste una camisa? —Su tono va cargado de humor—. También te has cortado el pelo y ha desaparecido esa barba larga y desaliñada. Definitivamente, es una cita.

Abrocho el último botón de mi camisa negra y me dejo caer en el borde de la cama para enfrentarme a la pantalla.

—Respondiendo a todas tus preguntas: sí.

Cojo el frasco de colonia y me echo un poco en el cuello. Joder, cómo escuece. Hacía meses que no me afeitaba. La perilla y la barba vuelven a estar justo como me gustan: cortas y perfiladas. Quiero estar presentable para Violet esta noche.

—¿Y tu norma de nada de mujeres?

—Las cosas cambian. Pero solo es una cita.

Mi padre arquea una ceja negra con diversión.

—Pero si te quedan pocas semanas. ¿No has sido capaz de aguantar? —Sonríe y ladea la cabeza. Es asombroso lo mucho que nos parecemos.

—¿No deberías estar ya en la cama? —Le esquivo.

—Ya me iba. Estoy agotado; hoy hemos ido al zoo. Un caos. —Bosteza.

La voz de mi madrastra, Eva, se escucha de fondo, medio susurrando:

—Knox, ¿con quién hablas a estas horas?

—Chist, que vas a despertar a los niños. Estoy hablando con Linc —responde en voz baja.

De pronto, su cara aparece en la pantalla.

—Estás muy elegante, Lincoln. ¿Quién es la afortunada?

—Se llama Violet.

—Bonito nombre. —Sonríe.

—Y ella es preciosa. Guapísima. —Siento cómo se me ilumina toda la cara.

—Ay, madre… —Eva se lleva una mano al pecho.

—Sí, conozco esa mirada —dice mi padre.

—¿Qué mirada? —pregunto, confuso.

—La de «esta es la buena». —Eva me guiña un ojo con picardía.

—Vale, mamá. Lo que digas.

—No me llames mamá. Es rarísimo que me llames así. —Arruga la nariz.

Tiene razón; sigue siendo raro que Eva, que solo me saca tres años, esté casada con mi padre. Pero no podrían ser más perfectos el uno para el otro.

—Perdón, Eva. No puede ser la buena. —Frunzo el ceño—. Solo me quedan seis semanas aquí.

—¿Cómo es? —pregunta.

Paso las manos por mis vaqueros negros recién comprados.

—Morena.

—¿Qué? ¿No es rubia? —Mi padre no deja pasar la oportunidad.

Lo ignoro y continúo:

—Ojos color miel. Es preciosa. Inteligente. No tiene ni idea de lo graciosa que es. Me gusta mucho.

—Ay, chico…, estás coladito —bromea Eva, y bosteza—. Yo me voy a la cama.

—Genial. Qué ganas —dice mi padre, sonriente, mirando a cámara.

Finjo una arcada, metiéndome los dedos en la boca.

—No necesito oír eso. Anda, marchaos los dos. Os llamo mañana.

Mi padre toma la mano de Eva y le besa el anillo de boda.

—Buenas noches, Linc. Pásalo bien en la cita. —Me despide con la mano.

Eva también me dice adiós con la mano.

—Estamos deseando tenerte de vuelta. Tu padre te echa mucho de menos.

—Es verdad. Te quiero, hijo —dice él.

—Yo también te quiero, papá. Hablamos mañana.

—Quiero todos los detalles —añade Eva, y ambos se despiden antes de colgar.

Un aviso de mensaje aparece en la pantalla del portátil.

Desconocido: Hola. Soy Violet 🙄

Guardo su contacto.

Yo: Buenas noches, señorita West. Estoy a punto de salir. ¿Cuál es su dirección?

Me la envía. Por supuesto, su casa está en la zona más exclusiva junto a la playa.

Yo: Voy a recogerte.

Violet: Qué ganas tengo. Te espero fuera; si no, Pompón se pondrá a ladrar como un loco 😉

Estoy nervioso, algo que nunca me pasa antes de una cita, pero esta noche estoy alterado y completamente fuera de mi zona de confort.

Me miro en el espejo, paso los dedos por mi reciente corte de pelo y cojo las llaves del coche del tocador.

«Cartera: comprobada».

«Tarjeta de crédito: comprobada».

«Preservativo».

Lo saco de la cartera y lo dejo sobre la cómoda. Está ahí desde antes de viajar a Estados Unidos. Dudo unos segundos, la mano suspendida sobre él.

A la mierda. Se queda en la habitación.

Estoy decidido a demostrarle a Violet que soy mucho más que un rollito de una noche.

Soy un hombre nuevo.

Capítulo 8

Lincoln

Abre la puerta de cristal de su casa blanca de tres plantas junto a la playa y la cierra de un portazo tras de sí. Me quedo boquiabierto al verla. Debajo de su blusa lila de gasa asoma un sujetador de encaje morado. La parte superior de la prenda está desabotonada, dejando al descubierto su magnífico y generoso escote. El mismísimo diablo ya me ha reservado sitio en el infierno, porque esos pechos tan perfectos van a ser lo único que vea cuando me toque en la ducha a partir de ahora.

Lleva la blusa metida dentro de unos pantalones ajustados de cuero negro, y calza unos tacones brillantes del mismo color.

Suelto un gemido, y ella, por supuesto, lo oye.

—¿Te gusta? —pregunta, caminando hacia mí con ese aire de confianza que le rebosa por los poros.

—Estás increíble. —Me la follaba.

—Hola —dice en voz baja—. Estás distinto.

—¿Para bien o para mal?

—Para bien. —Clava la mirada en mí.

Mierda. Debería haberme dejado la barba y el pelo largos.

Ahora me puede ver la cara. No estoy seguro de que le guste.

Capítulo 9

Violet

Dios mío de mi vida.

Está aún más guapo sin la frondosa barba. La ligera sombra de afeitado hace que su mandíbula, ya de por sí cincelada, parezca todavía más definida. También se ha cortado el pelo: lleva los laterales rapados con un degradado perfecto, pero arriba se lo ha dejado un poco más largo. Lo lleva peinado hacia atrás, sin un solo mechón fuera de lugar.

Está impresionante.

Lincoln se apoya con aire despreocupado en su Camaro negro y parece el típico chico malo de película: vaqueros negros de diseñador, botas negras de ante, camisa negra, piel dorada por el sol y un reloj que probablemente cueste tanto como el coche. Los pezones se me endurecen bajo el delicado encaje del sujetador. Nadie me había hecho sentir así antes, y noto un calor extraño encenderse entre mis piernas. Lincoln se separa del coche y me tiende la mano para ayudarme a subir.

Mi pequeña mano desaparece dentro de la suya, cálida y enorme. Ese tamaño es ideal para dar azotes. Ups, ¿por qué he vuelto a pensar eso?

Aún me queda algo de la valentía de antes.

—No sé si debería estar encantada de que estés aún más arrebatador sin barba o si debería odiarte. Todas las mujeres de la ciudad van a desear estar en mi lugar esta noche.

Él echa la cabeza atrás, riendo.

—Gracias, has conseguido subirme la autoestima. Por un momento pensé que no te gustaba mi cara. —Se pasa una mano por el pelo—. Bueno, ¿a dónde vamos, *milady?*

Lincoln abre la puerta del copiloto, y yo intento reunir toda la elegancia posible para deslizarme en el asiento.

—A Indigo Zen. —Dejo el bolso en el suelo mientras él empuja la puerta para cerrarla.

Lincoln rodea el coche al trote, y no puedo apartar los ojos de su cuerpo atlético. Esta noche me ha tocado el premio gordo.

Abre la puerta del conductor y se sienta, llenando el vehículo de su aroma fresco y cítrico. Mi cabeza da vueltas.

Huele tan bien que dan ganas de morderlo.

—Tu casa es muy chula —dice, mirando por la ventanilla hacia mi chalet en la playa.

—Es de mi padre. La compró para pasar fines de semana en familia, pero cuando él y mi madre se separaron, la dejó vacía durante unos años. Ahora vivo yo aquí y se la cuido.

—Debe de ser un trabajo durísimo. Qué sufrimiento.

—Los amaneceres y atardeceres son lo peor —suspiro.

—Me lo imagino.

Los dos rompemos a reír.

Lincoln pulsa el botón de arranque, y el coche ruge.

—Tu coche suena como un oso enfadado.

—Motor V8. Es una bestia con un sonido épico. Me lo llevo conmigo a Escocia. —Da una palmada en el salpicadero—. Siempre quise tener un deportivo americano. Es una preciosidad.

—¿Lo compraste nuevo?

Vuelve la cabeza hacia mí.

—¿Estás intentando averiguar de dónde he sacado el dinero, Violet?

—No, yo… es solo que…

—¿Cómo puede permitirse esto el vagabundo playero que trabaja en un gimnasio?

Maldita sea.

—Me has pillado. Tenía curiosidad.

—Tengo dinero. —No añade nada más.

—¿Porque trabajas en la hostelería en Escocia?

—Sí. —Le cambia la expresión, como si acabara de atar cabos—. Ah, ¿me has buscado?

Frunzo el ceño.

—¿Y no has descubierto nada? —Su pregunta confirma mis hallazgos. O la falta de ellos.

Levanto las manos.

—Tienes una única cuenta privada en las redes y nada más. Podrías ser un asesino en serie.

—No me gustan las redes sociales.

—Eso es raro —bufo.

—Pero inteligente. Tu perfil es muy público. Si fuera lo bastante listo, podría calcular hasta cuándo vas a ovular. Y si hay un asesino suelto, irá a por ti antes que a por mí, sobre todo si sigues registrándote en los sitios.

—Y tú solo tienes una cuenta privada en Instagram: sigues a tres personas y nadie te sigue.

—No la uso para publicar, solo para saber cuándo salen las zapatillas que quiero. —Me guiña un ojo, burlón—. Pero tenemos un chat familiar. ¿Quieres verlo?

Coge el móvil.

—No necesito verlo. —Agito la mano en el aire—. ¿Así compartes las fotos de tus viajes? ¿Escondidas en un chat privado?

—Sí. ¿A quién demonios le interesa ver mis fotos? No entiendo lo de fotografiar la comida o la puesta de sol. Simplemente disfruta del maldito momento. Eh, ¿sabes de qué me acabo de dar cuenta? —Pone cara seria.

—¿De qué?

—De que me he convertido en mi padre. Es oficial. Soy un viejo gruñón.

No puedo evitar estallar en carcajadas.

—Si te sigues riendo de mí, voy a tener que ponerte boca abajo sobre mis rodillas y azotarte. —Me sostiene la barbilla y me acaricia el labio inferior con el pulgar. Estoy a punto de abrir la boca para chuparle el dedo, pero me contengo.

Gime al retirar la mano para recolocarse el paquete, visiblemente abultado bajo los vaqueros.

—Pero estoy intentando portarme bien contigo.

—No necesito que te portes bien conmigo —casi jadeo.

—Bueno, yo sí necesito portarme bien, por mí.

La decepción me golpea como un tsunami.
—Por ahora, Violet. Seré bueno contigo… por ahora.

Capítulo 10

Violet

Lincoln y yo no hemos dejado de hablar desde que nos sentamos a la mesa con vistas al mar.

Es el primer hombre que se interesa de verdad por mi vida y mi trabajo.

Después del postre, reuní el valor para preguntarle a qué se dedica en su país.

Ahora estoy sentada, con la boca abierta.

—¿Tu padre y tú sois propietarios de un hotel de cinco estrellas? ¿En Escocia?

—Sí.

—¿Con tu abuelo?

—Sí.

—¿Y eres director?

—Sí. Los tres somos dueños. Tenemos el único hotel de cinco estrellas de propiedad privada y gestión familiar de toda Escocia. Y ahora estamos trabajando para conseguir la sexta estrella. Seremos el único hotel del país con esa categoría. —Se le ilumina la cara de entusiasmo—. Deberías haber indagado un poco más si querías encontrar información sobre mí. Lo interesante está en Google. No en las redes sociales.

Tengo que hacer un esfuerzo para no quedarme boquiabierta. No termino de entenderle.

—¿Y por qué demonios trabajas en el gimnasio?

—Aburrimiento. Ya te lo dije: me gusta trabajar. —Se encoge de hombros, como si su explicación tuviera sentido. Para que conste: no lo tiene.

—Eres un bicho raro.

—Un bicho raro adicto al trabajo. —Coge el móvil, teclea un par de veces y me lo enseña.

Efectivamente, ahí está: «Lincoln Black, director de *The Sanctuary Hotel and Spa».*

—Eres tú —chillo.

—Soy yo.

—Con traje.

—Con traje —confirma.

Empiezo a deslizar las fotos del hotel. Es de otro mundo. Cuando levanto la vista, él tiene el codo apoyado en la mesa, con la mejilla descansando sobre la mano, y noto cómo se le apaga el ánimo.

Dejo el móvil sobre la mesa.

—¿De verdad crees que esto cambia lo que me gustas, Lincoln?

Él encoge un hombro.

Deslizo la mano por la mesa, con la palma hacia arriba, invitándole a que la tome. Me sorprende que lo haga.

—Me gusta todo de ti. Quiero saber más. Créeme, sé perfectamente lo que es. Gente superficial y hombres que quieren salir conmigo o ser mis amigos. Lo entiendo, de verdad. Piensan que estar conmigo les dará visibilidad, popularidad. Con el dinero llegan las amistades falsas, y este puede sacar lo peor de la gente.

Él acaricia mis nudillos con el pulgar.

—Me gustas por ser tú, Lincoln. Divertido, atento, con esa belleza de chico encantador, y el hecho de que te hayas ido de viaje solo para hacer feliz a tu padre dice mucho del tipo de hombre que eres.

Levanta las cejas, sorprendido.

—Eres distinto, y quiero tener más citas contigo mientras estés aquí, en California. —Le aprieto la mano.

—Si es así, ¿sabes bailar? —pregunta de pronto.

—Me encanta bailar.

—No, me refiero a bailar de verdad.

—¿A baile de salón?

—Más o menos. ¿Confías en mí?

—Después de hoy, siempre.

Llama al camarero, paga la cuenta y salimos del restaurante, emocionados ante la idea de bailar.

Mientras avanzamos hacia la salida, la mano cálida de Lincoln se posa en la base de mi espalda. Me guía hacia la puerta de cristal y

una oleada de aire cálido de la noche nos golpea.

—¿No pasas calor con esos pantalones de cuero?

—No. Soy californiana de nacimiento. Hoy no ha hecho tanto calor.

—Hoy hemos estado a veintiséis grados centígrados —dice, pasando la mano a mi cintura y apretándola suavemente. Me encojo, consciente de que habrá notado mis michelines.

—Bah, eso es más fresco que la mayoría de los días —bromeo, intentando acallar mis inseguridades.

Cuando estamos a punto de llegar al coche, alguien me llama por mi nombre. Me giro y veo a Chad caminando hacia nosotros con paso seguro. Estoy convencida de que me sigue a todas partes.

—¿Quién es ese? —pregunta Lincoln por lo bajo.

—Mi exnovio.

Juraría que Lincoln crece unos centímetros y se ensancha de hombros.

—No parece tu tipo.

—No lo es.

—Pijo.

—Machista.

—¿Hacíais el misionero?

—Siempre. Como un reloj, una vez a la semana.

—¿Una vez a la semana? Joder, una vez al día ya me parece poco. Qué aburrido.

¿Más de una vez al día? Dios santo. Que alguien le dé a mamá un poco de eso, con azotes incluidos, muchas gracias.

—Los orgasmos eran solo un rumor —susurro justo cuando Chad se acerca.

Lincoln suelta una risotada y yo me echo a reír.

—Hola, Violet. —Chad se inclina para besarme, pero se lo piensa mejor cuando Lincoln me rodea con el brazo—. Me alegro de verte —dice, mirando a Lincoln de arriba abajo.

Ojalá pudiera decir lo mismo.

—Ah, ya lo sé. Hace al menos… ¿una semana que no nos vemos? ¿Vas a cenar? —No me importa lo más mínimo lo que esté haciendo, pero intento ser educada.

—Sí, he quedado con Jezza y Ryan.

—¿Un trío? Qué bien —dice Lincoln con sarcasmo, aunque su expresión permanece impasible.

Tengo que morderme el labio para no soltar una carcajada.

—No, nada de eso —responde Chad, frunciendo el ceño.

—Disculpa mi falta de modales. —Apoyo la mano en el pecho de Lincoln. Dios, está duro. Él tensa sus músculos, baja la mirada hacia mí y se relame. La tensión entre los dos es insoportable.

—Lincoln, te presento a Chad. Chad, Lincoln.

Lincoln le estrecha la mano con una fuerza exagerada, lo suficiente para hacer que Chad se estremezca, aunque no dice nada.

—Encantado, Chad. Me encantaría quedarme mascando grasa, pero tengo que llevar a mi chica a un sitio.

«Mi chica».

—¿Mascando grasa? —Chad frunce el ceño—. Suena fatal.

—Es como llamamos en Gran Bretaña a estar de cháchara. No tenemos tiempo. —Lincoln me guía deprisa hacia el coche.

—¿A dónde vais? —grita Chad por detrás.

—A un local privado —responde Lincoln.

«¿Un local privado? ¡Qué emoción!».

Capítulo 11

Violet

—¿Dónde estamos? —Miro el cartel de madera desgastada que cuelga sobre una puerta roja aún más destartalada.

—Ven.

—No parece un sitio seguro. —Miro la calle vacía de arriba abajo, en busca de señales de vida. Ya es de noche. No hay nadie y ni siquiera se oye música—. Esta zona no es segura —susurro.

Él me responde en el mismo tono:

—¿Por qué estamos susurrando? No hay nadie. Sé valiente. Vamos, florecilla.

«¿Florecilla?».

Lincoln saca el móvil, abre una aplicación y lo acerca a la esquina de la puerta.

—Cámara oculta. Solo para socios.

Doy un respingo cuando la puerta del almacén se abre de golpe y una fusión de música sensual y lenta inunda la calle vacía.

—Puerta insonorizada —dice, tirando de mi mano.

—¿Esto es un club de alterne? —Le aparto la mano y doy un paso atrás.

Él suelta una breve carcajada.

—No.

—¿Seguro?

—Sí. No he estado en un club de alterne en mi vida.

—Mentiroso.

—No miento. He ido a un club de *striptease* con mis amigos dos veces. Pero no a un club de alterne. No necesito pagar por sexo, Violet.

—¿Porque la mayoría de las mujeres se te rinden a los pies? —No sé por qué me siento molesta de repente. Cruzo los brazos sobre el pecho.

—¿Está celosa, señorita West?

—No. —Pongo morros. Sí lo estoy. Es una sensación nueva para mí.

Lincoln levanta dos dedos hacia la cámara y mueve los labios: *«Dos minutos».*

La puerta vuelve a cerrarse.

Se acerca y me coge la barbilla con suavidad.

—Puede que en Escocia me haya acostado con algunas chicas, sí. Pero he cambiado. Quería cambiar. No me he acostado con nadie en meses. Y tampoco he pagado nunca por sexo. Jamás. Suena asqueroso. —Niega con la cabeza—. Me gustas tú, y solo tú. Violet West, Dios te hizo jodidamente perfecta, porque eres la mujer más impresionante que he visto en mi vida. No hay nada que desee más que llevarte a mi habitación, quitarte esta ropa provocativa y conocer cada detalle de tu cuerpo, porque la tengo dura desde el momento en que entraste en el gimnasio la otra noche. —Acerca los labios a los míos—. Ahora descruza los brazos, porque lo único que consigues es levantarte más las tetas, y eso me hace querer meter la polla en ese escote delicioso y follarte muy fuerte. —Su aliento roza mi piel.

«La hostia».

—Pero esta noche te llevo a una cita. Una cita de verdad, para recordar. Así que relájate, bella princesa.

—Vale —cedo, sumisa.

Sus ojos entornados bajan a mis labios.

—¿Puedo besarte?

—Si no lo haces, me muero.

Sonríe, y bajo los brazos a los costados. Por fin, sus labios suaves y carnosos rozan los míos, y deja escapar un gemido suave. Abre la boca apenas, y la mía responde, permitiéndole deslizar la lengua entre mis labios.

Es un beso como ninguno que haya sentido antes. Algo cambia entre nosotros, y el deseo me recorre las venas.

Lincoln enreda su enorme mano en mi pelo, me aprieta contra su boca y profundiza el beso. Le rodeo el cuello con los brazos, aferrándome a él, y noto su erección dura contra mi cadera. Me

agarra bien el culo y me empuja contra él; un gemido de placer escapa de mi interior.

—Lincoln —suspiro—. Te deseo.

—Mmm, yo te deseo tanto… —murmura entre besos—. Me la pones durísima.

Muevo la pelvis contra la suya para aliviar la tensión que se acumula entre mis muslos.

—Voy a correrme si sigues haciendo eso —jadea, hundiendo los dedos en mis caderas para detenerme—. Joder, me prometí no hacer esto esta noche.

—Yo me prometí que sí lo haría esta noche —le replico.

Él baja la cabeza y me da un mordisquito en la mandíbula.

—Eres una mujer diabólica.

—Lo soy.

—Una mujer malvada con un cuerpo delicioso que quiero devorar entero. —Vuelve a mis labios y me besa.

—Podría besarte toda la noche —murmuro contra su boca.

—Acabas de hacer que bailar contigo sea imposible. No puedo bailar así de cachondo.

—Entonces volvamos a mi casa —no me importa sonar atrevida; soy una mujer que sabe lo que quiere… A él.

—No me tientes —dice, apoyando la frente en la mía.

—Era la idea. —Sonrío con picardía.

—Ya lo sé —susurra. Me da un último beso suave—. Vamos a bailar. Quiero ver lo que eres capaz de hacer con ese cuerpo de infarto.

Me roza el labio inferior con el pulgar y luego retrocede, recorriéndome con la mirada.

Niega con la cabeza.

—Estás la hostia de buena —murmura, como si hablara para sí mismo.

La puerta se abre de nuevo, como por arte de magia, y descendemos por las escaleras oscuras.

A estas alturas, me da igual adónde lleven.

Porque después de ese beso infernal, moriré sintiéndome una mujer afortunada.

Capítulo 12

Violet

Lincoln me toma de la mano mientras avanzamos a través de un mar de bailarines, y me arrastra entre la multitud de cuerpos ardientes. No doy crédito a lo que veo a cada paso.

Están bailando. Bailes eróticos. Bueno, no exactamente, pero parece que todo el mundo esté follando en la pista, retorciéndose unos contra otros. ¿Es salsa? Santo cielo, ¿esto es lo que Lincoln quiere que haga?

Para alguien que solo lleva aquí unos meses, se orienta mejor que yo, y eso que he vivido aquí toda la vida.

No sabía que este lugar existía.

Me freno para mirar mejor a las parejas. Un tironcito de mi mano me recuerda que siga andando.

La música suena tan alto que el contenido de las botellas de la barra vibra. El remolino de música exótica, las maracas, la guitarra aguda, el ritmo alegre: es un cóctel de sonidos vibrante, y noto cómo mis caderas quieren unirse a la fiesta.

Todo el local está forrado de madera en bruto, unida con clavos oxidados. Por el techo discurren, a la vista, tubos plateados del aire acondicionado, tuberías de cobre y cables de iluminación. Cada lámpara improvisada lleva un fino filtro rojo o naranja que vuelve el local acogedor, cálido y profundamente sensual. En cada hueco de la pared cuelgan cuadros abstractos de colores vivos y, a lo largo de un lado de la discoteca, se encuentran unos sofás semicirculares de cuero rojo oscuro, a rebosar de gente alegre que se grita por encima de la música llena de vida.

Se me escapa un «guau».

—¿Te gusta? —Lincoln me habla al oído.

—Me encanta. ¿Tengo que bailar así? —Señalo a la pareja sensual que se contonea delante de nosotros.

«Debería haberme puesto falda».

—¿Quieres bailar así? —me grita Lincoln.

—¿Tú sabes? —Me siento tonta preguntándolo. Es socio; seguro que sabe.

—Sí.

—Ya.

—Puedo enseñarte.

—Soy un poco torpe.

—Yo me encargo. ¿Quieres beber algo? Estaba pensando en dejar el coche. Lo recojo mañana.

—Tequila.

«Necesito una dosis de valor líquido».

Lincoln se ríe y se gira hacia la barra, mientras sigo mirando a esa gente preciosa bailar.

Los cuerpos brillan bajo la luz tenue; manos en caderas, brazos, espaldas, culos; todos se mueven al compás, perdidos en su propia burbuja.

Se me van los ojos a una pareja de la izquierda. Ella arquea el cuerpo hacia atrás, invitando a su pareja a tocarla. Él acepta y le pasa la mano por el canalillo, la desliza por el vientre y luego la atrae hacia sí.

Estoy muy excitada.

Lincoln me da un toque en el hombro cuando el camarero deja nuestros chupitos en la barra y agarro en seguida la sal, me cubro la mano, luego la de Lincoln, la dejo otra vez sobre la barra y alzo el vasito.

—Quiero bailar —confieso.

Lincoln brinda conmigo.

—A la de tres, Violet. ¿Lista? Una…, dos…, tres.

A la par, lamemos la sal de la mano, echamos la cabeza atrás y nos bebemos el chupito. Luego nos metemos la rodaja de lima en la boca y la chupamos.

Suelto un «¡uoo!» y digo:

—Otro.

Lincoln levanta dos dedos.

—Dos más, por favor. —Señala nuestros vasitos para hacer el pedido, y el camarero los llena en exceso, torpemente.

—Más despacio esta vez. —Me guiña un ojo a la vez que coge el salero de la barra. Se inclina y, con mucha suavidad, me tira del cuello de la fina blusa—. Inclina la cabeza a un lado.

Antes de que me dé tiempo a preguntar qué hace, baja la cabeza y me lame la clavícula. Me estremezco ante lo inesperado del momento, y luego deja caer un poco de sal en mi piel; algunos granitos sueltos se escapan y se deslizan dentro de mi sujetador de encaje.

Coge el chupito recargado, me lame despacio desde la clavícula hasta el cuello y, cuando llega a la mandíbula, se toma el tequila y enseguida siento su boca sobre la mía, metiéndome la lengua hasta el fondo.

Sabe a cítrico y a pecado, todo en uno. Entre nuestros cuerpos entrelazados late una pasión cruda y salvaje.

Cuando deja de besarme, casi está jadeando.

—Te toca.

Le tomo la mano, la coloco con la palma hacia arriba y trazo una fina línea de sal a lo largo del índice. Cojo mi chupito mientras Lincoln me mira con atención, aguardando paciente a ver mi siguiente movimiento.

Le lamo la sal del dedo, me bebo el chupito y luego me llevo su dedo a la boca y chupo con fuerza.

Tira de mí y pienso que va a besarme; en lugar de eso, me agarra la mano y la mete entre nosotros.

—¿Lo notas, Violet? —Pasa mi mano sobre su largo y grueso bulto —. Eso me lo provocas tú.

Suelto un jadeo y no me apetece nada más que arrancarle la ropa, pero no puedo.

—Bailemos —dice—, aunque no es que vaya a calmar esto. —Se señala la entrepierna. Se recoloca y me rodea la cintura con la mano para guiarme a la abarrotada pista.

Miro alrededor, presa del pánico por no saber bailar como los demás.

—Violet, mírame. —Se pone muy serio cuando se para en medio de la pista y desliza su muslo entre mis piernas, agachándose un poco para adaptarse a mi altura. Ahora soy plenamente consciente

de que tiene las dos manos en mi culo—. La kizomba, lo que están bailando todos, es lenta, constante. Voy a enseñarte los pasos básicos; así sabrás cuáles son, pero yo te llevaré y tú solo tienes que seguirme. ¿De acuerdo?

Durante las tres siguientes canciones me enseña los pasos. Caderas que se rozan, manos que se deslizan, mejilla con mejilla… y yo lo deseo cada vez más, hasta el punto de querer arrastrarlo al baño y follármelo hasta dejarlo sin sentido.

—Eres de esas personas a las que todo se les da bien, ¿verdad? —Lincoln me masajea la base de la columna con manos ávidas.

—Nunca se me ha dado bien tocar el piano.

La canción cambia y la multitud grita, invadiendo la pista. No cabe ni un alfiler, pero eso empuja a Lincoln a abrazarme más, como si fuera mi protector.

Las luces se atenúan aún más, casi sumiéndonos en la oscuridad.

Me abandono en sus brazos, sintiendo su cuerpo duro contra el mío, más blando. Bailamos sien contra sien, y es lo más romántico y sexi que he hecho jamás con un hombre.

Sujetándome con firmeza en sus brazos fornidos, coloca la palma de la mano en el hueco expuesto de mi blusa desabrochada, indicándome que me arquee hacia atrás, sobre la parte alta de su ancho muslo.

Mientras sostiene todo mi peso, me inclina todavía más.

Desliza la mano por mi piel al descubierto, separa los dedos al llegar al canalillo y me levanta de nuevo. Ya erguida, hunde su cabeza para dejar un camino de besos desde lo alto de mi escote, subiendo por el pecho y el cuello.

A pesar del aire acondicionado, mi cuerpo se derrite de placer.

Se pega a mí mientras nos mecemos otra vez, y siento lo dura que la tiene.

—¿Vendrás a mi casa? —Ahora habla el tequila por mí.

—No sé si es buena idea. —Frunce el ceño.

Se me para el corazón. Su rechazo me saca de esta neblina lujuriosa de golpe; noto cómo se me enciende la cara de vergüenza.

—Vale. Creo que me quiero ir a casa.

—¿Segura? —pregunta, desconcertado.

—Sí, tengo que volver para sacar a Pompón. Voy a ir al baño primero. ¿Puedes pedir un taxi, por favor?

Asiente, con el gesto lleno de preocupación, mientras el aire a nuestro alrededor se vuelve frío como el hielo.

Me abro paso entre la gente con el corazón encogido y me escabullo al baño.

Cuando salgo, Lincoln ya está en la acera con la puerta del taxi abierta, esperándome.

—¿Estás bien?

—Sí. —Enderezo la espalda y me esbozo una sonrisa falsa para invocar un poco de energía positiva.

El trayecto en taxi es el contraste absoluto con la noche que hemos pasado: se podría cortar la tensión con un cuchillo. Lincoln no dice una palabra y no ha parado de mover la rodilla durante todo el camino.

Al llegar a mi casa, me inclino y le doy un beso en la mejilla.

—Quédate en el taxi. Entro sola. Nos vemos el lunes.

No se mueve y se despide con voz suave.

Cuando por fin entro, saco a Pompón a hacer un pis rápido, me desmaquillo y me doy una ducha. Mi cabeza está más despierta que nunca al apoyar la cabeza en la almohada.

El timbrazo del móvil me hace pegar un bote. Lincoln.

Suelto un suspiro y acepto la llamada.

—Diga.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Por lo de esta noche. Es que…

—Ya lo sé. Estás tomándote un descanso de las mujeres —me froto la frente.

—No es eso —dice en voz suave.

—Entonces, ¿qué es?

—Eres distinta.

—¿Distinta cómo?

—No sé cómo explicarlo. Pero me haces sentir cosas que nunca había sentido y me haces querer ser mejor. Solo para ti.

Pongo los ojos en blanco.

—Ajá. —Suena a cuento chino—. Bueno, gracias por llamar para decirme eso.

—No puedo dejar de pensar en ti.

El silencio llena el vacío entre nosotros.

Y sigue.

—La he cagado en el pasado. He tenido muchos rollos de una noche y nunca he tenido una relación que durara más de un par de semanas. Nunca he conectado con nadie. Antes de conocerte, había empezado a pensar que me pasaba algo. A menudo siento que me falta algo. Ya sabes, por el tema del abandono. —No me deja contestar y añade— No se me dan muy bien los asuntos del corazón. Nunca he conseguido sentirme cómodo con nadie. Pero entonces llegaste tú y me descolocaste. Eres todo lo que podría querer en una mujer. Eres más que todo, y mi corazón se siente jodidamente feliz cuando estoy contigo. Pero me voy en seis semanas. —Hace una pausa—. ¿Por qué tenías que aparecer justo ahora? El universo se está cachondeando de mí. —Creo que ya está hablándole a la nada —. Conozco a una diosa, a una jodida reina, que es divertida, espabilada, hecha y derecha, inteligente, con un cuerpo increíble con forma de reloj de arena, dolorosamente perfecto, y no puede ser mía. —El tono de su voz sube palabra a palabra. Está enfadado con la situación.

Las cosas bonitas que dice de mí me provocan un revoloteo de mariposas en el vientre.

Contengo la respiración para escuchar. Solo entonces capto el rumor lejano de las olas.

«¿Está fuera?».

Tiro del edredón, salto de la cama y miro por el hueco entre las cortinas. Efectivamente, anda de un lado a otro frente a mi casa.

—Solo estoy aquí seis semanas, Violet. ¿Por qué no vives en Escocia, o por qué no habré nacido yo aquí, en tu ciudad, o por qué he tenido que cruzarme contigo? —Suelta un bufido mientras lo veo agacharse, coger una piedra de la acera y lanzarla con rabia al otro lado de la carretera y esta desaparece en la oscuridad de la playa—. ¿Por qué tuvo que comprar tu padre ese jodido gimnasio? —Se tira del pelo—. Vivimos a más de ocho mil kilómetros. Lo sé porque lo he

mirado. Estoy cabreado conmigo mismo por haberte invitado a salir esta noche. Lo único que he conseguido es desearte más. No sé qué me pasa. Nunca me había pasado algo así con nadie.

Sigo callada.

—La vida es tan injusta. Me gustabas mucho y, por primera vez… sentí cosas por ti. —Se lleva la mano al pecho.

«¿Me gustabas?».

Fuerzo un leve carraspeo.

—Yo también estoy enfadada.

—¿Sí?

—Sí. He conocido a un tío perfecto, guapísimo por dentro y por fuera. Pero se te ha olvidado algo.

—¿El qué?

Bajo corriendo las escaleras y cruzo el suelo de baldosas blancas. Abro la puerta y pulso el interruptor para abrir la verja eléctrica; él se gira hacia mí.

—Que esta no es una decisión de una sola persona, Lincoln. No me has dejado decidir ni decir nada. Has tomado una decisión que nos implicaba a los dos, y no estoy de acuerdo contigo.

Avanza despacio por el camino, aún con el móvil pegado a la oreja.

—¿Con qué no estás de acuerdo?

—Con no darnos una oportunidad. No me has preguntado si quería ver qué podía pasar entre nosotros, o, al menos plantearnos ser exclusivos. No estarías rompiendo tu estúpida prohibición autoimpuesta. Estarías abrazando una nueva aventura con alguien con quien podrías compartir tu vida para siempre. —Lo pongo a prueba—. ¿Y si son solo seis semanas de diversión? ¿Importa? ¿Dónde está tu sentido de la aventura? Solo tenemos una oportunidad en la vida y, si nos equivocamos, nos equivocamos juntos. Pero nunca lo sabrás si no lo intentas.

—Creo que necesitaría más de seis semanas contigo.

Ya en mi escalón, me mira de arriba abajo: estoy usando mis mallas cortas moradas de pijama y una camiseta lila. De pronto soy consciente de que llevo las piernas bastante al aire, no me he puesto sujetador, y mis pechos están apuntando hacia abajo.

Se aparta el teléfono de la oreja. Ahora, a menos de un metro, digo:

—Yo también quiero más de seis semanas contigo, pero igual resultas ser un completo capullo. Esta noche lo has sido un diez por ciento.

Suelta una carcajada veraz, por fin cuelga, se guarda el móvil en el bolsillo y yo bajo el mío.

—¿Solo un diez? —pregunta, divertido.

Me encojo de hombros.

—Meh, el resto de la noche ha estado bien.

—¿Así que el noventa por ciento de la noche ha estado «solo bien»?

—Sí, supongo —le chincho, y vuelvo al tema—. Además, hace mucho que no follo. Seis semanas haciéndolo puede ser divertido. Antes has mencionado algo de más de una vez al día. ¿Dónde firmo?

Sacude la cabeza.

—Violet West, los postes de nueve metros podrán ser tu némesis, pero tú eres mi perdición.

—¿Tu salto de fe?

—Sí.

Le tiendo la mano.

—¿Y lo vas a dar? ¿O vamos a estar con palabrerías toda la noche?

Capítulo 13

Violet

No me coge de la mano.

En lugar de eso, da un paso hacia mí, entra en casa, me hace retroceder y, con un pie, como un flamenco, empuja la puerta dando un portazo; el pestillo automático nos deja encerrados.

Se abalanza sobre mí, estrellando sus labios contra los míos a la vez que me alza en brazos. El móvil se me resbala de la mano y cae al suelo. Me da igual si se rompe.

—Peso mucho —me sale mi frase automática en cuanto dejo de besarlo.

Con las manos agarrándome el culo, entorna los ojos.

—Abrázame con las piernas.

Le hago caso.

—Nueva norma: nada de hablar mal de ti misma —murmura.

—Vale. —Ahora mismo le diría que sí a todo.

Me empotra contra la pared y se me escapa el aire de los pulmones.

—Usted, señorita West, no pesa mucho —su voz grave suena peligrosa y rezuma deseo mientras me roza la mandíbula con la nariz. Aspira hondo y me huele—. Pesas lo justo para que haga bíceps contigo. Voy a entrenar mientras te subo y te bajo por mi polla.

—Dos por uno.

—Exacto.

Empuja contra mí y asalta mi boca: toca, prueba, lame. Este beso es distinto a todos los de esta noche. No termina en baile ni en tequila; está lleno de promesas de lo que viene y de una actitud de «ahora sí». Está pasando.

Lincoln sigue restregándose contra mi centro de placer en una alineación perfecta, y me arranca un gemido.

Su mano grande y cálida se desliza bajo la tela de mis *shorts;* sus dedos exploran mi trasero desnudo antes de agarrármelo entero y apretarlo con fuerza.

En la amplitud de la casa no se oye más que el sonido de nuestros labios al fundirse y nuestra respiración agitada.

Sus dedos encuentran mi coño y echo la cabeza hacia atrás, jadeando, cuando me cubre los labios hinchados con la mano.

Suelto un gemido grave y prolongado cuando me mete un dedo.

—Joder, qué mojada estás, florecilla —murmura contra mi clavícula.

—Solo por ti. —Cabalgo su dedo, subiendo y bajando por la pared; todo mi cuerpo vibra como respuesta.

—Mierda. No tengo condones. ¿Tú?

—No.

Apoya la frente en la mía.

—No pensaba hacer esto contigo esta noche.

—Soy muy persuasiva.

—Ya me he dado cuenta —gruñe.

Nos miramos a los ojos.

—Estoy limpia. No follo desde hace más de un año y llevo la inyección anticonceptiva. Como un reloj —le informo.

—Yo también. Estoy limpio desde hace meses. Me hice las pruebas antes de empezar el viaje y no he estado con nadie. ¿Segura de que quieres hacerlo a pelo conmigo? —Frunce el ceño.

Asiento despacio, con una sonrisilla; él me devuelve una sonrisa deslumbrante.

—Vamos a hacerlo.

—Joder, necesito tumbarte y ver bien ese coño precioso. ¿A dónde vamos?

Me da mordisquitos con esa boca traviesa.

—Al ascensor.

Se aparta de golpe.

—¿Tienes ascensor? Qué pija eres.

—Cállate y camina.

Mueve su enorme cuerpo hacia el pasillo y se queda parado, distraído de pronto por algo que yo no veo a mi espalda. Saca el

dedo de mi coño mojado y gimo por lo vacía que me quedo de repente.

—Hay un peluche de cuatro patas en tu pasillo. Nos está mirando —dice por lo bajo—. Y lleva pajarita negra.

—La pajarita le da mucho porte. Y no es un peluche.

—¿Algodón de azúcar?

—Cállate y sigue andando.

—¿Una nube?

—Dios mío, como no avances hacia el ascensor, te follo aquí mismo en el pasillo mientras mi perro mira.

Los ojos se le salen de las órbitas.

—Eso pensaba. Por ahí —señalo con el pulgar por encima del hombro. Al pasar junto a Pompón, Lincoln lo rodea con cuidado—. No muerde.

—Puede que no le guste que toque a su dueña —susurra.

—A él le da igual. A mí no. Así que, por lo más sagrado, entra en el maldito ascensor. —Me separo un poco de su agarre, golpeo el botón de llamada con la palma y las puertas se abren—. Pompón, a la cama —ordeno—. Y tú —le tomo la cara entre las manos—: entra y bésame.

Él entra en el ascensor y yo pulso el tres en el panel; nos lleva a mi dormitorio, en la última planta.

—Qué mandona —me va besando el cuello con suavidad.

—Aún no has visto nada —inclino la cabeza para darle mejor acceso.

—Se me ha puesto aún más dura. Te voy a dejar hacerme lo que quieras.

—Me muero de ganas.

En cuanto las puertas se abren, solo necesita cuatro zancadas para llegar a la cama.

—Al borde del colchón —le ordeno.

Se gira, nos sienta y suelto un batiburrillo inesperado de palabras cuando su bulto grueso, aún tapado, me roza el clítoris.

—¿Perdón? ¿Qué has dicho? —ríe contra mi boca.

—Que ha sido increíble —susurro.

Pasa las manos por mis costados y me quita la camiseta lila por la cabeza, despacio.

—Estos pezones me están suplicando que los lama, florecilla. Son jodidamente preciosos.

Inclina la cabeza y me mete el pezón en la boca. Lo roza con la lengua, lo muerde con la presión justa y luego lo azota, jugueteando.

Grito bajito, enredándole los dedos en el pelo.

—No me canso de ellos. —Me aprieta los grandes pechos con cuidado—. Tienes unas tetas increíbles. ¿Te acuerdas del nombre del sitio de esta noche?

—¿Era Agastopia? —Vaya momento para hacer una pregunta tonta.

—¿Sabes qué significa? —Me da otro latigazo en el pezón con la punta de la lengua; ondas de placer me recorren la piel.

Niego. Tengo la mente en blanco total.

—Admiración por una parte concreta del cuerpo de alguien. Estoy obsesionado con el tuyo. Con todas y cada una de sus partes.

«Dios, ¿quién me ha traído a este hombre?».

Lo empujo, incitándolo a tumbarse.

—¿Qué haces? —Me agarra.

—Túmbate y disfruta.

Me deslizo por su cuerpo, y él me mira fascinado mientras empiezo a arrancar la ropa de ese cuerpo de escándalo.

La camisa negra es lo primero. Le desabrocho los botones y él se la saca de los brazos para ayudarme.

No puedo apartar los ojos de sus abdominales, dorados por el sol.

—Jesús bendito —se me corta la respiración.

Él suelta un gemido profundo cuando beso cada curva; tiembla al contacto de mis labios, y sigo bajando.

Desabrocho despacio los dos primeros botones de sus vaqueros y se me hace la boca agua solo de pensar en lo que hay debajo.

Desabotono el resto, deslizo la tela gruesa de diseñador por sus caderas y la dejo caer al suelo.

Su mirada oscura y ardiente me recorre, me quema.

—No llevas calzoncillos —murmuro, hipnotizada por su polla, enorme y gruesa. ¿Entrará? Es la más grande que he visto en vivo y en directo.

Una sonrisa divertida le baila en los labios.

—He ido sin calzoncillos toda la noche.

—¿Te depilas? —alzo las cejas con diversión al ver su piel suave.

—Espalda, trasero y entrepierna. No hay otra —me guiña un ojo; está endiabladamente guapo.

Me arrodillo entre sus piernas y lo miro, fascinada, mientras se pajea con la mano como si no pudiera esperar.

—Te toca —me señala con la barbilla—. Me voy a deleitar viendo cómo te quitas esos *shorts* mojados.

Con un brazo detrás de la cabeza, Lincoln sigue estimulándose despacio. Se le oscurece la mirada, su respiración cada vez se vuelve más pesada; el grueso glande brilla con su secreción.

—Enséñame ese coño precioso.

Me pongo de pie sobre el colchón, con cuidado de no caerme, y me bajo los *shorts* moviendo las caderas.

—Joder —sisea él, mirándome desde abajo mientras se pajea con más intensidad.

—¿Listo para tu visita privada a Brasil, Lincoln? —me recorro la piel ardiente con ambas manos hasta los labios inferiores y luego los separo.

—Qué bonito —murmura, sin aliento.

El coño me late de anticipación. Me toco el clítoris y una descarga me atraviesa el cuerpo.

—Hostia puta. No voy a aguantar. Llevo meses sin follar y estás tan buena… Ven aquí, Violet. —Alarga la mano hacia mí.

Me arrodillo otra vez entre sus piernas.

—Todavía no. Paciencia, Lincoln.

Gime, frustrado, y vuelve a tocarse.

Le beso el cuerpo esbelto y esculpido. Primero el vientre; luego le paso la lengua por los abdominales. Él retira la mano de su polla y me enreda los dedos en el pelo.

Bajo la mano y le cojo el miembro; por fin lo recorro con la lengua desde la base hasta la punta de una pasada, y me lo meto en

la boca, arrancándole un espasmo.

—Ay, la madre que… —se le escapa, y me agarra la cara con ambas manos.

Embiste, pero noto que se contiene.

—Qué rico, cariño. Muy, muy rico.

Le masajeo los huevos, primero suave, luego les doy un apretón antes de llevar la mano al perineo y amasarlo en círculos, mientras le chupo la polla con mucha más hambre.

—Hostia —resopla.

La sal me inunda la lengua.

Con el pulgar, me acaricia la mejilla una y otra vez; se siente como una ternura inesperada en medio de este arrebato salvaje.

Rodeo su glande con la lengua y aprovecho para humedecerme un dedo, chupándolo, antes de volver a introducirme su miembro en la boca.

Deslizo el dedo hacia atrás desde el perineo, y me desplazo aún más, esta vez para encontrar su ano fruncido, y lo acaricio con movimientos circulares.

Se incorpora de golpe, sacándome la polla de la boca.

—¿Q-qué haces? —abre los ojos como platos.

No muevo el dedo.

—¿Confías en mí?

Me mira con recelo y tarda al menos diez segundos en responder.

—A la mierda.

Me suelta la cara y me la meto de nuevo en la boca antes de que se lo piense, a la vez que introduzco mi dedo húmedo en su estrechez.

—¿Pero qué coñoooooo…? —Agarra las sábanas con fuerza.

Hundo el dedo otro poco, curvándolo hacia su vientre hasta encontrar lo que busco y presiono, arrancándole un gemido. Aprieto otra vez, y por fin empieza a relajarse.

—Nunca me habían hecho esto. Dios, ¿qué me estás haciendo? ¿Cómo puede gustarme tanto?

Entre el masaje de su punto P, mi boca y sus embestidas contenidas, sus gemidos crecen.

Dejo de chupársela y beso su glande brillante.

—Te estás conteniendo, Lincoln. Déjate llevar y córrete para mí —le susurro, suave.

—No quiero hacerte daño.

—No lo harás. Ahora fóllame la boca —ordeno, y sello los labios alrededor de su polla para tragármela entera.

—Decir «fóllame» con esa boquita… —jadea—. Me pone muchísimo.

Vuelvo a curvar el dedo y le acaricio en su punto más sensible. Suelta un gemido largo y gutural y empieza a follarme la boca de verdad, haciéndome lagrimear.

Me ahogo un poco cuando llega al fondo de la garganta. Acelera, dejándose llevar; yo le aguanto el ritmo, y lo miro justo cuando echa la cabeza atrás y pierde el control, clavándome los dedos en las mejillas para correrse.

—Joder. Me corro.

Se adentra hasta el fondo de mi garganta y ruge al alcanzar el clímax. Unos espesos chorros de semen me llenan la boca y me lo trago todo.

Me ponen a mil sus jadeos entrecortados, los espasmos de sus caderas y verlo cubierto de un fino velo de sudor. Me froto contra la cama con deseo, con los muslos empapados por mi excitación. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo palpita; lo quiero dentro. Necesito correrme.

Lo dejo tumbarse, le doy un respiro y retiro el dedo de su agujero tenso, luego le beso la punta de la polla, haciéndole dar un respingo. Gime y se pasa las manos por la cara.

—¿Qué coño acaba de pasar? —me mira a través de los dedos, casi avergonzado—. ¿Te he hecho daño? Siento si la he metido muy al fondo. No pretendía ser tan bruto.

Le deposito un beso delicado en el vientre.

—No te habría dicho que me follaras la boca si no quisiera. —Me bajo de la cama—. Dos segundos, que me limpio.

Lo pillo presionándose los ojos con las palmas de las manos mientras masculla:

—Hostia puta.

Al volver al dormitorio, Lincoln no se ha movido.

Me arrastro por encima de su cuerpo magnífico.

—¿Te ha gustado?

No esperaba que me agarrase de la cintura y me diera la vuelta con esos brazos musculosos.

—Usted, señorita West, está metida en un buen lío. —Me mordisquea el cuello—. Te tengo que dar una lección por sorprenderme así.

—Ah, ¿sí? —Le recorro la fuerte espalda con las manos; es tan ancha como un campo de fútbol.

—Tú, dulce florecilla, de dulce tienes poco; eres pura dinamita, joder. Y puede que me guste.

—Ya me lo imaginaba —replico.

Me sostiene la mirada.

—Nunca había hecho eso.

—No me digas. —Le acaricio la mejilla con el pulgar.

—¿Qué me estás haciendo?

—Lo mismo que me haces tú. Creo.

—Hostias, necesito saborearte. Voy a comerte enterita, florecilla.

Baja por mi cuerpo, dejando un rastro de besos hacia abajo, mordiendo, lamiendo, mordisqueando. Donde él está duro, yo soy delicada; donde él está bronceado, yo estoy mucho menos morena.

Ya cerca de mi coño, se acomoda entre mis piernas.

—Ábrete para mí —ordena, y yo obedezco.

Me dedica una última mirada y dice:

—Tienes el coño más bonito que he visto.

«Ay, Señor».

—Eres preciosa en todos los aspectos. Por dentro… —hunde la lengua rígida en mi interior empapado, y el cuarto da vueltas— y por fuera.

Lo miro, hipnotizada, mientras me lame el clítoris en círculos; las caderas se me levantan solas. Sujetándome con las manos, lo menea y luego se lo mete en la boca, y casi me corro ahí mismo.

—Ábrete más.

Me separo aún más, y me pierdo entre sus caricias.

Antes de que me dé cuenta, me devora entera. Sus labios carnosos y su lengua rozan mis dedos, y la intensidad sube.

Jadeo cuando me mete un dedo, y luego otro.

—Déjame a mí. Quita los dedos.

Mientras me inmoviliza con una mano sobre las caderas y el vientre para que no me retuerza, los dedos de la otra no paran de entrar y salir, llenándome de forma deliciosa con destreza.

Esto es exactamente lo que yo imaginaba que debía ser el sexo. Han tenido que pasar años para encontrar a alguien que sabe lo que hace.

—Oh, Linc, me corro. —Qué vergüenza, tan rápido.

—Fóllate mis dedos y córrete en mi lengua —ordena.

Me arqueo hacia él, buscando el estallido; me los hunde hasta el fondo y me corro.

Más fuerte que nunca.

Es una alegría absoluta; se me rompe el cuerpo en mil pedazos y la felicidad me baila por la piel.

—Lincoln —sollozo, con los dedos de los pies encogidos en las sábanas.

Sin ningún pudor, libero toda la carga que arrastraba, porque hoy he desplegado las alas y he echado a volar.

Le agarro del pelo y lo pego aún más a mi coño; sus gemidos de barítono se mezclan con los míos de soprano. Sigue estimulando mi clítoris y mi húmeda entrada mientras me recorre un placer divino, oleada tras oleada.

Tras mis ojos apretados, los disparos de *flashes* blancos y dorados de cien *paparazzi* ofuscan mis sentidos.

Estoy sin aliento cuando empiezo a recobrar el sentido. Lincoln besa con cuidado mi clítoris, aún sensible; me retuerzo y le aprieto la cabeza con los muslos. Él se ríe y su cálido aliento me inunda el sexo hinchado.

Muevo las caderas contra su boca. Estoy tan excitada que necesito correrme otra vez.

Se lo toma como una invitación y todo pasa en un abrir y cerrar de ojos. Se coloca sobre mí en la cama; mientras me chupa un pezón y aprieta una de mis nalgas, me engancha la pierna a su cintura y me penetra. Hasta el fondo. Los ojos se me ponen en blanco y grito de placer al recibirlo.

—Ah, joder, sí —gime.

Se queda quieto un momento, dejando que me ajuste a su tamaño.

Y, ¡aleluya!, tiene mucho aguante.

—Nunca había estado piel con piel con nadie. Eres alucinante. Estás empapada… y tan apretadita —las venas del cuello se le marcan con la tensión; parece luchar con el placer que lo desborda.

Los dos dejamos escapar un profundo gemido mientras saltan chispas entre nosotros.

—¿Otra vez la tienes dura? ¿Cómo es posible? —pregunto, entre pasmada y encantada.

—Está dura desde que me lo enseñaste… —sale de mí despacio y subraya las tres últimas palabras con embestidas profundas que me dejan la boca abierta— en… la… oficina.

El fuego entre nosotros reduce nuestro autocontrol a cenizas. Me aferro a él con fiereza.

—Fóllame más fuerte —suplico—. Llénaname.

Me la mete con tal fuerza que mis pechos rebotan con cada golpe de sus caderas; me empuja hacia arriba en la cama y tengo que agarrarme al cabecero de forja blanca para apretarme contra él.

Quiero más; mis caderas suben, dándole tanto como recibo.

—Joder, Violet. Eres increíble.

De pronto sale de mí, dejándome vacía. Las paredes me palpitan al borde del orgasmo.

—Date la vuelta. Ponte a cuatro —su voz ronca suena desesperada—. Te voy a dar lo que quieres.

Me coloco boca abajo y él me sube las caderas antes de darme un azote; chillo. Me deja un escozor delicioso y provoca una oleada de escalofríos.

Vuelve a introducirse y yo me estremezco ante la intensidad; disfruto cada segundo de cómo me llena.

—¿No era esto lo que querías, Violet? —Me azota fuerte varias veces más, y siento cómo la excitación me inunda por dentro, empapándole la polla—. Estás chorreando; eso me dice que de verdad te gusta, ¿eh?

Me da un último azote seco, arqueo la espalda y me entrego del todo, hundiendo los hombros en el colchón.

—Impresionante —murmura para sí, follándome duro y clavándome los dedos en las caderas; sé que me dejarán moratones.

Sube y baja el ritmo una y otra vez, llevándome al límite hasta que estoy casi al borde de las lágrimas y le suplico que me deje correrme.

—Necesito verte —jadeo, desesperada por tenerlo más cerca.

Gimo cuando se sale, me gira de espaldas más rápido que un latigazo y vuelve a deslizarse dentro de mí, llenándome con su miembro de una manera deliciosa.

—Usted, Violet West, es muy mandona. Ahora, agárrate a mí con las piernas —me ordena; las enrosco a la altura de sus caderas y me folla sin tregua—. Me encanta lo bien que recibes mi polla.

Cada terminación nerviosa se activa y el destello de mi orgasmo adopta una nueva forma, intensificándose con rapidez. Le miro a los ojos. Con la mandíbula apretada, gruñe:

—Déjate llevar y córrete para mí. Ahora.

El fuego se aviva en mi sexo y sé que es el momento. Ahora es cuando me va a dar todo lo que tiene, todo lo que necesito.

Lo atraigo hacia mí y estrella su boca contra la mía. Lenguas que bailan, dientes que chocan; nuestros cuerpos resbaladizos se funden mientras me sigue follando. Sus testículos golpean contra mi culo y, con otra embestida, una oleada de calor estalla en mi interior y se extiende por todo mi cuerpo a medida que alcanzo el orgasmo.

Una fusión de estrellas multicolores surge ante mis ojos y, por un instante, lo veo todo con total claridad. Un momento vívido de pura lucidez en el que comprendo que estaba destinada a encontrar a este hombre tan increíble.

El coño se me contrae; las paredes internas lo aprietan al mismo tiempo que lloriqueo, rogándole que me folle durante el orgasmo.

—Nena, esto es lo más excitante que he visto en mi vida —ruge.

Aprieto más las piernas a su alrededor y le clavo las uñas en el culo, duro, incitándolo a correrse también.

Lincoln se echa un poco atrás y me mira como si me desnudase el alma.

—Córrete, Lincoln. —Inclino las caderas, jadeando.

Su respiración entrecortada se acelera a la vez que sigue moviendo las caderas con fuertes embestidas. Con un último gruñido, se corre, llenándome con su esencia.

—Violet… Aaah, joder. —Echa la cabeza hacia atrás y rompe el contacto visual.

Una profunda satisfacción me recorre cuando mi nombre se le escurre de la lengua; mi corazón revolotea por la grandeza de lo que acabamos de hacer y por cómo me hace sentir.

«Como si él fuera el indicado».

Un cóctel de dulzura y desasosiego me revuelve un poco el estómago, y no me gusta.

Seis semanas. Ay, no.

No puedo apartar la vista de este increíble hombre que está encima de mí, con la boca abierta y el pecho brillante que sube y baja a bocanadas. El que acaba de decir mi nombre como si lleváramos años haciendo esto.

Su grosor late dentro de mí mientras desciende su erección. Nuestra respiración agitada es el único sonido que llena la habitación.

Intento reprimir mis sentimientos. Al fin y al cabo, he sido yo la que ha dicho que podía ser solo diversión.

Entonces, ¿por qué ya no lo parece?

Lincoln deja caer la frente. Sus labios buscan los míos y me besa durante lo que parece una eternidad.

—Siento que eres la parte de mí que me faltaba. —No sé si pretendía decirlo en voz alta, y eso me hace palpitar el corazón.

Entonces caigo en la cuenta: en lo más profundo de su ser, aún persiste el niño abandonado. Mi chico perdido. Quiero pasar cada hora de mi vida con él para mantenerlo a salvo y curar las heridas de su pasado.

Sigo con las piernas en torno a sus caderas mientras me besa la cara, las mejillas, las sienes; en sus brazos fuertes me siento adorada y completamente valiosa. Nunca nadie me había prestado tanta atención después de tener relaciones.

Cuando se sale de mí, gimo por la pérdida. Me deja vacía.

Habla bajito, casi un susurro:

—Vamos a la ducha, y luego voy a pasarme el resto de la noche haciendo que te corras en mi boca y en mi polla. Quiero lamerte cada rincón, mi dulce florecilla.

«Mi dulce florecilla».

Se me para el corazón.

—Tenía unas ganas locas de volver a Escocia. Ahora no quiero irme —murmura, hundiendo la cara en mi cuello.

—El destino juega en nuestra contra.

—Odio al destino. No es amigo mío.

Se tumba en el colchón y nos ponemos de lado, mirándonos; me acerca a él, me envuelve con sus brazos y me embriaga su olor adictivo.

—El mío tampoco.

«Seis semanas».

Capítulo 14

Violet

Estoy enfadada. Bajo las escaleras dando zancadas mientras me ato la bata lila pálido a la cintura.

El sol de la mañana atraviesa mi casa estilo invernadero. Si fuera mía, tendría la mitad de ventanas. Ya hace demasiado calor y me siento sofocada.

Al pie de las escaleras, bajo un par de grados el aire acondicionado y suelto un bufido.

«¿Se ha ido?».

¿En serio? Después de lo que pasó anoche. En mi cama. Durante horas.

Sabía que era demasiado bonito para ser verdad. Me estaba utilizando para follar. Haciendo como que «oooh, estoy de baja sexual», «eres distinta», «oh, estás tan buena…». Menuda patraña.

Encontrarme con la cama vacía al despertar no era lo que esperaba.

Pensaba que él era mejor que eso.

Estoy aún más enfadada conmigo misma por creer que era distinto: un buen hombre con un buen corazón.

Apoyada en la pared, cierro los ojos y me muerdo la uña del pulgar.

—¿Estás durmiendo de pie? —La voz divertida de Lincoln retumba por el pasillo y se me abren los ojos de golpe.

Estaba tan inmersa en mis pensamientos que no he oído abrirse la puerta principal.

Dejo caer los hombros, aliviada.

Está aquí.

Lincoln está en la entrada con la puerta abierta, con la ropa de anoche, y Pompón a su lado. Con el sol a sus espaldas, sus siluetas resultan cómicas: uno altísimo y el otro diminuto. El punto y la i.

—¿Has sacado a pasear a Pompón?

Estoy flipando. Flipando porque esté aquí; flipando porque ni me he dado cuenta de que mi perro no estaba. Soy una mala madre perruna. También alucino con que haya sacado a pasear a mi perro, al que apenas conoce, y con que Pompón se haya ido con él.

—Sí, se quejaba, así que lo saqué. Resulta que los perros tacita de té necesitan poco paseo. A los cincuenta pasos estaba molido. He tenido que llevarlo en brazos la mayor parte del tiempo. —Mira a Pompón—. Me lo voy a llevar otra vez luego. Es un imán de chicas de primera.

La sonrisa radiante de Lincoln le ilumina toda la cara.

Se agacha para quitarle a Pompón la correa de cuero negro y le rasca bien detrás de la oreja. Pompón intenta saltar a la rodilla que tiene flexionada, pero es demasiado bajito. Están para comérselos.

La imagen de Lincoln paseando a mi bolita blanca me arranca una carcajada.

—¿De qué te ríes?

—De nada —digo negando con la cabeza y me separo de la pared.

Pompón viene corriendo, lo cojo en brazos y lo achucho a más no poder. Huele a la colonia de Lincoln. Tengo que preguntarle cuál es. Es extrañamente adictiva.

—Parece que te sorprende verme. —Lincoln se yergue con toda su altura, cruzándose de brazos.

Me muerdo el labio. Me siento tonta y me quedo en silencio, avergonzada por haber dudado de él.

—Ah, pensaste que me había ido. Que había puesto pies en polvorosa. —Asiente—. Yo nunca te haría eso.

—Es solo…

—Está bien. No hace falta que lo expliques. Tendría que haberte dejado una nota.

—Habría estado bien.

—No me voy a ninguna parte, dulce florecilla.

«¿Cómo que no? En apenas unas semanas te marchas».

Como si notara mis dudas, se acerca a largas zancadas y se planta frente a mí. Sin tacones soy mucho más bajita que él. Esas manos con las que estoy obsesionada me toman la cara y me besa.

—Tienes cara de recién follada y estás adorable esta mañana, florecilla. —Me vuelve a besar, esta vez mucho más tiempo—. He ido a por el desayuno y un cepillo de dientes. —Alza una bolsa de papel marrón para enseñármela. Anda, ni me había fijado en que la llevaba—. ¿Tienes hambre?

—Mucha.

Me toma de la mano y me guía por la casa hacia la cocina, como si supiera dónde está todo.

—Has hecho un *tour* por mi casa mientras dormía, ¿verdad?

—Sí. Tienes el código de la verja eléctrica en la pared. Deberías cambiarlo. Y he encontrado la llave de la puerta en la consola del hall. Se lo pones demasiado fácil a los ladrones. Me he planteado robar el anillo de compromiso de zafiros de tu tatarabuela Brenda, las llaves de tu Mercedes Clase E descapotable y a tu perro, pero luego he pensado —deja la bolsa en la isla de acero y se convierte en una balanza humana—: ¿Qué prefiero, comerme ese coño rico todo lo que quiera durante seis semanas o ir a la cárcel? —Se inclina de un lado a otro, como sopesando—. Ha sido una decisión difícil. Pero soy demasiado guapo para la cárcel. —Alza el dedo índice—. Habría sexo a mansalva, pero no del bueno. —Se estremece.

Se me escapa una risita. Desde luego es demasiado guapo para la cárcel.

—Eres rarísimo a veces. Y soez.

Pero me hace reír, y me encanta un hombre que me haga reír y me mantenga despierta. Dejo a Pompón en el suelo y me subo a uno de mis taburetes de terciopelo azul.

—Anoche no te quejabas de lo soez que era. No engañas a nadie, señorita Ay-Lincoln-fóllame-más-fuerte —agudiza la voz imitándome.

Se me encienden un poco las mejillas.

—No hay nada de lo que avergonzarse, Violet. A mí me encantó.

Saca la cartera del bolsillo trasero —Prada, bien—, junto con el móvil, y los deja en la encimera.

—Me alegro de que no me robaras. Mi tatarabuela Brenda te perseguiría desde la tumba si te llevaras su anillo.

Me mira pasmado.

—¿De verdad tienes una abuela Brenda? Iba de broma.

Suelto una carcajada.

—Te estoy tomando el pelo.

Pone los ojos en blanco.

—Muy buena. Daría lo que fuera por probar tu coche, eso sí. Queda brutal en ese blanco perlado. Mi padre colecciona coches.

—¿Sí? ¿Qué tiene?

Lincoln infla las mejillas y me suelta por lo menos diez modelos.

«Virgen santa».

—¿Tu padre usa un McLaren P1 a diario? —Sé que ese supercoche cuesta, como poco, dos millones de dólares.

—Ajá.

—¿Y tú qué conduces?

La voz se le pone melosa cuando dice:

—Un Porsche 911 GT, negro. —Suspira—. Me encanta.

—¿Lo echas de menos?

—Sí. Castleview Cove tiene las mejores carreteras rurales. Curvas largas, acantilados tranquilos, cuestas estrechas. Perfectas para llevarlo al límite. —Creo que echa de menos su casa—. Nada que ver con vuestras autovías enormes, y nuestra hora punta consiste en quedarte detrás de un tractor. Si te retrasa cinco minutos, te arruina el día. —Resopla con falsa molestia y luego sonríe.

Una hora punta de cinco minutos suena a paraíso.

Saca dos tortillas de jamón y queso recién hechas de la bolsa y me da una.

—¿De dónde son? —Aún están calientes.

—De Sunrise Snacks, está a la vuelta de la esquina.

—Nunca he ido.

—Tienes que salir más. Hacen unas tortitas con beicon de muerte. Buenísimas. —Se le iluminan los ojos y, tan campante, abre el cajón que tiene al lado y saca cuchillos y tenedores.

«¿Cómo sabía que estaban ahí?».

—Ah, lo miré antes de irme, para asegurarme de que tenías cubiertos. Las jefazas como tú no suelen comer en casa y trabajan todo el rato, ¿a que sí? —Me guiña un ojo, bromista.

—Has acertado. Me conoces muy bien.

Me quedo alucinada mientras me tiende un plato y servimos las tortillas. Luego me coloca nata y azúcar delante, saca dos cafés de la bolsa y se sienta a mi lado.

—Le eché un vistazo a tu nevera antes de irme. Tenías huevos, jamón y leche, así que supongo que no tienes alergias. —Señala mi tortilla.

Aún no he cogido los cubiertos. Estoy demasiado sorprendida.

—¿No comes? —Él ataca su plato.

—Eh, sí. Es que estás, bueno, aquí, en mi cocina. Has sacado a mi perro a pasear y me has traído el desayuno. —Me está cuidando. Nadie me cuida. Yo me cuido sola. Siempre.

—Y…

—No eres como los demás.

—Soy especial. —Sonríe.

No le falta razón.

Echo un poco de nata y dos azucarillos al café.

—Tengo debilidad por el dulce —me justifico por reflejo.

—¿Y qué? Come lo que quieras. Haz lo que quieras. La vida es demasiado corta. —Bebe su café solo—. Come —me señala la comida con el tenedor—, vas a necesitar fuerzas. Tengo en mente hacer travesuras contigo todo el día. En cuanto recoja el coche, me vaya al hotel, me duche y vuelva, claro. Espero que no tengas otros planes.

Le doy un bocado a la tortilla, luego otro. Vaya, está riquísima. Puede que haya encontrado un nuevo sitio para desayunar.

Desayunamos juntos, a gusto, como si lleváramos meses haciéndolo.

¿Cómo es posible que lo conozca desde hace apenas unos días?

—Hoy no tengo planes. ¿Estás en un hotel? —Me parece que Rio dijo que le alquilaba su habitación libre.

—Sí, en uno de los baratitos. ¿Conoces The Blue View?

—Sí. —Y ronda los quinientos dólares la noche—. ¿Vas a estar seis semanas más? —Me quedo con la boca abierta, pero él no capta mi asombro.

—Ajá. Soy un hombre al que le gusta el lujo. No podía seguir en la habitación libre de Rio. Me mudé hace dos días. No es el más

limpio, traía una mujer distinta cada noche y luego estaban las fiestas. Me gusta tener mi espacio. —Me mira de reojo, sorprendido por mi expresión—. ¿Qué?

—Te vas a gastar más de veintidós mil dólares en alojamiento estas semanas.

—Rápida con los números.

—Se me da bien.

—No es tanto. Me hicieron precio porque mi padre conoce al dueño. Y he gastado poco en mis viajes porque he ido currando aquí y allá, y con eso pagaba hostales, moteles y demás. El billete de avión ya está pagado, y hace meses que no me compraba ropa. Ayer fue la primera vez. —Se señala lo que lleva puesto—. El coche no cuenta. Eso ha sido una inversión. —Me guiña un ojo—. Ah, y el corte y el afeitado. —Se rasca la barba de tres días y perilla.

—Me gusta. Te hace aún más guapo.

—¿Soy guapo?

—Sabes que sí.

Niega con la cabeza, como si le hubiera mentido. Se ríe y bromea, pero noto que también tiene sus inseguridades.

—Me gustas sin maquillaje. —Deja los cubiertos y da un sorbo al café humeante—. No tienes ni idea de lo hermosa que eres, ¿verdad? —Se pasa la lengua por los dientes.

—¿Es sábado de amor propio? —Arqueo una ceja.

—Ven. —Echa el taburete hacia atrás, se levanta de un salto, me gira el asiento y yo me bajo del mío de la manera menos señorial—. Tu casa mola mucho, por cierto. Me encanta tu cocina. Ese azul suave es brutal. Igual reformo la mía cuando vuelva —dice, llevándome de la mano por la casa.

Me sube el primer tramo de escaleras y se para arriba del todo. Me coloca de espaldas a su pecho y quedamos frente a la pared de espejo del segundo piso.

—¿Qué estamos haciendo?

Me desata la bata y la deja caer. Se queda arrugada a mis pies, dejando al descubierto cada resquicio de mi cuerpo.

Me muerdo el labio y me revuelvo, incómoda. Uf, qué vergüenza.

—Mírate, Violet —me ronronea al oído, detrás de mí—. Esto de aquí… —encaja la mano en la curva de mi cintura—. Es menuda y me encanta. Mis manos encajan a la perfección. —La ciñe con ambas—. Tus caderas son tan sexis. —Desliza las manos por ellas. Siempre las he considerado grandes—. Tienes un cuerpo por el que muchas matarían. —Me roza con las yemas de los dedos y siento mariposas en el vientre—. Tu piel es lisa y está tonificada; se nota que entrenas. —Tiemblo cuando posa la palma en mi barriga—. Tienes tripa. La mayoría tenemos tripa, Violet, pero tú pareces pensar que eres distinta. Anoche te vi mirar alrededor, dudando de ti, cuestionándote el modelito porque todos te miraban. No te equivocabas: te estaban mirando —me besa el hombro—, ¿sabes por qué?

Niego con la cabeza, incapaz de articular una sola palabra.

—Porque eras la mujer más cañón de la discoteca. Mírate.

Nuestros ojos se cruzan en el espejo.

—Tienes el pelo sedoso y los ojos te brillan cuando te emocionas: ayer se podía ver la alegría en ellos cuando nos deslizamos por ese poste. Estabas muy orgullosa de ti. Yo estaba orgulloso de ti.

—Me tiraste tú.

—Eso da igual —me ignora—. Tu piel reluce y vas impecable de la cabeza a los pies. Tu sonrisa me roba el aliento, y esta parte de aquí —me aparta el pelo del hombro, se inclina y roba un beso detrás de la oreja; me hace jadear— me encanta. Y esta —me besa el hombro. Otro beso.

Se coloca delante de mí y una lagrimita me corre por la mejilla. Por primera vez en mi vida me siento aceptada.

Me estoy aceptando tal cual soy.

—Y esta. —Se agacha a besarme la clavícula y sigue bajando. Me toma el pecho con la boca y me besa el pezón—. Tus pezones son de un rosa perfecto y me entran ganas de morderlos como si fueran gominolas. —Le hinca el diente y una punzada profunda me arde en el clítoris. Quiero que me toque ahí otra vez. Todo lo que hace me enciende el cuerpo como si estallaran fuegos artificiales—. Me apetece chuparlo, fuerte.

Yo también quiero que lo haga.

Se incorpora y me besa la frente.

—No miento. Cada día quiero que te plantes delante de ese espejo y te digas cuatro cosas que te gusten de ti. Serás menos crítica contigo misma, tu cerebro creará nuevas conexiones hacia la confianza y estarás más a gusto contigo. Funciona. Lo sé porque yo lo hice.

—¿Tú?

—Sí. A los dieciocho fui a terapia. Daba igual cuántas veces me dijera mi padre que el hecho de que mi madre se fuera no era culpa mía ni suya: yo no lo creía. Pensaba que había algo mal en mí, que yo no le gustaba. Pero después de seguir ejercicios sencillos y unas cuantas sesiones, algunas cosas cambiaron. Pero el cambio surgió de mí. Tenía que currármelo, averiguar quién era por dentro y por fuera. Ahora mírate y dime qué ves.

Echo los hombros hacia atrás, inflo el pecho y respiro hondo.

—Tengo los tobillos bonitos. —Alzo el pie y señalo con los dedos.

—Con tacones se ven de escándalo. Siguiente.

—Me gusta el largo de mis piernas.

—Ajá. Tienes unas piernas estupendas. ¿Qué más?

—En realidad me gusta mi cintura. Creo que hoy se ve más pequeña.

Extiendo los brazos y me giro un poco, estudiándome en el espejo.

—Y me gustan mis dientes. No tengo empastes. —Enseño las filas perfectas de perlas blancas.

—Te dejas una.

—Has dicho cuatro. —Repaso mentalmente: tobillos, piernas, cintura, dientes. Son cuatro.

—Esta. —Lincoln desliza la mano por mi canalillo.

—Qué raro que señales mis tetas. —Inclino la cabeza para que me pase el brazo por el hombro.

—No. Tu corazón, dulce florecilla. Tú, Violet West, tienes un corazón precioso.

Los ojos se me llenan de lágrimas.

—Creo que nos conocimos por una razón. —Me lo quedo mirando fijamente.

Él asiente.

—¿De verdad caduca tu visado en seis semanas?

—Sí.

—Quiero pasar todo mi tiempo libre contigo.

Me giro entre sus brazos y me pongo de puntillas para besarlo.

—Yo también.

—Llévame a la cama, Lincoln. Enséñame cuánto te gusta mi cuerpo.

Me alza en brazos y me lleva al dormitorio, donde, durante el resto del día, me demuestra cuánto aprecia mi cuerpo: con su lengua, con su boca.

Con todo.

Capítulo 15

Violet

—Agárrate al cabecero —dice, jadeando cada vez más rápido contra mi cuello.

Agarro las barras blancas de metal mientras Lincoln me embiste por detrás.

Nuestros gemidos y respiraciones superficiales inundan el aire caliente.

Me sujeta con firmeza contra su pecho a la vez que me folla hasta hacerme perder el sentido. Cuando giro la cabeza, me toma la barbilla para alzarla y poder besarme y, en cuanto entreabro los labios, su lengua asalta mi boca. La mía la recibe y se enredan, girando una alrededor de la otra como si bailaran al compás.

—Podría hacer esto todo el día —dice con voz ronca contra mi boca.

Se me escapan palabras ininteligibles cuando sus dedos expertos encuentran mi clítoris.

Lo pellizca, luego lo acaricia en círculos suaves y vuelve a empezar, hasta que ya no puedo más. Alargo la mano hacia atrás para agarrarle el culo, lo atraigo hacia mí y aprieto mis paredes internas para que profundice más en mi interior.

—Joder… —Se tensa.

Sé que está a punto de llegar.

Lincoln sigue trazando delicados círculos en mi clítoris con las yemas de los dedos. Sus movimientos detrás de mí son completamente opuestos: sus caderas se mueven frenéticamente, siguiendo un ritmo hipnótico.

Me lleva al borde del orgasmo.

—Dios, Linc. Me corro. Córrete conmigo —jadeo.

Las chispas que hay entre nosotros se transforman en un calor volcánico, y me corro con fuerza en oleadas temblorosas.

Me empujo contra su grueso miembro, deseando que él también se corra, ansiosa por compartir el momento.

—Ah, joder, Violet. —Sus gemidos desinhibidos llenan el dormitorio.

Su cálido aliento me rocía la piel y me clava los dedos en las caderas cuando se sacude dentro de mí, en lo más profundo.

Mi orgasmo explota por todo mi cuerpo. Tiemblo y gimo su nombre de placer mientras cabalgo sobre él hasta el final.

La saca un poco para volver a penetrarme, y le arranco otro gemido cuando mis paredes lo aprietan como una prensa hidráulica. Me envuelve: su cuerpo fibroso me rodea con un abrazo cálido y me acompaña en mi regreso al plano terrenal.

Lincoln jadea con suavidad en mi espalda, con la boca abierta apoyada sobre mi hombro, y lo besa con una ternura que hace que el corazón me dé un vuelco extraño.

Al cabo de lo que parece una eternidad, se desliza fuera de mi sexo ardiente. El cuerpo se me queda como gelatina y me tiemblan las manos por el bajón tras el orgasmo.

—Debería hacer un molde de este culo, pintarlo de violeta metalizado para que pegue con tu nombre y colgarlo en la pared del salón. Joder, qué pedazo de culo tienes. Esta parte de aquí… —Me pasa las manos por la caída de la cintura, donde se me ensanchan las caderas—. Estoy obsesionado contigo. Es una obra de arte viviente. —Me ciñe la cintura con ambas manos—. Tan pequeñita.

Me maravilla el poder que mi cuerpo ejerce sobre este hombre fuerte, dulce y gigante que está detrás de mí.

Al unísono, nos apartamos de la cama.

Estoy agotada y, tras una ducha más que necesaria, nos acurrucamos bajo las sábanas y dormimos la mayor parte de la tarde.

Capítulo 16

Violet

Medio dormida, abrazo las sábanas y observo a Lincoln mientras se viste con la ropa de anoche.

—Lo siento, tengo que irme, los sábados por la noche tengo un compromiso. Le echo una mano a un amigo de Rio y no puedo escaquearme.

—Está bien. —Bostezo—. No habíamos hecho planes para esta noche, tú y yo. Se supone que voy a salir con mis amigas.

Me estiro; me duele todo el cuerpo. Es un dolor placentero, prueba de nuestra maratón en la cama.

Lincoln se mete el móvil en el bolsillo de sus vaqueros negros y coge las llaves del coche de la mesilla.

—Hostia, tengo que darme prisa —dice mirando el reloj.

—Te he pedido un taxi, pero recuerda que me he ofrecido a llevarte.

—Lo sé, pero así puedes echarte una siesta antes de salir esta noche. ¿Vas con las dos amigas que tienes por todas tus redes sociales?

—Sí, Hannah y Ruby —confirmo.

Se lanza sobre mí, juguetón.

—Espero que les hables de mí a Hannah y Ruby. Que les cuentes lo bueno que soy en la cama, lo enorme que la tengo y…

—¿Lo mucho que te gusta que te meta el dedo en el culo?

Apoya la frente en mi hombro.

—Por favor, no les cuentes eso —murmura con la voz amortiguada.

Como si de repente se le ocurriera algo, levanta la cabeza para mirarme.

—¿Dónde demonios aprendiste a hacer eso?

Le acaricio el pelo con las manos.

—Nunca lo había hecho antes. Lo leí en una sección sobre sexo de una revista. Se me quedó grabado y lo recordé. Te ha encantado.

Gime, demasiado avergonzado para admitirlo.

—Vale, me siento mejor sabiendo que solo lo has probado conmigo. —Comprueba la hora otra vez—. Buf. —Me planta un beso urgente en los labios y se catapulta fuera de la cama—. Ahora sí que tengo que irme. Pásalo bien esta noche. Acuérdate de decirles a tus amigas que la tengo grande. —Me guiña un ojo—. Nos vemos mañana, ¿vale? ¿Sabes hacer surf? —Pulsa el botón del ascensor en la pared.

—Llegarás antes andando.

—Pero así paso veinte segundos más contigo. ¿Sabes o no?

—No.

—Perfecto. Mañana iremos a surfear tú y yo.

Estoy a punto de decirle que la idea de meterme en un traje de neopreno apretado me revuelve el estómago, pero me muerdo la lengua.

Mi cuerpo es precioso.

Suena el pitido del ascensor.

—Hasta mañana —se despide con la mano.

—Eh, Lincoln —lo llamo justo cuando las puertas casi se cierran. Sus dedos aparecen entre las dos placas de acero y las separan.

—¿Sí?

—Estás despedido.

—¿Qué? —exclama.

Me giro de lado, me incorporo y apoyo la cabeza en la mano.

—Me has oído: estás despedido. He revisado la política de la empresa. No podemos salir juntos.

—No puedes despedirme.

—Acabo de hacerlo. Tu contrato temporal queda anulado y tus servicios ya no son necesarios en Urban Soul Studios.

—Nunca me habían despedido en la vida.

—Eres director de tu propio hotel. No puedes despedirte a ti mismo.

Con las manos a ambos lados de las puertas, su silueta oscura llena todo el marco. Se ha quedado con la boca abierta.

Me incorporo y continúo, imitando su metáfora de la balanza de antes.

—Era eso o sexo alucinante durante seis semanas. Ha sido una elección difícil. Follar o no follar. —Muevo los brazos adelante y atrás como si estuviera haciendo malabares con una pelota invisible.

—Eres malvada. —Entrecierra los ojos.

—Y tú eres el tío más rarito que conozco, con ganas de trabajar cuando se supone que estás viajando para descansar. Debería llamar a tu padre. ¿Sabe siquiera que tienes un empleo?

—Lo sabía, eres una tocapelotas. ¿Y este es nuestro primer enfado?

—Sí.

—Te odio. —Sus ojos chispean de picardía: no lo dice en serio.

—Yo también te odio. —Dejo que las sábanas que me envuelven se deslicen un poco, y mis pechos quedan a la vista.

Como era de esperar, su mirada se posa en su nueva obsesión.

Se relame los labios y vuelve a la habitación.

—Buena elección. Bien hecho. Sí, quiero más de eso.

Está completamente distraído cuando el ascensor empieza a cerrarse detrás de él.

—Ay, mierda. —Se cuela de lado antes de que las puertas se cierren del todo.

—Hasta mañana —me río mientras terminan de cerrarse.

Cuando por fin llega a la planta baja, su voz resuena por la escalera.

—¿Podemos echar un polvo de reconciliación mañana?

—Sí —grito.

—¿Y puedo seguir ayudándote en el gimnasio? No como empleado, sino como voluntario. Si no, no te veré tanto.

—Sí —no consigo descifrarlo. En realidad, sí: le gusta trabajar, incluso más que a mí, por lo que parece.

—Pompón se ha cagado en el pasillo. Eso te pasa por despedirme. —La risa de Lincoln llena la casa, y un portazo indica que se ha ido.

Vaya, Lincoln Black.

Definitivamente, no entraba en mis planes este mes. Pero parece que acaba de convertirse en mi prioridad.

Capítulo 17

Lincoln

Voy en el taxi de camino a recoger mi coche.

Trasteando con el móvil, decido mandar un mensaje grupal a mis dos amigos de Escocia.

Yo: ¿Alguna vez una chica os ha metido un dedo por el culo mientras os hacía una mamada?

Recibo respuesta al instante. Lo sabía.

Owen: No hemos sabido nada de ti en dos semanas y ese es tu mensaje para retomar la conversación.

Jacob: ¿Qué pasa con el clásico «Eh, ¿cómo estáis?» o con el «Os echo de menos»? Hay que allanar el terreno un poco, dar unos mimos, unos preliminares.

Owen: Con esa frase me has follado por el culo sin lubricante. Totalmente inesperado.

Jacob: A pelo.

Owen: Y duele.

Me río para mis adentros.

Yo: Lo digo en serio. ¿Os lo han hecho?

Ninguno responde.

Yo: Hablo en serio, chavales. Necesito consejo.

Owen: Ah, qué coño, sí. Y si la pregunta es si me gustó, la respuesta es un rotundo sí.

Jacob: No es lo mío, me temo. La chica que me lo hizo no usó lubricante y no me lo esperaba. Un poco como esta conversación.

Owen: Auuch.

Jacob: Ya te digo.

Jacob y Owen son mis amigos desde primaria y los quiero como si fueran mis hermanos. No de sangre, pero hemos crecido juntos.

Hasta fuimos a la misma universidad.

Owen: Espera, para el carro. ¿Te has cargado tu año de celibato?

Jacob: Jesús, pobre de la chica que te haya desvirgado (otra vez). Ha tenido que ser una puta explosión.

Owen: ¿Sigue viva?

Jacob: Me debes cien libras, Owen. Sabía que no aguantaría.

Owen: Vete a la mierda, no lo sellamos con un apretón.

Jacob: Capullo.

Yo: Callaos, los dos. Entonces está bien, ¿no? Lo del dedo en el culo. No sé qué demonios me ha hecho, pero ha sido épico. No puedo dejar de pensar en eso… ni en ella.

Jacob: Suena a una noche loca.

Yo: No ha sido una noche loca.

Owen: Mierda, ¿te has pillado?

Jacob: No me lo creo.

Owen: El señor «voy a estar solo siempre» se ha pillado, ¿eh? Si no, no estarías preguntando.

Yo: Es distinta.

Jacob: Explícate.

Busco una foto en su cuenta de redes sociales. Hay una que me marcó cuando estuve curioseando la otra noche: sale con el pelo

largo, ondulado y oscuro; lleva un vestido de seda violeta hasta los pies, los labios color grosella y unos tacones negros de charol altísimos. Hago una captura y se la envío. Esa foto me pone a cien. Su sonrisa podría ser mi perdición.

Owen: ¿Dónde demonios la has conocido?

Jacob: Es preciosa.

Owen: Muy fuera de tu liga.

Suelto una risita. Lo es, y mucho.

Yo: La conocí en el gimnasio.

Mentira por omisión.

Jacob: Estás apuntando demasiado alto.

Owen: Es una chica de ensueño.

Jacob: Borra el chat luego. Como lo lea Skye, le da algo.

No sé por qué, pero estoy casi seguro de que Jacob siente algo por Skye, la novia de Owen. Lo pienso desde aquella noche en que los pillé acurrucados en la playa. Aunque quizá me equivoque.

Hago caso omiso a mis sospechas.

Owen: Oído cocina.

Jacob: ¿Entonces te gusta?

Yo: Mucho. Esa conexión que buscaba… creo que la he encontrado.

Owen: Pero ella vive en California.

Yo: ¿Tú crees que no lo sé?

Owen: Hostias, dime que vas a volver o me rompes el corazón.

Jacob: Te echamos de menos, tío.

Yo: Claro que vuelvo. No tengo otra opción. Mi visado caduca, y se acabó. Me toca volver a casa.

Owen: Por fin encuentras a alguien que te gusta de verdad y resulta que vive a miles de kilómetros.

Me paso los dedos por la frente.

Yo: Créeme, soy plenamente consciente.

Owen: ¿Cómo se llama?

Yo: Violet.

Owen: Bonito nombre.

Jacob: ¿Te das cuenta de que, si os casáis, se llamará Violet Black?

Joder. Ni se me había pasado por la cabeza.

Yo: ¡No nos vamos a casar! Solo la conozco desde hace unos días.

Owen: Sí, pero cuando lo sabes, lo sabes.

Jacob: ¿Tú sientes eso por Skye, Owen? ¿Lo sabes?

Lo sabía.

No es la primera vez que se lo pregunta. Está tanteando el terreno.

«Te has delatado, Jacob. Te gusta Skye». No puedo culparle: es preciosa, con sus moñitos y su ropa extravagante, pero no es mi tipo. Qué lío. Tendré que hablar con Jacob cuando vuelva a Escocia.

Owen: No puedo responderte aún. Pregúntame en unos meses.

Jacob: La vas a perder. Ella ha hablado de matrimonio y de hijos. Sabes que eso es lo que quiere.

Owen: Nunca me ha mencionado nada. ¿Y tú con Erin, qué? ¿Tú sientes eso por ella, Jacob?

Jacob: Rompimos hace tres días.

Owen: Hostia, no nos lo has dicho.

Yo: Lo siento. Erin era genial.

Jacob: No me estaba convenciendo del todo, para ser sincero.

Owen: Tenemos que salir a tomar una cerveza esta semana, Jacob. Ojalá estuvieras aquí, Linc.

Yo: No falta mucho para que vuelva.

Jacob: Gracias, chicos. Estoy bien, de verdad.

Tengo que reconducir la charla.

Yo: ¿Qué hago? ¿Disfrutar las próximas semanas y ver qué pasa? Ella es gerente en la empresa de su padre. Nunca la dejaría. Y yo no puedo dejar el hotel y el spa. No funcionaría.

Jacob: Así que básicamente estás jodido si te enamoras y jodido si no exploras lo que te podría deparar el futuro.

Jacob siempre ha sido el más sensato de los tres.

Yo: Estoy hecho un lío.

Jacob: ¿Por qué no te lo tomas con calma? Si duráis seis semanas, ya será un récord.

Owen: Nunca te había oído hablar así.

Yo: Quizá lo esté pensando demasiado.

Jacob: Pues deja de pensar. Vive el momento. Disfruta las semanas que te quedan de visado y deja que las cosas fluyan. Sin presiones.

Owen: Jacob tiene razón. Si dentro de seis semanas sigues sintiendo lo mismo, ya lo resolverás entonces. Pero no ahora, ¿vale?

Yo: Vale.

Owen: Tiene un cuerpazo de infarto.

Yo: ¡Borra esa foto ya!

Jacob: O se lo diré a Skye.

Owen: Chivato.

Yo: Bueno, tengo que irme. Voy a por el coche y luego a currar en el evento de esta noche.

Jacob: No me puedo creer que sigas haciendo eso. Pensé que serían solo un par de sábados. ¿Ya es tu cuarta semana?

Yo: Sí, es divertidísimo.

Owen: Disfruta y que no se te olvide ponerte los calzoncillos esta noche.

Yo: Eso haré. Gracias, chicos.

Jacob: No te olvides de escribirnos. Cuando vuelvas, salimos los tres a lo grande.

Yo: Hecho. Ciao.

Owen: Nos vemos, colega.

A pocos minutos de mi coche, cierro los ojos y apoyo la cabeza en el reposacabezas.

Parte de mí desearía haberle escrito al amigo de Rio, Dylan, para decirle que no podía trabajar esta noche. Preferiría mil veces estar abrazando a Violet.

Tengo ganas de que llegue mañana.

Surfear con Violet suena divertido. Me muero por verla con el traje de neopreno.

Capítulo 18

Violet

—¿Qué demonios es este sitio?

Miro el colosal edificio frente a mí mientras intento no torcerme el tobillo con los tacones sobre el empedrado de la entrada.

Por la puerta principal entran en masa grupos de gente alegre, en su mayoría mujeres.

Hannah enlaza su brazo con el mío y nos bamboleamos juntas, viendo cómo Ruby contonea su culo con seguridad delante de nosotras. Ha saludado a alguien que conoce nada más bajar del taxi. Típico. Nuestra famosa fiestera conoce a todo el mundo.

—Según Ruby, este es el lugar donde hay que estar un sábado por la noche. Solo lleva abierto dos meses, pero es dificilísimo entrar, y ya sabes cómo es Ruby.

—Conoce a todo el mundo —decimos a la vez y nos echamos a reír.

Los ojos grises de Hannah se encuentran con los míos.

—Eso es, así que nos hemos agenciado unas entradas, tía, y asientos VIP. Va a ser una locura. ¿No te suena de nada este sitio?

—Ni idea. He estado ocupada.

—Otra vez. —Hannah se echa la melena rubia hacia atrás.

—Ajá.

—¡Pues esta noche vamos a divertirnos! —grita Hannah animada, llamando la atención de Ruby.

Ella se gira, levanta las manos y menea los pechos.

—¡Claro que sí! —grita Ruby.

Como no tenga cuidado, se le van a salir las tetas del vestido negro palabra de honor. Eso, o enseña las bragas de lo corto que es. Le hubiera dado igual llevar solo una diadema. Sé de buena tinta que Ruby no posee ni una sola falda que le llegue por debajo de la cintura.

—Ay, Dios. Va a ser una de esas noches y yo ya estoy cansada —confieso.

—Si no hubieras estado follándote a un escocés buenorro toda la noche, estarías perfecta. Así que abróchate el cinturón, nena. —Hannah desengancha su brazo del mío.

—Dormir es de perdedores, y además ha merecido totalmente la pena. —Le doy un golpecito con el hombro.

Hannah tira hacia abajo de su minivestido plateado de lentejuelas.

—Así me gusta. Llevabas demasiado tiempo sin mojar.

—He saldado la deuda con lo de anoche y con todo lo de hoy. No me lo había pasado tan bien con un tío en mi vida.

—Por favor, encuéntrame uno de esos, Violet. —Pone morritos con sus labios brillantes.

—Acabo de encontrar uno para mí. Búscate el tuyo.

Hannah y yo cruzamos el gran vestíbulo y alzamos la vista hacia el enorme rótulo sobre la puerta: Confesiones.

—¿Esto fue una iglesia?

—Sí. Este sitio es la hostia. —Ruby nos da una palmada en el culo; pego un respingo y Hannah suelta un chillidito—. Os he traído para que os arrepintáis de todos vuestros pecados. Sobre todo, tú, Violet, después de lo de anoche. —Me vuelve a dar un azote.

Agradezco tener asientos reservados.

—Guau, está a reventar.

El local está hasta arriba de gente guapísima. Ruby nos corta el paso antes de entrar.

—Una cosa antes de pasar: no hay muchos hombres, pero los que hay son sublimes. De primera. —Se besa las yemas de los dedos—. Solo acordaos de pasarlo bien y ya me lo agradeceréis luego.

—Esta noche estás más misteriosa de lo habitual —Hannah saca el brillo de labios de su bolsito negro de lentejuelas; está obsesionada con reaplicárselo. Cierra el bolso con un clic y chasquea los labios—. ¿Entramos?

—De cabeza —Ruby se da media vuelta como una flecha; su melena rojo intenso ondea tras ella mientras avanza a toda velocidad hacia las enormes puertas de madera estilo iglesia que dan a la sala principal del local.

—Espero que hayáis traído un buen fajo de billetes, como os dije. Los sábados aquí son benéficos. Y sé lo caritativas que sois. —Suelta una carcajada y le hace un saludo con los dedos a otro conocido.

¿Una noche benéfica? ¿En una discoteca?

—¿En qué nos hemos metido, Hannah?

Me aliso el vestido morado oscuro con cremallera frontal. Es más arriesgado y ceñido de lo que suelo ponerme, pero lo compré hace siglos y nunca había tenido el valor de estrenarlo. Pienso en subir un poco la cremallera para disimular el escote, pero me contengo. A la porra, que las niñas respiren hoy. Me junto más las tetas y bajo la cremallera un centímetro. Después de todo lo que me ha dicho Lincoln esta mañana, nunca me he sentido tan atractiva.

Las puertas principales se abren y nos golpea una oleada de ritmos que nos sacuden el alma. Siento cómo me vibra el cuerpo entero. Va a ser una gran noche.

Alzo la vista a la par que nos acompañan a los asientos a través de un mar de mujeres excitadas; y contemplo las hileras de arcos de madera que hay en el techo. A ambos lados de la discoteca hay filas de reservados, todos equipados con modernos bancos de piel verde botella.

La sala es un contraste absoluto. A la altura de los ojos, todo está oscuro; por el contrario, el techo se encuentra adornado con miles de lucecitas cálidas como luciérnagas, salpicadas de grandes estallidos LED en forma de estrella. La luz rebota en las vidrieras y crea un caleidoscopio de colores en lo alto. Se me escapa un suspiro.

Echo un vistazo al enorme espacio y caigo en la cuenta de que el noventa por ciento del público son mujeres. Me acerco al oído de Hannah para que me oiga por encima de la música.

—Esta noche no encuentras tío ni de coña —digo riendo.

Asiente justo cuando por fin llegamos a nuestros asientos VIP, pegados a la barra.

—Tenemos los mejores sitios del lugar, chicas. —Ruby deja el bolso sobre la mesa y mira la hora—. Cinco minutos para que empiece lo bueno.

No sé a qué «bueno» se refiere, pero me levanto enseguida para pedir las bebidas.

La barra es tan larga que se pierde por uno de los laterales, con al menos cincuenta tíos sirviendo copas. Los espejos que la recorren por completo la alargan aún más. Las estanterías de madera en cada hornacina están abarrotadas de botellas de colores. La interiorista que llevo dentro aplaude a quien haya diseñado esto con tanto respeto. Es impresionante.

De espaldas a la barra, ando tan entretenida mirando la pista que una voz detrás me pilla por sorpresa:

—¿Qué te pongo?

Vuelvo la cabeza de golpe. Conozco esa voz.

—¿Lincoln? —suspiro.

Se le abren los ojos como platos.

—Mierda. ¿Qué haces aquí? —Parece preocupado.

—¿Qué haces tú aquí, y por qué estás detrás de la barra? —¿Y qué lleva puesto? Una camiseta blanca de tirantes que deja a la vista sus bíceps marmóreos y hombros bronceados; una gorra de béisbol y unos vaqueros enormes y caídos. Parece el puto Channing Tatum, pero diez veces más guapo.

—Trabajo aquí los sábados.

Agacha la cabeza y luego la levanta otra vez. Se gira la gorra hacia atrás para que le vea la cara. La mandíbula le tiembla, una vez, dos. Está para comérselo.

—¿Qué rollo te traes con los curros estos raros?

—Hoy no cobro. Nadie detrás de la barra cobra. Es todo benéfico, y solo llevo cuatro semanas. Les echo una mano, nada más. —Se muerde el labio y mira el reloj gigante proyectado en la pared sobre la barra. Tres minutos para la hora—. Mierda. Deberías irte.

—¿Por qué? —Frunzo el ceño, desconcertada.

No responde y nos quedamos mirándonos fijamente.

—¿Te vas a quedar? —Tamborilea con los dedos en la barra.

—Claro que me quedo. Acabamos de llegar —chillo.

Infla las mejillas y suelta el aire despacio.

—A tomar por culo. ¿Qué vas a beber?

Jamás le he visto tan serio. Le pido la bebida.

Se mueve detrás de la barra, sigiloso como un gato, prepara las copas a toda velocidad y las coloca con cuidado en la bandeja. Me cobra de forma casi automática.

Me agarra la mano cuando levanto la bandeja y hace que las bebidas tintineen.

—Prométeme que no me vas a juzgar ni te voy a gustar menos después de esta noche.

¿Eh?

—Después de casi veinticuatro horas en mi cama, siento que no te conozco nada. Estás actuando como un capullo, como si no me conocieras. Me acabas de pedir que me marche.

—No te he dicho que te vayas por eso, Violet —niega con tristeza en los ojos.

Un gong enorme casi me hace soltar la bandeja, y detrás de la barra estalla la actividad. Silbidos, gritos y aplausos rebotan por todo el cavernoso habitáculo.

Lincoln empieza a despejar la barra. No me quita los ojos de encima.

—Solo prométeme que no me juzgarás, ¿vale? —me suplica.

La gente empieza a contar desde veinte. El reloj proyectado mantiene a todos al mismo compás.

—Deberías volver a la mesa —me grita por encima del jaleo y vuelve a negar con la cabeza. Dos tíos vestidos igual que él le dan unas palmadas en la espalda: es la hora.

No le contesto, enfadada. Vuelvo dando pisotones hasta la mesa, donde Ruby y Hannah me acribillan con preguntas tipo: «¿Quién es el chico misterioso?».

Enfurruñada, le doy un sorbo al Cosmopolitan. No sé si estoy cabreada o triste.

—Dios, qué reservada eres, Violet —rezonga Ruby al no sacarme nada.

—No tengo nada que contar.

—Nada sobre jodido actor hollywoodiense detrás de la barra, ¿no? Nada de nada. Aunque acabo de verte charlar con él. ¿Al menos te ha dado su número?

No me da tiempo a responder porque el local se sume en la oscuridad y el público enloquece.

Una luz ultravioleta inunda el local y destaca una pared de hombres alineados encima de la barra, con las camisetas blancas brillando en un lila azulado.

Están en formación, esperando órdenes: con la cabeza gacha, las manos a la espalda y las caras ocultas tras unas gorras.

El corazón me martillea y no sé por qué, pero el ambiente en la sala cambia cuando un clavecín retumba por los altavoces. Los chicos aporrean el suelo con el pie derecho, al son de la música.

El comienzo de la canción suena cada vez más fuerte y, cuando arranca el ritmo todos marchan, levantan la cabeza y saludan.

«Ay, Señor. ¿Lincoln va a bailar?».

Lo busco y lo encuentro a tres mesas del extremo de la barra, justo al lado de la nuestra.

«Hostias. Creo que sí».

El bajo hace vibrar la discoteca. *If,* de Janet Jackson, coge ritmo y los pone en movimiento. La mitad salta de la barra y corre por el local cuando la intro de *heavy metal* se vuelve más fuerte. Saltan a las mesas de cada reservado y siguen la coreografía.

—¿Por qué nosotras no tenemos bailarín? —grita Ruby por encima del ruido.

Yo no aparto los ojos de Lincoln, que sigue bailando encima de la barra.

Se mueven a la vez, perfectamente sincronizados: una mano en la cabeza, barbilla al pecho, la otra sobre la entrepierna; embisten con la cadera, se agarran el cinturón y suben y bajan. El público se vuelve loco.

Se mueven juntos, precisos. Cada nuevo golpe de cadera hace que las mujeres chillen más. Los bailarines levantan la cabeza al llegar el estribillo para lanzar las gorras a la multitud; las mujeres, ligeras de ropa, alzan las manos, saltan, se zambullen a por una. Como si intentaran coger el ramo de una novia.

El resto se difumina y solo existe Lincoln. Se mueve con fluidez, como un bailarín profesional de *hip hop,* con movimientos de cadera y saltos. No puedo dejar de mirarlo.

Sus pies se mueven a toda velocidad, gira sobre sus zapatillas blancas gruesas y, al detenerse, rasga el cuello de la camiseta y se la arranca como si fuera el puñetero Hulk.

Me quedo boquiabierta.

Por favor, que se lo quite todo.

Un calor delicioso me sube desde los dedos de los pies. Ya he lamido esos abdominales y chupado esos pezones y, madre del amor hermoso, le he chupado esa polla tan divina.

Me abanico con la mano.

—Está para morirse —murmuro.

Hannah y Ruby están demasiado entretenidas con los demás como para notar lo cachonda que estoy.

Cae de rodillas y, como por arte de magia, cae agua del techo. La luz ultravioleta la convierte en hilos de diamantes. Echa la cabeza atrás para empaparse y se pasa las manos por el torso mientras avanza de rodillas, moviendo las caderas y la pelvis al compás.

Me toco la comisura por si estoy babeando al ver ese cuerpo de infarto.

Sacude la cabeza y unas gotas de agua salpican en todas direcciones, haciendo que el público junto a la barra grite pidiendo más.

Mira hacia arriba y nuestras miradas se encuentran. Parece serio, como si temiera que me enfadara por esto. Por eso me pidió que me marchara: no quería que lo viera.

Le regalo mi mejor sonrisa deslumbrante, alzo los brazos y grito todo lo que puedo:

—¡Más!

El alivio le ilumina la cara. Enseña los dientes en una sonrisa burlona que brilla bajo la luz ultravioleta.

Salta de la barra y corre hacia mí.

Ruby y Hannah gritan de emoción cuando Lincoln se sube a nuestra mesa.

Hace unos pasos de la coreografía conjunta, y luego llega la parte de improvisación.

Lincoln cae a cuatro patas y se centra en mí.

—Hola —sonríe con los ojos—. Es benéfico —me grita—. ¿Te parece bien? —Frunce el ceño.

—Claro que sí —asiento a la velocidad de la luz—. Ahora baila para mí.

Se inclina y me planta un beso.

Hannah y Ruby me señalan las normas proyectadas en la pared del fondo, que no había visto:

NO TOCARÁS (SALVO QUE UN BAILARÍN TE LO INDIQUE Y TE DÉ PERMISO).
NO BESARÁS, LAMERÁS NI MAGREARÁS.
NO BAILARÁS SOBRE LAS MESAS (SOLO BAILARINES).
HARÁS DONATIVOS.
DISFRUTARÁS DEL ESPECTÁCULO.

—Chicas —grito con una sonrisa que no me cabe en la cara—, él es Lincoln.

A Ruby se le doblan las rodillas y se deja caer en el asiento, atónita.

—¿Este es Lincoln? —Hannah le señala a él y luego a mí.

Asiento.

—A nuestra niña le ha tocado la lotería. —Levanta las manos y vitorea.

Lincoln echa la cabeza atrás, riéndose. Luego se pone en pie y me baila encima de la mesa. No aparta la mirada ni un segundo, y estoy casi jadeando con la forma en que mueve el cuerpo, de maneras que solo puedo imaginar.

Hannah y Ruby miran a su alrededor a los otros, creo que por cortesía, pero siempre vuelven a él.

Sip, mi chico sabe lo que se hace.

La piel le brilla bajo la luz provocadora y desearía que estuviéramos solos. Me muero por tocarlo.

En un fluido movimiento, se sienta al borde de la mesa y coloca las piernas en mis costados: sus abdominales deliciosos quedan justo frente a mí.

—Quítame los vaqueros —me pide, sonriendo con picardía.

—¿Aquí? —chillo.

—Sí. Es parte del show.

Se tumba boca arriba, se desabrocha el cinturón y eleva las caderas.

Voy a ir al infierno por hacerle esto a un tío en una iglesia.

Le bajo los pantalones empapados por las caderas esculpidas y descubro unos bóxer blancos y azules con la bandera escocesa.

Se le marca muchísimo el paquete y se le ve enorme. Tengo que apretar los muslos para contener el fuego que se me desata ahí abajo.

Con torpeza, le saco los pantalones por las zapatillas y los lanzo al banco de piel.

Lincoln alza la pelvis, con la entrepierna en toda mi cara, y se mueve arriba y abajo. Se me ponen los pezones como canicas contra el sujetador.

Un tío aparece al borde de la mesa con lo que parece una caja de colecta de iglesia. Choca el puño con Lincoln mientras Hannah y Ruby echan billetes por la ranura de arriba.

Como soy incapaz de moverme, Hannah rebusca en mi bolso de mano y hace mi donación por mí.

Yo pagaría el triple encantada.

Ya al final, las pulsaciones bajan un poco y el DJ da las gracias por las donaciones e informa de que esta semana van para una ONG local de veteranos sin hogar. Lincoln se incorpora y se inclina.

—Quedan dos canciones. Puedes donar más luego, chiquilla traviesa. —Sus ojos se deslizan a mi escote—. ¿Esa cremallera funciona?

—Sí. —Sonrío.

—¿Hasta abajo del todo?

—Ajá —me inclino—. Puedes bajármela luego. Estoy tan cachonda ahora mismo…

Me remuevo en el asiento, buscando alivio. Si estuviéramos solos…

—¿Ah, sí? —Se humedece los labios; baja la mirada a mi boca.

Inclino el cuerpo hacia él y apoya los codos en las rodillas, casual.

—Esta es la altura perfecta para que te folles mi canalillo, Lincoln.

El pecho le sube y baja, y los ojos se le oscurecen.

—Joder… Cógeme los vaqueros. Me la estás poniendo dura y aquí no toca.

Cierra los ojos con fuerza. Le paso los vaqueros mojados.

—Luego.

—Prometido. —Se cubre la entrepierna con el vaquero—. Y ahora, pórtate bien lo que queda de noche. Te vienes a casa conmigo.

—No puedo.

—¿Por qué no? —Alza una ceja.

—Porque tengo que volver a por Pompón. Tú te vienes a casa conmigo.

Se le curvan los labios.

—Termino a las once.

El corazón me pega un brinco al pensar que va a pasar otra noche conmigo.

—Perfecto.

—Hacéis muy buena pareja —nos corta Hannah—. Yo soy Hannah, por cierto. —Le estrecha la mano mientras Lincoln sigue tapándose su erección con la otra.

—Estás cachas —remata Ruby, repasando con la mirada el cuerpo tallado de Lincoln—. ¿Nos traes más copas? —Le hace un saludito coquetón—. Soy Ruby.

Lincoln gira sobre el culo y salta de la mesa.

—Enseguida. ¿Lo mismo?

Hannah ladea la cabeza, sin dejar de mirar sus abdominales con descaro.

—Sí, por favor, señor.

Le pego un codazo; da un respingo.

—Encantado de conoceros, chicas.

Les guiña un ojo, se pasa los dedos por el pelo mojado y se encamina a la barra.

Tres pares de ojos siguen a ese cuerpazo de otro mundo hasta que desaparece. En cuanto se pierde, mis amigas se vuelven hacia mí.

—De verdad que no sabía que iba a estar aquí —Alzo el vaso para dar un sorbo.

Me acribillan con una docena de preguntas. No me dan tregua. Y la que más odio:

—¿Cuánto tiempo estará aquí? —Hannah entrecierra sus ojos grandes y grises.

—Seis semanas —digo.

—Mierda —dicen a la vez.

Sí. Mierda es poco.

Capítulo 19

Lincoln

Cruzamos el aparcamiento pegados el uno al otro, con mi mano sobre la cadera de Violet. Estar con ella me sale natural. Encaja perfectamente a mi lado.

No consigo apagar esta sensación de plenitud que tengo cuando estoy con ella. Todo está bien. Correcto.

Como si la tierra hubiese parado de girar y ella me anclara, convertida en mi gravedad.

Y está a años luz de otras chicas con las que he salido —ejem, me he acostado—, y este encaprichamiento que tengo con ella me resulta desconocido. Es rarísimo, nunca había sentido por nadie lo que ha despertado en mí esta chica en dos días.

Ajena a mis pensamientos, Violet no ha parado de parlotear sobre lo increíble que ha sido la noche y lo mucho que le gusta cómo bailo. Me ha hecho muchísimas preguntas.

Aprendí a bailar viendo cientos de vídeos de *hip hop* en redes cuando era niño. Luego le supliqué a mi padre que me apuntara a clases en línea para seguirlas. Lo pillé rápido y me encantó, pero siempre fue solo un *hobby* y algo que hacía a puerta cerrada en mi cuarto.

Cuando me enteré de que el bar buscaba gente para las noches benéficas, me lancé: me daba algo que hacer los sábados aquí en Santa Mónica. Además, aquí nadie me conoce.

Bajo la mirada hacia Violet justo cuando ella mira hacia arriba. Está más bajita porque se le ha enganchado un tacón entre los adoquines al salir, y ahora, mientras camina, lleva el zapato roto en la mano, balanceándose alegremente. Tenía razón: es propensa a los accidentes.

—Dame eso. Los llevo yo.

Me pasa los tacones rotos.

De puntillas, me planta un beso en los labios mientras sigue contoneando las caderas contra mi otra mano.

Me ocurre algo raro en el pecho cuando apoya la mano sobre mi corazón. Algo que no sé explicar. Pero es agradable, cálido. Como si estuviera en casa.

Como si este fuera mi lugar.

Siempre he sentido una punzada en el estómago al pensar en que mi madre me abandonó cuando yo era un bebé. Una pequeña parte de mí se siente insuficiente o imperfecta.

Defectuosa.

Como la punta torcida de una estrella de cinco puntas dibujada a mano.

Nunca he hablado de esto con mi padre, porque hizo un trabajo fantástico criándome y sé que le preocupaba que yo creciera sin madre. Aun así, se desvivió para estar siempre presente: obras del cole, partidos, clases de natación… todo. Me apoyó, tanto física como emocionalmente.

Es el mejor padre del mundo, pero mi madre no es un tema sobre el que se pudiera hablar, al menos no en profundidad. Mis padres no estuvieron mucho tiempo juntos y se separaron poco después de casarse, así que supongo que tampoco la conoció tanto. Aunque mi padre siempre ha sido callado y reflexivo. Profundo.

También le costaba gestionar sus emociones. Debió de ser durísimo. Dieciocho años, divorciado, con un bebé. No concibo cómo lo hizo a la vez que trabajaba en el hotel y estudiaba la carrera a distancia. Aún me alucina. Menudo hombre.

Enmarcó una foto de mi madre para mí y estuvo en mi mesilla toda la vida hasta que vine aquí. Ahora está guardada en la cartera.

La miraba y me preguntaba cómo sería.

Si me quería.

Supongo que nunca lo sabré.

A pesar de que mi padre me ha querido más fuerte y más profundamente que ningún amor que haya conocido, ese uno por ciento, el niño que veía a sus amigos rodeados de sus madres todavía busca el calor, un abrazo y el amor de la suya.

No lo necesito, pero a ese uno por ciento de mí le gustaría saber cómo se siente.

Viajar, sin embargo, me ha dado la perspectiva que necesitaba. Me ha hecho darme cuenta de que tengo que abrir el corazón a la esperanza y a las posibilidades y dejar de apartar a la gente. Dejar de pensar que todo el mundo se va a ir, porque no es así.

Sé muy bien que lo mío con Violet tiene fecha de caducidad, y eso me revuelve por dentro.

Nada tiene sentido. He estado aturdido todo el día.

Violet corta mis tristes pensamientos.

—¿Quieres vivir al límite? —Abre de golpe la puerta del copiloto.

—¿Qué tienes en mente? —Dios, estoy hecho polvo. Ni idea de dónde saca tanta energía. Estoy seguro de que hace la fotosíntesis.

Nada más sentarnos en el coche deja el bolso en el suelo y, justo cuando voy a pulsar el botón de arranque, cruza la consola central, torpe, y se me sienta a horcajadas.

—No puedo esperar más. Me has estado provocando toda la noche. —Baja un poco la cremallera delantera del vestido.

—Nos van a ver. —La sujeto por la cintura para detenerla y miro alrededor en la oscuridad del aparcamiento.

—No. Estás aparcado en la esquina más alejada y llevas los cristales tintados.

Se baja la cremallera hasta la cintura. Sus tetas grandes y firmes son mi perdición.

—A tomar por culo.

Se alza un poco para que yo le baje la cremallera del todo.

—El mejor vestido del mundo.

Le aparto la copa de encaje del sujetador y me meto en la boca un pezón rosado. Me agarra de la nuca cuando le rodeo la punta dura con la lengua.

Violet forcejea con la cinturilla de mis pantalones, me los baja para liberar mi polla y me la acaricia, lo que me arranca un gemido.

—Me has estado provocando toda la noche, chico malo. Actúas como un chaval de diecinueve, tienes el cuerpo de un dios y follas como un rey. Ahora fóllame como si yo fuera tu reina, Lincoln.

Las guarradas que sueltan esos labios dulces me la ponen aún más dura.

Nos hemos acostado al menos cinco veces hoy, pero quiere más.

He encontrado a mi igual. Es insaciable.

Su mano sube y baja por mi pene. Ninguna mujer me ha puesto tan duro, y el líquido preseminal se me asoma por la punta de pura anticipación.

Cuando me frota el glande con el pulgar, suelto un gemido largo.

—Necesito estar dentro de ti ya —me cuesta articular palabra y aparto a un lado las braguitas de encaje empapadas para penetrarla. Echa la cabeza atrás y me aprieta las tetas contra la cara—. Esta noche me las follo. —Muerdo esa carne jugosa y ella jadea.

—¿Lo prometes?

—Te lo prometo —murmuro contra el pezón—. Mierda, no voy a aguantar. —La subo y la bajo por mi polla—. Estás empapada, florecilla.

Violet agarra el respaldo y empieza a cabalgarme más rápido.

La dejo hacer porque sabe perfectamente lo que necesita para alcanzar el orgasmo. Inclina las caderas, me aprieta con sus paredes, y yo tengo que contenerme.

Cuando apoya una mano en el techo para montarme más fuerte, le hago círculos en el clítoris como he descubierto que le gusta. Toques suaves, pellizquitos sutiles y golpecitos rápidos.

Suelta un grito de placer mientras le torturo el bulto entre los dedos y la miro, fascinado, mientras se deshace frente a mí.

Con la otra mano, enredo los dedos en su pelo y pego nuestras frentes.

—Córrete para mí, preciosa.

Su suave voz resuena mientras se folla a sí misma con mi polla dura como una piedra, haciendo rebotar sus enormes tetas.

Mi nombre en sus labios y su coño empapado son mi ruina, y el cosquilleo que ha ido creciendo en mi interior se me enrolla por la columna y baja a los testículos.

Se me tensan y gimo de puro placer mientras su cuerpo me extrae hasta la última gota.

¿Cómo puede ser que el sexo sea tan bueno con alguien a quien acabas de conocer? Mi cabeza no es capaz de procesar lo que pasa entre nosotros.

—Qué rico. —Violet se inclina y me besa con hambre; doy un respingo cuando me chupa la lengua.

Nunca había estado con una mujer que supiera lo que necesitaba en la cama. Violet lo tiene estudiado al milímetro y sabe cómo conseguirlo.

Se echa un poco atrás, con ojos soñolientos y borracha de lujuria.

—¿Mejor? —le digo, sin aliento.

Se aparta los mechones oscuros de la cara.

—Mucho. Ahora llévame a casa. Tienes una promesa que cumplir. —Se junta los pechos con las manos.

—Vas a dejarme seco, ¿eh? No sé si voy a poder repetir.

Aún dentro de ella, alzo las caderas y le arranco un gemido. Mentira. Con ella, mi polla siempre está lista. Es un puto sueño hecho realidad.

Mi antiguo yo me pide que me aleje porque preveo que me van a hacer daño, y mi nuevo yo quiere abrazarla y no soltarla nunca.

Otra primera vez para mí.

—Necesito dormir. —Pongo morritos.

—Ni de coña. Ahora llévame a casa.

Capítulo 20

Lincoln

Otro día precioso en Santa Mónica.

El sol es mi nuevo amor. Me hace saltar de la cama por la mañana.

Adoro Escocia, pero, joder, es deprimente cuando hace frío. Aunque pasar los días junto al fuego con Violet los haría menos grises y tristes.

«No va a pasar, Lincoln».

—¿En qué piensas? —Violet rompe mi ensoñación.

—En nada.

Con las manos apoyadas en la arena, me incorporo y cruzo los tobillos a la par que observo cómo cientos de personas y niños chapotean en el mar brillante y juegan en la abrasadora arena.

—Hoy estás callado. —Violet se sube las gafas de sol a la cabeza.

—Solo tengo sueño. —Bostezo.

—Oh, ya sé el sueño que tienes. Cuando subí al dormitorio anoche esperando encontrarte listo para cumplir la fantasía que prometiste, estabas frito.

Suelta un gritito cuando me lanzo encima y le sujeto las manos sobre la cabeza.

—Pues esta mujer ninfómana a la que conocí hace solo unos días no ha parado de cabalgarme desde que la conocí. Tengo rozaduras encima de las rozaduras.

Niega contra su toalla lila.

—No tienes resistencia —susurra apenas—. Y yo siempre estoy tan mojada por ti que no tienes ninguna rozadura. —Se relame.

Me dejo caer de nuevo en mi toalla y gimo ante su sinceridad. La he convencido para que se ponga hoy un bikini, y está para comérsela con ese conjunto negro de mínima expresión. Tiene cajones llenos de ellos, pero dice que nunca los usa en la playa y prefiere bañadores.

«Hasta nunca, bañadores».

Estiro el cordón de sus braguitas.

—¿Un chapuzón?

Se sienta y mira alrededor.

—¿Qué haces? —pregunto.

Se muerde el labio.

—Perdón. Es una manía, ¿vale? A veces tengo que hacer una ronda de reconocimiento. No quiero que nadie me vea. —Se lleva la mano al vientre.

—Estás preciosa, Violet. —Miro a un grupo de chicas charlando de pie. Señalo—: ¿Ves a esas de allí? ¿Qué ves?

Inclina la cabeza.

—Chicas guapas. Cuerpos bronceados. Proporcionadas.

—Y la del bikini amarillo —señalo con la barbilla—, ¿cómo la ves?

—Delgada, tonificada, rubia, con la piel estupenda.

—Para que conste y por si no lo sabes: eres de su talla, pero muchísimo más atractiva. No tiene tus curvas ni tu melena.

Resopla.

—No me parezco a ella.

—Sí que te pareces, coño. Pero estás a otro nivel, Violet West. Tienes una percepción chunga y alterada de cómo te ves. Ahora, levántate y usa esos bonitos piececitos que tienes para cruzar la arena como la reina que eres, tanto en la sala de juntas como en la cama.

Me pongo en pie y le tiendo la mano. No se mueve; sigue mirando a la de amarillo.

—¿De verdad soy de su talla?

—No diría algo que no pienso. Venga, arriba.

—Qué mandón eres —protesta.

Resopla. Se pone de pie, se ajusta la parte de abajo del bikini y se asegura de que el sujetador le quede bien sujeto.

—Además, las tienes mucho más grandes que ella —le robo un beso a esos labios con bálsamo.

—Las tengo más grandes que todo el mundo.

—Son el puto cielo. —Me quedo embelesado.

—No son tan celestiales si te quedaste dormido y me dejaste plantada con la promesa que me hiciste anoche.

—Esta noche te lo prometo por partida doble.

Pocas mujeres te dejan follarte sus tetas, pero a Violet la idea le encanta. La polla me da un respingo en el bañador y tengo que recolocarme el paquete disimuladamente.

—Y, además, estaba muerto: tras pasar toda la noche con una mujer que no se sacia, luego se pasó todo el día siguiente follándome hasta dejarme sin sentido y después estuve bailando por la noche con apenas dos horas de sueño. Luego volvió a montarme en el coche y otra vez esta mañana en su cama. Menuda forma de despertarse. Gracias por eso. —Hoy me he despertado con su boca caliente y húmeda alrededor de mi polla. El mejor despertador del mundo.

—Cállate. Te van a oír. —Sus ojos recorren la playa, que está a rebosar.

—A nadie le importa. Están demasiado pendientes de sí mismos —digo mirando alrededor. Tengo razón: nadie nos mira.

—Vamos, florecilla.

Doy el primer paso por la arena ardiente, esperando que me siga. Está a mi lado en un suspiro y me agarra de la mano.

—Buena chica —le guiño un ojo.

Cazo a un par de tíos mirando a Violet. Que se jodan. Es mía.

Las ganas de besarla delante de ellos se propagan por mi interior como un incendio y merman mi autocontrol. La acerco.

—Unos cuantos chicos te están mirando.

—No es verdad. Lo dices por quedar bien y, de todos modos, no pueden tenerme. Soy tuya.

Por ahora.

Me la cargo al hombro y echo a correr hacia el agua. Chilla cuando nos azotan las olas frías.

Tras media hora de hacer el tonto, besarnos y provocarnos en el agua salada, volvemos de la mano por la arena dorada hacia las toallas, despacio.

—¿Violet? ¿Eres tú?

Violet se tensa a mi lado y suelta un gemido de fastidio.

Delante tenemos una mujer altísima y delgada, vestida de blanco de pies a cabeza, mirándola. Hasta las enormes gafas son blancas. Parece una estrella de cine.

—Te estaba buscando. —Cruza los brazos.

—¿Qué quieres, Francesca? —La actitud de Violet cambia a la velocidad del rayo.

Ah, así que esta es la hermana.

—Papi nos ha ofrecido vendernos la casa de la playa. Como solo he estado dos veces, pensé que me podría pasar, verla por dentro y decidir si la compramos.

—Es papá, Francesca, no «papi». Tienes treinta y cinco. ¿Está vendiendo la casa en la que vivo? —chilla señalando su casa al otro lado de la calle.

—Sí. ¿Por qué? ¿No te ha dicho nada? —Su voz denota inocencia, pero la sonrisita torcida que se dibuja en sus labios la delata.

La charla educada pasa de cero a cien en un milisegundo.

Violet la esquiva por un lado hacia su toalla.

—No. ¿Por qué iba a hacerlo? Solo soy su inquilina —Parece abatida—. No es como si hablase con él cada día… —Se queda a medias mientras mete toalla y crema en el capazo transparente—. Ah. Ya —niega con la cabeza—. Has decidido que la querías y le has calentado la cabeza para que te la venda.

Francesca ni lo confirma ni lo desmiente, y eso lo dice todo.

Violet sigue:

—O esperabas que dijera: «Toma, Franny, para ti».

—A ti te la ha dado.

—No me la ha dado —escupe Violet—. La alquilo. Me la descuenta del sueldo cada mes. Yo me pago lo mío.

Murmura para sí palabras que no logro entender.

—Vuelve otro día. Cuando Pompón no esté. No quisiera que te dé alergia.

La excusa no engaña a nadie.

Se pone el vestido negro encima, enfadada, y se calza unas chanclas.

—Hoy ha sido un día genial: anoche bailando, haciendo surf esta mañana…

—¿Has hecho surf? —se atraganta la hermana.

—Sí, y se me da de lujo, la verdad. ¿A que sí, Lincoln? —me mete en la bronca.

—Increíble. Se te da de maravilla —estaba brutal en el neopreno, además. Ha estado fantástica. Cada vez que caía, se levantaba, y en una hora estaba surfeando. Todo se le da bien. Se ha llevado un coscorrón que la ha mandado al agua, pero se ha subido a la tabla y ha seguido hasta clavar la técnica.

—Supongo que tú también llevabas neopreno; qué ordinario, Violet —dice arrugando la nariz—. ¿Los hacen de tu talla? —Se ríe de su propio chiste malo.

Entorno los ojos. «¿Quién se cree?».

Salto a defenderla.

—Los hacen de todas las tallas, de hecho. Pero no hacen para gente que está podrida por dentro. Así que creo que para ti no hay.

Violet se echa a reír y a Francesca se le queda la boca abierta.

—¿Cómo dices?

—Lo que has oído —dice Violet, plana.

—¿Y este quién es? —Me señala, mirándola a ella—. ¿Y con quién se cree que está hablando? —su voz suena más aguda.

—Con la zorra que me ha menospreciado toda la vida. —Violet se yergue y me pasa las zapatillas—. Con la zorra que acaba de insinuar que estoy demasiado gorda para un neopreno. Y con la zorra a la que papá tuvo que buscarle marido porque era demasiado vaga para trabajar. —Mete nuestras cosas en la bolsa de la playa—. Y ahora, si no te importa, mi novio y yo nos íbamos.

«Novio».

—Y como suele decir mi apuesto novio escocés, que te den por culo, Francesca.

Eso es. Mi chica ha sacado sus garras.

«Mi chica».

Violet me toma de la mano y pasa frente a ella.

No digo nada más ni menciono que me estoy achicharrando los pies: aún no me he podido calzar, y las gotas que me chorrean del bañador no refrescan gran cosa.

Miro atrás y Francesca sigue clavada donde la hemos dejado. No se cree que Violet le haya plantado cara.

No conozco mucho a Violet todavía, pero apostaría a que nunca había tenido el valor de hablarle así.

—Mi hermana es como Gizmo, de los *Gremlins.* Parece inofensiva, pero échale agua y saldrá el monstruo feo bajo la apariencia adorable. Por eso nunca se baña en el mar: revelaría lo que lleva dentro. Dios, es horrible. Siento que hayas tenido que ver eso.

Al cruzar la calle, pregunto:

—¿Te compraste el perro para mantener a tu hermana lejos?

Se ríe por la nariz.

—Puede.

—Brillante —le doy un suave apretón en la mano.

Ya en casa, dejo que procese lo que ha pasado en la playa, que se dé una ducha y se arregle.

Cuando baja, estoy tumbado en su enorme sofá modular blanco con Pompón acurrucado sobre mi pecho, roncando.

Es una bola de nieve viviente.

—¿Has encontrado toallas limpias? —Se fija en la toalla blanca alrededor de mi cintura.

—Sí, tenía el bañador empapado. Lo he tendido fuera. Aún necesito ducharme.

Esta mañana he tenido que salir corriendo a comprar un bañador y ropa para hoy. No estaba preparado para cruzarme con Violet anoche ni para quedarme en su casa otra vez. Podría haber pasado por el hotel, pero era más rápido ir a las tiendas a dos manzanas.

Deja dos cafés en la mesa blanca de brillo y se sienta con un suspiro enorme.

—Seguro que te has sentado encima de Pompón alguna vez. Se camufla con tu sofá blanco.

Apoya la cabeza en el respaldo bajo.

—Es demasiado bajito para subir. Necesita que lo coja.

Me río.

—No lo había pensado. Es un bichillo curioso. —Es tan suave y ligero que casi no me pesa en el pecho.

—Pero es mono —Violet me mira—, y pago una fortuna en el veterinario, además de lo carísimo que valía.

—¿Cuánto costó?

—No quieres saberlo —pone los ojos en blanco.

—Au.

—Pues sí, au —dice bajito.

Le cojo la mano y entrelazo los dedos.

—¿Estás bien?

—Estoy bien.

—No, no lo estás. Te sientes mal por lo que le has dicho a Francesca, porque tienes corazón. En el momento querías defenderte de una vez por todas, pero el después no es lo que esperabas. Te sientes peor ahora, ¿verdad?

Hace una mueca.

—Sí. Qué horror.

—No lo es. Hoy has sido valiente y por fin has dicho lo que llevabas años tragando. Y quizá toca cambiar, Violet. Por muy bonita que sea esta casa, no te representa. Todo son líneas rectas y frialdad. Tú eres cálida y acogedora. Y además apenas tienes adornos ni textiles. Es como si no te hubieras mudado.

Mira alrededor.

—Tienes razón. No lo he hecho. Pero vivir frente a la playa es tan agradable…

—Eso te lo admito, pero quizá tu hermana te está haciendo un favor. Esto es una casa. No encaja con tu personalidad. Con la de Francesca sí: fría, blanca, con aristas. —Finjo un escalofrío y Pompón da un respingo.

Violet se ríe.

Le doy un empujón.

—Has estado de diez y muy clara al defenderte, sobre todo cuando le has dicho que le dieran por culo. Tendrías que haberle dicho además que es una *bawbag.* Hubiera pagado por verlo.

—¿Una qué? —frunce el ceño.

—Una *bawbag.* Significa «idiota» en escocés.

—Me encanta —se ríe y la susurra para sí—. No dices muchas palabras escocesas de esas. Pensé que me costaría entenderte, pero

no usas casi jerga.

—Vivo en la costa este y el acento no es tan fuerte como en otras zonas. Y no vamos por ahí diciendo los tópicos de *och, aye, the noo.* No hablamos así. Colamos una palabra o dos en una frase normal.

—¿Cómo?

—Eres una *blether.*

—¿Qué es eso?

—Que estás diciendo tonterías.

Se ríe.

—Otra.

—Hoy hace *braw.*

—¿Significa…?

—Que hace un día agradable.

Asiente.

—Es más común en la gente mayor hablar más cerrado, pero mis amigos y yo no solemos hacerlo. Es una palabra suelta aquí y allá. Cuestión generacional, creo.

—Tiene sentido, supongo, ahora que la gente viaja más.

—Mi abuelo tiene un acento fortísimo. Mi *yaya* aún a veces no le entiende.

Me río al imaginármela soltando tacos en griego cuando se frustra.

—Tu *yaya* es tu abuela, ¿no?

—Sí, te acordabas bien. Es griega. Bajita, elegante, fiera y, madre mía, cómo cocina. Su *baklava* es lo mejor —se me hace la boca agua con el hojaldre bañado en miel, almíbar y frutos secos.

—No sé qué es. Tendrás que encontrar un sitio aquí para probarlo.

—Trato hecho. —Nueva misión: encontrar una pastelería griega.

Violet se queda un rato callada, bebiendo café, y se le nota que va a preguntarme algo.

—¿Puedo preguntarte por tu madre?

Lo sabía.

—Sí, pero hay poco que contar. Ya te dije casi todo en el día de equipo.

Se gira hacia mí, y se acurruca en el sofá, recogiendo sus piernas bronceadas bajo su cuerpo.

Lleva el pelo mojado peinado hacia atrás, una camiseta lila pastel enorme y *shorts.* Me gusta que pueda ser ella misma conmigo, y me encanta que lleve tanta ropa morada, a juego con su nombre. Está muy mona.

—¿Así que nunca has visto a tu madre? ¿Ni una sola vez?

—Nunca. No sé dónde vive y puede que ni esté viva. —Es la primera vez que lo pienso y me hace sentir fatal—. ¿Me pasas el café, por favor? —No quiero despertar a Pompón.

Nuestros dedos se tocan cuando me coloca la taza, y al recostarse vuelve a inundarlo todo su olor a pera. Tengo que preguntarle qué perfume es.

Doy un sorbo grande y apoyo la taza bajo la barbilla. Necesito el valor que me pueda dar la cafeína si vamos a hablar de esto.

—¿Has pensado en buscarla?

—Sí —Pero fue un momento fugaz—. Viajaba mucho. No creo que sea fácil localizarla.

—¿Te gustaría?

Niego con la cabeza.

—Es difícil de responder. Siento que traicionaría a mi padre.

—¿Se lo has dicho?

—Nunca.

—¿Crees que se opondría?

—Mi padre es muy sensato. Le dolería, creo, pero no me frenaría si es lo que quiero. —Decir lo siguiente me cuesta—. También ten en cuenta que nunca volvió a Escocia a verme. Ni una vez. No sé si quiere que la encuentren.

Violet me posa la mano en el hombro y me lo frota con suavidad.

—Pero ya te lo he dicho: estoy bien. —Empiezo a sentir acidez. Me toco el pecho.

—Como yo con mi hermana. Bien.

Giro la cabeza para mirarla.

—¿Hablamos claro, sin filtros? ¿Puedo contarte algo que no le he dicho a nadie?

—Sí —Los ojos le brillan con curiosidad.

—En el fondo me gustaría encontrarla, hablar con ella y quizá saber adónde fue tras dejarnos. Qué hizo, qué le apasiona, sus aficiones. Me encantaría saber dónde está ahora. Me encantaría que se sentara conmigo y poder preguntarle si alguna vez me quiso. Si alguna vez piensa en mí —decirlo duele y los nervios me golpean el estómago—. Pero ¿y si me rechaza otra vez? ¿Y si la encuentro y no quiere ser encontrada? No sé si mi corazón lo aguantaría —lo último se me escapa.

—Ay, Linc —Violet se acerca y me toma la cara—, lo siento.

—Si la buscara, o me haría muy feliz o me destrozaría. No estoy preparado para ninguna de las dos. Mejor dejarlo así, creo.

—¿No te gustaría hacer las paces o cerrar ese capítulo?

—Sí y no. Es más fácil mantenerlo todo como está y no ir en busca de preguntas sin respuesta. Aunque hay un runrún dentro de mí que me dice que la busque. Como si ella fuese la pieza que falta para llenar este vacío que siento a veces. Viene a temporadas. No se lo he dicho a nadie. Eres la primera. —Ni siquiera sé por qué se lo estoy contando.

—¿Cómo te hace sentir ese vacío?

—Como si tuviera un nudo en el estómago. Enredado, tenso. No sé. Quizá mi madre sea la clave para desatarlo. A veces siento que falta una pieza del puzle y no puedo ver la imagen completa de quién soy. Sé que aún no me conoces tanto, pero disimulo bien mi barullo y a veces tengo días malos. Me he hecho experto en ocultarlo. Ni siquiera yo entiendo lo que digo, así que ¿cómo vas a entenderlo tú? Perdona. —Le aparto la mano de mi cara. Intento no mostrar mi incomodidad y le beso rápido la palma. Odio esa mirada de lástima que me está echando ahora mismo—. Necesito una ducha.

Violet recoge a Pompón de mi pecho. Abre la boquita y bosteza con un quejido.

—¿Salimos a cenar? —pregunto.

—Iba a pedir algo.

—Vale. —Necesito zafarme de esta seriedad—. Elige tú, florecilla. Conoces esta ciudad mejor que yo.

—No sé yo. Todo este fin de semana me has llevado a sitios que ni conocía. Igual deberías elegir tú.

Salto por encima del respaldo.

—¿Y Sea & Soul?

—Ni idea —se ríe.

—Búscalo y pedimos cuando salga de la ducha.

—Planazo.

La voz curiosa de Violet me pilla al poner el pie en el primer escalón.

—¿Cómo se llamaba tu madre, Lincoln?

—Olivia. Olivia Grace Black. Cogió el apellido de mi padre. —No decía su nombre en alto desde hace muchísimo.

—Bonito nombre.

Agarro la barandilla y subo, sintiendo que los dos pisos de arriba recaen sobre mis hombros.

Al llegar al dormitorio, me entra un mensaje. Cojo el móvil de la cama.

Papá: ¿Te apetece recibir visitas?

Yo: ¿A qué te refieres?

Papá: Nos vamos a Santa Mónica.

Yo: ¿Quiénes?

Papá: Todos. Eva, tus hermanos y tu hermana. Eden, Hunter y sus tres críos. Ella, Fraser y el pequeño Mason. ¿Te apetece?

Yo: ¿En serio?

Me encantaría verlos.

Papá: Sí. El hijastro de Fraser vive relativamente cerca. Ha sido su excusa para irse de vacaciones. Estuvimos charlando. Que si patatín, que si patatán, y hemos reservado todos.

Yo: ¿De verdad?

Papá: Sí. Volamos en cuatro semanas y volveremos todos juntos dos semanas después contigo.

Yo: ¿Y el hotel?

Papá: Para eso hay gerentes, Linc. No te preocupes.

Yo: Pero vuelvo en unas semanas.

Papá: Lo sé, pero así pasamos tiempo juntos, nos ponemos al día; si no, volverás derechito a ponerte a currar y no tendremos ocasión de oír tus historias.

Yo: Qué ganas de veros.

Papá: Nosotros también tenemos ganas. Nos alojamos en tu mismo hotel. Tenemos la suite presidencial, así que estaremos todos juntos. ¿Te imaginas seis adultos y siete niños bajo el mismo techo? Me duele la cabeza solo de pensarlo.

Yo: En el fondo te encanta.

Papá: Sí.

Yo: Voy a poner la cuenta atrás en el móvil.

Papá: Yo ya la he puesto. Veintiocho días.

Yo: No puedo esperar.

Capítulo 21

Lincoln

—¿Estás trabajando? —Me apoyo en la puerta del despacho del segundo piso de la casa de Violet.

Alza la cabeza de la pantalla del portátil y arruga la nariz; está monísima, aunque tiene cara de agobio. Lleva el pelo recogido en un moño deshecho, con mechones sueltos por todas partes, y unas enormes gafas de pasta color lila fosforito.

—¿Usas gafas? —me sorprendo.

Se las sube a la coronilla y se recuesta en la silla de oficina.

—Solo para la pantalla —se presiona los ojos con las yemas de los dedos—. Pensé ponerme al día con los cuatrocientos treinta y dos correos que me han entrado el fin de semana. Curiosamente, ninguno era de mi padre para contarme lo de la casa. Seguro que Francesca me estaba tomando el pelo.

—Yo no podría trabajar con estas vistas desde el despacho. —Meto las manos en los bolsillos y me acerco a los ventanales, con los pies descalzos chapoteando por el suelo blanco.

—Distrae un poco. —Violet me llama la atención—. ¿No has encontrado una camiseta, Lincoln?

—Tenía calor y voy medio vestido. —Señalo el chándal azul marino que me compré esta mañana.

Se recoloca las gafas sobre la nariz con el dedo índice.

—Tienes que irte. Eres demasiado… —Sus ojos se quedan clavados en mis abdominales. Los tenso para chincharla. Gime—. Demasiado, a secas. —Vuelve a centrarse en el portátil—. Mañana por la mañana será un caos si no hago esto ahora. Tengo contratistas a primera hora. Es el primer fin de semana que no trabajo en meses. Ya sé por qué. —Está tensa. Me acuerdo de esa sensación, y me espera cuando vuelva al trabajo.

—¿Ese es tu armario de papelería? —Me voy a un mueble abierto al otro lado del despacho. Está abarrotado de planificadores de

todos los colores.

—No toques nada. Sé dónde está cada cosa. No me desordenes el sistema. —Salta de la silla.

Hay cajas transparentes etiquetadas que rebosan de pegatinas arcoíris, recambios, rotuladores, marcapáginas y *washi tape.* ¿Qué coño es una *washi tape*? Me río, desconcertado.

Cierra la puerta del mueble y me empuja para apartarme de su preciado alijo de agendas.

—No se toca. —Niega con su dedo índice.

Alzo las manos en señal de rendición.

—Entendido.

Vuelve a su silla.

—¿Te ayudo en algo?

—No. Estoy bien. Solo necesito una hora y soy toda tuya. —Ya está distraída, leyendo en la pantalla—. Creo que ya no me gusta mi trabajo.

—¿No?

—Es la misma mierda, día sí y día también. Antes me emocionaba.

—¿Y ahora?

—Me resulta monótono, previsible, y últimamente me pregunto si esto es todo lo que me depara la vida. Anoche fue el primer sábado que he salido desde hace meses sin que fuese por trabajo.

—¿Quizá necesitas unas vacaciones?

—O un trabajo nuevo. —Suspira—. No me hagas caso. A veces me pongo así. —Sus dedos vuelan por el teclado como si fueran una ametralladora.

—Me llevo a Pompón a pasear, entonces.

—No sé qué pedir para cenar. Elige tú.

—O podría follarte en este escritorio —digo, sabiendo que no me está oyendo.

—Me parece buena elección. ¿Tienen gambas al chili? Me encantan. Pero muy picantes.

—O comerte el precioso coño debajo del escritorio mientras respondes correos.

Teclea con furia: «Jennifer, no queda presupuesto para una silla ergonómica nueva para tu despacho de casa».

Y no se ha dado cuenta de que ya estoy a su lado. Giro la silla y me inclino sobre ella.

—¿Qué haces? —Contiene el aliento.

—Ayudarte a relajarte.

Subo las manos por sus muslos, dorados por el sol de hoy.

—Pero estoy tra…

Le tapo la boca con la mano.

—Shhhhh. ¿Quieres dejar de hablar? —Alzo las cejas.

Asiente.

—Buena chica. Y déjate las gafas puestas; te dan aire de secretaria sexi.

Retiro la mano. Con las yemas de los dedos desciendo hasta el bajo de sus pantalones cortos.

—Sube las caderas.

—Pe…

Le pongo la mirada de «ni una pregunta».

Obediente, eleva las caderas y le quito los pantalones.

—La camiseta también —ordeno.

Se la quita sin pensarlo dos veces y se la saca por la cabeza. No lleva sujetador.

Caigo de rodillas. Me mira mientras le abro los muslos. Un huracán me aporrea el pecho. No quiero que esto que tenemos acabe.

Violet me acaricia la mejilla.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta, como si hablara consigo misma.

«¿Se refiere a ahora o en el futuro?».

No puedo contestar a eso, así que no lo hago. En su lugar, la arrastro al borde del asiento y le beso el clítoris.

Apoya las piernas en los brazos de la silla, entregándose.

Con dedos expertos, juego con sus labios ya hinchados, los abro con cuidado y me llevo su clítoris a la boca.

Sin brusquedad, sin prisa. Solo lametones y toquecitos suaves para quitarle el estrés.

Le separo más los labios y aplano la lengua sobre su coño mojado; gime. Dibujo círculos pequeños alrededor de su entrada, y hundo la lengua rígida en su calor, entrando y saliendo una y otra vez, llevándola al borde hasta que se retuerce y jadea mi nombre.

—Oooh —se le escapa bajito. Me restriega la pelvis contra la boca para alcanzar el clímax—. Necesito correrme, Linc.

Me aparto apenas para contemplar su coño rosado y empapado para mí.

—Lo sé, florecilla. Lo sé.

Le rozo el clítoris con la punta de los dedos y le doy un toque más firme. Arquea la espalda. Ya le he encontrado el punto. Le queda un suspiro para llegar al éxtasis.

—Estás tan sexi cuando te corres. Entrégate y córrete. Suelta todo el estrés, florecilla.

Le beso el interior del muslo.

Cuando levanto la vista, me está mirando. Sonríe y no puedo evitar devolverle la sonrisa antes de volver a centrarme en su clítoris a la vez que hundo dos dedos en su cálido interior y los dejo ahí, bien profundos.

Sus gemidos se vuelven más altos y salvajes.

Aprieto contra sus paredes internas, curvo los dedos, le provoco por dentro y la invito a correrse mientras no dejo de lamerle el clítoris. Acelero y la follo con los dedos hasta que se corre por toda mi mano, empapándome.

—Eres tan bueno en esto… —ronronea, enredándome los dedos en el pelo; me recorren escalofríos. Cualquier roce suyo me enciende.

Me saco los dedos y me los chupo.

—Sabes a cielo.

Entorna los ojos y se humedece los labios.

—No lo sé. Nunca he estado. —Suspira.

—Acabo de llevarte.

—Lo nuestro se parece más al infierno. Caliente. Inagotable. Estoy segura de que siempre hay algo que intenta devorarte. —Se ríe.

Me encanta cuando se ríe.

Baja las piernas de los brazos de la silla y apoya los pies en el suelo.

—Gracias. —Me besa—. Lo necesitaba.

—Lo sé. Ahora vístete y trabaja. Tenemos una cita para cenar abajo en una hora.

—Hecho. Ahora sí podré concentrarme.

—Me imaginaba que ayudaría. —Me pongo en pie del todo—. Y luego me ayudas tú a concentrarme a mí. —Señalo la erección que se me marca bajo los pantalones.

—Puedo ayudarte ahora. —Se pasa la lengua por los labios carnosos.

—No. Trabaja. —Me froto la polla turgente. Joder, duele—. La diversión luego. Me voy a pasear a Pompón y pido la cena.

—Como sigas haciendo cosas bonitas por mí, igual te pido que te cases conmigo y seas mi asistente personal en todos los sentidos. —Se ríe a medias y, de golpe, abre los ojos como platos y se pone colorada: se acaba de dar cuenta de lo que ha dicho.

Nos sostenemos la mirada.

Completamente desarmada, desnuda, Violet se levanta y se acerca a mí. Me mira con sus ojos grandes de cervatillo.

—Sabes que lo digo de broma, ¿no?

«¿Lo dice de broma?».

—Y de verdad, Lincoln, no sé por qué te he conocido, pero hay un motivo. No soy tonta y sé perfectamente que no puedes comprometerte más allá de unas semanas. Pero prométeme esto: si quieres que paremos, dímelo, porque aunque te pedí que dieras un salto de fe conmigo, sé que también está bien dar un paso atrás cuando todo se vuelve demasiado. Para proteger esto. —Me apoya la mano en el pecho.

«Joder». Se me acelera el corazón porque quiero tirarme al vacío con ella, pero lo único que sale de mi boca es:

—Vale. Solo llevamos unos días. Lo iremos viendo día a día.

«¿Lo iremos viendo día a día?»

Soy idiota.

—Vale. —Me palmea el pecho dos veces. Le tiembla el culo generoso cuando corre de vuelta al escritorio y se viste.

¿«Solo llevamos unos días»?

Huyo del cuarto y pongo los ojos en blanco ante mi estupidez.

—Y ponte una camiseta. Esos abdominales son solo para mí, Lincoln Black.

Me paro al pie de las escaleras para oír cómo se habla a sí misma.

—Muy bien, Violet. Menuda estúpida soy. «Ay, igual te pido que te cases conmigo» —pone voz grave temblorosa—. Idiota. Han pasado tres días, mujer. Vaya chorrada. Se me ha escapado. Nueva norma: pensar antes de hablar. Así se corta todo el rollo. ¿A quién quiero engañar? Nunca he tenido rollo. Venga, los correos —oigo la silla arrastrarse—. ¿Y quién narices quiere llamarse Violet Black? Es el nombre más estúpido que he oído. Violet West-Black. Violet Black-West —se queja.

Así que ha pensado en su nombre.

—Ese nombre no hay por dónde cogerlo. Voy a parecer un muestrario de Pantone. ¿Por qué no me llamaron Jane o Monica? Pero no, «Te llamamos Violet porque las violetas eran la flor favorita de tu abuela» —imita una voz aguda de pija—. ¿No podía haber elegido una flor que se llamara Susana?

Me río bajito al pie de la escalera.

Es graciosa.

Me he metido en un buen lío.

Capítulo 22

Lincoln

—Guau, estaban buenísimas. Volveré a pedir. —Violet se chupa los restos de las brochetas de gambas al chili de los dedos. Resulta que le gustan extrapicantes y supersazonadas.

Como ella.

—Qué ricas. —Me palmeo el estómago—. Vas a tener que llevarme rodando hasta la cama.

—¿Así que te quedas a dormir?

—He pensado ir mañana por la mañana al hotel, ducharme y cambiarme allí, y luego te veo en el gimnasio.

—¿Seguro que no tienes otra cosa que hacer? ¿De verdad quieres ayudar? No te estoy echando ni nada —me corta con un gesto de manos en alto—, pero te quedan pocas semanas aquí. ¿Seguro que quieres pasarlas en un gimnasio conmigo dándote órdenes?

—Sí que quiero. No tengo nada más que hacer. Ahora mismo solo mato el tiempo, y así te veo. Pero si no tengo nada que hacer, puedo ser tu asistente personal. No me importa traerte café. He hecho camas, he ayudado en el *spa,* he montado máquinas del gimnasio y he trabajado en todas las áreas del hotel. Ah, y en el restaurante.

—¿Cuál ha sido el trabajo que menos te ha gustado?

—Fácil: recepción. Solo hablo dos idiomas, y uno es el inglés, pero tenemos huéspedes de todo el mundo. Hablar al menos dos o tres idiomas más es un requisito para el puesto, así que nuestros conserjes y recepcionistas dominan al menos diez entre todos. Debería ponerme como objetivo aprender otro idioma. —Mojo el dedo en la salsa de Violet y la pruebo. Me atraganto; me arde la garganta—. Joder, esto pica. —Bebo un trago de agua helada y le devuelvo la pregunta, con la lengua aún ardiendo—: ¿Y tú? Si trabajases en algún área de la empresa de tu padre, ¿cuál elegirías?

—También fácil. Mi padre invirtió hace años en una empresa de cosmética, pero nunca ha hecho crecer el negocio. Tiene un

potencial enorme —los ojos le brillan—. Fabrica, distribuye y vende en Reino Unido. Igual te suena: Nkd by Nature.

Niego con la cabeza.

—Da igual —sigue—. El diseño es una pasada, igual que las fórmulas. Es vegana, no testa en animales. Cumple todos los requisitos —Se anima por momentos—. Me encantaría meterle mano. Necesita un *rebranding* para atraer a un público más joven. Él siempre ha hablado de lanzarla a nivel global, pero nunca lo ha hecho.

—Suena divertido.

—Lo sería. En fin, soñar es gratis. Además, un proyecto así implica más trabajo y menos tiempo libre, y ya hago demasiadas horas extra. Lo verás en las próximas semanas. Te pido disculpas por adelantado por la cantidad de tiempo que paso trabajando. Pero te prometo que también sacaré tiempo para ti. —Suspira—. Creo que tenías razón: necesito unas vacaciones.

Se mete la última gamba picante en la boca.

—¿Así que mañana es tu primer día como voluntario? —masculla entre bocado y bocado.

—Nunca trabajé por dinero, Violet.

—Vas a contracorriente, lo sé, ya me lo dijiste. —Sonríe con picardía—. Rarito.

—Tengo muchas ganas de trabajar contigo. ¿Llevas faldas y vestidos al trabajo, incluso en la obra? —Deslizo el plato vacío sobre la mesa blanca.

—Todos los días, porque voy de un sitio a otro: oficina, reuniones, locales…

—¿Y alguno de esos vestidos tiene cremallera, como el de anoche? —Le guiño un ojo.

Ríe a carcajadas.

—Eso no va a pasar en el trabajo. Eres un granuja, Lincoln Black.

La tiento con mi apellido.

—¿Sabes que, si nos casáramos, te llamarías Violet Black?

Me mira con fingida inocencia.

—Oh, sí, no lo había pensado —Se le ruborizan las mejillas—, qué nombre más tonto. Sonaría como una gama de pintura. Menos mal

que eso no va a pasar —su voz suena tensa—. Vamos a recoger.

Eso me lo dice todo. Le gusto. Más de lo que quiere admitir.

Le quito el plato de las manos y lo dejo junto al mío.

—¿Qué haces?

—Quiero besarte.

Se sube de rodillas en el sofá y me ordena tumbarme.

—No. Primero yo.

Siempre tan dispuesta, se mueve con la rapidez de una pantera.

Dios, esta mujer va a dejarme seco.

Pasar de estar meses sin sexo a esto… apenas puedo seguirle el ritmo. Pero siempre está más caliente que el infierno. No me quejo.

Sin perder el tiempo, me saca la polla del pantalón de chándal y la recorre de la base a la punta con la lengua. Suelto un silbido al notar cómo se me llena de sangre en un instante.

—Joder, Violet.

Me baja los pantalones hasta los tobillos para acomodarse mejor.

Cuando sus labios se cierran sobre el glande y su lengua gira alrededor, me hace gemir; el líquido preseminal se escapa de la punta. Me bombea con la mano, creando un túnel apretado, y se me pone más dura, más gruesa para ella. Cuando se la mete entera en la boca, casi me corro al momento.

Sus mejillas se hunden al chupar con más fuerza.

—Sí, sigue hacien… —Oh-oh. Esto ya no me está gustando tanto. Un ardor punzante, como agujas ardientes, me atraviesa.

Una llamarada más caliente que el sol me devora la polla, y sube, más y más.

¿Qué coño…?

Intento apartarla, pero interpreta el gesto como que quiero más y me succiona con más fuerza.

—¡Dios! —rujo cuando el fuego sube otro nivel; siento como si me hubieran vertido lava fundida—. ¡Para, joder, para!

De fondo, Pompón ladra sin parar.

—¡Suéltame! —bramo.

Por fin se aparta y me llevo las manos a la polla, encogiendo las piernas. No puedo pensar ni respirar.

—¿Qué he hecho? ¿Te he hecho daño? —me grita por encima de mis alaridos.

—¡Me arde la polla!

Cierro los ojos con fuerza. El perro sigue ladrando. Aúllo como un poseso. El calor aumenta a cada segundo. Estoy al borde del desmayo.

—¡La madre que me…! —Ruedo por el suelo—. ¡Quiero levantarme, pero me duele!

—¿Qué dices…? Oh, Dios mío. ¡He comido chili! —grita—. ¡Lo tengo en la boca y en las manos! ¡Era extrapicante!

—¡Y ahora lo tengo en la polla! ¡Necesito hielo!

Me incorporo de un salto, olvido que tengo los pantalones en los tobillos, tropiezo y me doy con la cabeza en el borde de la mesa blanca brillante. Oigo a Violet chillar, y es lo último que recuerdo.

Capítulo 23

Violet

—Solo voy a decir esto una vez, y luego no volveremos a hablar del tema. ¿De acuerdo?

Me muerdo los labios para no reírme mientras Lincoln se queda de pie frente a mí, con las piernas abiertas como un vaquero.

—De acuerdo. —Suelto una risita.

Entorna los ojos.

—En cuanto salgamos del aparcamiento del hospital esta noche, nunca, jamás volveremos a hablar de esto, y no puedes contárselo a nadie. —Sujeta una bolsa de hielo contra la entrepierna.

—Puede que tengamos un problemilla. Tal vez haya mandado por accidente un mensaje al grupo de Hannah y Ruby.

—Virgen santa —bufa, recolocándose el paquete—. ¿Por qué coño sigue ardiendo como el culo de Satán? —Aprieta los dientes—. Necesito un baño de agua fría.

Está al borde de las lágrimas.

—La enfermera dijo que probases a meterlo en leche fría cuando lleguemos a casa. Pero igual le cambia el sabor a la leche si lo hacemos. —Vuelvo a soltar una carcajada.

—Oh, sí, divertidísimo. —Abre más las piernas—. Tengo un burrito de jalapeños en lugar de pene, la frente pegada con superglue (que me va a dejar marca) y una leve conmoción cerebral. Aunque supongo que la mejor parte, y estoy seguro de que te parece aún más desternillante, ha sido que dos paramédicas me encontraran inconsciente, con la polla en la mano y desangrándome en tu salón.

Ya no puedo aguantar más: estallo en carcajadas, riéndome tan fuerte que casi me meo encima. He aguantado toda la noche, pero ya no puedo más.

Al cabo de unos minutos, me pongo en pie y me seco las lágrimas con el bajo de la camiseta. La enfermera me advirtió que no me tocara los ojos ni la boca en unas horas.

—¿Ha terminado, señorita West?

Planto las manos en las caderas y echo la cabeza atrás para no venirme abajo. Respiro hondo un par de veces y me abanico la cara con la mano para calmarme.

—Continúa.

Tengo que morderme los labios porque me vienen imágenes de esta tarde. No sé si estoy colocada por la adrenalina o por el *chili,* que parece ser muy potente. Puede ser eso.

Lincoln sigue presionando la bolsa de hielo sobre su entrepierna.

—Repite conmigo. Yo, Violet West.

—Yo, Violet West —repito, con una mano sobre el corazón, como si jurara ante un tribunal.

—Prometo solemnemente…

—Prometo solemnemente…

—Lavarme siempre las manos y cepillarme los dientes después de comer *chili* extrapicante antes de hacerle una mamada a Lincoln.

—Lavarme siempre las manos y cepillarme los dientes después de comer *chili* extrapicante antes de hacerle una mamada a Lincoln.

Me tapo la boca con la camiseta cuando me vuelve a dar la risa.

—Eres una inmadura.

—Eres una inmadura.

—Oh, para ya.

—Oh, para ya.

Resopla.

—Vale, perdón. —Respiro hondo para recomponerme—. Vámonos a casa. Ha sido una noche larga.

—Sabes, señorita West, esta tarde estaba pensando que eras un poco mayor que yo y que parecías empeñada en destrozarme la polla. Misión cumplida. Te nombro Violet «Destrozapollas» West.

Camino hacia él riendo a carcajadas mientras él sigue refunfuñando sobre su maltrecho miembro y su ego magullado.

Entre sus quejas y mi ataque de risa, consigo meterlo en el coche.

Pulso el botón de arranque y el motor deportivo ruge. Lincoln apoya la cabeza en el reposacabezas.

Sí, ha sido divertido, pero tengo que vigilarlo esta noche: ha sufrido un golpe en la cabeza. La enfermera me ha dado un folleto con los síntomas de alerta y lo que hay que vigilar.

No estoy segura de ser buena cuidadora. No mantengo bien la calma en las emergencias humanas. Con edificios, hojas de cálculo y logística, perfecta. Con un escocés gigante desangrándose en mi salón, no.

No sabía qué hacer primero: si encerrar al perro, llamar al 911, taparlo con una manta, detener la hemorragia, reanimarlo… Todo me daba vueltas y no podía pensar.

Jamás olvidaré el crujido de su cabeza al golpear la mesa ni lo que vino después: sangre. Mucha sangre. Ver ese rojo amapola extendiéndose sobre el mármol blanco aún me revuelve el estómago.

Antes de que llegaran los sanitarios, al menos tuve el buen juicio de cubrirlo. Seguía encajado entre la mesa y el sofá y no podía moverlo. Lo intenté, pero pesaba demasiado. ¿Qué podía hacer? Lo dejé allí inconsciente, le tapé la entrepierna y le presioné la herida de la cabeza con una toalla para frenar la sangre.

Es un corte limpio, pero enseguida se le ha puesto morado y negro. La enfermera ha dicho que el enrojecimiento y la hinchazón del borde bajarían en un par de días.

Me siento fatal.

Vaya noche.

—Lo siento muchísimo, Lincoln.

—Tienes mucho que compensarme —gruñe.

—Podría volver a besarte ahí abajo.

Gira la cabeza hacia mí mientras el semáforo se pone en rojo y me mira como diciendo «ni se te ocurra», aunque los ojos le brillan con picardía.

Capítulo 24

Violet

—Hoy te quedas aquí y descansas. —Me siento al borde de la cama y le doy un beso—. Mucha agua, nada de conducir y, por supuesto, nada de *chili.*

Sus ojos centellean de diversión ante mi broma del *chili.* Sabe que jamás voy a olvidarlo.

—Estoy bien —acaba diciendo.

—No, no lo estás. Te has mareado al levantarte y te duele la cabeza. La enfermera West dice que hoy toca guardar reposo.

—Me sentiría mucho mejor si la enfermera West llevase uniforme. —Pone cara de ruego.

—Ah, claro. Ahora mismo lo saco del sombrero de maga —respondo divertida.

—Fantástico. Yo me quedo aquí mientras te cambias.

Suspira. Sigue con su humor, pero no es el mismo de siempre, el chico ingenioso y ágil al que ya me he acostumbrado y que tanto me encanta.

—Si en unos días estás bien, podrás venir conmigo al gimnasio, pero hoy tienes órdenes estrictas: ver una serie. Te he preparado la comida, está en la nevera. Descansa. Nada de esfuerzos. Y Pompón no necesita ir a pasear; esta mañana ya ha dado varias vueltas a mi cama tamaño piscina olímpica.

Me río cuando Lincoln se pone a Pompón de sombrero.

—Hoy me curará la cabeza.

—Buen plan. Es un excelente perro terapeuta.

Con su enorme mano, Lincoln separa el pequeño cuerpo blanco y esponjoso de su pelo oscuro y lo deposita en su regazo, encima del edredón.

—¿De verdad estás tranquila dejando que me quede solo todo el día en tu casa? Apenas me conoces. —Acaricia despacio a Pompón.

—Oh, te conozco, Lincoln. En estos días he pasado más tiempo contigo y he descubierto más cosas de ti que de mi último novio. Confío en ti. Aunque, por si acaso, he escondido el anillo de compromiso de zafiros de mi tatarabuela Brenda.

—Sabia decisión. —Se incorpora sobre las almohadas—. Gracias.

—¿Por?

—Por cuidarme anoche. Sé que has dormido poco de la preocupación, y hoy tienes un día cargado, pero te lo agradezco de verdad.

Le acaricio la mejilla y me pierdo en sus enormes ojos castaños.

Vale la pena.

—Prométeme que descansarás hoy.

—De acuerdo, mamá.

No sé si es buen momento, pero nunca hay un momento ideal para estas conversaciones, así que suelto:

—Hablando de madres. Anoche, como no podía dormir, estuve investigando por internet y encontré una agencia en Reino Unido que busca familiares desaparecidos.

Frunce el ceño, sorprendido.

—¿Has hecho eso por mí?

Asiento.

—No digo que tengas que buscarla, solo quería que supieras que podrías hacerlo si quisieras, eso es todo. Es una posibilidad. —Bajo la vista y juego con las flores abstractas de tonos pastel de la colcha —. Pensé que quizá te gustaría encontrar esa parte que te falta cuando estés preparado.

Me levanta la barbilla con los dedos.

—Puede que ya la haya encontrado.

—Estás claramente conmocionado.

—No lo estoy. Estás preciosa hoy. —Sus labios se curvan lentamente en una sonrisa.

—Definitivamente delirando —susurro.

Se acerca y me besa con tanta ternura que apenas es un roce, pero me provoca un torbellino de chispas en el vientre. No es el mejor momento, antes de un día de trabajo, pero lo que este hombre me hace sentir…

—¿Puedes mandarme los datos para que los mire al menos? —Me besa la mejilla—. Ayer decidí en mi cabeza que no iba a buscarla —me besa la frente—, porque creo que empiezo a verlo todo más claro. —Me besa la sien y se reclina—. Justo así. —Cierra un ojo y forma un marco con los dedos, encuadrándome el rostro como si fuera un fotógrafo—. Perfecta.

Algo indescriptible me golpea en el pecho y, me pida lo que me pida, es suyo. Del todo.

Estoy completamente enamorada.

Sonríe, sabiendo que no puedo articular palabra.

—Deberías irte o no llegarás a tiempo para reunirte con los contratistas. El tráfico por esa zona es horrible, sobre todo si no sales… —Mira la hora en su móvil— ya.

No quiero irme. Quiero quedarme con él.

—Pórtate bien con Lincoln hoy, mi nube canina.

Me agacho a besar a Pompón, pero ni se mueve. Lincoln es su nuevo mejor amigo. Traidor.

—Estaremos bien. Anda, vete antes de que pilles atasco.

Con desgana, me levanto del borde de la cama.

—Avísame si necesitas algo. —Me aliso el vestido sobre las caderas—. Bueno, me voy.

Me detengo junto a la cama.

Lincoln me agarra la mano.

—No quieres ir hoy, ¿verdad?

Suelto un largo suspiro.

—Cada vez tengo menos ganas.

—Estaré aquí esperándote cuando vuelvas. —Lleva mi mano a sus labios y me besa los dedos.

Asiento.

—Vale. —Me cuesta horrores no volver a meterme en la cama con él. Le suelto la mano a regañadientes—. Por desgracia, voy a cenar con mi padre después del trabajo, así que pide algo para ti. Me ha convocado para presentarme a su nueva novia. Lo organicé la semana pasada y no puedo cancelarlo. Mi padre odia que le cambien los planes.

—Suena divertido.

—Novia número siete en lo que va de año.

—¿Siete novias en siete meses? —Se le abren los ojos como platos.

—Agotador. Y todas son «la definitiva».

—Debe de estar agotado. Menudo semental.

Pongo una mueca. No quiero pensar en él de esa forma.

Me calzo los tacones negros de charol. Después cruzo el vestidor hasta el ascensor, me cuelgo el bolso del hombro y pulso el botón para abrir las puertas.

—Usa esto hoy. No vayas por las escaleras. ¿Prometido? —le digo desde el umbral del cubículo de acero inoxidable.

—Prometido.

Retiro el pie y dejo que las puertas se cierren. Lo último que veo es el cuerpo bronceado de Lincoln tumbado en mi cama mientras acaricia a Pompón. Levanto la mano y le hago un pequeño gesto de despedida.

—Piensa en mí —alcanzo a leer en sus labios antes de que las puertas se cierren.

«No puedo dejar de pensar en ti, Lincoln».

Capítulo 25

Violet

Camino por el enorme espacio, observando las obras de remodelación que han empezado en el gimnasio. Siempre soy la primera en llegar.

Este es mi momento favorito del día. Las revisiones, las actualizaciones, resolver problemas. Casi todas mis jornadas empiezan igual.

Hoy tengo que pasar por varias sedes, y el sol ya pega fuerte. Menos mal que me he puesto un vestido veraniego fino. Si no, me habría derretido.

Aunque Lincoln dice que estoy mejor desnuda. Sonrío al recordar sus preciosas palabras.

Esta semana ha sido muy difícil marcharme de su lado cada mañana mientras él seguía descansando.

Me aterrorizaban los últimos cuatro días de trabajo, algo que nunca había sentido antes. Aburrimiento, sí, pero no temor. Sin embargo, hoy estoy ilusionada porque hemos quedado en el gimnasio esta mañana.

Es la primera vez que no está mareado y se ve con fuerzas para conducir, así que ha salido temprano de mi casa para volver a su hotel a ducharse y cambiarse de ropa. Es la primera vez que vuelve allí desde el sábado.

Que esté viviendo en mi casa me ha resultado extrañamente natural, y encontrar un abrazo cálido, una sonrisa de bienvenida y alguien que se preocupa por mí cuando regreso ha sido toda una novedad.

De pequeña, mi madre y mi padre nunca se entendían, así que él desaparecía cuando estaba ella, con la excusa de que trabajaba hasta tarde. La verdad es que mi madre tampoco paraba mucho por casa: siempre estaba demasiado ocupada comprando, comiendo fuera o de cócteles con Dios sabe quién, haciendo Dios sabe qué.

Como Francesca y yo jamás fuimos uña y carne, pasé la mayor parte de mi infancia y adolescencia sola en esa casa enorme, vacía y sin amor. Por qué mi madre y mi padre me tuvieron es algo que nunca entenderé del todo. Si Francesca fue un accidente, yo lo fui aún más.

Por terrible que fuera, cuando mis padres se divorciaron fue un alivio. Como si me hubieran quitado un peso de encima. Mientras Francesca seguía en nuestro mausoleo con mamá, yo me fui a vivir con mi padre, y la paz y la normalidad que deseaba llegaron de la noche a la mañana. Por fin tuve un padre. El cambio en él fue increíble.

Fue entonces cuando nos hicimos inseparables. Compartía su día a día conmigo, y aprendí todos los entresijos de West Oracle Corporations. Decidí, a lo largo de tantas cenas, que quería trabajar con él.

Fue la mejor decisión que pude tomar. Nada más acabar la carrera entré en West Oracle y fui ascendiendo. Me encanta mi trabajo, pero llevo seis años en el mismo puesto y me pica el gusanillo del cambio.

Hace tiempo que me siento inquieta. Quiero seguir en la empresa familiar, pero podría hacer mi trabajo con los ojos cerrados y se está convirtiendo en el día de la marmota. Creo que necesito un reto nuevo.

Y, por primera vez, lo único que he querido ha sido quedarme en casa. Con Lincoln.

Cuando no hemos estado trabajando, hemos pasado cada minuto juntos, y no deja de sorprenderme.

El lunes me hizo toda la colada. El martes, cuando volví del trabajo, había limpiado la piscina y preparado una cena de tres platos. El miércoles, limpió la casa, y el jueves se pasó el día mandándome mensajes, diciéndome cuánto me echaba de menos y todo lo que quería hacerme cuando llegara.

No he conocido a nadie como él.

Sé que ansía el amor de una mujer. Todas las mañanas me despierto con él acurrucado junto a mí. Me abraza a la mínima y toda la semana me ha estado preguntando a qué hora iba a volver.

Es casi como si necesitara saber que voy a regresar.

Para tranquilizarle, todas las noches le he mandado un mensaje para decirle que iba de vuelta, y todas las noches sentía mariposas en el estómago según me acercaba.

Su cálida voz escocesa me saca de mi ensoñación:

—Buenos días, florecilla. —Unas manos conocidas recorren mi cintura y sus labios suaves me besan la nuca—. Me gusta cuando te recoges el pelo.

Me recuesto contra él mientras su aroma cítrico me inunda los sentidos. Lincoln besa la zona erógena que descubrió detrás de mi oreja y un escalofrío me recorre el cuerpo, haciéndome tiritar. Me encanta que le guste tanto mi cuerpo y disfrute besando cada parte.

Quiero volver a casa con él.

Se me escapa un gemido de deseo.

—Creo que mi chica me necesita —murmura.

—Sí. —Me doy la vuelta entre sus enormes brazos y enrosco los míos en su cuello—. Han pasado unos días; te he dejado descansar. —Le reviso la brecha pegada—. Hoy está mucho mejor.

—Lo está, y yo también me siento genial. Y este vestidito tuyo me hace sentirme aún mejor.

Me agarra el culo.

—Así tienes mejor acceso. —Me río. Me he vuelto una colegiala bobalicona con él.

—Hoy más te vale llevar braguitas.

—Eso tendrás que averiguarlo —Me pongo de puntillas y le doy un beso—, pero antes hay que trabajar.

—Enséñame todo lo que has hecho esta semana. —Se le iluminan los ojos.

Repaso con él las docenas de planos que empapelan una de las paredes y le enseño la fase final, el nuevo diseño del gimnasio. Los estudia al detalle, se mueve de izquierda a derecha, luego hacia atrás, y frunce el ceño.

—¿Quién ha hecho esto?

—El arquitecto. —Pensaba que era evidente.

—¿Y qué suelen diseñar?

—Bares, discotecas, restaurantes, hoteles. Era un proyecto nuevo para ellos.

Nunca habíamos trabajado con ellos.

—Se nota. —Señala una zona del plano. —Además, quien ha diseñado esto no entrena.

—¿Y cómo sabes eso? —Miro lo que señala.

Mientras los obreros van entrando por las puertas, Lincoln me explica con todo detalle que el nuevo diseño del gimnasio no fluye. Señala la falta de distancia entre las máquinas, que las áreas no están lo bastante diferenciadas, que cada zona debería tener un ambiente distinto con iluminación y suelos… Sigue y sigue, aportando ideas increíbles y acertadas que nadie más había visto, y cuando termina me doy cuenta de que ha reunido a un corrillo de obreros que le dan la razón.

Me presiono las sienes con los dedos, notando el dolor de cabeza que se avecina.

—Confié en que los interioristas lo harían bien. Me aseguraron que sabían lo que hacían. Nosotros tampoco habíamos tenido nunca un negocio *fitness,* así que esto era nuevo para todos y ellos lo sabían. ¿Cómo se me ha podido pasar?

Miro los planos de la pared, cada vez más frustrada por no haberlo visto.

Llevo meses compaginando los proyectos de varias adquisiciones. No es de extrañar que haya pasado por alto algún aspecto. Mi padre tenía razón: necesito un asistente.

El enorme espacio se queda tan silencioso que se podría escuchar cómo cae un alfiler.

Por muy cabreada que esté, me niego a venirme abajo delante de ellos. Me giro para encararlos, con los hombros atrás y la cabeza alta.

Jeremy es nuestro jefe de obra y su cara ahora lo dice todo. Lincoln tiene razón.

—Vale, me ocupo. —Levanto las manos.

Lincoln interviene: —Eh, no cambiéis los planos por lo que yo haya dicho. Redibujar esto puede costar mucho dinero.

—Pero tienes razón, Lincoln. Hay que cambiarlos. —Arranco los planos de la pared. —Lincoln, vienes conmigo. Jeremy, haz todo lo que puedas hoy. Me voy con Lincoln al despacho del arquitecto y, por favor, reúne a los demás jefes de proyecto de las otras obras y explícales la situación.

—A la orden. —Me saluda con dos dedos.

—Gracias, Jeremy.

—Parece que te espera un día movidito, Violet.

Oh, mierda. Me doy la vuelta cuando la voz profunda de mi padre delata su presencia.

No tiene buena cara.

Unos cincuenta tipos fornidos se dispersan a la velocidad de un ratón que ha olido queso para ponerse a trabajar.

—¿Y tú quién eres? —Con las manos aún en los bolsillos del pantalón de vestir, inclina la cabeza hacia Lincoln.

«Tierra, trágame».

Lincoln empieza a contestar, pero yo suelto:

—Él es Lincoln. Lincoln Black.

—¿Y es…?

—¿Mi novio?

—¿Eso ha sido una pregunta o una respuesta firme, Letty?

—Respuesta firme. —Dejo los planos descartados sobre la mesa grande de madera a mi lado.

—¿Segura?

—Oh, compórtate. —Voy hacia él y le rodeo la cintura con los brazos—. Buenos días, señor gruñón.

Su humor cambia en un suspiro. Podrá ser un oso gruñón con sus trabajadores, pero conmigo es un trozo de pan. Me besa la coronilla.

—Buenos días, Letty. ¿Novio? —me susurra al oído.

Le pellizco el costado.

—No me dejes en ridículo, papá. —Me separo del abrazo—. Lincoln, este es mi padre, Anthony West. Papá, él es Lincoln. Mi nuevo novio.

Lincoln se adelanta con la mano tendida.

—Encantado de conocerle, señor West.

Mi padre le estrecha la mano con firmeza. Luego frunce el ceño.

—¿Escocés? Reconozco ese acento. ¿No te vi en el día de *team building?*

—Sí, señor. Ya no trabajo en S&M Gyms. Su hija me despidió.

—¿Qué?

—Me despidió. Solo tenía un contrato temporal, pero si queríamos tener una relación, no podía seguir en el gimnasio. Política de empresa.

Una carcajada profunda le sube del pecho.

—Vaya, entonces sí que le gustas. —Alza las cejas—. Y debes de ser masoquista o tenerlos bien puestos para seguir aquí después de que te echara. —Le señala con el dedo, sonriendo—. Aunque los escoceses sois valientes: pasando frío en falda al otro lado del charco. —Mi padre se vuelve hacia mí—. ¿Le despediste? Es lo más gracioso que te he oído hacer en la vida, Letty. Y también lo más tonto.

Frunce el ceño. Conozco a mi padre lo suficiente para saber en qué piensa: una demanda por acoso. Niego con la cabeza para que entienda que está todo bien.

Ajeno a nuestra conversación muda, Lincoln suelta:

—Oh, no, lo más gracioso fue cuando se cayó en la oficina la semana pasada.

—¿Te caíste otra vez? De verdad que tienes que plantearte llevar bailarinas, Letty. ¿Te hiciste daño? —Su voz destila preocupación.

—Estoy bien. —Hago un gesto de desdén con la mano.

—¿Y eso también lo has hecho tú? —Mi padre señala la brecha de Lincoln, pero me lo pregunta a mí. Me conoce demasiado.

—Sí.

—No.

Lincoln y yo contestamos lo contrario a la vez.

—Más o menos. —Entrelazo los pulgares y Lincoln resopla, divertido.

Mi padre niega con la cabeza.

—Para qué pregunto.

—Mejor no saberlo —dice Lincoln, cruzándose de brazos.

Noto que me pongo colorada como un tomate.

—Mejor que no. —Cierro los ojos. «Cambia de tema, Violet»—. Entonces, ¿has oído todo? Lo que estaba diciendo Lincoln sobre los planos y la distribución.

Mi padre hojea los planos de la mesa.

—Veo a qué te refieres, Lincoln. ¿Esta es una firma nueva?

—Sí, pero me aseguraron que entendían el proyecto y nuestra visión. —Repaso con ambos varios puntos—. Me voy ya mismo al despacho del arquitecto con Lincoln.

—Dales caña, Letty. —Mi padre sonríe. Sabe que conmigo al mando, nunca tiene que preocuparse. Jamás he incumplido un plazo —. Bueno, aquí no hay nada que ver hasta que tengamos los nuevos planos, así que me voy. Tengo tres citas esta mañana con finanzas y luego almuerzo con Viva.

Se alisa la corbata plateada contra la camisa blanca inmaculada. Hoy está muy elegante.

Conocí a Viva, la nueva novia de papá, en la cena del lunes. Parecía simpática, pero era bastante fría y reservada. Calculo que estará a mediados de los cuarenta: tiene dos hijos adolescentes y trabaja de administrativa en el instituto al que van.

Dios sabrá dónde la conoció, porque parece demasiado normal para mi padre. Algo raro tiene que tener.

—Acompáñame, cariño. —Me ofrece el brazo y yo me engancho —. Encantado de volver a verte, Lincoln.

—Igualmente, señor. —Lincoln saluda con la mano, educado.

Cuando llegamos a su Porsche Cayman blanco, se sienta al volante y baja la ventanilla.

—Hoy va a hacer calor.

Miro al sol.

—Un día abrasador.

—¿Le despediste? ¿Y se quedó contigo? —Me mira.

Apoyo las manos en el marco de la puerta.

—Qué te voy a decir, soy muy persuasiva.

—Háblame de él.

—Te tienes que ir.

—Háblame de él, Violet.

Cedo, porque sé que si no me llamará luego.

—Es escocés. Tiene veintinueve años. Es director de un hotel y *spa* de cinco estrellas que coadministra con su padre y su abuelo. Lleva meses recorriendo Estados Unidos porque su padre quería que viera mundo para asegurarse de que no trabajaba en el negocio familiar por obligación. —A mi padre se le suben las cejas hasta la raíz del pelo—. Solo firmó un contrato corto con S&M Gyms porque decidió quedarse aquí las seis últimas semanas de su visado de trabajo y estaba aburrido de tomar el sol y surfear. Se va en poco más de cinco semanas. ¿Algo más?

—No, creo que con eso basta. —Se queda pensativo—. ¿Tú has sentido eso alguna vez?

—¿El qué?

—Que solo trabajas en la empresa familiar porque era lo lógico. —Se pone las gafas de sol.

—No.

—¿Segura? Si estuvieras descontenta, me lo dirías, ¿no?

—Sí.

—Bien. —Me dedica una sonrisa radiante.

—No es que esté descontenta, pero…

—¿Pero? —Se sube las gafas a la cabeza y entorna los ojos porque el sol le deslumbra.

—Pero me gustaría hablar contigo de la posibilidad de cambiar de puesto.

—¿Qué pasa, cariño?

Suelto el aire.

—Yo… estoy… No sé. Creo que me gustaría hacer algo distinto. Este trabajo absorbe todo mi tiempo, papá. El fin de semana pasado fue el primero que tuve libre en meses y me hizo pensar en todo lo que me estaré perdiendo. No me voy de vacaciones desde hace tres años y, bueno, estoy…

—Cansada —me remata la frase.

Lanzo un suspiro enorme de alivio.

—Sí.

—¿Crees que no sé lo mucho que trabajas?

No sé cómo se va a tomar esto, pero lo digo igual:

—Desde que conocí a Lincoln me he dado cuenta de que no tengo vida. Me ha enseñado un montón de sitios en la ciudad que no sabía ni que existían. Me he dado cuenta de que no estoy viviendo. Solo trabajo. ¿Cómo voy a plantearme tener una familia? No es que esté diciendo que me voy a casar y a tener hijos hoy mismo ni nada…

—Menos mal. Aún soy demasiado joven para ser abuelo.

Me hace reír.

—Pero yo no me hago más joven, papá. Mi reloj biológico hace tictac. Y aunque tuviera una familia, ¿dónde encajaría? —Es una pregunta retórica—. Si cambio de puesto, no quiero trabajar día y noche. Sí, quiero un reto nuevo, pero también necesito equilibrio. —Me muerdo el labio—. Y he decidido que, como soy la única jefa sin uno, necesito un asistente.

—Por fin. —Alza las manos al cielo.

—Para ya. —Le doy un manotazo juguetón en el hombro.

—¿Has pensado en qué te gustaría hacer o en qué departamento te gustaría estar? —Me mira esperanzado.

—Sí. ¿Te acuerdas de la marca de cosmética que compraste?

—¿Nkd by Nature?

—Sí.

—Debería habértelo dicho, Violet, pero la estoy vendiendo. Las negociaciones ya están en marcha.

Ah, estupendo. Maravilloso.

—Vaya. —Adiós muy buenas.

—¿Hay algún otro sitio que te guste?

—No.

—De acuerdo, piénsalo, y cenamos cuando estén terminadas todas las obras de los gimnasios. —Señala hacia el interior—. Y luego te vas de vacaciones, jovencita. Sin discusión. Y, a la vuelta, te cambias al departamento que quieras.

Intento centrarme en lo positivo y me aferro a lo de las vacaciones.

—Suena bien —respondo, con el corazón medio triste. Me apetecía mucho trabajar en Nkd by Nature.

Necesito algo, lo que sea, que rompa la monotonía de mi puesto actual. La otra mitad de mi corazón suspira aliviada: por fin voy a tener vacaciones después de años. Aunque, si Lincoln ya no está, ¿con quién me voy?

Quizá debería irme al extranjero. Puedo: tengo el pasaporte al día. O siempre me quedará Hawái; es un sueño pendiente. O Cancún. Dicen que la Riviera Maya es increíble. También podría sorprender a Lincoln en Escocia. Olvídalo. Nadie vuelve de vacaciones en Reino Unido diciendo que hizo buen tiempo. No sé si mis huesos californianos sobrevivirían al frío.

¿Y a Lincoln le parecería bien que le visitara?

Estoy corriendo demasiado.

Solo ha pasado una semana desde que nos conocimos. ¿De verdad solo una? Parece más.

—¿Violet? —la voz de mi padre me sobresalta.

—Perdón. ¿Qué decías?

—Que no estaremos esperando una demanda, ¿no?

Pongo cara de no entender.

—Con Lincoln —suelta al final.

—Dios, no.

—¿Le despediste? —Vuelve a menear la cabeza, divertido—. Le debes de gustar si sigue contigo.

—Creo que sí.

«Siento que eres la parte de mí que me faltaba». Las palabras que me dijo tras la primera vez que hicimos el amor resuenan en mi cabeza.

—Bien. Me voy. —Mira la hora en la pantalla digital del coche.

—Antes de que te escapes. ¿Le dijiste a Francesca que podía comprar la casa de la playa?

—¿Tu casa? —Levanta un labio a lo Elvis y frunce el ceño.

—No es mi casa, papá, es tuya.

—No, jamás. ¿Es lo que te ha dicho?

Suelto un suspiro.

Me tiende la mano para que se la coja.

—Esa casa es tuya y de Pompón hasta el fin de los tiempos. No la va a tener. Además, no existe ni la más remota posibilidad de que

Richard pueda pagarla. —Resopla—. Esa chica es una soñadora y una oportunista.

Sabía que mentía.

Me guiña un ojo.

—Hablamos luego, ¿vale? Llámame al salir del arquitecto. Quiero saber qué dicen. Hoy no les pases ni una y exígeles que rehagan los planos en veinticuatro horas, a su costa, o nos vamos con otra empresa.

—Ya estaba en mi lista.

—Así me gusta. —Se vuelve a poner las gafas de sol—. Ha tenido ideas muy buenas. —Asiente hacia Lincoln, que acaba de salir del edificio con todos los planos doblados con mimo y mi bolso negro de piel—. Igual te lo robo. Nos vendría bien otra mente analítica y práctica en adquisiciones. ¿Seguro que solo se queda unas semanas más?

—Sí. —Se me sube la bilis a la garganta.

—Una lástima.

—Ya.

Capítulo 26

Lincoln

Desde que mi padre me escribió hace veintiocho días, el tiempo ha pasado volando. Violet y yo hemos pasado cada día juntos y cada noche abrazándonos. Nos hemos vuelto inseparables y prácticamente me he mudado a su casa.

Nuestras mañanas empiezan cuando yo le llevo el café. Luego le organizo la agenda del día, saco a Pompón y me aseguro de que coma.

Básicamente he sido la mano derecha de Violet. Todo lo que necesita, lo hago. Durante el día, Violet es una jefa con todas las letras. Sabe cómo motivar a la gente y sacar el trabajo adelante. Puso firmes a los arquitectos y consiguió que le enviaran por mensajería los nuevos planos actualizados antes de la medianoche de ese mismo día.

Desde entonces no ha parado de revisar (más de una vez) correos, planos, papeleo y hojas de cálculo. Se va a llevar su salud por delante si sigue así.

Mi padre y el resto de la tropa estarán aquí en menos de dos horas.

No le he dicho a Violet que vienen. No quería que se hiciera películas con su llegada. Con la familia se pone un poco nerviosa, porque creo que no tuvo la mejor infancia antes de irse a vivir con su padre. El mío me construyó una casa al fondo del jardín de su finca hace años y es perfecta porque mi familia puede pasarse a menudo. Pero lo que daría por tener una madre que viviera en mi misma ciudad. Los abrazos de mi *yaya* siempre fueron los mejores cuando era crío. Me llamaba el monstruo de los mimos porque me pegaba a ella como una lapa. Viéndolo con perspectiva, supongo que, sin darme cuenta, echaba de menos tener una madre en mi vida, y por eso me encantaba quedarme con ella. A decir verdad, sigue dando los mejores abrazos.

—¿A quién le escribes ahora? —Violet se desliza encima de mí, desnuda, y dejo el móvil boca abajo en la mesilla.

—No es de tu incumbencia, señorita cotilla. —Le doy un toquecito en la nariz.

—Llevas días pegado a eso.

—Ya. Tengo que responder unos cuantos correos electrónicos antes de volver a casa.

No es por eso. Mi padre ha pillado wifi en el avión y me ha escrito para decir que el vuelo va en hora y que nos vemos en el hotel.

Le recorro con las manos la piel suave de su cintura de avispa al tiempo que se coloca a horcajadas encima de mí.

Se le entristece la mirada al mencionar la palabra «casa». Yo ya ni puedo pensarlo. No quiero irme de su lado.

—¿Cabes en mi maleta para venirte conmigo?

—Curioso que lo menciones, porque en cuanto Urban Soul Studios abra mañana, tengo estrictas órdenes de mi padre de que me tome unas vacaciones.

Me resulta muy difícil concentrarme mientras ella se frota contra mi polla, ya dura.

—Así que, señor Black, había pensado que, después de mañana, me cogeré un par de semanas libres para pasar tus dos últimas semanas contigo y, luego, cuando estés asentado en Escocia, quizá podría ir a verte tres semanas.

Se me hace un nudo en la garganta. Va a venir a verme a Escocia. Me siento como un cachorro con juguete nuevo.

—Me encantaría.

—A mí también. —Su mirada se entristece de pronto —. No quiero que te vayas —se le quiebra la voz.

Se me forma un pozo en el estómago y las palabras se me atascan antes de que salgan. Cada fibra de mi ser quiere quedarse con ella, pegado a sus brazos para siempre, porque nadie, jamás, me ha hecho tan feliz. Nadie me ha hecho sentir que le pertenezco, y ella sí. Es mi pieza perdida y encaja perfectamente en mi corazón.

En lugar de hablar, la rodeo con los brazos, la vuelco boca arriba y la beso con todo mi cuerpo y alma: vierto mis sentimientos en su piel.

Abre las piernas para mí, dejándome claro que me necesita. Que me quiere.

Toda la sangre se concentra en mi miembro, que se alarga y se engrosa solo para ella.

Me hundo en su sexo húmedo y gime cuando empiezo a moverme despacio, dentro y fuera de ella.

A diferencia de todas las otras veces que hemos follado, esto es distinto. No hay prisas ni urgencia y ya no somos extraños. Esto somos nosotros, conectados en un nivel nuevo en el que ninguno de los dos había estado antes.

Nuestras miradas se funden. Sigo meciendo las caderas, luego me detengo y permanezco en lo más profundo de su interior.

Para mí, antes, el sexo era eso: sexo. Ni más ni menos. Una manera de descargar. Pero esto no se parece a nada que haya vivido. Hace que mi corazón florezca.

Es una sensación que no reconozco. Violet me mira fijamente a los ojos. Por un momento, el tiempo se para; contiene el aliento, y comprendo que esto es lo que buscaba. Ella es la persona adecuada para mí.

La definitiva.

Sus manos buscan las mías y nuestros dedos se entrelazan. Le llevo los brazos por encima de la cabeza y le aprieto las manos contra el colchón.

No quiero soltarla nunca.

Vuelvo a moverme y deja escapar un gimoteo cuando deslizo mi miembro palpitante con lentitud, primero dentro, luego fuera. Sus ojos no se apartan de los míos: se atraen como un imán mientras cruzamos un hito invisible.

El aire a nuestro alrededor se espesa de lujuria y de las palabras que no hemos pronunciado.

Muevo las caderas, alineando el pubis con su clítoris y, con movimientos casi imperceptibles, toco ese punto tan delicioso y profundo que sé que la lleva al momento de no retorno. Ni siquiera me importa si yo me corro: quiero asegurarme de que todas sus necesidades queden colmadas y ser yo quien las cubra, porque creo

que me he enamorado de ella y quiero que lo sepa. Espero que así sea.

Violet toma aire y luego suelta gemidos cortos y rápidos. No son los ruidos feroces que suele hacer cuando nos follamos duro; son dulces, suaves y la hostia de adictivos.

Inclino más las caderas y me adentro todavía más.

Sin parpadear, como si no supiera qué narices le está pasando, se corre, y es precioso.

Sus cálidas paredes se ciernen en torno a mi polla: las contracciones son tan suaves que me suben los testículos. La profunda intensidad de su mirada es mi perdición y yo también me corro, inundándola por dentro.

Quiero alargar esta intimidad con ella para siempre.

Respiro hondo. El pecho me bombea como si acabara de hacer una maratón.

Es el orgasmo más verdadero y honesto que he tenido. Amor en estado puro.

Se le inundan los ojos y se le escapa una lágrima.

Me explota el pecho con lo siguiente que dice:

—Te quiero, Linc.

Las palabras que quiero decirle en respuesta se me atragantan y no son capaces de salir, porque todo esto es demasiado. Demasiado real y tan injusto.

No puedo estar enamorado de alguien que vive a un océano de distancia.

Siento que se me ha roto el corazón.

En vez de hablar, me inclino y la beso, y sé que probablemente acabo de partirle el suyo también.

Capítulo 27

Lincoln

—¿A dónde decías que ibas? —pregunta Violet mientras me subo al coche, muy consciente de que ahora mismo parezco un auténtico imbécil.

La prueba de ello es esa mujer destrozada que se queda en el umbral, con su perrito en brazos, cuestionando cada uno de mis movimientos. Después de ducharnos —en completo silencio, dicho sea de paso—, ha soltado frases como…

«¿Con quién vas a comer?».

«No, no pasa nada si te vas».

«No hace falta que vuelvas».

«No tienes que quedarte a dormir».

«No te molestes en venir luego. He quedado con mis amigas».

Cuando sé que es mentira.

La he cagado.

Y, para colmo, la estoy dejando plantada justo después de que me haya dicho que me quiere, porque estoy a punto de reunirme con mi familia, a quienes quería presentársela como sorpresa.

Lo que ella necesita para conocer a mi alborotada familia es que sea de improviso, inesperado y con todos a la vez. Nada de preparativos: una sorpresa total. «Mira, esta es mi familia». Porque si no, se pasaría horas dándole vueltas a qué ponerse, cómo llevar el pelo, qué les parecerá o si les caerá bien.

«Y la respuesta es un sí rotundo».

«La van a adorar».

«Como yo».

«Díselo de una vez, Linc».

—Voy al hotel a recoger las llaves de la casa de Rio. Se me olvidó dárselas cuando me mudé, y luego voy a almorzar con él para ponernos al día —miento.

—¿Así que primero vas al hotel?

—Sí, Violet. ¿Quieres seguirme por el móvil? —intento bromear. No se ríe.

Suena mi teléfono y miro la pantalla.

Papá: Estamos a veinte minutos del hotel.

Yo: Acabo de salir de casa de Violet.

Violet me observa con suspicacia. Está preciosa, con un vestidito lila y el pelo suelto en ondas. No necesita maquillaje. Es la perfección pura.

—Nos vemos esta noche —le digo bajando la ventanilla.

Ella responde a gritos:

—Ni te molestes. Nos vemos mañana. —Y da un portazo.

—Mierda —murmuro, golpeando el volante con la palma de la mano, y le escribo un mensaje a mi padre.

Yo: ¿Cómo es estar enamorado?

Papá: Estoy con jet lag, tengo una hija de un año y medio gruñona y dos niños pequeños que se suben por las paredes de las ganas que tienen de verte, ¿y eso es lo que me preguntas?

Yo: Sí.

Mi padre se queja de tener tres críos pequeños, pero en el fondo le encanta. Eva y los niños lo traen loco, pero haría cualquier cosa por ellos. Y por mí también.

Papá: Vale, haré lo que pueda…

Papá: No puedes dejar de pensar en esa persona. Da igual si hace tonterías, porque te gusta tal como es. No ves la hora de volver a casa para estar con ella. El corazón te estalla cuando sonríe. Lo único que quieres es pasar cada minuto de cada hora de cada día a su lado. Te hace sentir mejor. Sientes que era lo que andabas buscando y por fin lo has encontrado. Y no te importa compartir la comida con ella.

Exactamente así me siento, pero creo que lo he echado a perder.

Papá: Aún no tengo claro lo de compartir la comida.

Yo: Gracias por eso.

Papá: Ahora mueve el culo al hotel antes de que tenga que medicar a los niños.

Suelto una carcajada y doy marcha atrás por la entrada de Violet. Voy a volver a buscarla esta noche, le guste o no, porque en cuanto todos se hayan instalado, aseado y descansado, me la llevaré a cenar con mi familia. Solo que ella aún no lo sabe.

Capítulo 28

Violet

Me asomo a la ventana, atenta a la dirección en la que se marcha Lincoln, y en cuanto desaparece de mi vista, me calzo las sandalias y salto al coche con Pompón.

Miente.

No va a comer con Rio, porque Rio está ahora mismo en el gimnasio con los preparativos de última hora para la inauguración de mañana.

Conozco un camino más rápido hasta su hotel, así que, al salir de la entrada, tomo justo la dirección contraria a la suya.

«¿Qué está ocultando?».

Debe de pensar que soy idiota.

¿Qué demonios me creo, diciéndole que le quiero? Nunca se lo he dicho a ningún hombre y él… él no me ha correspondido. Y después se ha ido.

Suelto un bufido de frustración.

Me avergüenza habérselo dicho.

Pero la forma en que me miraba mientras hacíamos el amor —porque eso era lo que hacíamos— era lo más increíble que he vivido. Pensaba que él también iba a decirlo.

Y luego, zas, catástrofe nivel Titanic.

Entro en el aparcamiento del hotel y busco la plaza más lejana para que no vea mi coche. Desde ahí tengo una vista perfecta de la entrada.

Apenas he llegado cuando Lincoln aparece.

Salta del coche con un aire entusiasmado… y corre directo a los brazos de una alta gacela rubia o, mejor dicho, una mujer que sostiene a un precioso bebé.

El pulso se me dispara y me llevo una mano al pecho.

No puedo respirar mientras lo veo coger al bebé de sus brazos, hacerlo girar en el aire y llenarle las mejillas de besos.

Dos niños pequeños aparecen a su lado y casi lo derriban al abrazarse a sus piernas y a su cintura.

La sangre me hierve más que el sol al darme cuenta de lo evidente. Todo encaja.

Agarro a Pompón, salgo disparada del coche dando un portazo y avanzo a grandes zancadas hacia Lincoln.

Que empiece la batalla.

Capítulo 29

Lincoln

—No puedo creer que estéis aquí.

Abrazo rápido a Eva y cojo a Thea de entre sus brazos. Mi hermanita me regala una sonrisa enorme cuando la hago girar y suelta un chillido agudo. Tiene los ojos verdes aún más esmeralda de lo que recordaba. Está tan mona con esas pequeñas coletas rubias. Es adorable y puede que me dé muchos quebraderos de cabeza cuando crezca. Me volveré Hulk si algún chico se le acerca.

—Te he echado de menos, peque. —Le beso las mejillas gorditas.

—Los demás están haciendo el *check-in*. Es un caos ahí dentro, así que he salido a tomar el aire. —Eva arruga la nariz y se baja el sombrero verde para protegerse del sol—. Viajar con tres niños ha sido una odisea. Ah, y con los cuatro de mis hermanas, ni te cuento.

—¡Lincoln! —gritan Archie y Hamish, y casi me tiran al suelo cuando me agacho.

—Pero ¡qué grandes estáis!

Los dos me rodean el cuello y abrazan también a Thea.

—Os he echado de menos.

—Y yo a ti —susurra Archie, derritiéndome el corazón.

—Echo de menos los concursos de castillos de arena —dice Hamish, separándose un poco del abrazo—. Tu pupa ya se ha curado. —Señala mi frente.

—Como por arte de magia, Hamish.

—Tenemos un regalo para ti —anuncia Archie, sacando algo del bolsillo—. Cierra los ojos.

Los aprieto con fuerza.

—Ahora ábrelos. —Entre sus dos manos aparece una piedra gris con forma de corazón.

—¿Es para mí? —se me quiebra la voz.

Archie y Hamish asienten con entusiasmo.

—La encontramos en la playa.

—Es para que sepas que te queremos, Linc, y que te echábamos de menos —dice Hamish abrazándome otra vez—. ¿Te vienes a casa con nosotros?

—Sí —respondo mirando a Eva—. Gracias.

—No sé por qué, pero les encantas —dice con un brillo en los ojos.

Cojo la piedra de la mano de Archie.

—La guardaré para siempre.

—¿Lo prometes? —dice Hamish mirándome con sus enormes ojos marrones.

—Lo prometo. —Aprieto la piedra con fuerza.

—¿Puedo cuidarla yo por ahora? —pregunta Archie, ilusionado.

—Claro. Guárdala en el bolsillo y luego te la pido. Gracias.

Intento recomponerme.

—¿Cómo fue el vue…?

—Eh, disculpe, usted es la señora Black, ¿verdad? —la dulce voz americana de Violet me corta, y me pongo rígido.

«¿Qué demonios hace aquí?». Está furiosa. Enloquecida, incluso, mientras deja a Pompón en el suelo.

—Sí —responde Eva.

No me da tiempo a presentarlas.

—¿Sabía que su marido lleva acostándose conmigo los últimos treinta días? No es que los esté contando ni nada parecido —suelta Violet.

Sí, claro que los ha contado.

Pero espera…

—¿Qué? —gritamos Eva y yo al unísono.

—Tengo sueño, mamá —dice bostezando Hamish.

De repente caigo: ella cree que Eva es mi esposa.

Noto cómo se me va la sangre de la cara.

—Oh, no, Vio…

—No te atrevas a hablarme. Nunca más. —Le aparece una erupción roja en el pecho bronceado.

Devuelvo a Thea a los brazos de Eva.

Violet está destrozada.

—Me has estado mintiendo todo este tiempo —dice con voz dolida—. Dijiste que yo era la pieza que te faltaba. Y ahora entiendo por qué nunca he vuelto a tu hotel: porque tienes una familia secreta. He sido una idiota.

Contiene la respiración. Está a punto de llorar. Esto va fatal. Cree que la he engañado, que tengo mujer e hijos.

—¿Es un perrito de verdad? —pregunta Archie mientras acaricia a Pompón.

—Es muy mono —añade Hamish—. ¿Es de la loca que habla raro?

—Hamish, calla —le reprende Eva.

—Ni se te ocurra acercarte a mí —me advierte Violet, alzando la mano—. Tienes una familia, y todas esas cosas que me decías sobre lo guapa que soy… —Mira a Eva—. Sabía que mentías. No me parezco en nada a ella.

—No, no te pareces. Ella no es mi tipo. —Doy un paso lento hacia ella.

Niega con la cabeza.

—Me das asco. ¿Y por qué no está enfadada tu mujer?

—Porque no soy su mujer —dice Eva detrás de mí.

—¿Cómo? —Violet se queda paralizada.

—Y yo no soy su marido.

—Yo sí lo soy —interviene la voz de mi padre. No lo he visto en meses, pero ni me giro; tengo que calmar a Violet.

—Esos dos trastos son míos. —Imagino que señala a Hamish y Archie—. Y la rubia terremoto que lleva Eva en brazos también. Eva es mi mujer. Y el grandullón de delante… —debe de señalarme a mí — también es mío. Eva es la madrastra de Lincoln.

—Mierda —murmura Violet, poniéndose roja como una frambuesa.

—Sorpresa —intento bromear, aunque temo que me dé una patada en los huevos.

—Pero no me dijiste que me querías esta mañana cuando te lo dije yo. Te fuiste y pensé que…

Qué desastre.

—Violet, mírame. —Cuando lo hace, se está mordiendo la mejilla.

—No te lo dije porque fui un idiota, un completo imbécil. —No aparto la vista de su cara—. Quería decírtelo, pero me dio miedo. Nunca me he enamorado antes y siempre lo estropeo todo. —Señalo a mi familia—. Prueba de ello, esto mismo. —Le tomo la cara entre las manos—. Quise decirlo, pero no fui capaz. Me asustas, y también me asusta la distancia. No quiero estar sin ti, pero en dos semanas todo cambiará y no puedo elegir quedarme. No depende de mí. Soy el tipo que arregla las cosas, pero el océano entre nosotros…, eso no puedo arreglarlo. —Respiro hondo—. Te quiero, Violet West, alias tu-madre-debió-llamarte-Susan.

Suelta una risita.

—¿Oíste eso?

—Lo oí, y no cambiaría tu nombre por nada, porque me encanta. Te quiero. —La beso.

—Y yo te quiero a ti, Lincoln Black, alias tu-padre-tiene-un-apellido-horrible-y-si-nos-casamos-sonamos-como-una-paleta-de-colores.

Sonrío contra sus labios.

—Puaj, Lincoln está besando a la loca que habla raro —dice Hamish, alargando las palabras con fingido asco.

Una carcajada general estalla a nuestro alrededor.

Le doy otro beso a Violet, le cojo la mano y, al girarnos hacia mi familia, encontramos a Eva abanicándose.

—Ay, qué emoción, ha sido precioso.

—Creo que necesito hacer pesas o talar un árbol, porque me he puesto sentimental —dice mi padre, fingiendo enjugarse los ojos, y todos nos reímos.

—Por Dios, ¿qué os pasa? ¿Podéis comportaros con normalidad por una vez? —Los miro a los dos, pero niegan con la cabeza.

—Os dejamos un momento —dice Eva, levantando a Pompón en brazos.

Empiezan a charlar entre ellos y a hacerle monerías al perro.

Me inclino hacia Violet.

—Debí avisarte de que venían. Lo siento. Pero mi familia es… demasiado. Tienen una personalidad arrolladora y, en resumen, son un poco extremos. No hay otra manera de describirlos.

Ella sonríe de medio lado.

—No sé, tu mujer me ha caído bien.

Le aprieto la cintura.

—Un aviso previo no habría estado de más, Lincoln —dice, mirando disimuladamente a mi gente—. Cuando dijiste que tenías hermanos y una hermana, pensé que eran mayores.

—Si te hubiera dicho que mi hermana es casi treinta años más joven que yo, habría sonado raro, pero cuando ves juntos a mi padre, Eva y los niños, ya no lo parece. Era más fácil enseñártelo que explicártelo.

—Tiene sentido. Se les ve muy felices.

La pongo al tanto.

—Hamish y Archie son del primer matrimonio de Eva, pero los niños no ven a su padre. Y Thea es de mi padre y Eva.

—Una familia mixta —comenta, sin apartar la vista.

—Y Eva tiene dos hermanas. Son trillizas. Y sus maridos y sus hijos también están aquí.

—Vaya. He hecho el ridículo.

—No. Has sido muy Violet. —Esconde la cara en mi pecho y la abrazo más fuerte—. Nunca te engañaría, florecilla. Jamás.

—Perdona por haber dudado de ti —murmura contra mí.

Le beso la coronilla.

—La razón por la que nunca nos quedamos en el hotel es que toda tu vida está en tu casa. Es tu hogar. Tu ropa, tu despacho, tu armario de papelería.

Se ríe.

—Yo, en cambio, vivo con una maleta, y además tienes a Pompón y vives junto a la playa. Era lógico quedarme allí contigo.

—Ha sido una estupidez lo que he dicho.

—No lo ha sido. Es normal tener dudas. No habías venido aquí y solo llevamos treinta días saliendo. ¿Has estado contando?

—Puede —musita, avergonzada.

—Hablaremos luego del tema de la distancia, ¿vale? Lo resolveremos.

—Eso me gustaría.

La beso de nuevo antes de separarme un poco.

—¿Puedo interrumpir? —Mi padre se acerca, y Violet se aparta para ir con Eva, que la distrae y le pregunta por Pompón.

—Dios, cuánto te he echado de menos —dice mi padre, con los ojos vidriosos, y me da un abrazo de oso.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Yo también —consigo decir.

Me toma la cara entre las manos.

—Violet es preciosa.

—Lo sé. —Miro hacia ella; está agachada, charlando con Hamish y Archie sobre Pompón. El pobre perro no sabe lo que le espera estas dos semanas.

Los ojos de mi padre brillan con diversión.

—Así que te has ido a buscar a una mujer fuerte, segura y con carácter, ¿eh? Como si no tuviéramos suficientes fieras en esta familia. —Me da un puñetazo en el brazo—. Te va la marcha.

Y tanto, al menos en lo que respecta al corazón.

Solo espero no estar preparando el terreno para una caída.

Sea como sea, estoy seguro de que una patada en los huevos dolería menos que tener que dejarla dentro de dos semanas.

«Quedan catorce días».

Capítulo 30

Violet

Después de una cena maravillosa en el restaurante del hotel, ahora vamos a tomar unas copas en la terraza del ático de la *suite* presidencial.

El padre de Lincoln ha reservado toda la planta superior para la familia durante dos semanas.

Cuando Lincoln me enseñó este sitio, creo que solté más de un «guau», y estoy casi segura de que en un momento tuvo que cerrarme la boca con la mano cuando entré en el baño y vi la pared acristalada con vistas a toda la ciudad.

—He pasado una velada estupenda —suspiro, recostándome en el enorme sofá semicircular al aire libre mientras contemplo mi ciudad natal y doy un sorbo al vino blanco bien frío.

—Yo también —responde Lincoln, apoyando su mano sobre mi muslo desnudo.

Me gusta no haber tenido que volver a casa a cambiarme ni a maquillarme. Esta familia valora la naturalidad y la comodidad por encima de todo.

Y me encantan.

La hermana de Eva, Eden, y su marido, Hunter, tienen trillizos, mientras que la otra hermana, Ella, y su esposo, Fraser, tienen un niño, y todos me han hecho sentir increíblemente bienvenida esta noche, como si ya formara parte de la familia.

Entre el ambiente y la familia de Lincoln, que es increíblemente cariñosa, esta tarde ha sido como un gran abrazo. Mi propia familia no les llega ni a la suela de los zapatos.

Lincoln me da un suave apretón en el muslo y luego se levanta para sentarse junto a su padre, al otro lado del sofá.

Me siento sobre mi pierna y me vuelvo hacia Hunter King. Es un golfista profesional muy famoso, originario de Estados Unidos. Lo he visto en vallas publicitarias de ropa interior masculina y en la

televisión, pero de cerca es aún más guapo. Y está en forma. Muy, muy en forma.

—¿Fue una gran decisión para ti mudarte de América a Escocia, Hunter? —pregunto.

Mira a su encantadora esposa y sonríe.

—En absoluto. Lo supe desde el principio. Lo bueno de mi trabajo es que puedo vivir en cualquier parte del mundo; viajamos tanto que da igual dónde esté mi casa.

—Ya, yo no podría hacer eso —murmuro, antes de darle un trago largo a mi copa.

—¿A qué te dedicas?

—Trabajo para mi padre como directora de operaciones. Todo mi trabajo está en Estados Unidos.

—Ah. Entonces eso sería un problema si quisieras, digamos, mudarte a Escocia, por ejemplo. —Me lanza una mirada cómplice.

—Sí —respondo, echando un vistazo a Lincoln, que sigue conversando con su padre.

Hunter estira sus largas piernas y las cruza por los tobillos.

—Antes de que Eden y yo nos casáramos y tuviéramos hijos, la madre de Eden le contó una historia maravillosa: que no hace falta conocer el destino final, basta con tomar una salida cada vez. Como en un viaje, nunca sabes qué vas a encontrar. —Me mira a mí, luego a Lincoln, y de nuevo a mí—. Tenía razón.

Qué mujer tan sabia.

—¿Qué es lo que más te gusta de vivir en Escocia? —pregunto, dejando mi copa sobre la mesa.

—Que usan mucho la palabra «chiscar». Es una palabra estupenda —dice sonriendo—. ¿Te apetece chiscar? Vamos a chiscar, ellos están chiscando.

Por poco escupo el vino por la nariz.

—Y también me gusta lo emocionados que se ponen con una taza de té, sobre todo por la mañana. Y… —mira a su esposa, medio dormida—. Está Eden, y mis chicos. No los cambiaría por nada del mundo.

—¿Echas de menos Estados Unidos?

—Al principio, sí. Pero ya no. Y aunque lo hiciera, solo son doce horas de vuelo.

—¿Doce horas?

—Créeme, lo sé. Hemos tenido que hacerlo con siete niños. —Niega con la cabeza—. Y tenemos que volver. Quizá deberíamos dejarlos a todos aquí… o volver por separado. —No parece que lo diga en broma del todo.

Doce horas.

Es mucha distancia entre Lincoln y yo.

¿Podríamos hacer que esto funcione?

Capítulo 31

Lincoln

—¿Te gustaría encontrar a tu madre, Linc?

—Lo he estado pensando —respondo, intentando que no se me note el nerviosismo.

—Si es lo que quieres hacer, no voy a impedírtelo —dice mi padre, frunciendo el ceño.

En el fondo de mi estómago se encoge ese niño pequeño que aún llevo dentro, asustado ante la posibilidad de que su madre perdida vuelva a rechazarlo.

—¿Y si no quiere que la encuentren?

«¿Y si no le gusto?».

Su expresión se suaviza.

—No lo sabrás si no lo intentas.

Evito su mirada triste y murmuro:

—Si hubiera querido saber de mí, creo que ya se habría puesto en contacto. ¿No crees?

—Linc, sabes que no puedo responder a eso sin parecer sesgado. —Suspira—. Una parte de mí quiere decirte que quizá haya cambiado; la otra, que te prepares para que te rompan el corazón.

Yo mismo he pensado lo mismo.

—¿Y si ha muerto? —No quiero ni considerarlo.

Una sombra de pesar cruza su rostro.

—Nunca se me había ocurrido.

Nos quedamos callados un rato.

Al final, rompe el silencio:

—¿Quieres que te ayude a buscarla?

—Creo que necesito hacerlo yo mismo. Aún no lo tengo decidido.

—Bueno, Linc, si decides rastrear a tu madre, dímelo, por favor. No me ocultes nada. Siempre estaré aquí para ti, pase lo que pase. Si quieres tener una relación con ella, te apoyaré por completo, y si ocurre lo contrario… —no termina la frase.

Tampoco quiero imaginármelo. Pero tengo una gran decisión que tomar: ¿quiero encontrarla realmente?

—Gracias, papá.

—Hagas lo que hagas, nos tienes a nosotros. A Eva, a mí, a tus hermanos y a tu hermana. Estamos contigo.

Mi padre cumple siempre su palabra. Lo sé.

—¿Necesitas que te dé información sobre tu madre?

Respiro hondo.

—Tengo todo lo necesario para empezar, si decido hacerlo. Violet me encontró una agencia en el Reino Unido que localiza familiares desaparecidos.

—¿Ah, sí? —dice, mirando hacia Violet—. Debe de preocuparse mucho por ti.

—Me quiere. —Dios, decirlo en voz alta me descoloca—. Soy muy querible —bromeo, intentando restarle importancia a lo mucho que esas palabras han cambiado todo entre nosotros.

—Todo saldrá bien, Lincoln.

—¿De verdad lo crees?

—Si tiene que ser, será.

—¿Y cómo sabes si tiene que ser? —Todo esto es nuevo para mí. Nunca había querido que una relación funcionara, y ahora que tengo a esta mujer increíble en mi vida, no sé qué hacer ni cómo resolver el problema de la distancia.

Mi padre carraspea pero no responde.

—¿Puedo preguntarte algo? Pero tienes que ser sincero. —Da un trago a su cerveza.

Asiento.

Se humedece los labios.

—¿De verdad quieres seguir trabajando en el hotel? ¿Es lo que quieres hacer el resto de tu vida?

—¿Qué? —Me habría dolido menos que me diera una bofetada—. Sí. Siempre. No vuelvas a preguntármelo.

Levanta las manos en señal de rendición.

—Solo pensaba que, si quisieras mudarte aquí, de forma permanente… —Sus ojos se centran en Violet, al otro lado de la terraza.

—Ni lo digas —lo corto.

—… no te lo impediría —concluye de todos modos.

—¿En serio? —Estoy más enfadado de lo que debería. Siento como si me estuviera empujando a irme.

—No te enfades, Linc. Te estoy dando libertad. Si la quieres. El hotel seguirá ahí muchos años, pero ella… —vuelve a mirar a Violet — no esperará eternamente. —Se levanta y me da una palmada en el hombro—. Piénsalo.

No sé cuánto tiempo me quedo sentado, perdido en mis pensamientos, hasta que Violet aparece a mi lado.

—¿Va todo bien? —Su mano sobre la mía me tranquiliza.

—Sí. —La atraigo hacia mí y la siento sobre mi regazo, rodeándola con los brazos.

No le menciono lo que ha dicho mi padre sobre dejar el hotel; en su lugar, comento:

—Le he preguntado a mi padre si le parecía bien que intentara buscar a mi madre. Me ha dicho que sí.

—Eso es estupendo, Lincoln.

—Aún no lo he decidido.

—No tienes por qué hacerlo. El destino será quien decida.

—¿Como hizo con nosotros?

—Como hizo con nosotros. —Se mueve sobre mi regazo, rozando su trasero contra mi entrepierna.

Le sujeto las caderas.

—Aquí no.

Muerde su labio con picardía.

—Me gusta provocarte.

—Lo sé.

El suave sonido del piano de *All of Me,* de John Legend, resuena por los altavoces exteriores. Sin necesidad de palabras, las tres parejas que más quiero en el mundo se levantan, se abrazan y empiezan a balancearse despacio. Cada una en su propio mundo, susurrándose cosas al oído.

Violet los observa fascinada.

—¿Qué hacen?

—Bailar.

—Eso ya lo sé. —Me da un golpecito en la mano—. ¿Pero por qué?

—Es su ritual: cena, copas, bromas… y la noche siempre acaba con un baile. Se adoran. —Verlos juntos resulta inspirador—. Yo suelo irme a esta hora, o bailo con los niños si siguen despiertos.

Una emoción repentina cruza su rostro.

—Ahora me tienes a mí. —Se levanta y me tiende la mano—. Baila conmigo, Lincoln Black.

Nos abrazamos y nos mecemos al compás, comprendiendo cada palabra de la canción que flota en el aire.

Esta mujer fuerte y arrolladora se vuelve tan pequeña y frágil entre mis brazos, y, sin tacones, es aún más bajita.

Mi padre me mira por encima del hombro de Eva y me guiña un ojo.

Él lo sabe.

Yo también.

Quiero hacer esto con Violet para siempre.

Capítulo 32

Lincoln

Miro a Violet, arrodillada en el suelo de la ducha mientras me masturba con sus enormes pechos.

Mi corazón está a punto de explotar, al igual que mi polla dura.

—Te la pongo tan dura, Lincoln, y tú me tienes tan mojada.

Además, están esas putas palabras obscenas. Mi chica, que solía ser tan dulce, se ha vuelto muy atrevida a medida que se ha ido sintiendo más segura y cómoda conmigo.

—Fóllame las tetas, Linc.

Aprieta sus pechos cubiertos de jabón y a cada embestida de cadera, me succiona el glande con su boca experta.

—Me vuelve loco que me la chupes.

Es como una droga de la que no puedo prescindir. El agua caliente salpica su cuerpo, creando el túnel lubricado perfecto para que la folle. Me mira con esos ojos profundos e hipnóticos, llenos de puro deseo, y eso es todo; estoy perdido. Mis manos cubren las suyas, apretándolas, y me follo las tetas más rápido, persiguiendo mi clímax.

—Oh, joder, me corro —exploto, con los ojos en blanco y la sangre bombeando caliente por mis venas.

Eyaculo, cubriendo su pecho con mi semen. Estoy casi paralizado por el placer y, cuando por fin abro los ojos, Violet se ha levantado y está de pie frente a mí.

Sonríe y luego acerca su boca a la mía, y no me importa que pueda saborearme a mí mismo. Haría cualquier cosa con esta mujer que me tiene agarrado por las pelotas, en sentido figurado.

—Ahora tienes que lavarme.

—Eso es lo único que vamos a hacer. No puedo follar en la ducha. El sexo en la ducha es una mierda.

—¿Quién ha dicho nada de follar? Hay otras cosas que podemos hacer.

Coge su vibrador rosa de la estantería y me lo pasa.

—Esto —lo levanto— va a ser tu nuevo mejor amigo durante las próximas dos semanas, hasta que vengas a Escocia, y cuando lo uses, quiero una videollamada. Sin preguntas. No importa la hora que sea. Llámame. Quiero verlo. —Levanto las cejas.

Violet lava los restos de mi orgasmo de su pecho y luego centra su atención en mi miembro, poniéndome duro de nuevo.

Me voy mañana por la noche. Hoy he enviado mi coche de vuelta, así que eso es otra cosa menos en la lista. Hay mucho que hacer antes de que pueda circular legalmente en el Reino Unido, pero eso ya no es problema mío. Está en buenas manos, en la empresa de exportación de coches.

Las últimas dos semanas han pasado demasiado rápido, pero hemos creado momentos que recordaré para siempre, con ella y con mi familia.

Solo tengo que esperar dos semanas para que ella venga de visita. Ya tiene los vuelos reservados y me invade una extraña paz al saber que la volveré a ver.

Estamos hechos el uno para el otro, y ahora no recuerdo ningún momento en el que no la quisiera.

Hemos acordado visitarnos por turnos porque le dábamos demasiadas vueltas al tema, pero en realidad no es tan complicado. La echaré mucho de menos, pero vamos a ver cómo va el primer año y a partir de ahí decidiremos.

Hablé con mi padre y hemos acordado que podríamos contratar a un nuevo gerente. Básicamente, otra versión de mí, para que pueda tener tiempo libre cuando quiera. Y Violet habló con su padre y ahora va a tener una asistente que se convertirá en su mini yo.

Puede que esto funcione.

—Date la vuelta —le ordeno. Nunca hace falta pedírselo dos veces.

—Enciéndelo, Linc. —La hostia, casi jadea frotando el culo contra mi enorme polla.

Abre las piernas y se apoya contra la pared alicatada de la ducha.

—Joder, verte es todo un espectáculo. —Le doy un azote en el culo y ella jadea. Lo repito varias veces. Mi mano hace que su culo

redondo se ponga bien rosadito. Paso la mano sobre su suave piel para calmarla.

Enciendo el vibrador y lo presiono suavemente contra la parte interna de su muslo y lo muevo lentamente hacia su coño, que sé, sin siquiera tocarla, que estará jodidamente empapado.

Ella suelta un grito ahogado y echa la cabeza hacia atrás contra mi pecho cuando presiono el vibrador sobre su tierno capullo.

—Haz que me corra.

—¿Rápido o lento, florecilla? —le susurro al oído.

—Rápido. —Ella gira las caderas.

Con la otra mano, le separo los labios. Restriego el vibrador por su coño mojado y lo vuelvo a subir, cubriendo su clítoris con su propia excitación.

—Aprieta más fuerte, Linc. —Sus caderas se mueven más rápido.

Joder, amo a esta mujer.

Le agarro la cadera, le froto el clítoris con más fuerza con el vibrador y, sin previo aviso, le meto mi polla endurecida dentro, haciéndola gritar una serie de palabras ininteligibles.

Si quiere rápido y fuerte, lo tendrá rápido y fuerte.

La penetro con fuertes embestidas, mis testículos golpean su húmedo sexo mientras mi polla se hunde profundamente en ella.

El placer comienza a acumularse en mi virilidad.

El agua salpica a nuestro alrededor y los sonidos de nuestro placer llenan el aire.

Su mano cubre la mía, empujando el vibrador aún más fuerte contra su clítoris, y en cuestión de segundos deja escapar un poderoso gemido y se corre sobre mi polla, arrastrándome con ella.

Mis dedos se clavan en sus caderas al meterla sin piedad dentro de ella. Nuestros jadeos y gemidos resuenan al unísono cuando ambos perdemos el control.

Le beso el hombro y le rodeo la cintura con los brazos.

—Sí, el sexo en la ducha es una mierda —dice antes de echar la cabeza hacia atrás y reírse. Su sonrisa es la hostia de hipnótica.

Suelto una carcajada profunda y sincera.

—Tenemos que prepararnos.

Ella gime.

—¿Tenemos que hacerlo?

—Fue idea tuya.

—Fue una estupidez.

Me separo de ella y le doy una última palmada en el trasero por si acaso.

—Vamos, dúchate y vístete. Cenaremos con tu padre, su nueva novia, mi padre y Eva, y luego nos iremos a casa. Quiero hacer más cosas contigo. —Le hago cosquillas en los costados—. Mañana es nuestro último día juntos.

—No digas nada más o lloraré.

—No vas a llorar. Me volverás a ver dentro de dos semanas.

—No voy a llorar —se anima a sí misma—. No voy a llorar.

Tengo una forma mejor de darle ánimos.

—Vas a dejar que te folle como una buena chica al menos veinte veces antes de que me vaya.

Se da la vuelta, con la cara cubierta de jabón.

—¿Veinte veces? Yo pensaba más bien en treinta.

Me echo a reír. Violet West, la destrozapollas.

Capítulo 33

Lincoln

—Perdón por llegar tarde; nos hemos… entretenido un poco —digo mientras acerco la silla de Violet a la mesa y tomo asiento a su lado.

—Me imagino con qué —murmura mi padre por lo bajo.

Me conoce demasiado bien.

Su piel griega está tan bronceada que casi alcanza el tono de mi piel morena.

—No es propio de mi padre llegar tarde —comenta Violet mirando la hora en su móvil.

—¿Y si él también se ha entretenido? —bromeo.

Ella pone una mueca de horror.

—Uf, no, gracias… no quiero ni imaginarme esa escena entre él y Viva.

—Este sitio es una pasada —digo, mirando a mi alrededor. Es una especie de caja de cristal gigante suspendida sobre los acantilados —. Deberíamos hacer algo así. —Cruzo una mirada con mi padre—. Un restaurante de pescado suspendido sobre los acantilados, como si flotara, con el indómito mar del Norte rugiendo debajo.

—Yo me apunto —responde, entusiasmado.

—Hagámoslo. Pero mejor que este —susurro—: paredes de acuario, iluminación tenue.

—Noches largas, no podré verte y estarás de mal humor. Suena genial —dice Eva sonriendo.

Sé que lo dice en tono de broma, pero no se equivoca. Cuando mi padre se mete de lleno en un proyecto, se entrega al ciento diez por ciento.

—Hecho —decide él.

—¿Así de rápido tomáis decisiones? —pregunta Violet, sorprendida.

—Más o menos —contesta mi padre, bebiendo un sorbo de agua.

—Tendremos que preparar los planos, claro, y presentarlo al consejo, hacer números… Pero estoy seguro de que lo aprobarán. No hay nada parecido en la zona. Tenemos diez millas de terreno hacia un lado y treinta hacia el otro. El hotel está en lo alto del acantilado. Sería una pasada hacerlo. —La emoción me sube por el pecho.

—Suena divertido —responde Violet, con ese acento suyo que me encanta. No me canso ni de ella ni de escucharlo.

—Lo es. Yo me encargo de todas las reformas —digo, y doy un trago de mi vaso de agua también.

—Será un proyecto estupendo. Ah, ahí está mi padre —dice levantándose, y todos la imitamos.

Su padre entra con paso seguro y una sonrisa enorme.

—Perdonad el retraso. Viva tenía que llevar a sus hijos con el padre de los niños antes de venir. Está en el baño. —Le da un beso en la mejilla a Violet.

—Papá, este es Knox, el padre de Lincoln, y ella es Eva, su esposa. —Nos presenta a todos—. Knox, Eva, este es mi padre, Anthony.

—Encantado, Anthony —dice mi padre y le da una palmada amistosa al mismo tiempo.

—Parece que estos dos están locamente enamorados —dice Anthony, inclinando la cabeza hacia nosotros.

—Eso parece —responde mi padre con una sonrisa.

Le doy un beso rápido en la mejilla a Violet, que se acurruca contra mí. Está espectacular esta noche con su vestido negro ajustado. Mi chica tiene curvas de escándalo. Ha pasado las dos últimas semanas descansando con mi familia y tomando el sol; está resplandeciente.

—Buenas noches, Lincoln —me saluda Anthony estrechándome la mano—. ¿Vuelves a casa mañana?

—Sí —respondo, con el corazón encogido.

—Volverás —dice guiñándome un ojo—. Pero la cuidaré mientras tanto.

Mentira. Nadie cuida de Violet. Ninguno de sus familiares la ha llamado en dos semanas. La única razón por la que estamos aquí es

que ella organizó esta cena para que nuestros padres se conocieran. Si no fuera por sus amigas, Hannah y Ruby, estaría sola.

Nos sentamos y Anthony toma la palabra. —Bueno, no he sido del todo sincero con Viva. Le dije que era solo una cena. —Pone cara de niño travieso—. No le gusta conocer gente, y menos en grupos grandes. —Mira hacia la entrada—. Ahí viene.

Una mujer hermosa que me resulta sorprendentemente familiar se acerca a nuestra mesa. Sonríe a Anthony mientras camina. Entorno los ojos; por más que pienso, no consigo ubicar dónde la he visto antes.

Mi padre y Eva se giran al mismo tiempo y, al verlos, el rostro de Viva se descompone; se queda pálida y se detiene en seco.

—¿Cómo dijiste que se llamaba tu novia, Anthony? —pregunta mi padre con voz serena.

—Viva —responde él.

—¿Y ese nombre es diminutivo de Olivia, por casualidad?

Mi mente se acelera, intentando encajar las piezas, y entonces caigo en la cuenta.

—Sí, exactamente —contesta Anthony, aún sonriente.

—Oh, no… —susurra Eva, llevándose una mano a la boca.

Me levanto tan rápido que la silla sale despedida hacia atrás y cae con estrépito al suelo.

—¿Mamá?

Capítulo 34

Lincoln

—Esto tiene que ser una broma —escupo.

La mujer que está frente a mí parece estar sufriendo, pero no por mí, ni por mi dolor, sino por el suyo.

—¿Has sido tú? ¿Es una trampa? —mi padre casi me grita al levantarse—. Dijiste que si la encontrabas me lo dirías.

—No la he encontrado. —El corazón me retumba con fuerza en el pecho.

—¿Estás tú detrás de esto? —Miro a Violet, con los ojos llenos de furia—. ¿Lo sabías? ¿La conocías desde el principio?

Abre la boca, pero no le sale una palabra.

—Perdón, ¿qué está pasando aquí? —pregunta Anthony, confuso —. ¿Has dicho «mamá»?

Olivia se cubre la boca con una mano temblorosa y murmura algo que no logro oír.

—¿Qué es esto, entonces? ¿Y por qué está aquí? —grita mi padre fuera de sí.

Todo el restaurante se queda en silencio.

—Yo no he hecho nada. Lo juro. —Mis ojos suplican que se calme.

El encargado se acerca a nuestra mesa, intentando apaciguar los ánimos.

—Por favor, señor, tranquilícese o tendré que pedirle que se marche.

—Ah, tranquilo, que me marcho. —Nunca lo he visto tan furioso —. No me lo puedo creer.

Eva se pone en pie.

—Knox, cálmate.

—No pienso calmarme.

Un movimiento al otro lado del local me hace mirar justo cuando Olivia se da la vuelta y sale corriendo del restaurante.

—¡Espera! ¡Por favor, no corras! —le ruego al perseguirla por las escaleras.

No esperaba que se detuviera, pero lo hace, y yo me paro a pocos metros de ella.

Mi pecho sube y baja con violencia, no solo por la carrera, sino por la opresión que siento, como si llevara un chaleco que me impidiera respirar.

Cuando se vuelve hacia mí, tiene la cara empapada de lágrimas, los ojos llenos de miedo y las mejillas manchadas.

Mi madre está aquí. De pie frente a mí. Y no se me ocurre nada que decir. ¿Qué se le dice a la mujer que te abandonó cuando eras un niño para irse a «encontrarse a sí misma»? Es difícil de asimilar.

—Siempre igual, Olivia: huyendo. Las viejas costumbres nunca mueren —dice mi padre con sarcasmo, apareciendo a mi lado y provocando un sollozo en ella.

—Papá, cierra el pico, por favor. Déjanos averiguar qué está pasando. Retírate un poco.

Da un paso atrás, pero la mandíbula le tiembla. Jamás lo había visto así.

—¿Estás bien? —Miro a Olivia y suavizo la mirada, intentando tranquilizarla—. Creo que esto ha sido un *shock* para todos.

Doy un paso hacia ella. La mujer que tengo delante es hermosa, y reconocería esos ojos en cualquier parte. He mirado miles de veces la foto en la que me sostiene en brazos.

Por fin habla:

—¿Qué haces aquí? —apenas se le oye.

—Lo mismo me pregunto yo.

—Vivo aquí —dice con la voz temblorosa.

Casi parece irreal. La había idealizado en mi cabeza, pero no se parece en nada a lo que había imaginado.

Parece perdida.

Y asustada. Como un animal acorralado.

—He estado viajando y luego me vine a vivir unos meses a Santa Mónica. —Hago una pausa—. No puedo creer que hayamos estado viviendo en la misma ciudad. —Estoy atónito; una risa histérica me sube a la garganta. No sé si reír o llorar.

Le explico por qué estoy allí:

—Salgo con Violet, la hija de Anthony. Ella quiso que nuestras familias se conocieran antes de volver a casa.

—Te pareces tanto a tu padre —dice Olivia, sin expresión alguna en su rostro. Su voz tampoco es como la recordaba; es una mezcla extraña de acentos. Suena a todo menos a escocesa.

—Espero que eso sea bueno —Intento provocar una chispa de emoción en ella, pero no me responde—. Mira, solo quiero hablar. Sé que esto no estaba planeado, pero ¿podríamos sentarnos un momento?

Mi corazón se llena a la vez de esperanza y de miedo. Estoy casi seguro de lo que dirá, pero mi *yaya* siempre decía que hay que mantener la esperanza si se quieren cosas buenas.

Doy otro paso, pero ella retrocede, y se me encoge el estómago. Mi esperanza pende de un hilo, agarrada con las yemas de los dedos al borde de un abismo emocional, pero al ver que ella se aparta, siento cómo se precipita al vacío.

No quiere saber nada de mí.

—Tengo que irme —balbucea.

Sus palabras confirman mi peor temor.

—¿No quieres hablar?

—No —titubea.

Retrocedo.

Me habría dolido menos si me hubiera clavado un cuchillo en el pecho.

—Solo me queda un día aquí. ¿Podemos vernos, por favor? Solo para hablar.

—Espero que tengas un buen viaje de regreso.

¿Eso es todo? ¿«Buen viaje»? La sangre me martillea en las sienes de pura humillación.

Mi padre estalla.

—No has cambiado nada, Olivia. Nuestro hijo está delante de ti, pidiéndote que hables con él, y tú dices que tienes que irte. Virgen santa, ¡si hasta te ha dicho «por favor»! —alza la voz—. No te está pidiendo la luna. Solo hablar. Y ni eso puedes hacer por él.

Mi padre sigue con su ataque verbal.

—¿Lo ves ahí, delante de ti? Es nuestro pequeño. Ahora ya es un hombre. Un buen hombre, con un corazón enorme… Algo que tú nunca has tenido. Pero él sí. Es inteligente, divertido, generoso, pero carga con traumas por tu culpa. —La señala con el dedo—. Hace bromas de todo; solo quiere que lo acepten, que lo quieran, porque teme que lo rechacen. Tú le has hecho así, Olivia. Le has forzado a sentirse así. Y nunca dice cómo se siente de verdad porque no quiere preocuparme, pero yo lo sé. Lo conozco. Es mi hijo. —Se golpea el pecho—. Mío, no tuyo. No te lo mereces. —Empieza a caminar, nervioso—. Te he defendido durante años. Nunca te insulté, nunca hablé mal de ti, pero ya está bien. No mereces llamarte madre.

Olivia llora desconsolada y a mí se me parte el alma. Quiero tocarla, comprobar que es real, pero no puedo moverme.

«No me quiere».

—¿Y he oído bien a Anthony? ¿Tienes otros dos hijos? —pregunta mi padre.

Mi mente va a mil. No lo había pensado: tiene otra familia.

—¿Tienes dos hijos? —grito, con la voz cargada de rabia—. ¿Dos hijos más? —Ella se pone roja—. ¿Y viven contigo? ¿Saben siquiera que existo? —Me hierve la sangre.

—No quiero que se enteren —responde con los ojos cargados de temor.

—Supongo que su padre tampoco sabe que existo, ¿no?

No contesta. Solo dice:

—No quiero hacer esto.

Ellos no saben nada de mí.

Se lleva una mano al pecho, como si le doliera.

—¿No quieres hacer esto? No quieres sentirte culpable, ¿es eso? ¿No quieres que te haga sentir mal por haberme abandonado cuando era un bebé? ¿Pensabas que podrías olvidarte de mí? ¿Alguna vez piensas en mí?

No responde.

Ni siquiera soy un recuerdo en su mente.

La rabia me consume.

—Sé que no te importa, pero nos hiciste tanto daño a mí y a papá… De niño deseaba tener una madre, como todos mis compañeros. Cuando me preguntaban dónde estaba la mía, decía que estaba de vacaciones. Porque eso era lo que tú hacías: viajar. —Me río sin humor—. «He estado viajando». Y tú y yo sabemos que no es oro todo lo que reluce. Parece que huiste de una vida que no querías y has acabado exactamente igual: con hijos, una casa, atada… y tampoco pareces muy feliz. Espero que no destroces también a tus otros hijos. ¿Qué edad tienen?

—Quince y trece —responde entre lágrimas—. Quería empezar de nuevo.

—Me alegro tanto por ti —digo con una sonrisa falsa. No creía que pudiera sentirme peor, pero sí puedo. Acaba de abrir la herida y echarle sal por encima.

Entonces dice las palabras que siempre he temido escuchar:

—Me sentía atrapada contigo y con tu padre. Esa no era la vida que quería. —Se limpia la nariz con el dorso de la mano—. No quería quedarme estancada en un pueblecito toda mi vida. Quería más: ver mundo, hacer algo de provecho. Con un bebé no podía hacerlo. Tenía diecisiete años. Yo también era una niña, y llorabas todo el tiempo. Las noches sin dormir… —se queja, como si yo hubiera sido una carga—. Mis amigas salían de fiesta mientras yo cambiaba pañales. Ansiaba ser como ellas. No quería tener un bebé entonces. —Su cara se deforma con una mueca de asco.

«¿Esta mujer habla en serio?». No se parece en nada a la madre que imaginé. No, mejor dicho: está podrida hasta la médula.

—La diferencia —respondo con rabia— es que sí lo tuviste. Me tuviste a mí. Y lo que yo necesitaba era una madre.

—Y lo que yo quería era mi libertad —escupe.

—Qué excusa más patética. Mi padre tenía tu edad y, siendo apenas un chaval, se comportó como un hombre. Dio la cara mientras tú huías. —Me froto las sienes; la cabeza me palpita.

No es así como me apetecía terminar mi último día aquí. Quería una velada con Violet, creando recuerdos que duraran para siempre.

Y en cambio, esto es una tragedia a cámara lenta.

Me doy la vuelta para ver si mi chica está presenciando nuestro desastroso reencuentro, y así es. Está de pie junto a Eva y su padre, con el rostro reflejando el mismo dolor que siento yo.

Y lo ha oído todo. Ha escuchado cómo Olivia decía lo desdichada que era conmigo y con papá, así que nos dejó, pero ahora tiene una nueva familia con la que sí es feliz.

Qué vergüenza.

No fui suficiente.

El pecho me explota de pena.

Tengo la cara mojada; al tocarme descubro que estoy llorando. Me limpio las lágrimas con furia.

Tengo que poner fin a esto. No voy a dejar que sea ella la que decida qué camino va a seguir nuestra relación.

—Como quieras. No quieres saber nada de mí. Está bien. —Respiro hondo—. Soy un idiota. Aún quedaba una parte de mí que creía que, quizá, solo quizá, querrías verme, saber cómo soy, qué ha sido de mí, si estoy bien, si soy feliz.

Me siento estúpido.

—Me había imaginado un reencuentro perfecto: que me abrazarías fuerte, me contarías tus viajes, me dirías que lo sentías y yo te perdonaría; podríamos seguir adelante, mantener el contacto. —Una ola de decepción me golpea con fuerza—. Pero apenas puedes mirarme. Te has alejado cuando he intentado acercarme, así que lo he pillado. No quieres conocerme.

Me inclino, las lágrimas caen al suelo.

—Pero ¿sabes qué? Todo lo que dejaste atrás… ha vuelto a por ti. Tienes la misma vida, solo que en otro lugar. Dos hijos, una casa que probablemente odias, un exmarido… No has cambiado el mundo ni has logrado nada extraordinario. Te has convertido justo en lo que no querías ser.

Me duele el pecho, pero sigo, consciente de que necesito sacar todo lo que llevo dentro.

—Pensaba ir a una agencia en el Reino Unido para que me ayudaran a encontrarte. Una parte de mí estaba ilusionada. Pero después de oírte, me has hecho sentir como un completo imbécil. —

Levanto la cabeza hacia el cielo, teñido de naranja y rosa—. Que te jodan. Estás muerta para mí.

Saco la cartera, arranco la foto en la que me sostiene de bebé, la arrugo y la tiro al suelo.

Me marcho sin saber a dónde voy.

—¡Lincoln! —grita mi padre, y oigo también la voz de Violet llamándome.

Pero no miro atrás.

Unos tacones resuenan tras de mí y se acercan rápido.

—Lincoln, por favor, para —me ruega Violet, y me detengo.

Aparece frente a mí, con el rostro lleno de preocupación.

—Por favor, créeme: yo no he hecho esto. —Frunce el ceño, temerosa de que dude de ella.

—Ahora lo sé. Lo siento mucho. —No puedo pensar con claridad.

Me toma la mano.

—Estoy aquí para ti.

Pero estará menos de un día.

El dolor me corroe por dentro al pensar en estar sin ella. La necesito. Pero a partir de mañana nos separará todo un océano, y no sabemos cómo será pasar solo unas pocas semanas juntos de vez en cuando… Todo me abruma. Me cuesta respirar.

—Necesito estar solo, Violet.

—¿Adónde vas a ir?

—No lo sé. Quiero caminar, despejarme. Te llamaré luego.

Su precioso rostro me dedica una sonrisa triste.

—Te quiero, Lincoln.

Asiento.

—Lo sé.

Y la quiero tanto que duele.

Roza mis labios con un beso suave, pero yo la abrazo con todas mis fuerzas.

—Siempre te querré, Violet. —Y la suelto, intentando mantenerme entero. Las horas siguientes camino sin rumbo.

Solo.

Capítulo 35

Violet

No he conseguido localizar a Lincoln en toda la noche ni esta mañana.

Estoy a punto de llamar a los hospitales.

—Buenos días —saludo, tamborileando los dedos con nerviosismo sobre el mostrador de recepción del hotel, y le dedico una sonrisa forzada al recepcionista.

Deslizo la tarjeta de la habitación privada de Lincoln por la superficie de madera negra.

—Usted tuvo la amabilidad de darme una copia de la llave de la habitación 358 hace un par de semanas. El padre de mi novio y su familia se alojan en la suite presidencial, pero la llave de su habitación parece no funcionar esta mañana.

—Permítame comprobarlo —dice el empleado, con tono amable, tomando la tarjeta.

Tras unos segundos, levanta la vista hacia la pantalla y comenta:

—Ah, sí. El señor Black hizo el registro de salida a primeras horas de la madrugada.

El pánico me sube por la garganta, y siento como si unas garras me arañasen las entrañas.

—Perdone, ¿puede repetir eso? —Parpadeo varias veces. Debe de haberse equivocado; su vuelo no sale hasta esta noche.

—Aquí consta que salió a las tres de la mañana y que se modificaron sus planes de vuelo. —Levanta la cabeza, y al ver mi rostro, su sonrisa se borra.

Sabe que no tenía ni idea de que se había marchado.

Intento mantener la calma.

—¿Y su familia sigue aquí?

—Violet —me llama una voz a mi espalda—. Se ha ido.

Me vuelvo despacio hacia el sonido que reconozco bien, la voz que acaba de confirmar mi peor temor.

«Knox».

Tiene el rostro cansado.

—No logré convencerlo para que se quedara —dice, con pesar—. Ya lo había decidido. Lo siento mucho, Violet. —Extiende la mano hacia mí—. Ven, por favor. Tenemos que hablar.

Capítulo 36

Lincoln

Tres semanas, cinco días, cinco horas y treinta y seis minutos.

Ese es el tiempo que ha pasado desde la última vez que vi a Violet.

Desde que dormí una noche entera.

Desde que la abracé.

Desde que sentí su piel cálida junto a la mía.

Desde que vi su sonrisa.

Ha desaparecido de las redes desde que me marché, y la última foto que publicó fue un selfi de los dos en la playa. Parecíamos tan felices; sus ojos brillaban de alegría.

Joder.

La dejé.

Soy un maldito imbécil.

Ni siquiera le dejé una carta.

Hice exactamente lo mismo que mi madre conmigo: me marché sin decir nada y dejé que fuera mi padre quien diera las explicaciones.

Qué gesto más miserable, qué mierda de persona soy.

Y ni siquiera soy capaz de llamarla.

No sabría qué decirle.

Un «lo siento» no bastaría jamás.

Tengo el estómago revuelto por lo que hice, y he estado evitando a mi padre y a mi familia porque me avergüenzo demasiado de mi comportamiento.

Lo jodí todo. Por completo.

Y la echo de menos.

Muchísimo.

Odio las despedidas. Así que no la hubo. ¿Por qué querría estar conmigo? Soy el chico destrozado al que su madre rechazó. Dos veces.

Nadie debería cargar con mis mierdas. Violet merece algo mejor. Merece a alguien que viva cerca, en su misma ciudad; maldita sea, ¡en su mismo país! Pero yo vivo en otro continente.

Merece más de lo que puedo darle.

Tras el enfrentamiento con mi madre, creí que estaba haciendo lo correcto. Que sería más fácil irme sin mirar atrás. A mi madre, al fin y al cabo, no pareció costarle.

Pero yo no soy ella. Y desde que dejé Santa Mónica, no he dejado de arrepentirme.

La cagué. A lo grande.

No sé en qué estaba pensando.

Claramente, no estaba pensando. Y aún no puedo hacerlo con claridad.

He vuelto al punto de partida.

A sentir que me falta algo en la vida.

Y aquí, en Escocia, todo sigue igual. Como si nunca me hubiera ido.

Nada ha cambiado.

Excepto yo.

Un dolor agudo me atraviesa el pecho. Me han estado dando punzadas desde que me marché. Fui al médico y, tras varias pruebas, me dijo que estaba perfectamente, que no tenía nada. Pero algo va mal. Me siento fatal.

Quizá solo necesite una buena comida casera, porque apenas he comido en semanas. He perdido el apetito por todo.

—Tienes cara de *skatá* —me suelta mi yaya*,* usando una palabra griega para decirme que parezco una mierda.

Me encojo sobre la mesa de madera de su cocina. Tiene razón: me siento como *skatá.*

—¿Cuándo comiste por última vez? —Su acento, una mezcla de griego y escocés, es un cóctel extraño.

—*Chthés.* Ayer.

Estalla. Arroja la cuchara de madera al fregadero lleno de agua jabonosa y salpica por todas partes.

La comida lo es todo para el lado griego de la familia. Es cultura, celebración, unión. Para mi yaya*,* alimentar a los suyos es su forma

de cuidar, de demostrar amor. Y le encanta hacerlo.

—*Fáe.* Come.

Deposita un plato rebosante de musaca frente a mí. Nada de sutileza: está enfadada. Enfadada porque no como. Enfadada porque dejé escapar el amor de una buena mujer. Enfadada porque no hablé con ella antes de hacerlo. Simplemente, enfadada.

Se recoge el pelo negro en un moño y, con su vestido cruzado color burdeos, está impecable sin esfuerzo, como siempre. Pero por primera vez noto las canas que asoman entre los mechones oscuros. Se está haciendo mayor.

También ella me dejará algún día.

Empiezo a comer con el corazón encogido mientras ella me habla a toda velocidad en griego. Me recuerda cómo lo suyo con mi abuelo parecía un imposible, pero lo consiguieron; que yo no soy como él y que la he decepcionado por no luchar por Violet.

Me sé ese discurso de memoria. Lo repite desde que volví.

Mi abuelo se enamoró de ella durante unas vacaciones en Atenas e hizo todo lo posible por traerla a Escocia. Le cambió la vida. Les prometió a sus padres que la cuidaría, y lo cumplió: viven en la casa más grande de Castleview Cove, con servicio, y él la adora. Le deja notas de amor por todas partes. Es un alma blanda y cariñosa.

Ella tira de una silla y se sienta junto a mí.

Me reprende por encorvarme y me da un manotazo en la nuca. Siempre ha sido maniática con las formas.

Enderezo la espalda.

—¿Y qué vas a hacer esta noche, eh? —pregunta con el ceño fruncido.

—Irme a casa.

—Pero es sábado. ¿No vas a salir con los chicos?

Suspiro.

—No, esta noche no.

—Lincoln, mi querido nieto. —Me encanta cómo hace rodar las erres cuando dice eso—. ¿Qué vamos a hacer contigo? —Me revuelve el pelo.

Niego con la cabeza y dejo caer el tenedor sobre el plato; el golpe contra la porcelana resuena por toda la cocina.

—No puedo más. —Me cubro los ojos con las palmas y una oleada de emociones reprimidas se desborda al fin—. Me siento tan perdido.

Sus brazos cálidos me envuelven cuando me atrae contra su pecho.

—Sácalo todo, hijo mío. Tienes corazón, por eso sientes con tanta intensidad. Deja que salga.

—No quiero sentirme así. —Rompo a llorar en sus brazos.

—No tienes que esconder el dolor. —Mece mi cuerpo con suavidad mientras me derrumbo.

Violet fue la primera persona con la que sentí que podía ser yo mismo. No le importaban mis defectos; me veía tal como soy. Echo de menos sus besos, su forma de abrazarme.

—Lo he arruinado todo.

—Pues sí —Mi *yaya* nunca endulza las verdades.

Me duele todo: la cabeza, el pecho, el alma. Estoy agotado. El peso de mi corazón me resulta insoportable. La culpa es solo mía.

Estoy roto por haber perdido a Violet y por haber perdido a mi madre otra vez. Es un doble golpe que no sé cómo aguantar. Necesito terapia.

O a Violet. Ella me daba estabilidad, me hacía sentir completo, y no sabía cuánto necesitaba eso hasta que la encontré.

—Vamos, mírame.

Me sujeta la cara y me seca las lágrimas. Le dedico una sonrisa débil.

—Deja de fingir que todo va bien, Lincoln. —Me da un par de golpecitos en la mejilla—. Mi chico guapo. Eres igual de apuesto que tu padre.

—Menos mal que no me parezco a mi madre.

—Eh, basta. —Su tono se suaviza—. Hicieron falta dos personas para traerte al mundo, y le debes a ella estar aquí. Aunque no esté, parte de ella vive en ti. Es parte de ti, y tú de ella. No puedes reescribir la historia ni tu ADN.

Nunca lo había pensado así.

Aunque, después de las cosas crueles que me dijo, cuesta creer que compartamos sangre. Llevo semanas repitiéndolas en mi

cabeza, como una grabación interminable.

Sus ojos se iluminan al continuar:

—Eres muy especial para nosotros. Desde el momento en que naciste, te quise con todo mi corazón. Cuando eras niño, me hacías sonreír cada día. Te partías de risa cuando mezclaba el griego y el escocés y decía tonterías sin sentido. —Ríe al recordarlo—. Oh, cómo te adoraban mis amigas. Eras tan mono, con esos ojazos marrones de dibujo animado y ese pelo color chocolate. El bebé más precioso del mundo. —Me pellizca la mejilla como cuando tenía cuatro años—. Pero no se lo digas a tu padre.

—Será un placer hacerlo —bromeo.

—En el fondo me alegra que tu madre se marchara. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué? —pregunto, sorprendido.

—Porque soy egoísta, y así pude tenerte conmigo cada día. —Sé que intenta consolarme, pero también sé que dice la verdad—. Me diste tanta alegría, tanta vida… Y soy muy posesiva con los hombres de mi familia.

Sus palabras alivian un poco el peso en mi pecho.

—Te queremos más de lo que puedas imaginar. Tu padre es un gran hombre: el mejor padre y la mejor madre al mismo tiempo. Y en el fondo sabes que eso fue más de lo que necesitabas.

Como siga así, me hará llorar otra vez.

—Y sé que, si tú y Violet estáis destinados a estar juntos, el amor encontrará la manera. —Me guiña un ojo—. Así que nada de seguir deambulando por ahí como un zombi. —Abre la boca y pone cara de muerto viviente.

—Esa cara no es nada atractiva —digo, esbozando una risa.

—Exacto, pero eso es lo que hemos tenido que ver desde que volviste. Ahora ya sabes lo que hemos aguantado estas semanas. Así que come, vete a casa y duerme, hijo mío. Y el lunes, a trabajar. Mejorará, te lo prometo. Pero ven a verme cuando necesites hablar, ¿vale? Venga. Está decidido. Come. —Inclina la cabeza hacia el plato —. Estás en los huesos.

No es cierto. No he hecho más que ir al gimnasio, y por eso me duele el cuerpo. No comer bien y machacarme entrenando no es

precisamente inteligente.

El lunes volveré al trabajo de lleno.

Mi trabajo fue mi primer amor. Hasta que apareció Violet.

Y aunque me duela pensarlo, espero que encuentre a alguien que la quiera mejor de lo que lo hice yo.

Merece a alguien que no se marche.

Que luche por ella.

Merece ser feliz.

Pero yo ya no tengo fuerzas.

El depósito está vacío. Y aunque la charla con mi *yaya* me ha aliviado un poco, sigo agotado.

Por primera vez en semanas, creo que seré capaz de dormir esta noche.

No porque haya encontrado paz, sino porque ya no me queda nada.

Capítulo 37

Violet

—Adiós, preciosa casa de la playa. —Miro a mi alrededor, al espacio vacío.

Cojo a Pompón y lo acomodo bajo mi brazo.

—¿Tú también quieres decir adiós? —Le sujeto una patita y la agito en el aire a modo de despedida.

He tomado decisiones que me han cambiado la vida desde que Lincoln se marchó de Santa Mónica, hace casi un mes. Algunas aún no sé si han sido las correctas. Como dejar mi casa. Vender todos mis muebles. Y, la más importante de todas, cambiar de trabajo.

Mi padre y yo tuvimos una conversación muy larga y sincera. Entendió lo que sentía. Sabía que necesitaba un nuevo reto, así que me ayudó a encontrarlo.

¿Y Viva? Ya no forma parte de la vida de mi padre. Por suerte. La visitó el día después de que la familia de Lincoln se marchara, pero me dijo que ella no se mostró precisamente receptiva y que ambos sabían que lo suyo había terminado.

¿Y adivina qué? Mi padre ya tiene otra pareja: la novia número ocho. Aún no la conozco, pero estoy casi segura de que esta será la definitiva.

Hannah y Ruby han sido un apoyo constante: me han llamado todos los días, sobre todo esos en los que no podía ni levantarme de la cama por tener el corazón hecho pedazos.

He echado de menos a Lincoln cada minuto y cada hora. He tenido unas ganas tremendas de llamarlo, pero no lo he hecho, porque tengo un nuevo plan.

—Vamos, bolita de pelo —le digo a Pompón—, empecemos nuestra nueva aventura.

Respiro hondo.

Espero estar haciendo lo correcto.

Capítulo 38

Lincoln

—Buenas tardes —digo con un bostezo. Han pasado tres noches desde que fui a ver a mi *yaya* y aún no logro dormir.

Tengo la cabeza hecha un lío.

Sigo viendo destellos de color violeta por todas partes: en las flores frescas de la recepción esta mañana, en la corbata que lleva puesta mi padre ahora mismo.

«Solo es un color, Linc. No significa nada».

Juro que estoy perdiendo la cabeza.

—¿Sigues sin dormir? —pregunta mi padre cuando entro arrastrando los pies en su despacho.

—Nada.

Me dejo caer en el sofá de cuero negro y cierro los ojos. Un aroma familiar, muy parecido al del perfume de Violet, me golpea de lleno.

—Será mejor que te recompongas, porque tenemos reunión de personal a las cuatro. Todo el equipo directivo estará en el salón de actos dentro de una hora.

—¿Ah, sí? —Abro un ojo.

—Sí. ¿No viste el correo que te envié anoche? —Se apoya en el escritorio y cruza las piernas por los tobillos—. Eres un auténtico desastre.

Tiene razón: estoy ausente, desconectado. Al principio fue comprensivo cuando volví al trabajo, pero empiezo a notar que se le agota la paciencia.

—Estoy bien. Solo necesito café.

O un chupito doble de una californiana llamada Violet.

Cojo un cojín del sofá y me lo acerco a la cara para olerlo.

—¿Qué demonios haces? —pregunta mi padre.

—Algo huele bien —respondo. A pera fresca y a Violet. Me estoy volviendo loco.

Dejo el cojín, me incorporo con esfuerzo y digo:

—Nos vemos en una hora, entonces.

—Espabila, Linc. Y, por el amor de Dios, aféitate.

Me paso las manos por la cara. Tiene razón. No me sienta bien la barba larga y desaliñada, y llevo casi cuatro semanas sin cortarme el pelo ni afeitarme.

—Voy a hacerlo antes de la reunión.

—Buena idea. Y, de paso, péinate.

—¿Crees que Vincent tendrá tiempo de cortarme el pelo antes de que empiece? —Siempre voy a nuestro barbero del hotel: es el mejor, pero hay que pedir cita con semanas de antelación.

—Lo llamaré ahora mismo y le diré que vas para allá. Anda, vete.

—Gracias.

—Y, Linc…

Me vuelvo.

—¿Sí?

—No siempre te vas a sentir así.

—Para ti es fácil decirlo. A ti y a Eva os salió todo bien.

—No siempre fue fácil, ¿recuerdas cuando su padre me rompió la nariz?

—¿Cómo olvidarlo? —Aquella noche fue un desastre.

—Pero funcionó. Las cosas siempre acaban saliendo bien.

—No paras de repetir eso, pero mi chica vive a ocho mil kilómetros. —Así que eso no va a pasar. Bajo la voz—. Y ya no es mi chica.

—Vete —ordena mi padre.

Me aliso la corbata y la chaqueta del traje.

—Que tengas un buen día, Lincoln —me dice con un guiño y un brillo travieso en los ojos.

Desde que se casó con Eva, está insoportablemente feliz.

—Sí, lo que tú digas. —Me encojo de hombros y salgo de su despacho.

Capítulo 39

Lincoln

Entro en el salón de actos a escondidas y me siento al fondo, intentando captar de qué va la reunión.

No he leído el correo, así que no tengo ni idea de cuál es el orden del día.

Mi padre está divagando sobre el nuevo software de incorporación de personal, las responsabilidades de los empleados, la reserva de vacaciones, bla, bla, bla…

Doy un sorbo largo a mi café cargado. Ya llevo unos diez hoy; es lo único que me mantiene en pie.

Un aroma familiar me golpea otra vez. Ese perfume. Estoy perdiendo la cabeza.

—Y sin más demora… —mi padre empieza a cerrar la reunión.

Genial, reunión terminada. Me preparo para levantarme, agarrando el café como si fuera mi salvavidas.

—Quiero presentaros a nuestra nueva directora de operaciones. —Mi padre mira a su alrededor.

Mis oídos se agudizan. ¿Perdón?

¿Cuándo demonios hemos entrevistado a alguien para ese puesto? ¡Soy el director de operaciones! ¿Cómo es posible que no me haya enterado?

Debe de haber hecho las entrevistas mientras yo estaba fuera. Lo habíamos comentado de pasada, pero nunca llegamos a concretar nada.

Saco el móvil, busco el correo de la reunión de hoy y ahí está: «Anuncio especial». Eso es todo lo que pone.

Mi padre siempre me consulta todo.

Aunque quizá me lo haya comentado y yo haya estado tan absorto en mis cosas que no he prestado atención.

Continúa hablando:

—Hemos cubierto este nuevo puesto con una persona muy especial, alguien con amplia experiencia en *marketing,* seguridad laboral, normativa y procedimientos.

Mierda. Va a venir a por mi trabajo. Me muevo en el asiento, intentando ver por encima de la marea de cabezas.

—Ha dejado un cargo muy prestigioso para unirse a nuestro equipo, y me complace anunciar que dirigirá el nuevo proyecto del restaurante sobre el acantilado, que construiremos en el lado este del hotel. Será nuestro mayor desafío hasta la fecha. Tenerlo suspendido sobre los acantilados no será tarea fácil, pero contamos con la persona idónea. Tiene una gran experiencia en reformas, construcción y gestión de contratistas.

Genial. Definitivamente va a por mi puesto.

Mi padre termina su presentación:

—Espero que todos le deis… —hace una pausa— una cálida bienvenida de parte de todo el equipo de The Sanctuary. Señoras y señores, les presento a Violet West, nuestra nueva directora de operaciones.

Me levanto de un salto y derramo el café que me quedaba sobre los pantalones de vestir. Suelto un grito ahogado, pero me trae sin cuidado que el líquido hirviendo se esté filtrando a través de la tela.

Solo me importa la mujer que avanza hacia el frente del salón, más guapa de lo que recordaba, vestida con nuestro uniforme: una americana negra entallada con el logotipo dorado bordado en el bolsillo y un vestido negro que resalta todas sus curvas. Aunque parece que ha adelgazado, y eso no me gusta nada.

Con los hombros rectos y la cabeza alta, irradia seguridad, pero se delata cuando se aparta un mechón de pelo oscuro y ondulado detrás de la oreja. Solo yo me fijaría en algo así.

«Espera, ¿cómo?».

Mi corazón se pone a mil.

Yo mismo me pongo a mil.

«¿Qué hace ella aquí?».

—Tu padre acaba de decir que es la nueva directora de operaciones —responde Frederick, el jefe del *spa,* entre risas, mientras el resto del equipo también se ríe.

No quería decirlo en voz alta.

Mi mirada salta de Violet a mi padre, y de nuevo a ella, y otra vez a mi padre. Él me guiña un ojo.

Me están tomando el pelo.

Y Violet ni siquiera me mira.

—Está buenísima —comenta uno de los gerentes delante de mí, dejando clara su opinión.

Si es Adam, le doy boleto. Puede irse a tomar por culo. Es mía.

«Ya no, Linc. La cagaste, ¿recuerdas?».

Mi padre termina la reunión con un agradecimiento rápido, y los más de noventa encargados, adjuntos y supervisores se levantan al mismo tiempo. Intento abrirme paso para salir, pero es inútil: todos charlan felices, bloqueando el pasillo. Por cortesía, espero a que salgan mientras me pongo de puntillas para buscar a Violet entre la multitud.

Debo estar soñando. Es la única explicación posible.

Cuando los últimos rezagados se marchan, miro al frente, pero no hay nadie.

Mi padre ha desaparecido. Y Violet también.

Me paso las manos por el pelo recién cortado.

Ya no sé ni quién soy.

Cierro los ojos con fuerza y los abro de nuevo. Estoy despierto.

Saco el móvil del bolsillo de la chaqueta y llamo a mi padre.

Nada.

Vuelvo a intentarlo.

—Vamos, contesta, contesta, contesta —murmuro, recorriendo con la mirada el salón vacío.

Sigue sin responder, así que le envío un mensaje mientras corro hacia la parte trasera de la sala.

Yo: ¿Qué está pasando?

Deben de haber salido por las puertas ocultas que hay repartidas por el hotel.

Deslizo una de ellas y asomo la cabeza al pasillo de servicio, mirando a un lado y a otro.

Nada.

—Mierda —murmuro.

Me están tomando el pelo.

Miro el móvil: mi mensaje sigue sin respuesta.

Abro la agenda de mi padre y veo que tiene una cena esta noche en casa de los padres de Eva.

Corro hacia la salida del hotel para ir a buscar el coche. Los recepcionistas no me dan ninguna pista. Es oficial: me estoy volviendo loco. Empiezo a plantearme seriamente ingresar en un manicomio.

«¿Ha sido real? Era ella, ¿no?».

Golpeo el móvil contra la palma una y otra vez, debatiéndome entre la locura y la incredulidad. Ya no sé qué hacer. Así que escribo a Jacob y Owen.

Yo: Está aquí. La he visto.

Owen: ¿Quién?

Jacob: ¿La reina?

Owen: Por favor, dime que es Jennifer Lopez.

Jacob: Beyoncé.

Owen: ¿Adele?

Jacob: Es la reina.

Yo: ¡No! Violet.

Y no contestan.

Yo: ¿Hola?

Nada.

«¿Dónde se ha metido todo el mundo?».

Decido que intentaré pillar a mi padre en casa antes de que se vaya a cenar. Echo a correr por el pasillo trasero del hotel, en dirección al aparcamiento.

Creo que mi cuerpo ha entrado en sobrecarga emocional. No da más de sí. Estoy teniendo un auténtico colapso. Fatiga, pérdida de memoria, alucinaciones, cambios de humor, sensación de estar fuera de mi propio cuerpo…

Sí, presento todos los síntomas.

Capítulo 40

Lincoln

Cierro mi Porsche negro de un portazo y alzo la vista hacia la casa de mi padre. Está a oscuras. No hay señales de vida ni ningún coche, solo una gran mansión de nueve habitaciones que se yergue sobre mí.

Camino por la entrada hasta mi casa, al fondo de la finca.

Con cada crujido de mis pisadas sobre la grava, empiezo a sentirme mejor. Solo necesitaba aire fresco, nada más.

Lo de esta tarde ha sido una alucinación. Un fallo momentáneo.

Y entre ver morado por todas partes, olerla y luego imaginar que estaba en el salón de actos, sé que mañana tengo que pedir otra cita con el médico. Me dará algo para dormir. Eso es lo único que me pasa.

Solo necesito dormir.

Al acercarme a mi casa, caigo en que debo de haber dejado las luces encendidas esta mañana. Mi modesta casa de tres habitaciones está iluminada como un faro.

Voy a meter la llave en la cerradura, pero la puerta ya está abierta.

Mierda, también debo de haber olvidado conectar la alarma esta mañana.

Debería empezar a prestar más atención.

Empujo la puerta. Oigo un chasquido y el zumbido suave de alguien dentro de mi casa.

¿Habré pillado al ladrón con las manos en la masa llevándose mis bienes más preciados? Será mejor que no se lleve mi consola nueva. Hice cola durante horas para conseguir esa maldita cosa.

Y así es como paso la mayor parte de las noches ahora, gritando por los auriculares «cubridme» y «botiquín» a desgraciados como yo.

Un murmullo tenue de música me llega a los oídos y, luego, un clic minúsculo me avisa de que una bolita blanca y peluda recorre a toda prisa el suelo de madera gris del recibidor en mi dirección.

Me llevo el susto de mi vida y pego un respingo cuando me mira con esa carita tan mona y ladra.

¿Pompón?

Niego con la cabeza, con la boca abierta.

—Ah, perdón. Debería haberlo metido en su jaula antes de que llegaras a casa.

Violet aparece en el umbral del salón, con su vestido negro de The Sanctuary y descalza. Coge a Pompón en brazos y desaparece en mi cocina.

No me lo he inventado. No me estoy volviendo loco. Está aquí.

—¿Qué…? —Alzo las manos, clavado en el sitio, y descubro que no me salen las palabras.

Violet reaparece.

—Tu cena está en el horno. Tu yaya nos ha traído musaca. Te he servido una copa de vino y me voy a duchar. Ha sido un día largo. —Salta al primer peldaño de la escalera—. He roto un vaso en la cocina antes y creo que he recogido todos los cristales, pero ve con cuidado por si se me ha escapado alguno —alza el dedo al aire—. Ah, se me olvidaba.

Salta del peldaño, cruza el recibidor deprisa y se planta delante de mí.

Me coge por sorpresa cuando me da un beso en los labios.

—Bienvenido a casa.

Y, veloz como un rayo, sube las escaleras.

Oigo el clic de la puerta del baño al cerrarse y después otro chasquido al correr el pestillo.

Lo siguiente que oigo es el repiqueteo del agua; luego la oigo a ella tarareando.

Tarareando como si todo fuera normal.

Cuando, en realidad, desde las cuatro de esta tarde nada ha sido normal. En realidad, desde que me fui de Santa Mónica, nada ha sido normal.

Tengo la impresión de que he entrado en otra dimensión y miro la puerta de entrada y luego a mi alrededor para confirmar que, en efecto, esta es mi casa.

Camino despacio por el recibidor, echo un vistazo a la cocina y, sí, el resplandor cálido del horno confirma que dentro está la cena. Mi mesa de cristal tiene un cubierto puesto con una copa de vino, y Pompón se ha hecho una bolita y ya está profundamente dormido.

Aturdido, subo las escaleras, con el rumor lejano de Violet duchándose.

Al entrar en mi dormitorio, me encuentro una hilera de frascos de perfume, potingues y lociones alineados sobre la cómoda. A su lado, un tocador nuevo —que no estaba aquí ni esta mañana ni nunca— lleno de tarritos negros diminutos, pintalabios, una cajita joyero de cuero lila y un jarrón con flores moradas recién cortadas.

Se ha mudado. ¿Cuándo?

Estoy tan pasmado que no puedo hacer otra cosa que mirar a mi alrededor. Me froto la cara con las manos, como si así fuera a despertarme y abrir los ojos.

No: sus cosas siguen ahí.

En la mesilla hay una agenda arcoíris bien gorda y encima su vibrador rosa.

«¿Esto es real?».

Para comprobar por segunda vez su mudanza, abro de golpe las dos puertas del vestidor. La mitad de mis trajes han sido sustituidos por un surtido de vestidos morados. Los bolsos de piel ocupan la pared del fondo que antes alojaba mi colección de zapatillas de diseño.

Me dejo caer en la butaca de cuero negro en medio del vestidor y observo mi entorno.

Estoy teniendo un momento de *Dos vidas en un instante* y me quedo allí sentado un buen rato contemplando todas sus cosas.

Hay incluso una pila de planificadores multicolor en una de las cajas.

Al final me levanto para comprobar las cajoneras. Abro uno de mis cajones de calzoncillos y me llevo un susto: en vez de coger

unos *boxers*, saco las braguitas rosas de encaje más diminutas que he visto y me las acerco a la cara.

«La madre que…».

—Gracias. Me las pongo. —Violet me las quita de la mano.

Se me seca la boca cuando deja caer la toalla delante de mí y procede a untarse la piel dorada por el sol con esa maldita fragancia fresca que lleva.

Gimo cuando se extiende la crema por los pechos, haciendo que se le endurezcan los pezones. Sus manos descienden por su vientre, por las caderas, y sé que me está provocando cuando se hidrata los labios inferiores, humedeciéndolos, pidiéndome que los toque.

—¿Te gusta el espectáculo? —dice con ese maldito acento californiano dulce como la miel.

Juraría que alguien me ha rellenado la cabeza de algodón de azúcar y, por primera vez en semanas, mi pene se agita dentro de los calzoncillos al despertar por fin de su letargo.

Violet sale contoneándose del vestidor hacia el dormitorio. Se me pone la polla dura como una piedra al instante cuando se menea por mi habitación.

Incapaz de moverme ni de apartar los ojos de ella, busco algo donde apoyarme y me recuesto contra el marco de la puerta, incapaz de comprender lo que está pasando.

Se sube las braguitas de encaje, se pone unos *shorts* diminutos y encima una camiseta blanca enorme.

—Voy a poner Netflix. ¿Te vienes? —Se recoge la melena mojada en un moño alto con aspecto de nido salvaje.

La confusión que siento empieza a tocarme los cojones, y Violet también.

Esto es una emboscada de manual.

Me paso las manos por el pelo y tiro de él.

—Perdona. A ver si lo entiendo. Estás en mi casa, usando mi ducha, poniéndote cómoda y me preguntas si me uno a ver Netflix. ¿Usando mi usuario y mi contraseña? —Siento algo más que confusión. Más bien es una leve irritación mezclada con desasosiego —. Perdona, pero ¿qué coño está pasando?

—Ah, me he mudado a Escocia y me he venido a vivir contigo —dice, como quien habla del tiempo.

«Anda, no me digas».

Sale del dormitorio y baja por las escaleras dando saltitos.

Entonces me fijo en que, ordenados con mimo en algún tipo de exhibición rara, varios cojines decorativos adornan ahora mi cama.

«Increíble».

Bajo detrás de ella y ya tiene el culo plantado en mi sofá de cuero negro, los pies en mi mesa de centro de cristal y el mando apuntando a la tele, zapeando por el menú.

—¿Te vienes? —Palmea el cojín a su lado sin mirarme—. Se supone que hoy empieza la nueva temporada de *Vikingos.* Sé lo mucho que te gusta.

Ya está. Se acabó el andar con rodeos. Cruzo la sala, desenchufo la tele.

Con las manos en las caderas, me planto delante de la pantalla gigante.

—¿Todo bien? —Una sonrisita traviesa suaviza sus ojos enormes.

—¿Qué? —bramo—. ¿Que si todo bien? No te he visto en casi un mes…

—Porque me dejaste —me corta.

—Porque te dejé —repito como un loro. Virgen santa, no. Me corrijo—: No. Eso no fue lo que pasó. —Trazo una línea en el aire—. Porque no supe cómo decir adiós ni cómo decirte que lo nuestro a distancia era una idea terrible. Era más fácil cortar por lo sano.

—Vaya, ¿me perdí la nota? ¿Rompimos? Nunca llegaste a hacerlo oficial. Muy elegante lo de endosarle el marrón a tu padre, por cierto. —Me guiña un ojo.

Lo hace como si me chocara el puño por la peor decisión de mi vida, pero le veo el dolor en los ojos.

Sigue atizándome con sus palabras.

—Lo entiendo. Tu madre desquiciada y emocionalmente ausente te rompió el corazón, y fue un *shock* encontrarla como la encontraste. Aparte, no obtuviste lo que querías. Esa noche se convirtió en uno de los peores días de tu vida y, en lugar de ver lo bonito que ya tenías, decidiste cargarte el resto. Te fuiste porque te

pareció lo correcto. Para nosotros. Y lo entiendo; una relación a distancia sonaba horrible. Yo tampoco quería hacerlo. Pero estaba dispuesta a intentarlo por nosotros, a ver cómo nos iba. Porque lo nuestro es único, especial y precioso. Pero ni siquiera nos dejaste probar para ver qué pasaba. Así que dejaste a la chica a la que se supone que quieres. A la única a la que has querido, porque creíste que estaría mejor sin tu corazón pisoteado y rechazado. Cuando la realidad es que ella era la que podía curarlo. Pero ¿cómo ibas a saberlo si no te quedaste para averiguarlo?

Siento una punzada de remordimiento mientras me espeta verdades que no quería afrontar.

Y sigue:

—Y desde entonces has ido arrastrándote. Sintiéndote como una mierda. Arrastrándote como un zombi. Y ahora te sientes peor. Pero si hubieses hablado conmigo antes de irte, no estarías sufriendo así.

Ha hablado con mi abuela.

»Y ahora estás triste. Te sientes patético. Solo. Con el corazón dolorido y la peor pena que has sentido nunca, pero has sido demasiado cabezota para llamarme o escribirme. Por miedo a que te rechazara. Porque todo el mundo te rechaza. Me metiste en el mismo saco que a tu madre. Pero ¿sabes qué, capullo? No somos todos iguales.

Está cabreada y con razón, pero me tiene calado y está aquí. Aunque yo la cagara como la cagué, ha venido por mí.

—Pero ahora estoy aquí. —Cruza los brazos.

—¿Te quedas? —Después de todo lo que acaba de decir sobre lo capullo que soy.

—Ya lo creo que me quedo —me desafía.

—¿Aquí?

—Sí. Aquí.

—¿En mi casa? ¿Conmigo?

—En nuestra casa. Juntos. ¿No es eso lo que hacen las parejas?

¿Parejas?

Niega con la cabeza, frunciendo el ceño:

—Nunca rompiste conmigo. Seguimos juntos, salvo que me digas lo contrario. —Se pone en pie—. He cambiado de idea. Ha sido un

día largo; tengo un *jet lag* de muerte. Creo que me voy a la cama. ¿Vienes? —No espera respuesta y se va escaleras arriba—. ¿Puedes sacar a Pompón antes de subir? Come algo también. Tienes una pinta horrible —grita desde arriba.

Parpadeo, desconcertado.

Es un cartucho de dinamita: pequeña, pero explota.

Y yo soy el que está a punto de estallar… de rabia.

Totalmente descolocado, vuelvo a la cocina, abro la jaula de Pompón y lo saco al jardín a mear.

¿Qué coño estoy haciendo? Ya me está dando órdenes.

Salgo al jardín que comparto con mi padre y sigo de cerca a Pompón para asegurarme de que no se pierda en los enormes terrenos. Se encienden las luces de la cocina de mi padre: acaba de volver.

Cojo a Pompón y cruzo el césped corriendo.

Su placa tintinea, delatando su nuevo collar de cuero negro.

Le doy la vuelta a la chapita. Por un lado pone Pompón y, por el otro, mi dirección.

—Me cago en la leche —suelto entre dientes.

¿Cuánto tiempo llevan planeando esto?

Capítulo 41

Lincoln

Con Pompón bajo el brazo como si fuera un balón de fútbol, atravieso la puerta lateral de la cocina de la casa de mi padre y de Eva con un portazo.

—Me preguntaba cuándo llegarías —dice mi padre, apoyado con total calma en la isla de mármol blanco mientras toma un sorbo de vino tinto. Apuesto a que ha estado aquí todo el tiempo.

—¿Qué demonios estás tramando, papá?

—¿A qué te refieres?

—No te hagas el tonto. La has traído tú. Está viviendo en mi maldita casa. Ha metido todas sus cosas y hasta ha encendido velas aromáticas. —Aunque, pensándolo bien, olían bastante bien.

—¿Para disimular el hedor de la autocompasión y la soledad? —responde, con una sombra de diversión en los ojos.

—Ah, ¿te parece gracioso? Apuesto a que llevas noches enteras urdiendo este plan maestro.

—No. Solo una.

—¿Cuándo?

—La primera noche que te marchaste de Santa Mónica.

—¿La primera noche?

—Sí. Pero han tardado tres semanas enteras en concederle el visado de trabajo a Violet, y eso que lo tramitamos como urgente. Recursos Humanos se ha encargado de todo el papeleo.

—¿Ha dejado el negocio de su padre? —No puedo creer que haya hecho eso.

—Sí. Por ti.

—¿Por mí?

—Sí, Lincoln. Por ti. ¿Estás enfadado conmigo?

—Claro que sí. Parece que crees que necesito que me lleven de la mano o algo así. Primero me criaste tú solo cuando mamá se marchó, hiciste sacrificios por mí, luego me diste una participación

en el hotel, después me construiste una casa al final del jardín y ahora esto. —Levanto a Pompón como prueba.

—¿El perro? —Da otro trago a su vino, sin inmutarse.

—Es que no es solo el perro. Es la dueña que viene con el perro, y ha puesto mi dirección en su placa. Mira. —Le doy la vuelta al collar para enseñársela.

—No veo el problema —dice riendo.

—Tú… Ella… —Aprieto la mandíbula y gruño.

—Lincoln. —Deja la copa sobre la encimera de mármol—. Te cuidé porque eso es lo que hacen los padres. No es una carga ni una obligación. Te crie porque eres mi hijo, mi niño. En cuanto a ser socio del hotel, no te lo regalé: te lo ganaste, y lo sabes. Estaba en el acuerdo que debías cumplir ciertos requisitos para lograrlo. ¿Y la casa del jardín? Tu abuelo me dio el dinero de un fondo fiduciario que abrió para ti cuando naciste, precisamente para eso.

Me deja asimilarlo antes de seguir.

—La familia se cuida, Linc. Yo te cuido a ti. Cuido de Archie, de Hamish, de Eva, de Thea… y, cuando Fraser y Hunter están de gira, cuido también de Eden, de Ella y de sus hijos. Eso es lo que hacemos los unos por los otros. —Hace una pausa—. Deja de apartar a todo el mundo.

—No lo hago.

—Sí lo haces. Violet quiere estar aquí. Ha venido por ti. No tuve que pedírselo dos veces. Te quiere. Está haciendo lo mismo que Eva hizo conmigo: te ha buscado y te ha seguido. Está escuchando a su corazón.

Me siguió.

—Es demasiado buena para mí.

—Es perfecta para ti. Es fuerte, segura y sabe lo que quiere.

Echo la cabeza hacia atrás y miro al techo.

—¿Así que trabaja en The Sanctuary?

—Sí. Tú eres su jefe.

—Soy cualquier cosa menos eso. Ha asaltado mi casa con perfume, braguitas rosas y un maldito vibrador rosa. Por no hablar de las cinco fotos enmarcadas de los dos que he contado repartidas por el pasillo, el dormitorio y el salón.

Una carcajada profunda sale de los pulmones de mi padre.

—Mierda, olvida lo último que he dicho.

Me tienen todos cogido por los huevos.

—Me voy, pero que sepas que estoy cabreado contigo. Puede que mañana en el trabajo ni te hable. —Entrecierro los ojos.

Él asiente despacio, con una sonrisa burlona.

—De acuerdo. ¿Quieres que cancele el visado de Violet?

—No —respondo con tono malhumorado. En realidad, no quiero eso, pero no pienso decírselo—. Eres insoportable.

Y astuto. Y brillante. Y quizá lo admire y lo quiera aún más por esta jugada.

—Lo sé —dice con satisfacción—. ¿Hemos terminado? Porque mi mujer me está esperando arriba. —Me guiña un ojo—. Los niños duermen en casa de los padres de Eva esta noche.

Pongo cara de asco y me dispongo a salir.

—El perro te sienta bien. Disfrutad de vuestra primera noche juntos —grita mientras salgo de su casa.

Voy a dormir en la habitación de invitados, y punto.

Capítulo 42

Lincoln

Llevo horas mirando el techo. El sueño y yo no nos llevamos bien, y me espera otro día más sintiéndome como una mierda.

Es temprano y oigo a Violet moviéndose al otro lado del pasillo.

Aparte de las semanas que estuve viviendo en su casa, nunca había convivido con una mujer. Ni una sola vez. Tampoco tuve una madre.

Nunca dejo que las chicas se queden más de una noche. Implicaría que quiero algo más, y nunca ha sido así.

Hasta Violet.

La mujer más exasperante del mundo se ha instalado en mi casa, ha usado mi ducha esta mañana y lleva un rato cantando a pleno pulmón con la radio a todo volumen. A mí me costó un mes entero aprender a usar ese maldito sistema de sonido, pero a ella no le supone ningún esfuerzo.

Es raro tener a alguien que haga que la casa huela y parezca más acogedora. Ha llenado el salón de cojines, velas por todas partes y flores frescas —cuatro ramos solo en la planta baja—. ¿Cuándo ha tenido tiempo de comprar todo eso?

Me deja fuera de juego cuando irrumpe de golpe por la puerta del dormitorio de invitados.

Cruza el suelo a toda prisa hasta mi cama, con las manos escondidas a la espalda.

—Perdón, voy con prisa. Tu padre me lleva al trabajo esta mañana. Tengo que ir a mirar coches. ¿Puedes ayudarme con la cremallera, por favor?

Se me escapa el aire de los pulmones cuando se da la vuelta y me muestra la espalda, desnuda, bronceada, perfecta. Pide a gritos que la toque.

«Quiero tocarla».

El triángulo de su tanga negro asoma en la base de la columna y me deja entrever lo que se esconde bajo el vestido medio abierto.

Apoyo un pie en el suelo, luego el otro, me incorporo y, despacio, uno los dientes de la cremallera.

Ella se aparta el cabello hacia un lado para que no se lo enganche.

Mis dedos rozan su piel y me provocan una oleada de escalofríos en la nuca mientras cierro el vestido hasta el cuello.

Por impulso, mi cuerpo actúa por su cuenta: me inclino y le beso la nuca, justo en el punto que le encanta que le lama.

Rozo su piel con la punta de la lengua y ella deja escapar un leve gemido mientras la saboreo por primera vez en lo que me parece una eternidad. Exhalo con fuerza, aliviado.

Ella inclina la cabeza hacia un lado, alarga el brazo y me acaricia la nuca afeitada con la yema de los dedos, lo que hace que todo mi cuerpo se estremezca.

—Tengo que irme. —Se separa de mí, dejando un espacio helado entre los dos. Me la ha puesto muy dura. Como el mástil de un barco.

Sin reconocer lo que acaba de pasar, se gira hacia mí antes de salir del cuarto.

—¿Puedo llevar a Pompón al trabajo de vez en cuando?

Sus ojos bajan hacia mi erección y vuelven a subir.

Sabe perfectamente lo que me hace.

Es la primera palabra que pronuncio en todo este encuentro:

—Sí.

—Genial. —Sonríe—. Nos vemos luego.

Y así sin más, puf, vuelve a desaparecer.

Necesito una ducha para pajearme, porque mi polla tiene las cosas claras y solo piensa en ella.

Solo en ella.

Capítulo 43

Violet

Con los brazos bien abiertos y los hombros encogidos, me aferro al lavabo del baño del personal.

Me miro al espejo y suelto un largo suspiro.

—Vamos, Violet. Tú puedes con esto.

Intento mantener la compostura; no obstante, me encuentro en una situación agridulce ahora que estoy aquí, en Escocia.

Cruzar miles de kilómetros para estar con él quizá haya sido una completa locura. Me alegra haberme lanzado, y el trabajo es increíble, pero Lincoln parece roto y exhausto. Se le ve perdido. Cuando lo sorprendí mirándome en el pasillo esta mañana, pude ver cómo se le licuaba el cerebro. Quiere estar conmigo —sé que, en el fondo, lo desea—, pero sigue atormentado por la decisión que tomó cuando se marchó de Santa Mónica. Es consciente de que nos hizo daño a los dos, y no acaba de creerse que haya venido. Está en guerra consigo mismo, intentando reunir el valor para dar de nuevo el paso.

Quizá el plan de Knox no salga como esperaba.

Y aunque Lincoln me besó el cuello esta mañana, sigue manteniendo las distancias. Me ha evitado todo el día. Si no lo está haciendo a propósito, lo parece.

Saco el móvil y escribo a Hannah y a Ruby.

Yo: Por favor, decidme que he hecho lo correcto.

Hannah: Lo has hecho. Estás yendo a por lo que quieres.

Ruby: ¿Por qué? ¿Qué pasa, cariño?

Yo: Tengo mis dudas. Puede que vuelva antes de lo previsto.

Hannah: Ni hablar. Eso no va a pasar.

Ruby: Dale tiempo para adaptarse.

Hannah: Llámanos luego y te animamos.

Yo: Allí será de madrugada.

Hannah: Nos da igual.

Ruby: Ya sabes que yo siempre estoy despierta.

Hannah: Todo saldrá bien.

Ruby: Y recuerda que te queremos… y que Lincoln también.

Espero que eso siga siendo verdad.

Capítulo 44

Violet

Han sido cuatro días larguísimos: aprendizaje, Lincoln evitándome, búsqueda de coche… y aún no entiendo ni la mitad de lo que dicen los escoceses. Hablan tan rápido que a veces tengo que pedirles a algunos de mis compañeros que bajen el ritmo.

He conocido a varias chicas estadounidenses que están aquí con el programa de intercambio del hotel, lo cual ha sido estupendo, y también a un par de chicas de aquí más o menos de mi edad que me han dicho que quieren llevarme de fiesta. Al parecer solo hay una discoteca en el pueblo, The Vault, y el fin de semana que viene es noche de chicas. Suena divertido.

Acostada de lado, miro el cielo nocturno.

No ha venido a dormir conmigo en su cama. Otra vez.

Sigue durmiendo en la habitación de enfrente.

Quizá todo esto haya sido un error.

Venir a Escocia fue una decisión fácil, pero muy importante para mí. Knox y yo pasamos horas hablando y al final me hizo una oferta que no pude rechazar. Todo tenía sentido.

Ahora ya no estoy tan segura.

Lincoln no parece muy contento de verme precisamente.

Supongo que, si alguien se mudara a mi casa sin invitación, yo también reaccionaría igual. Una sonrisa burlona se dibuja en mis labios al recordar su cara de horror cuando crucé el pasillo con Pompón.

El mejor momento de mi vida.

Lo amo.

Y ahora que estoy aquí, lo único que quiero es que me rodee con sus brazos y me diga que también me ama.

Pero se ha cerrado en banda.

Sus barreras son altas, y, créeme, he entendido el mensaje: «Prohibido pasar».

Fue divertido cuando Eva, Eden y Ella me ayudaron a instalarme. Estaba nerviosa y dudaba de que nuestro plan fuera a funcionar, pero seguí adelante, aunque los nervios no dejaran de insistirme en que me detuviera.

Hunter y Fraser montaron el nuevo tocador. Me gustaría decir que esto ya parece mi hogar, pero no es así.

Aunque la casa de Lincoln es mucho más acogedora que mi casa de la playa, sigo sintiéndome sola.

Mi rincón favorito es la chimenea del salón. Puedo imaginarme ahí, junto a la chimenea de mármol blanco todo el invierno. Si sigo aquí para entonces.

Las fotos que Lincoln me enseñó en nuestra primera cita no le hacen justicia a Castleview Cove.

El pueblo es precioso. Todavía no he ido al castillo ni a la heladería, y me muero de ganas de pasear por la playa y el muelle con Pompón. Estuve escondida de Lincoln unos días y luego me metí de lleno en el trabajo. Eso será lo primero que haga el fin de semana.

Lo que he visto hasta ahora es verde, tan verde que parece irreal, y el aire es puro, limpio. Es una maravilla.

Lincoln vive dentro de la finca amurallada de su padre, que parece extenderse kilómetros. Knox incluso tiene un garaje para diez coches lleno de deportivos, junto a su mansión victoriana de nueve habitaciones.

La calle donde vivo ahora se llama Cherry Gardens Lane. No podría sonar más pintoresca ni aunque lo intentara.

Knox también tiene un estanque lleno de carpas koi, que tiene fascinado a Pompón. Ayer se sentó en el borde del césped veinte minutos, moviendo la cabeza de un lado a otro. Fue adorable. Por suerte, hay una red gruesa de seguridad para que nada entre ni salga: perfecta para mantener a salvo a pomeranias y a niños pequeños.

El enorme jardín está lleno de flores de miles de colores, senderos secretos y rincones con bancos, y al fondo hay una casa del árbol donde Archie y Hamish pasan horas. Se oyen sus risas por toda la finca.

Pompón todavía no se acostumbra a Coal y Jet, los dos labradores negros de Knox y Eva. Junto a ellos parece un ratón, y no saben si jugar con él o comérselo. Cada vez que Pompón ladra —más bien un chillido—, los otros dos saltan y salen corriendo.

La finca entera de los Black parece sacada de una postal.

Aunque se supone que aún es verano, nadie lo diría: ya parece invierno con este frío. Me aterran las temperaturas que se avecinan, aunque también me emociona la idea de ver nieve cada año. Solo la he visto unas pocas veces, y, aquí en Castleview Cove, cae cada invierno sin falta. Nunca he hecho un muñeco de nieve. Claro que eso será si Lincoln quiere que me quede.

Cuando aparecí en el salón del hotel el otro día, parecía que le hubieran dado una bofetada. Knox y yo salimos corriendo por una de las entradas secretas. Su padre se ha divertido muchísimo con la «operación Violet», como le gusta llamarla, y he visto un lado travieso de él que me encanta.

Ha sido divertido tomarle el pelo a Lincoln, pero ahora vuelvo a estar sola en la cama y no sé cómo sentirme. Tal vez de verdad no me quiera. Tal vez no me ame como dijo.

La confianza que tuve al venir empieza a resquebrajarse, y eso me da miedo.

Vivo en una casa perfecta, dentro de un jardín perfecto, con un trabajo perfecto y una familia perfecta, pero no lo parece.

Una lágrima se me escapa y dejo salir un gemido involuntario.

—¿No puedes dormir? —pregunta en la oscuridad esa voz profunda que tanto amo.

Me limpio la cara deprisa.

—No.

—Prepararé un chocolate caliente. Baja al salón cuando estés lista.

—Vale —susurro.

Pasados unos minutos, bajo por la escalera de madera blanca. Me encanta la casa de Lincoln: cálida y moderna a la vez. Tiene moqueta gris oscuro en la planta de arriba, suelos de madera a juego en la de abajo y una cocina blanca de estilo *shaker* que la hace parecer más grande de lo que es.

Lincoln está encendiendo el fuego cuando entro al salón. Ha colocado un par de cojines en el suelo para sentarnos.

—Por las noches hace más frío. Es lo malo de las casas de piedra. Ven, siéntate conmigo junto a la lumbre.

Me pasa una manta gris ultrasuave y me acomodo a su lado. Es lo más cerca que hemos estado desde que me subió la cremallera del vestido, y su familiar colonia me envuelve.

La había echado tanto de menos.

El resplandor anaranjado del fuego ilumina toda la estancia.

Resalta el rostro hermoso de Lincoln, pero también las profundas ojeras bajo sus ojos. Se le ve cansado.

Me tiende una taza humeante.

—¿Estás bien? —Su voz destila preocupación—. ¿Has estado llorando?

—Todavía tengo *jet lag.* Sin dormir no sirvo para nada. Me pongo sensible —miento, soplando la superficie del chocolate antes de probarlo—. Mmm, qué bueno.

—A mí me pasa igual.

Según su padre, no ha dormido en semanas. Se aclara la garganta.

—Así que estás aquí.

—Sí —susurro.

—¿Dejaste el negocio de tu padre?

—Era hora de cambiar. Me llegan ofertas constantemente. Necesitaba algo nuevo.

—¿Y mi padre te hizo una buena propuesta?

—Sí. —No veo la hora de dirigir el restaurante flotante—. Tu padre le pidió permiso al mío para «robarme».

Lincoln sacude la cabeza despacio, asombrado.

—Siempre hace lo correcto.

—Tú eres igual que él.

—No. Él es mucho mejor que yo. Él no te habría dejado. —Sujeta la taza con ambas manos—. ¿Cuándo llegaste?

—Dos días antes de la reunión en el salón.

—¿Dónde te quedabas?

—En casa de Ella y Fraser.

—¿Con Pompón?

—Sí.

—¿Y cómo trajiste a Pompón? ¿No tuvo que pasar cuarentena?

—No. Tiene microchip, pasaporte y todas las vacunas.

—¿Y tus cosas?

—Las mandé por envío urgente la primera semana. Han estado en casa de Ella y Fraser.

—¿Así de simple?

—Sí.

—Lo planeaste todo.

«Sí, por ti, idiota».

—¿Y tu casa? —murmura, mirando las llamas hipnóticas.

—¿La de mi padre? La vendió. No era su estilo.

—¿A tu hermana?

—Ni de broma.

Reflexiona. Todavía no me mira.

—Lo siento —susurra.

No quiero llorar. Estoy demasiado cansada para eso, pero cuatro semanas sin contacto y con tanto por decir se me clavan en el pecho.

—Está bien.

Suelta un largo suspiro.

—No lo está. Soy un desastre.

Cuando su yaya vino el primer día que me mudé, me contó que él había llorado en sus brazos la noche anterior. Se me rompió el corazón otra vez. Me pidió que arreglara a su chico roto. Ojalá pueda hacerlo.

Dejo la taza sobre el hogar de mármol blanco y me arrodillo frente a él.

Es tan guapo… Su piel aún luce morena pese a llevar más de un mes en casa. Quizá sea la camiseta blanca o la luz cálida del fuego, o su herencia griega, que prolonga el bronceado. Sea lo que sea, sigue siendo mi hombre moreno y misterioso.

No tiene más remedio que mirarme cuando tomo su rostro entre mis manos.

—No eres un desastre. —Le acaricio la mejilla con el pulgar—. Tu corazón está roto, sí, pero tú no. Tienes gente que te adora. Lo vi en Santa Mónica, con tu familia. La gente que tienes a tu lado es la que importa de verdad. —Sus ojos se humedecen—. Concéntrate en lo que tienes, no en lo que te falta. Tal vez un día tu madre quiera buscarte, tal vez se dé cuenta de lo que perdió. Dijiste que estaba muerta para ti, pero te conozco: si aparece, le darás una oportunidad. Eres igual que tu padre. No lo dudes. —Le sonrío—. Aunque creo que eres más guapo que él. Pero no se lo digas. —Su risa cristalina flota en el aire—. Todo irá bien, Linc. Que el destino nos haya hecho encontrarnos así te demuestra lo que ibas a descubrir de todas maneras. Recuerda que estás rodeado de gente que te quiere.

—Ella no me quiso. —Parpadea y una lágrima gruesa le resbala por la mejilla—. Duele tanto.

Asiento con ternura.

—Se pasará.

—Estoy tan cansado…

No lo beso. Solo lo convenzo para que se tumbe conmigo. Improviso una cama junto al fuego y me recuesto de lado, mirando las llamas, pidiéndole que me abrace.

Él se acurruca contra mí y susurra un «gracias» casi inaudible.

Con su cálido cuerpo pegado al mío y entre sus enormes brazos, nos quedamos dormidos al instante, arrullados por el crepitar de la leña.

Y es la noche que mejor hemos dormido desde hace semanas.

Capítulo 45

Lincoln

Me desperté esta mañana con Violet abrazada a mí. Su mano suave reposaba sobre mi pecho mientras dormía, respirando con ese murmullo tranquilo del sueño profundo.

No quería moverme. Pasé casi media hora mirando al techo, hasta que al final no me quedó otra opción que levantarme para ir a trabajar.

Es la primera vez en semanas que duermo ocho horas seguidas, y me siento renovado.

No la merezco. He sido un capullo con ella, marchándome sin siquiera despedirme.

Y aun así vino a buscarme.

Es demasiado buena, demasiado amable.

¿Por qué iba a cambiar toda su vida para estar aquí?

Que se haya mudado a mi casa de esta manera es una auténtica locura, y todavía no logro entender en qué demonios estaba pensando.

Estoy soñando despierto con ella cuando entra en mi despacho, una auténtica belleza con ese vestido entallado. Jamás se me habría ocurrido pensar que nuestros uniformes fueran sexis, pero ella consigue que todo se vea espectacular.

—Esta noche cenamos en Wee Oscars con Jacob, Owen y Skye, a las siete. Así que llega a casa con tiempo para cambiarte. Nos vemos luego.

Su pequeña figura se da la vuelta y se marcha.

Salto de la silla tras el escritorio y voy tras ella.

—¿Cómo que Jacob, Owen y Skye?

Sus pasos se detienen en seco.

—Exactamente lo que acabo de decir. Vamos a cenar con tus amigos. No llegues tarde.

Luego se abre paso por el pasillo con ese contoneo suyo, y me tomo un momento para apreciar el suave vaivén de sus caderas. Su culo da un pequeño rebote cuando gira en la siguiente esquina y desaparece.

—Es una bonita vista —dice la voz de mi padre, sobresaltándome.

—¿Qué? —Intento acomodarme discretamente. Llevo excitado desde que me desperté esta mañana.

—El sol brillando sobre la bahía —dice, mirando por la ventana al final del pasillo por el que Violet acaba de pasar.

Entonces me guiña un ojo y se esfuma.

Capítulo 46

Lincoln

Después de cenar esta noche con mis amigos, me muero de ganas por abrazar a Violet y decirle lo imbécil que he sido. Me siento jodidamente estúpido, y aun así sigo sin ser capaz de hacerlo.

Hemos pasado una velada preciosa: Violet me ha agarrado de la mano todo el tiempo y no me ha dejado apartarla ni un segundo.

No sé por qué hago eso.

¿La estoy protegiendo de mí?

¿Por qué demonios soy así?

—Buenas noches, florecilla. —Me apoyo en el marco de la puerta del dormitorio de invitados y la saludo desde el pasillo. Seguimos durmiendo en habitaciones separadas, lo cual es una locura.

—Buenas noches. —Sonríe antes de cerrar suavemente mi puerta.

Me lanzo a la cama y cojo el móvil.

Yo: ¿Estabas mirándome los abdominales?

Violet: Puede… 😉

Yo: Puede que yo también te estuviera mirando a ti.

Violet: Me he dado cuenta. Tus abdominales me distraen.

Yo: Todo lo que tiene que ver contigo me distrae.

Violet: A mí me pasa lo mismo. Y me gusta todo de ti.

Yo: Me gusta tu culo. Tienes un culo increíble.

Violet: Qué romántico.

Yo: Y tu sonrisa.

Yo: Y tu cintura. Es mi parte favorita.

Yo: Y tu bondad.

Yo: Y que renunciaras a tu vida. A tus amigos. A tu familia.

Violet: Y al sol.

Yo: Solo para estar conmigo.

Violet: Para empezar, necesitaba un cambio. He subido de nivel. Tu hotel es uno de los mejor valorados DEL MUNDO. Y el restaurante flotante va a ser un proyecto increíble. Algo de lo que sentirse orgullosa.

Yo: ¿Y qué pasará cuando termine el proyecto, dentro de tres años?

Violet: Tu padre tiene otros planes. Aún no sé cuáles.

Yo: Poco a poco.

Violet: Exacto. Mi padre entiende que necesitaba algo nuevo. Tiene su propia vida, y mi madre y mi hermana ya no forman parte de la mía. En cuanto a mis amigas, Hannah ha aceptado un puesto editorial en Nueva York y Ruby seguirá siendo Ruby: saldrá de fiesta con sus amigas ricas y podrá visitarme cuando quiera con el jet privado de su padre. Salía con ellas una o dos veces al mes. Mi vida social no era precisamente frenética.

Yo: Eso me tranquiliza.

Violet: Y hablando en serio… No hemos hablado de esto, pero ¿te parece bien que esté aquí?

Yo: No es que haya tenido elección.

Violet: Lo siento.

Yo: ¿Por qué?

Violet: Por haberme impuesto, pero pensamos que si no lo hacíamos así no hablarías conmigo ni aceptarías la idea de tu padre de incorporarme al equipo de The Sanctuary.

Yo: Tenía razón. Siempre la tiene.

Violet: Eres muy cabezota.

Yo: Y tú muy insistente.

Violet: Hay otra razón por la que estoy aquí.

Yo: ¿Ah, sí? ¿Cuál?

La puerta de mi dormitorio se abre de golpe.

—Porque te quiero, Lincoln, y te he echado de menos —dice entre lágrimas.

Enseguida retiro las sábanas y voy hacia ella.

—No quiero volver a estar lejos de ti. No soporto esa sensación. —Se lleva la mano al pecho.

Nunca la había visto así.

—He venido hasta aquí. Yo sola, con mi perro y unas pocas pertenencias, a un país desconocido donde todos habláis raro. Ha llovido cinco veces esta semana. Tengo frío. Y no creo que esté a la altura de este trabajo. No tengo ni idea de lo que hago —Su voz se quiebra.

—Florecilla… —susurro. No encuentro las palabras. «Díselo ya, maldita sea».

—Me da miedo preguntarte directamente si quieres que esté aquí, porque veo lo que pasa detrás de tus ojos: una parte de ti quiere que me quede, creo, pero la otra duda de todo, de mí, de nosotros, y me está pidiendo que me vaya. —Sus hombros se sacuden mientras libera todo lo que ha estado guardando.

—Duermo allí, tú aquí, y he intentado mantenerme fuerte, pero necesito saber si he hecho bien en venir, Linc.

—Oh, Violet… —La rodeo con los brazos y la aprieto contra mí—, shhh, ya está.

He estado pensando solo en mí, sin considerar lo que debe de ser para ella vivir en un país extranjero, sin amigos ni familia.

—Se suponía que iba a ser divertido —llora—, una manera de sacarte de tu letargo, sorprenderte y mudarme, pero cuando me viste en tu casa, ya no parecía divertido, sabiendo que no querías que estuviera aquí.

No es verdad. Quiero que esté aquí.

—Estoy aquí porque es donde estás tú. Iría a cualquier parte del mundo contigo porque contigo me siento especial, porque contigo siento que por fin pertenezco a algún sitio. Me hiciste sentir perfecta tal y como soy en Santa Mónica, pero estos días empiezo a sentir que ya no soy suficiente para ti, y no quiero quedarme si no soy lo que quieres —hace una pausa para tratar de recobrar el aliento—. Estás usando a tu madre como excusa para no amar, mientras ella vive su vida sin preocuparse de si estás dolido. A ella le da igual. Pero a mí no. Por eso estoy aquí. Tú pulsaste el botón de pausa, pero yo no tuve voz en esa decisión, y parar lo nuestro nunca fue lo que yo quería.

Como si alguien encendiera una luz dentro de mí, de pronto todo cobra sentido.

Tiene razón. He sido un imbécil.

Le acaricio la espalda para calmarla.

—Tu padre ha movido cielo y tierra para traerte a la mujer que te ama, para demostrarte que va en serio —titubea entre sollozos—. Estoy aquí porque creo en nosotros, pero tienes que encontrarte conmigo a mitad de camino. Tienes que abrirme tu corazón y confiar en mí: confiar en que no lo romperé. Deja que recomponga lo que tu madre destrozó. Porque tú rompiste el mío cuando te fuiste de Santa Mónica, y no creo que sea capaz de pasar por ello otra vez si dentro de unas semanas me pides que vuelva a Estados Unidos. Preferiría irme ahora —jadea.

Entrelazo mis dedos en su pelo y la aprieto contra mi pecho. Seguro que nota mi corazón desbocado.

—Te echo de menos, Linc. Echo de menos tus caricias. —Se acerca más—. Nos echo de menos a nosotros. —Sus lágrimas me empapan la piel.

—Echo de menos todo —susurro.

He roto a mi chica.

Ha sido fuerte por fuera, sosteniéndome, pero por dentro se estaba desmoronando, y yo estaba demasiado preocupado por mí mismo como para darme cuenta.

—No quiero que te vayas, Violet. Quiero que te quedes conmigo.

Se derrumba entre mis brazos y tengo que sujetarla.

La idea de verla marcharse me atraviesa el estómago como un clavo oxidado.

Ella pensaba que yo la necesitaba, pero la que me necesita es ella.

Nos movemos hasta el borde de la cama y la siento sobre mis piernas.

Sus ojos enrojecidos se clavan en mí cuando le tomo la cara entre las manos.

—He sido un idiota —confieso—. Lo siento.

Cierra los ojos y suelta un largo suspiro, dejando que su fresca fragancia a pera me envuelva.

Su rostro, lleno de manchas rojas, me parte el alma: soy el causante de su tristeza, y eso no encaja con quien soy. No con ella.

—He sido un crío.

—Te han hecho daño —responde.

—Y a ti también. No me había fijado.

—No duele tanto cuando me abrazas. —Apoya la frente en la mía —. O cuando me besas.

Esta mujer lo es todo para mí. Me ama, sigue aquí a pesar de todo lo que le he hecho pasar.

La beso, suave al principio, luego más profundo, y todas mis defensas y pensamientos confusos se disuelven.

Debería haber hecho esto en cuanto volvió a mi vida.

Debería haberle mostrado lo que significa para mí, haberle comprado un coche, haberla llevado a conocer a mis amigos, haber hecho el amor con ella cada día.

Debería haberlo hecho todo.

La acomodo sobre mis piernas mientras ella me rodea la cintura con las suyas. El beso se vuelve como el primero, salvaje y urgente.

—Te necesito, Linc —jadea.

La alzo entre mis brazos, con las manos en su cintura, y avanzo por el pasillo hacia mi habitación. Es aquí donde debemos estar, juntos, en mi cama. Nuestra cama.

Nuestros labios no se separan cuando caemos sobre el colchón.

Y sé que este es el momento que lo cambia todo.

Capítulo 47

Violet

Estoy encima de Lincoln, con su espalda contra el colchón.

Hemos dicho todo lo que teníamos que decir.

Los dos nos estábamos conteniendo. No solo él.

Aguantarlo todo se estaba volviendo una carga demasiado pesada y ya no podía más.

A mi corazón le han crecido alas de mariposa y aletean suavemente en mi pecho, porque ha dicho las palabras que llevaba tanto tiempo deseando oír. Ha dicho que quiere que me quede.

Yo también quiero.

No puedo imaginar ningún otro lugar en el que preferiría estar, porque mi amor por él no va a cambiar.

Lincoln me pasa la gigantesca camiseta del pijama por encima de la cabeza para quitármela. En cuanto sobrepasa mis labios, vuelvo a estamparlos contra los suyos. No quiero dejar de besarlo.

En un arrebato, libero su polla dura de los *boxers* y me dejo caer sobre él.

Gime con fuerza y farfulla contra mi boca:

—Te he echado tanto de menos, joder.

Me deslizo arriba y abajo sobre su miembro, respirando con pesadez a cada sacudida.

Sujetándome con fuerza de las caderas, se alza para meterla dentro de mí con poderosas embestidas.

—Siempre estás tan mojada para mí, florecilla —gime.

Esto no es hacer el amor; es sexo carnal puro y duro, y es lo que necesitamos para fortalecer nuestra relación.

Lincoln me rodea la cintura con un brazo mientras sigue follándome duro, y con la otra mano me agarra el culo.

—Fóllame, Linc. Hazme tuya.

Me apoyo en el cabecero para follarle a él también.

Me llena hasta el fondo con sus caderas implacables, entrando y saliendo una y otra vez de mi cuerpo. Su gruesa corona encuentra mi punto sensible, y al mismo tiempo yo me froto el clítoris contra su hueso pélvico.

—Córrete para mí. Di mi nombre, dime a quién perteneces.

Sus palabras encienden una llamarada de placer que se expande por mis muslos y atraviesa mi húmedo centro. Con unas pocas furiosas embestidas más, llegamos a la vez.

—Linc —gimo.

Sin pedir perdón por el ruido, sin importarnos haber entregado nuestros corazones en ese instante de sexo frenético, nuestros orgasmos se entrelazan y se funden en uno. Él respira rápido y con fuerza mientras se vacía dentro de mí y mis paredes lo aprietan.

Nuestra respiración se calma poco a poco y Lincoln sigue deslizándose dentro y fuera de mi cuerpo, devolviéndonos con ternura del subidón del éxtasis. Sus caderas continúan moviéndose despacio, como si no quisiera parar.

Ahora nos besamos con calma. Lincoln me sujeta la cara con sus enormes manos y posa su boca sobre la mía.

—Te quiero —susurra.

—Quiero mirar esta cara el resto de mi vida —le sonrío.

—¿Me estás pidiendo matrimonio? —me aparta un mechón de pelo de la cara.

—No. —Me sonrojo.

—¿Seguro? Sonaba a eso.

—¿Quieres que lo sea? —pregunto, nerviosa.

—¿No se supone que ese es mi trabajo?

—¿Hemos hecho alguna vez algo convencional?

—No. Me di cuenta el primer día que te conocí… ay perdona, *Lucy*, el segundo día, cuando te caíste y me enseñaste la concha. —Me guiña un ojo—. O quizá fue con aquel épico «me estoy acostando con tu marido, señora Black», o cuando me untaste la polla con *chili* y me dejaste KO. —Se señala la cicatriz de la frente, que ha curado bastante bien, aunque dejará marca—. ¿Y qué te parece lo de cuando te mudaste a mi casa sin que yo lo supiera?

Un popurrí de risitas me estalla en la garganta.

—Vas a mandarme a la tumba antes de tiempo con tus andanzas. O de vuelta a urgencias si sigues follándome la polla hasta dejarla en carne viva, como hiciste en Santa Mónica. Eres una salida, señorita West. —Me hace cosquillas en las costillas.

—Ya me siento mucho mejor. —Es verdad; me siento más animada que hace unos días.

Lincoln nos hace rodar.

—Siento haber sido un capullo.

—Sí, pero eres mi capullo.

—No me creo que hayas dejado tu carrera y tu vida y te hayas mudado a ocho mil kilómetros para estar conmigo. Me alucina que no te subieras al primer avión de vuelta cuando no he sido más que un egoísta de mierda. ¿Estás bien? ¿Eres feliz aquí?

—Sí. Ahora me gusta más. —Bajo la mirada hacia su miembro.

—Oh, claro que sí. —Entorna los ojos—. Pero ¿de verdad? Eres mi responsabilidad ahora, Violet. Mi trabajo es asegurarme de que eres feliz, y echo de menos a mi Violet feliz.

—Prométeme solo que no volverás a apartarme de ti.

—Lo prometo. —Me tiende el meñique, igual que cuando nos lanzamos al salto de fe.

Entrelazo mi meñique con el suyo.

—Y prométeme que me vas a explicar qué demonios es un *bahookie.*

Lincoln se ríe.

—Significa «culo». ¿Por qué?

—Ayer, en recepción, Michael me dijo que tenía un *bahookie* bonito. No te enfades.

Sonríe de oreja a oreja.

—No tengo nada por lo que enfadarme, porque Michael tiene novio.

—Ah.

—Aunque no se equivoca. Es impresionante, joder. —Me aprieta el *bahookie*—. Pero no has estado comiendo bien. Vamos a ducharnos, y luego puedes destrozarme la polla.

Echo la cabeza hacia atrás, riéndome.

—Mañana te llevo a casa de mi yaya. Le va a encantar darte de comer, y luego nos vamos juntos a hacer la compra. Siempre me ha gustado ver a las parejas en el súper. Quiero ir contigo y pasear por la playa de la mano, llevando a Pompón. Vamos a hacer todas esas cosas. Lo quiero todo. Te voy a llevar a la papelería y podrás comprar *washi tape.* ¿Qué coño es eso, por cierto? —No me deja contestar—. También tenemos que conseguirte un coche. Quiero que nos apuntemos al próximo seminario de danza del hotel. Quiero bailar contigo de verdad, y Eva te va a enseñar mejor que yo. —Está entusiasmadísimo—. Y tenemos que comprar un montón de cosas para la casa: flores, cojines, adornos, y sobre todo más velas. Hacen que la casa huela bien. Lo que necesites para que sientas que es tuya.

—Que es nuestra —lo corrijo.

—Eso. Nuestra. —Suspira, feliz.

Capítulo 48

Lincoln

Violet me está besando con tanta ternura que parece que está cosiendo mi corazón a mano, puntada a puntada, juntando cada pedazo roto.

—Te quiero —susurra sobre mis labios—. Pasaré el resto de mi vida demostrándote cuánto te quiero, Lincoln. Siempre estaré aquí contigo y para ti.

No quiero que esté en ningún otro lugar. Aquí es donde debe estar.

Desciende, dejando un rastro de suaves besos por mi piel mientras se mueve con gracia a lo largo de mi cuerpo. Es incluso mejor que el sexo, porque somos nosotros: conectando a un nivel más profundo que nunca y reafirmando nuestro compromiso el uno con el otro.

—Esto es mío. —Sus labios se posan sobre mi pecho, justo encima del corazón que acaba de recomponer, y siento cómo se me derrite por dentro, lleno de amor incondicional por ella.

Ha sido tan paciente como cariñosa, y siempre me ha antepuesto a todo; saber que haría literalmente cualquier cosa por mí es una sensación extraordinaria.

Sus labios vuelven a encontrar los míos. Mis manos recorren sus curvas de reloj de arena, esas que me vuelven completamente loco.

La rodeo con los brazos y me giro para colocarme sobre ella, de modo que queda de espaldas al colchón, y vuelvo a deleitarme con cada una de sus pecas, su piel suave, su calor y sus curvas.

Se le eriza la piel cuando le beso el vientre, el ombligo, el escote y subo hasta llegar a su cuello.

Le aparto el pelo y la beso detrás de la oreja, susurrándole al oído:

—Te quiero.

Ella deja escapar un suspiro suave, como si estuviera al borde del clímax.

Abre las piernas para mí y me abro paso lentamente hacia su empapado sexo. Gime otra vez y, si no la conociera, diría que está a punto de ronronear como una gatita de lo excitada que está.

Acaricio su nariz con la mía y la beso con todo mi ser. Porque yo no soy el tipo de hombre que sale huyendo; no lo soy, y le pediré perdón cada día por aquel lapsus mental. Marcharme sin mirar atrás fue una decisión terrible, una que jamás volveré a tomar. En esta vida, no.

He aprendido la lección.

Violet me necesita tanto como yo la necesito a ella.

Jadea mientras me muevo dentro y fuera de su interior con lentitud, meciendo las caderas suavemente mientras me pierdo en sus gemidos y en sus adictivas curvas.

La beso con una delicadísima caricia y nuestras lenguas apenas se rozan cuando le abro la boca con la mía.

Siento su corazón latir al compás del mío.

Acelero un poco al notar que está cerca de llegar al orgasmo.

Se inclina ligeramente hacia atrás, me mira y parpadea, antes de que se le quede la boca abierta y me dé cuenta de que ha llegado. Es la mujer de mi vida y pensé dejarla ir.

Acelerando el ritmo, la penetro una y otra vez, sujetándola del trasero para introducirme aún más hondo.

Nuestra respiración entrecortada y nuestros leves suspiros son lo único que resuena en la habitación.

Sus gemiditos son mi perdición, y se me tensan los músculos desde el estómago y los muslos hasta los testículos; ya no puedo contenerme más. Violet se derrite a mi alrededor, apretando mi miembro con sus paredes internas y arrastrándome con ella a la cúspide del placer.

Era justo lo que necesitábamos para reconectar y borrar el último mes, como si nunca hubiera existido.

Mientras recuperamos la conciencia, la beso, y ella me dedica una sonrisa somnolienta cuando me aparto un poco.

—Ha sido precioso.

—Tú eres preciosa.
Por dentro y por fuera.

Capítulo 49

Lincoln

Cuatro días después

Bostezo.

—¿Sigues sin dormir bien?

Mi padre me mira con esa cara de preocupación que siempre me indica que anda intranquilo por mí.

—Oh, no. Intentarlo, lo intento. Dormir, puedo. Pero hay alguien que no me deja.

Miro hacia Violet, la mujer que me va a arrasar la polla como un huracán.

No debería quejarme; es puñeteramente épico. Cada minuto con ella lo es. Darle la mano, pasear al perro, caminar por la playa, incluso ir de compras.

Ahora mismo está jugando en el suelo de la cocina con Thea y Pompón. Thea cree que Pompón es un peluche y se emociona demasiado con él, así que hay que vigilarla como un halcón. Intenta metérselo en la boca todo el tiempo.

Una risa silenciosa sacude el pecho de mi padre.

—¿Todo bien?

—Increíble.

La satisfacción me invade por completo. Es una sensación cálida y extraña a la que todavía no me he acostumbrado.

Cuando estaba en Santa Mónica con Violet, mi partida siempre estaba presente, cerniéndose sobre nosotros; pero ahora estoy aquí, ella también, y no nos vamos a ir a ninguna parte.

—¿Ya no estás enfadado conmigo, entonces?

—Ni de coña. —La mujer de mis sueños vive bajo mi techo. Hace que todo brille más y huela mejor.

Cuando Violet apareció en el umbral de mi dormitorio hace cuatro noches, nos quedamos hablando hasta el amanecer. Compartimos nuestros miedos, esperanzas, planes y, lo que es más importante,

arreglamos nuestra relación. Estoy haciendo todo lo posible por enmendar mis errores.

La verdad es que aceptar a mi madre tal como es, y asumir que ni ella ni el pasado pueden cambiar, ha sido mi mayor aprendizaje estos últimos días.

Estaba evitando aceptarlo.

—¿Así que hice bien en traerla?

Asiento y me río. Siempre tiene razón.

—Sí. —Cojo una manzana del frutero y le doy un mordisco.

El ruido del vestíbulo me avisa de que alguien entra en la casa. Más bien una multitud. El batallón habitual, sin duda.

—Vamos a hacer una barbacoa —me informa mi padre.

—¿Ah, sí? —Frunzo el ceño.

—Sí, para darle la bienvenida a Violet. —Asiente secamente con la cabeza.

Lo observo con suspicacia.

—¿Otra emboscada?

Me guiña un ojo.

—Puede.

Justo entonces entran Hunter y Eden con sus trillizos, seguidos de Ella y Fraser, que lleva a Mason en brazos. También Jacob y Owen.

Dejo la manzana a medio comer sobre la encimera y me pongo de pie al instante para recibir a mis abuelos, que son los siguientes en aparecer.

Mi *yaya* me planta un beso en la frente y me revuelve el pelo.

—El amor siempre encuentra la manera. ¿Ves? Tu abuela siempre tiene razón. Ahora tengo que cocinar. —Y se va como un torbellino.

Mi abuelo se dirige directo hacia Thea.

—Vamos, pequeña bribona. —La alza en brazos y ella chilla de alegría. Es un bebé feliz—. Y tú también, bolita de pelo. —Levanta a Pompón—. Quizá podríamos usarte para limpiarle las orejas a Thea.

Razón no le falta: parece un bastoncillo de algodón.

Violet se pone en pie y saluda a todos con su alegría habitual, abrazando, preguntando, recordando detalles de cada uno y consiguiendo que todos se sientan especiales.

Nunca me cansaré de eso. Ni de ella.

Jacob y Owen saludan.

—Nos encargamos de las bebidas —dice Jacob, señalando las botellas de champán que han aparecido como por arte de magia. Se sirven como si estuvieran en su casa; pasaron tantas horas aquí de críos que conocen esta vivienda como si fuera suya.

—¿Todo bien, Linc? —Fraser ladea la cabeza en dirección a Violet.

—Nunca mejor. —Sonrío—. Gracias por ayudar con la emboscada, por cierto. Aunque Hunter y tú sois una mierda montando muebles. He tenido que reajustar todos los tornillos y enderezar los cajones torcidos que montasteis a lo loco.

Se ríe.

—Solo tuvimos unas horas para que se mudara. Ten piedad.

Me río también y le tiendo la mano.

—Gracias, tío. Por todo.

Jacob y Owen reparten copas.

Archie y Hamish irrumpen por la puerta del jardín.

—¡Linc! —grita Archie entre carcajadas—. ¡Zac y Caz están haciéndolo en el césped!

Por el amor de Dios.

Archie y yo solemos reírnos cuando nuestras tortugas del jardín se ponen cariñosas. Hace poco tuvo la clase de educación sexual en el colegio, pero no lo comenta con su madre ni con mi padre: lo comenta conmigo, su hermano mayor.

Niego con la cabeza, abro mucho los ojos para decirle sin palabras «ahora no», pero sigue riéndose.

—Zac se ha caído —dice, a punto de mearse de risa—. Se ha caído de espaldas y movía las patas así. —Imita a un T-Rex con las manos.

—¿Por qué es tan gracioso? Parecía que estaban jugando. Yo he ayudado a Zac —dice Hamish con su vocecita dulce. La risa contagiosa de Archie hace que todos acabemos riendo.

—Muy bien. —Eva entra en la cocina pareciendo una diosa etérea con su vestido veraniego color crema—. Basta de tonterías. Quitaos las botas y lavaos las manos.

—¡Estaban haciéndolo, Linc! —Archie no para de reírse.

—Ya basta, Archie —alza la voz Eva.

Me llevo un dedo a los labios para que se calle y articulo en silencio: «luego».

—Vale —responde a gritos. Muy sutil, Archie. Muy sutil.

—Vamos a cenar todos juntos —anuncia Eva.

—¿Una barbacoa? —Los ojos de Hamish se iluminan.

Eva asiente.

—¡Sí! —gritan y chocan los puños.

—Tengo que hacer caca primero —dice Hamish, se quita las botas y sale corriendo.

Eva se tapa la nariz.

—Acuérdate de lavarte las manos. —Suspira—. Necesito otras vacaciones. Knox… —se gira sobre los talones—, no quiero más bebés.

—Lo que digas, cielo —le contesta él guiñando un ojo.

Sospecho que mi padre no opina lo mismo.

Violet se sienta a mi lado y los dos nos sentamos en sillas blancas del comedor. Yo arrastro la suya hacia mí, haciendo chirriar las patas metálicas sobre el suelo de mármol.

Ella se estremece.

—Ha sonado igual que si arañaran una pizarra con las uñas.

Me inclino y le beso la mejilla.

—¿Entonces no tiemblas porque tengas frío?

—No. Hoy me he puesto tres capas. No entiendo cómo Eva puede ir con un vestido de manga corta con este tiempo. —Apoya la mano sobre mi muslo.

—Se supone que hoy es el día más caluroso del año —se ríe Hunter.

—¿Qué? —exclama Violet—. Es de locos. Creo que me uniré a Zac y Caz cuando se vayan a hibernar.

—O podemos hibernar juntos frente a nuestra chimenea todo el invierno —le propongo con un guiño.

—Suena a paraíso —dice con voz soñadora.

El movimiento alrededor de la isla de la cocina me hace girar la cabeza.

Todos los adultos están de pie, con copas de champán burbujante.

—¿Qué celebramos? —pregunto, recorriendo con la mirada a mi familia y amigos.

—A la familia —dice mi padre, levantando su copa—. Celebramos tenernos los unos a los otros. Estar siempre ahí, llueva o haga sol. Celebramos que a la familia no la define la sangre que corre por nuestras venas, sino las personas que están hoy aquí, en esta cocina. La familia es quienes se quedan, te levantan y te apoyan, pase lo que pase. Y eso incluye cuando tu novia estadounidense vuela más de ocho mil kilómetros para estar contigo y se muda a tu casa sin avisarte. En momentos así también está la familia.

Las risas llenan la cocina.

Mi padre alza más la copa.

—Por la familia.

Trago el burbujeante líquido con dificultad; la emoción me aprieta la garganta.

Las personas que más necesitaba, y que me aceptan tal y como soy, han estado delante de mí todo este tiempo.

Violet me pone la mano en el antebrazo.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien. —Echo la cabeza atrás y miro al techo para contener las lágrimas. Noto todas las miradas sobre mí.

No lloraba desde que era pequeño, pero últimamente estoy muy sensible, y me he derrumbado más veces en un mes que en toda mi vida.

—¿Puedo hacer un brindis? —pregunta Violet.

—Adelante —responde mi padre con seguridad.

Respiro hondo, me relajo y doy un trago largo a mi copa.

—Estoy bien —murmuro. Jacob me da una palmada en la espalda.

Violet levanta la copa.

—Quiero brindar por mi padre, que tuvo el acierto de dejar a Olivia, porque si no lo hubiera hecho, y si hubieran acabado casándose, entonces Lincoln y yo habríamos sido…

—¡Hermanastros! —grito demasiado alto. Dios santo, ni se me había pasado por la cabeza.

La cocina estalla en carcajadas, brindis y un coro de «Virgen santa».

Mientras contemplo a mi familia, me siento querido, justo como me dijo mi abuela.

«Me quieren con todo su corazón».

Y tengo todo lo que necesito.

Aquí mismo.

Capítulo 50

Lincoln

Cuatro meses después

—Jonathan, sal inmediatamente del salón de baile y vuelve al trabajo —grita Violet desde el otro extremo de la sala—. Según Michael, deberías estar en recepción desde hace veinte minutos.

—Oh, mierda, será mejor que te vayas —le susurro por el rabillo de la boca—. Tiene pinta de estar cabreada.

Me giro y la veo al fondo de la estancia, con una mano en la cadera y la otra sujetando una agenda rosa brillante llena de purpurina.

Jonathan echa a correr. Literalmente atraviesa el salón.

—Lo siento, estábamos hablando de coches —balbucea.

—Pues deberías haber estado hablando de trabajo, no de coches. —Violet entorna los ojos—. Vete.

Jonathan abre las puertas de madera de golpe y desaparece.

—Y tú. Ven conmigo. —Me hace un gesto con el dedo índice y sale por la misma puerta que él.

Mierda. Me he metido en un lío.

Echo a correr tras ella. Ay, señor, ¿por qué estoy corriendo? Lo sé perfectamente: porque me tiene agarrado por los huevos.

Violet me espera de pie en el pasillo.

—¿Cómo sabías que estaba ahí dentro? —digo, señalando por encima del hombro.

—Por las cámaras.

—¿Qué hacías en seguridad?

—Buscándote.

—¿Por qué?

—Porque tenemos un problema aquí abajo.

Camina por el pasillo, y mis ojos se van directos a sus caderas, que se balancean al avanzar por el suelo de mármol blanco y negro.

Tengo que apurar el paso para seguirle el ritmo.

Todo ocurre a la vez. Se detiene, abre el armario de la lavandería, me agarra de la corbata y me arrastra dentro. Cierra la puerta de un golpe, la atranca, me empuja contra las estanterías repletas de toallas blancas y estampa su boca contra la mía con tanta fuerza que juraría que me ha hecho sangrar.

—Había entendido que tenías un problema —consigo articular entre sus besos frenéticos.

—Lo hay. No te he visto desde esta mañana. —Me desabrocha el pantalón del traje.

No creo que sepa que aún no tiene acciones en el hotel, así que no sacará ni un céntimo cuando me mate: va a follarme hasta la muerte.

Le subo el vestido hasta la cintura y nos movemos con torpeza mientras me desabrocha el cinturón de cuero.

Con su espalda ahora apoyada en las estanterías, nuestros gestos son imprecisos y apresurados en el intento de quitarnos la ropa lo más rápido posible.

La sujeto por detrás de los muslos y ella sabe lo que tiene que hacer: rodea mi cintura con las piernas y se aprieta contra mí.

Aparto a un lado sus braguitas de encaje y me introduzco en ella. No hay elegancia en lo que hacemos: es sexo en su forma más pura. Es la necesidad de estar juntos porque no podemos quitarnos las manos de encima. Nos da igual cómo y cuándo lo hagamos, solo queremos recuperar el tiempo perdido. Follamos todo el tiempo. Y no me quejo.

Ella gime y se aferra a mi nuca mientras la embisto con fuerza contra las estanterías.

Mientras la penetro sin freno, me muerde el cuello y gime en mi oído. Sus jadeos me hacen perder el control.

Su coño empapa mi polla erecta y la follo aún más fuerte, con embestidas cada vez más profundas. Su cuerpo empieza a temblar, y eso me lo dice todo: a punto de llegar. Es entonces cuando las paredes de su coño se contraen en torno a mi miembro y deja escapar un fuerte gemido.

Su respiración se acelera, echa la cabeza atrás y deja la boca abierta en forma de O. Sus gritos ahogados me dicen que se va a correr y me arrastran con ella, embadurnándome la polla con su orgasmo.

Nos compenetramos a la perfección en todo: en el sexo y en el trabajo.

Simplemente funciona.

El único ruido que se oye es el suave roce de mis pantalones mientras apoya la frente en mi hombro.

—Problema resuelto. —Me río, bajándola al suelo.

Aún sin aliento, se sacude el pelo con las manos.

—Ya me siento mejor. Podré concentrarme esta tarde —dice, acomodando el vestido sobre sus caderas.

Hasta esta noche.

Me abrocho el cinturón y me enderezo la corbata.

—¿Parezco alguien que acaba de tener sexo en el armario de la lavandería? —pregunta, intentando alisar las arrugas del vestido.

—Pareces recién follada todos los días. No se nota la diferencia. —Le acaricio la cara y le doy un beso tierno.

—Tenemos que irnos. Voy al baño a arreglarme un poco. Te veo en el despacho de tu padre para la reunión.

—Nos vemos allí. Te quiero.

Me lanza una sonrisa pícara, abre la puerta y se marcha.

Mi vida no podría ser más perfecta.

Capítulo 51

Lincoln

Violet y yo estamos sentados en el despacho de mi padre para la reunión a la que nos ha convocado.

—¿Puedes repetirlo? —pregunto, completamente atónito.

Mi padre lo hace, con toda la calma del mundo:

—Tú y Violet vais a dirigir el hotel juntos durante los próximos dos años. Tú, hijo, ocuparás mi puesto, y Violet asumirá el tuyo. Dentro de seis meses, me tomaré un descanso de dos años.

—¿Por qué?

—Porque Eva va a tener otro bebé.

Violet aplaude con entusiasmo.

—Qué noticia tan maravillosa, Knox.

—Pero yo nunca he hecho tu trabajo. —Empiezo a ponerme nervioso.

—No voy a desaparecer de la faz de la Tierra, Linc. Seguiré por aquí, solo que no todos los días. Voy a ser padre a tiempo completo —dice, con la sonrisa del Gato de Cheshire—. Mientras, vosotros dos —mueve el dedo índice de uno a otro— os encargaréis de todo esto. Tenemos seis meses para formarte, Linc, y tú tienes el mismo tiempo para formar a Violet. A partir de ahora asistiréis a todas las reuniones del consejo.

—Vas a tener otro hermano, Linc —dice Violet, posando su mano sobre mi muslo.

—Voy a ser el director general —susurro. No puedo creer que mi padre me confíe el control de esta enorme empresa que poseemos.

—Junto a Violet —añade él, reclinándose en su sillón de cuero negro mientras tamborilea con los dedos en el reposabrazos.

—¡Estoy tan emocionada! —canturrea Violet.

Y yo estoy en *shock.* Violet se percata al instante de cómo me siento; siempre lo hace.

Me toma la barbilla y me obliga a mirarla.

—Podemos con esto.

La visión de su rostro me tranquiliza. Pongo mi mano sobre la suya.

—Navegaré este enorme barco contigo, Linc. No dejaré que se hunda.

El corazón me late con fuerza.

—Te quiero, Violet.

—Linc, ¿quieres casarte conmigo?

Mis ojos se abren como platos ante sus inesperadas palabras.

—Dios mío, no debería estar aquí —murmura mi padre.

—Quédate, Knox. —Le sonríe Violet, sin apartar los ojos de los míos—. Fuiste tú quien nos volvió a unir. —Su sonrisa se ensancha —. ¿Quieres?

Mi corazón acaba de adentrarse en lo desconocido.

—Sí. —Un sí rotundo—. Pero solo con una condición.

—¿Cuál? —pregunta, algo inquieta.

—Que me dejes comprar el anillo.

Sus hombros se relajan con un suspiro de alivio.

—¿Nos vamos a casar? —dice, poniéndose toda tierna.

—Sí, florecilla, nos vamos a casar.

—Yo también tengo una condición.

Frunzo el ceño.

—¿Puede Pompón ser el portador del anillo?

—Puede ser lo que tú quieras. Solo prométeme que no volverás a despedirme.

—¿Cuándo te despidió? —pregunta mi padre riendo.

—Cuando vivía en Santa Mónica —respondo, manteniendo la mirada fija en ella. Tiene el poder de hipnotizarme con esos ojos dorados.

—Trabajó para mí un solo día.

—Y luego me despidió.

—¿Estabas trabajando cuando se suponía que debías estar viajando y descansando? —Mi padre pone los ojos en blanco—. Eres increíble. Me rindo.

Si no lo hubiera hecho, nunca habría conocido a Violet.

—Te quiero, Lincoln Black, alias «tu-padre-tiene-un-apellido-horrible-y-voy-a-sonar-como-una-paleta-de-colores-cuando-nos-casemos».

—Y yo te quiero, Violet West, alias «tu-madre-debería-haberte-llamado-Susan».

Jamás habría imaginado que viajar a Estados Unidos me llevaría hasta esta extraordinaria mujer que tengo delante.

Es mi salvavidas. Me calma, me hace mejor persona. Hace que todo sea mejor.

Soy adicto a ella, a sus labios, a sus caderas y a la vida que estamos construyendo juntos.

Sonrío y la beso, sabiendo que es el mejor salto de fe que he dado en mi vida.

Epílogo

Lincoln

Tres años después

—Ay, menos mal que te he encontrado —jadea Violet, sin aire.

Mis zapatos de charol negros chirrían sobre el mármol cuando me doy la vuelta.

—No deberías estar aquí. Da mala suerte; tienes que irte. —Señalo hacia la puerta abierta.

Ella sacude la mano quitándole importancia.

—Toca madera. Tenía que verte. —Apoya las manos en las caderas y echa la cabeza atrás para recuperar el aliento—. Debería hacer más ejercicio. No estoy en forma.

Sí lo está. Entrena tres veces por semana como un reloj y, cuantas más sentadillas hace, mejor, en mi opinión. Su culo está impresionante últimamente, más que de costumbre.

—Si mi yaya se entera de que estás a menos de seis metros, no te volverá a dar ninguna de sus recetas. Y las necesitamos. Necesito esa famosa receta de musaca; es la mejor, pero aún no te la ha dado.

Cada sábado por la mañana, Violet va a casa de mis abuelos, donde mi *yaya* le enseña a preparar postres y platos griegos tradicionales. Vivo por y para los sábados; las cenas son lo mejor.

A diferencia del resto de la semana, los domingos son nuestro día libre juntos, y eso es sagrado. Desconectamos por completo y nos dedicamos a comer, descansar, pasear por la playa con Pompón —que se ha convertido en toda una estrella en Castleview Cove— y, cómo no, a mi parte favorita: un poco de diversión en la cama.

Ella convenció a Violet para que le abriera una cuenta en redes a Pompón y ahora tiene más de un millón de seguidores en esa plataforma de vídeos estúpida que tiene a todo el mundo loco. Es una celebridad, y juraría que sabe lo especial que es.

—Vale, ya estoy. —Se abanica la cara con la mano—. Tenía que decirte algo porque estoy atacada.

—Vaaale.

—No sé ni cómo decirlo. —Carraspea—. Mi madre está aquí. Con… mi… hermana. —Pone cara de pánico y enseña los dientes.

¿Su hermana ha venido?

—Ostras.

—Exacto, ostras. Creo que voy a vomitar. —Se agarra el cuello—. Mi hermana va a quejarse por todo.

—Eso no va a pasar. Puede que sí.

—Se va a quejar del tiempo. —Sí, probablemente.

—Eso no podemos controlarlo. —Me río.

—Dirá que es culpa mía que hoy llueva. —Sé que está preocupada de verdad, pero verla desquiciada es lo más entrañable del mundo. Intento ponerme serio y consolarla sin reírme.

—Todo es a cubierto. Da igual. Y es febrero, así que hace más frío.

—Va a odiar el sitio. Tiene vértigo. —Lo que tiene es título de reina del drama.

—Lo siento si nuestro local de treinta millones de libras, suspendido sobre los acantilados, no es lo suficientemente exclusivo para ella —replico con sarcasmo. Pongo los brazos en jarras, como si me ofendiera que no le gustase el sitio.

Me importa un pimiento que a su hermana no le guste. De todas formas, no hay otra opción: ha salido en todas las revistas de arquitectura, estructuras e ingeniería. No hemos construido solo un local. Hemos construido una obra de arte, y hoy es su gran estreno.

Hoy, el día de nuestra boda, es su inauguración oficial.

Y no es solo un restaurante: también es un espacio para eventos.

The Cliffs está dividido en dos secciones. Ambas pueden unirse para celebrar eventos con muchos invitados, pero toda la parte delantera del edificio cuenta con ventanales de más de treinta metros de ancho que van del suelo al techo. Hasta donde alcanza la vista, lo único que se percibe es el bravo y oscuro mar del Norte. Es sobrecogedor.

Lo único que he visto que se le parezca es el restaurante donde Violet y yo cenamos en lo alto del teleférico de Queenstown.

El año pasado nos fuimos un mes a Nueva Zelanda a desconectar. The Cliffs estaba casi terminado y necesitábamos descansar lejos de todo. Fue un mes increíble, y hasta convencí a Violet para otro salto de fe: hacer puenting. Gritó todo el rato, pero lo hizo y me sentí muy orgulloso. Es mucho más valiente de lo que cree.

—A mi madre le va a horrorizar que Francesca no sea dama de honor. —Se muerde el labio.

—Pero Hannah y Ruby sí lo son y te adoran.

—Mi madre, Francesca y Richard no estaban en el plano de distribución de los asientos. He tenido que decirle a Nicola que cambiara a todo el mundo de sitio. —Gira los índices en el aire—. Qué estrés.

—Espero que las hayas sentado bien lejos de mi yaya. Si no, igual les atiza con la cuchara de madera. Pagaría por ver eso. —Me río solo de pensarlo. Mi abuela está que trina porque la madre de Violet no quiso venir ni participar en los preparativos.

En su lugar, Eva, Ella y Eden han organizado todo con Violet. Se han convertido en sus hermanas, más que su hermana de sangre.

—Ya me he roto una uña. —Me enseña el dedo corazón.

—Vaya, te parecerá bonito… —bromeo, acercándome para calmarla.

—Ay, Dios, perdón. —Baja el dedo y se lo tapa con la otra mano.

Hace una mueca.

—¿Y si no le gusta mi vestido?

—Estás absolutamente preciosa.

Baja la vista y ahueca el vestido marfil de satén.

—¿Te gusta?

—Es perfecto. —La atraigo a mis brazos.

El escote está cuajado de pequeños cristales. Salpican también sus mangas de encaje y, cuando les da la luz, viran a un púrpura irisado, como auroras boreales.

—A mí también me encanta. —Me dedica una sonrisa tan resplandeciente que podría dejarme ciego—. Mejor me voy. —Se encoge de hombros, llena de emoción—. Nos vamos a casar.

—Lo sé.

Abre los ojos de par en par.

—Dios, tengo que irme. Da mala suerte que esté aquí.

—Ya te he di… —Me corta con un beso y sale disparada. Los tacones repiquetean por el pasillo, se alejan… y vuelven.

Asoma la cara por el marco, con la melena cayéndole a un lado como una cascada.

—Se me olvidaba otra cosa.

Alzo las cejas.

—Estás guapísimo. Más te vale no llevar nada debajo del kilt; hay un armario en el pasillo esperando ser inaugurado. —Ni me da tiempo a contestar: me lanza un beso y se va, con el taconeo de sus zapatos resonando por el pasillo.

Me va a tener en vilo muchos años.

Cierro los ojos y respiro hondo. Quiero que hoy sea perfecto para ella. Ojalá su madre no lo arruine.

—¿Listo?

Abro los ojos. Mi padre está en la puerta.

—Más que listo.

Vestido completamente de negro, se dirige hacia mí a zancadas.

Llena la estancia con su kilt negro azabache a juego con sus zapatos altos de cordones y ligas, el sporran, la camisa, el chaleco y la chaqueta de dos botones: todo negro, para honrar nuestro apellido.

Me arregla la corbata morada. Ese es nuestro único toque de color.

Es el tema de nuestra boda: el morado. Como era de esperar.

—¿Ha estado aquí Violet?

—Ha aparecido su madre. —Estiro el cuello para que maniobre mejor con la corbata.

—Lo he visto. Mi misión es mantenerla hoy lo más lejos posible de Violet. He montado la operación «entretened a la familia de Violet». Nada va a estropear vuestro día.

Me hace reír.

—Gracias.

—Por ti, lo que sea. Venga, pongamos esto en marcha. —Me aprieta los hombros.

—Espero que no me dejes en ridículo con el discurso.

—Será exactamente como en tu despedida de soltero.

Gimo.

—Espero que no.

—Como padrino, es mi trabajo avergonzarte. —Se ríe.

Estupendo.

Me sacude las solapas.

—¿Listo?

Lo estoy desde hace tres años.

—Desde luego. Vamos allá.



Todo ha ido sobre ruedas, y tanto Violet como yo hemos tenido un día increíble, rodeados de familia y amigos: algunos han cruzado medio mundo desde California y otros desde Grecia. Estamos muy agradecidos. Ha sido un día de diversión, risas y felicidad al cien por cien.

Violet no ha dejado de sonreír, pero aún no la he visto hablar con su madre ni con su hermana. Ni con su cuñado.

El plan de mi padre ha funcionado.

—Eh, tú. —Me pellizca el trasero.

—Hola, señora Black.

Suelta un gritito con su nuevo apellido.

—Ven a la ventana.

Le tiendo la mano. Ella levanta la parte delantera del vestido para no tropezar con la delicada tela, algo muy probable en su caso. Caminamos hasta el extremo más alejado del enorme mirador y la abrazo por detrás. Apoya la espalda contra mi pecho. No hemos tenido ni un minuto a solas, y quiero pasar este ratito con ella. Luego puede volver a lo suyo: charlar, saludar y encandilar a cualquiera con quien hable.

La abrazo y contemplamos juntos el oleaje feroz, el cielo gris y los acantilados de Castleview Cove.

Al rato, la hago girar entre mis brazos.

—¿Te ha gustado el regalo de boda que te compré? —Empieza a reírse.

—Irá sobre la repisa de la chimenea.

Violet mandó hacer un molde de su trasero, lo fundieron en bronce y me lo regaló. Se acordó de lo que le dije hace años. Hasta lo lacó en violeta brillante.

—Ha sido una sorpresa estupenda que llegara esta mañana. El mejor regalo. —Le beso el cuello—. ¿Has tenido un buen día?

—Bueno, supongo que no ha estado mal. —Intenta poner acento escocés. Se le da fatal.

—Sí, yo pensaba que tu vestido podía haber sido mejor y que el local es una mie… —Los dos rompemos a reír.

Le tomo la mano y paso el pulgar por su alianza de titanio negro pulido. Hace juego con su anillo de compromiso: también de titanio negro pulido y con un inusual diamante morado sujeto por seis garras, conocido como diamante orquídea. No podría ser más perfecto. Somos nosotros: negro y violeta.

—¿Has mirado ya lo que te grabé dentro de la alianza? —La miro a los ojos.

—No. Dijimos que lo haríamos juntos. Hagámoslo ahora. Tú primero. —Se pone nerviosa.

Me quito mi anillo, idéntico, con un pequeño diamante morado engastado en el aro.

Lo inclino y lo hago girar entre los dedos.

—«Soy la pieza que te faltaba».

La frase que le dije la primera noche que pasamos juntos.

Le sujeto la cara con la mano.

—Lo eres. Eres todo para mí, Violet.

—Me vas a hacer llorar otra vez, Linc. Es lo único que he hecho en todo el día. Sobre todo, cuando tu *yaya* me ha dado su codiciada receta de musaca.

—Igual es una trampa; puede que se haya guardado un ingrediente en la recámara. No te emociones demasiado. Es muy

astuta.

Violet ríe.

—Me toca.

Se quita primero el anillo de compromiso y luego la alianza, la inclina y lee en voz alta mi frase solo para ella.

—«Tú me completas». —Se le ponen vidriosos los ojos.

—Y tú a mí.

—Somos un par de cursis empedernidos.

—Lo somos.

Y no querría que fuera de otra manera.

Recordando las expresiones típicas de aquí, dice:

—¿*Chiscamos?* —Se muerde el labio y arruga la nariz.

—Qué romántico.

—Bésame. —Me agarra de la corbata y presiona mi boca contra la suya.

Así será siempre.

Ella mandándome, bromeando, riendo, divirtiéndonos; pero sobre todo, haciéndome sentir millonario, porque me tocó la lotería cuando encontré a Violet.

Es mi diamante orquídea.

Rara, única y toda mía.

Epílogo

Violet

Dos años después

Me quedo en el umbral, embobada con mi marido, desnudo de cintura para arriba, y nuestra diminuta hija de nueve meses hecha un ovillito rosa pastel sobre su pecho.

Pompón ronca a los pies de la cama. Ahora que tiene ocho años, ronca cada vez más.

Lincoln acuna a nuestra niña en el balancín negro de madera que nos regaló su *yaya*. Es el mismo que usó con Knox y con Lincoln; un tesoro de familia. Ahora mece a nuestra Melina. El nombre griego significa «miel». Le va perfecto: dulce como ella.

Hago una foto mental mientras explotan mis ovarios.

El cuidado y amor con que Lincoln trata a nuestra hija me derriten el corazón cada día.

Está completamente prendado de Melina y es muy protector. No hay momento en que no esté en brazos de su padre. Puede que nunca necesite piernas, porque él no quiere perderse ni un instante de su día.

Le encanta enseñarle cosas nuevas, hacerla reír y perseguirla alrededor de la mesa del salón. Aprendió a gatear hace unas semanas y Lincoln se ha tomado muy en serio lo de blindar la casa para bebés. Tardaremos en acostumbrarnos a esos malditos —pero necesarios— cierres de seguridad de los armarios; ya me he roto varias uñas por abrirlos con demasiado ímpetu.

Entro de puntillas sobre la moqueta gruesa, con cuidado de no despertarla, y le rozo la mejilla a Lincoln.

—Hola —susurro.

Lincoln abre un ojo.

—Está dormida. Vuelve a la cama.

Mira a nuestra niña de pelo negro y más bonita que un sol.

—¿Seguro que duerme? —La mira con ojos cansados. No quiere soltarla.

—Sí. —Sonrío.

Suelta un suspiro de «si no hay más remedio…».

El balancín se detiene cuando apoya los pies en la moqueta. Se inclina hacia delante con cuidado. Su mano casi cubre por completo la espaldita de Melina.

Le sujeta la cabeza, se incorpora y va hacia la cuna.

Al depositarla, ella alza los brazos y se estira, succiona aire unos segundos y se mete el pulgar en la boca.

—Es tan mona… —murmura, mirándola.

Agarro el borde de la cuna.

—Lo es, pero mañana tenemos un gran día y hay que dormir.

—¿Ah, sí?

—Mañana hago musaca para tus abuelos.

—Uf. Sí, tienes que descansar y mentalizarte para eso.

Sonríe y me rodea la cintura; ese sencillo gesto siempre me eriza. Me besa la sien y yo apoyo la cabeza en su hombro.

—Creo que yo no era la pieza que te faltaba.

—¿No?

Me separo para mirarle.

—No. Creo que era ella.

Los dos miramos a nuestro ángel dormido.

—Nos completa —susurra.

Sí.

Pero a Lincoln le ha enseñado el verdadero significado del amor incondicional. Melina le quiere sin preguntas, sin condiciones.

Yo también. Y él nos quiere a nosotras todavía más.

Sé que me quiere sin medida, y es la mejor sensación del mundo.

Mi vida está perfectamente completa.

Epílogo

Violet

Cuatro años después

—Bien, señora Black, necesitamos que empuje.

La dicharachera comadrona, situada entre mis piernas, me mira desde el extremo de la cama del hospital.

Suelto un suspiro agotado. Estoy cansada, sudorosa y lista para dar por terminada la jornada.

¿Por qué no pueden los bebés teletransportarse para salir?

Me apuntaría de cabeza. Debería existir algo así, porque en este momento siento que me han inscrito en una prueba olímpica para la que no me he entrenado.

Parece que estoy pariendo un elefante.

—No puedo. —Mi pecho sube y baja—. He cambiado de idea; quiero una cesárea.

Oigo a la comadrona reír por lo bajo.

—Demasiado tarde. Tu peque está a puntito. Solo necesitamos un empujón grande más, Violet.

La ignoro.

—Abridme una especie de claraboya en la tripa, sacad al bebé y volvedme a coser. —Cierro los ojos mientras me consume por completo—. No puedo empujar más —murmuro. Llevo empujando lo que parecen siete días.

Lincoln me aprieta la mano.

—Vamos, florecilla, solo uno más.

Abro un ojo y lo taladro con la mirada.

—¿Tú has intentado alguna vez empujar una sandía a través de un agujero del tamaño de una uva?

Niega con la cabeza, escondiendo la sonrisa al morderse los labios.

—Eso pensaba. Pues imagina lo que sería empujar una sandía por la punta de tu polla, Lincoln.

Se estremece, con una mueca.

—Ahhhhh… —gimo al notar que se me viene encima otra contracción descomunal.

Lincoln me aprieta la mano con más firmeza.

—Violet, mírame.

Y lo miro, porque, aunque llevo a su bebé dentro —que parece pesar más que Lincoln y yo juntos—, haría cualquier cosa por mi marido, ingenioso y enigmático como él solo.

Me pasa un paño fresco por la frente, me mira fijamente y dice:

—Eres la mujer más fuerte y valiente que conozco. Nuestro niño está a puntito, y no sé tú, pero yo me muero por conocerle. —Los ojos amables de Lincoln se arrugan en las comisuras cuando sonríe con dulzura—. Solo un empujón más, florecilla. Es lo único que falta. Puedes hacerlo.

»Melina está emocionada por conocer a su hermanito, ¿a que sí?

Se me saltan las lágrimas al recordar que anoche nos aseguró que iba a ser «la mejor hermana mayor del mundo mundial», y nos hizo reír cuando preguntó si a lo mejor él nos confundiría y la llamaría mamá.

Aún no ha cumplido cinco años y ya ha planeado su boda y ha decidido cuántos hijos quiere. Si es tan cabezota como yo a la hora de decidir, lo conseguirá; ya me da pena el futuro marido. Y eso si Linc deja que los chicos se le acerquen. Es superprotector con su niña y no puedo evitar sentir aún más pena por los futuros novios de Melina. Lincoln ya ha dejado claro que se le da bastante bien la escopeta con la que hace tiro al plato.

Pobre Melina. No va a tener novio si Lincoln se sale con la suya.

—Pues vamos a darle hoy el mejor regalo a Melina, ¿te parece?

A Lincoln se le ilumina la cara. Asiento y estiro el cuello para prepararme para la siguiente contracción.

Miro a la enfermera justo cuando la presión en la espalda y el vientre aumenta. Una banda de hierro me ciñe el abdomen hasta la extenuación y, cuando inspiro, la comadrona y Lincoln me cuentan a la vez, lo que me hace apretar su mano con todas mis fuerzas.

—Tres, dos, uno… —dicen al unísono.

Y, cuando ambos dicen «¡empuja!», en mi entusiasmo por aprovechar la contracción, no me doy cuenta de lo cerca que tengo la cabeza de la de Lincoln. Me inclino hacia delante a la velocidad del rayo, arqueando el cuerpo… y le meto un cabezazo que lo deja noqueado.

Y así es como nuestro niño, Andreas, llega al mundo: con su padre desmayado junto a la cama del hospital y su madre gritando de dolor y de culpa, mientras una enfermera intenta reanimar a Lincoln.

Tres horas después, en reposo, cansada pero con la adrenalina impidiéndome dormir, me reclino y contemplo a mi preciosa familia.

Sonrío mientras escucho a mi marido —con una mano presionándose una compresa fría contra el chichón que le ha salido en la ceja y con la otra acunando firmemente a nuestro hijo— y a mi hija parlotear. Melina, nuestra pequeña trasto, le dispara pregunta tras pregunta: que cuándo se despertará Andreas, que cuándo le cambiamos el pañal y que cuándo puede comer de «las tetitas de mamá».

Al notar mi mirada, Lincoln levanta la vista y me lanza un guiño de los que me derriten.

—Te quiero, florecilla.

—Yo también te quiero —respondo, y ambos miramos a nuestros dos niños, sanos y felices.

Lincoln se queda pensando un segundo.

—Ahora sí que estamos completos —Suena satisfecho.

—Sí, lo estamos —Asiento.

—Creo que habría preferido una hermana —dice Melina, inocente.

Murmuro por lo bajo:

—Eso no va a pasar.

Pero el destino tiene otros planes y Melina se sale con la suya, porque dos años después, Lincoln y yo damos la bienvenida al mundo a una preciosa niña de ojos castaños, María.

Y es entonces cuando estamos realmente completos.



La receta secreta de la musaca de Yaya
¿De verdad creías que la *yaya* de Lincoln iba a dejar que le echaras el guante? 😉

Agradecimientos

Ah, la historia de Lincoln… estaba pidiendo a gritos que la contaran. No se calló ni un momento después de que terminara de escribir *Unexpected Eva,* y, como siempre, se salió con la suya y consiguió por fin su final feliz. Al fin y al cabo, se lo merecía, y necesitaba a alguien un poco luchadora y divertida: Violet era la indicada para él.

Este libro no habría sido posible sin la red de apoyo que me rodea.

A mi increíble marido, Paul, que no deja de llenarme de palabras de ánimo: gracias. No podría hacer esto sin ti, cariño.

Quiero dar las gracias de todo corazón a mi supertalentosa amiga y autora Esme Taylor. Esme, te estoy tremendamente agradecida por tus revisiones. Eres única.

A Carolann…, mi entusiasta lectora beta…, gracias por sacar tiempo de tus ajetreados días y noches para leerme. Has sido una parte fundamental de mi trayectoria como escritora, y tu energía contagiosa y tu entusiasmo por mis libros son lo que me impulsa a seguir.

A Lizzy —¡guau!—, mi preciosa lectora alfa del otro lado del océano: siento que estaba destinada a encontrarte. El destino ha jugado un papel fundamental en nuestro encuentro, lo sé. Desde tus sugerencias de desarrollo hasta tus minuciosas correcciones, me ha dejado sin palabras tu pasión por la historia de Lincoln. No tengo forma de agradecerte lo suficiente por formar parte de mi mundo. Te quiero, chica.

A todos los blogueros literarios, *bookstagrammers* y *bookTokers:* muchísimas gracias por vuestro apoyo y por los preciosos diseños y vídeos que creáis; cada día conseguís dejarme sin aliento.

Y a ti, lector o lectora de libros *spicy*, gracias por lanzarte a descubrir a una autora nueva; no te haces a la idea de lo mucho que significa para mí. Te estaré eternamente agradecida.

¡GRACIAS!

Besitos, Muac.

Sobre la autora



VH Nicolson es una autora escocesa de romance spicy y superventas en librerías internacionales. Destaca por sus novelas contemporáneas emocionales con personajes memorables, mucha química y finales felices, entre las que destacan *Hunting Eden* y la serie *Los chicos millonarios*. Su obra abarca distintos subgéneros, desde romance deportivo hasta historias de hombres ricos, siempre con un fuerte componente emocional y ambientaciones cuidadas. Nacida en Fife, descubrió su vocación durante el confinamiento y, tras pasar más de veinte años trabajando en ámbito del *marketing* creativo, hoy se dedica a la escritura a tiempo completo desde la localidad escocesa de Saint Andrews.

Chic Editorial le agradece la atención dedicada a
Lincoln, de VH Nicholson.
Esperamos que haya disfrutado de la lectura
y lo invitamos a visitarnos
en www.chiceditorial.com,
donde encontrará más información
sobre nuestras publicaciones.

Si lo deseas, también puedes seguirnos
a través de Facebook, Twitter o Instagram
utilizando tu teléfono móvil
para leer los siguientes códigos QR:

Primera edición: mayo de 2026
Título original: *Lincoln*
Publicado originalmente en inglés por Bolwood Books Ltd.

© VH Nicolson, 2022
© de la traducción, Isabel Fuentes, 2026
© de esta edición, Futurbox Project S. L., 2026
Esta edición se ha publicado mediante acuerdo con The Agency srl di Vicki Satlow.
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial de la obra.
Ninguna parte de este libro se podrá utilizar ni reproducir bajo ninguna circunstancia con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra queda excluida de la minería de texto y datos (Artículo 4(3) de la Directiva (UE) 2019/790).

Diseño de cubierta: Taller de los Libros
Imagen de cubierta: Julia_Dreams
Corrección: Teresa Ponce, Alicia Melchor

Publicado por Chic Editorial
C/ Roger de Flor, n.º 49, escalera B, entresuelo, oficina 10
08013, Barcelona
chic@chiceditorial.com
www.chiceditorial.com

ISBN: 978-84-19702-99-9
THEMA: FRD
Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

Nota de la autora
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Epílogo

Epílogo
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora

